
Natalia Sánchez Diana
Nuestro
MUNDO
lejos del
FUEGO
Selecta

Nuestro mundo lejos del fuego

Natalia Sánchez Diana

Selecta

A Caryarit, por cada palabra de consejo
y ánimo sobre esta historia

Los hombres judíos eran recogidos y llevados a campos de concentración. Les decían que tenían X tiempo para irse —dos semanas, un mes— si encontraban un país que los acogiera. Fuera, sus esposas y amigos luchaban por conseguir un pasaporte, un visado, cualquier cosa que les ayudara a salir. Pero las embajadas cerraban sus puertas en todas partes, y los países, incluido Estados Unidos, cerraban sus fronteras… Comenzó como un rumor en Viena… «Hay un lugar al que puedes ir donde no necesitas visado. Tienen entrada libre». Se extendió como la pólvora y todo el que pudo fue a por ello.

Dana Janklowicz-Mann

Shanghái era una ciudad de vicio y violencia, de opulencia salvajemente yuxtapuesta a una pobreza increíble, de ruletas giratorias y escopetas que estallan y mendigos que lloran… Shanghái se había convertido en una ciudad chabacana de refugiados y chanchullos.

Noche en Shanghái, noche en Shanghái, eres una ciudad que nunca duerme. Luces brillantes, sonidos de autos, canciones y bailes pacíficos y prósperos.

Shanghai Nights, de Zhou Xuan

Capítulo 1

El ritual era el mismo. Noche tras noche.

En el exterior, Shanghái bailaba, libertina y sucia, pecaminosa y decadente. Oscura y llena de miseria al sur, en la vieja ciudad china; lujosa, risueña y brillante en la conocida como Concesión francesa. Allí, en la calle del consulado, en las oficinas del Tesoro, se hallaba la comisaría, en la que tan solo quedaban unos cuantos agentes de guardia y algunos presos que dormitaban en las celdas si conseguían derrotar brevemente al demonio del opio.

En el gimnasio, que no era más que una estancia mal iluminada en el sótano de la estación de policía, Chufeng realizaba una singular ceremonia. Sentado en una banqueta de madera frente al cuadrilátero, se envolvía las manos con tiras de algodón, desde las muñecas hasta los dedos, en unos guantes improvisados que mantenían a raya las lesiones antiguas y el dolor, que conocía en sus huesos y en el cuerpo de otros, porque lo había infligido en multitud de ocasiones.

Siempre había sabido dónde golpear. El punto preciso que provocaba más dolor o, incluso, el que llevaba al contrario a la muerte.

Mas él procuraba no ejecutar directamente. Ya no. A pesar de que en los bajos fondos de Shanghái, su nombre aún estaba asociado a la violencia y a la sangre.

La piel fluctuó con el movimiento de los brazos mientras calentaba. Con un gesto rápido, se agarró a las cuerdas y se coló por debajo de ellas para acceder al cuadrilátero, que lo recibía siempre con una ceremonia solemne porque eran viejos conocidos.

Danzó, como en otras tantas ocasiones. Solo, con pies rápidos y músculos que fluían, llenándose de energía.

Luego, un derechazo, esquivar; otro derechazo; protegerse con el brazo contrario, como si el contrincante estuviera enfrente, imaginándolo, poniéndole cara, oliendo su sudor.

Ejecutaba un baile oscuro y solitario en un gimnasio en el corazón de una ciudad perversa. Solo así conseguía alejar las pesadillas y mitigar esa sensación de verdugo implacable que había vuelto a

acecharlo después del último caso.

Sintió de nuevo ese frío hálito como una caricia cruel en su nuca, que hizo que su cuerpo se pusiera alerta y se le erizara el vello de los brazos.

Se giró y deslizó la mirada por el gimnasio, cerciorándose de que no había nadie más. Ninguna sombra cobró vida; y sin embargo, al cerrar los ojos, escuchó de nuevo esa voz que susurraba unas palabras con voz desolada: «Xiao Chufeng, ¿por qué lo hiciste?».

Había hecho muchas cosas a lo largo de su vida. Crecer siendo huérfano en Shanghái era un infierno del que pocos salían. Él lo había logrado, pero sabía exactamente cuál había sido el punto de inflexión en su existencia, el momento de su salvación. Cuando tenía doce años se convirtió en un asesino, y eso lo puso en el radar de alguien poderoso, que no tardó en tenderle la mano.

Últimamente, desde que la misma mano que lo salvó lo nombró jefe de policía de la brigada china en la Concesión francesa, no dejaba de sentir alrededor de su cuello el yugo de la lealtad. Quería, más que nunca, demostrar que estaba a la altura.

—Señor Xiao. —Escuchó la voz de uno de sus subordinados, un gendarme anamita llamado Lan—. El jefe quiere verlo en su residencia.

El jefe. Aunque supuestamente por encima de Chufeng solo se hallaba el cónsul de Francia, lo cierto era que el mandamás era otro. El verdadero señor de Shanghái, Du Yuesheng, el líder de la organización criminal dueña del inframundo y del vicio de tantos hombres: la Qīng Bāng, también conocida como la Banda Verde.

Los hermanos jurados de Xiao Chufeng, que ocupaban puestos en todas las escalas de la jerarquía. Desde matones, trabajadores de fábricas, mercaderes, hasta políticos, militares y banqueros, y por supuesto, detectives y policías en la Concesión francesa.

—De acuerdo. No lo haré esperar —respondió antes de abandonar el *ring*. Se colocó pulcramente la camisa y luego la casaca negra con botones y charreteras ribeteadas en plata que formaba parte del uniforme de policía.

Lan, que pensaba en todo, le tendió la capa negra de fieltro y Chufeng se la colocó con un gesto rápido, cerrándola en el cuello con los alamares de seda.

El lugar donde el jefe lo aguardaba no estaba demasiado lejos. En la misma Concesión francesa, en la calle Paul Doumer; junto a un estudio de cine llamado Mingxing Film Company se erigía una villa enorme de estilo eduardiano que contaba con tres pisos, y que siempre estaba protegida por más de veinte hombres, así como por rifles y ametralladoras.

Uno de aquellos guardias al que Chufeng conocía desde que eran

adolescentes lo recibió con una sonrisa que rebosaba sarcasmo.

—Bonito uniforme —bromeó Jing.

—Cierra la boca —le replicó Chufeng, al tiempo que se soltaba la capa y se la tendía—. ¿Dónde está el señor Du?

—En su dormitorio.

Chufeng conocía bien aquel lugar, así que se encaminó a los aposentos de uno de los «tres grandes jefes» de los bajos fondos de la ciudad.

Du Yuesheng, ahora conocido como *zongshi*[1], era también el más ambicioso y carismático del triunvirato, pero sobre todo era el más brutal. A lo largo de los últimos años había acumulado cargos directivos en empresas aparentemente legales, poseía dos bancos y, utilizando poder, influencia y sangre, se había convertido en presidente de la Cámara de Comercio. Por todos era sabido que una de las costumbres más crueles que tenía era la de enviar ataúdes a aquellos que se le oponían, e incluso había impuesto una tasa de treinta centavos al día por cada pipa de opio de los fumaderos.

Por supuesto, estaba del lado del líder nacionalista Chiang Kai-shek, que recurría a él a menudo para secuestrar o asesinar a sus propios enemigos. De hecho, la Banda Verde había colaborado con el Kuomintang en la llamada «masacre de Shanghái», de la que Chufeng aún conservaba demasiados recuerdos en su cabeza y demasiada sangre en sus manos.

Una doncella, cabizbaja, le abrió la puerta del dormitorio; y en cuanto puso un pie en el interior, captó el inconfundible olor a opio. Incluso el hombre más poderoso de Shanghái se doblegaba ante algo mucho más temible que él mismo.

—Señor Du —lo saludó uniendo las manos e inclinándose. No alzó la cara, así que no lo miró directamente, pero sabía que su jefe yacía recostado en un diván. Una de sus amantes se encontraba de pie junto a una mesita de metal en la que se hallaba la pipa de opio sobre una lámpara de aceite que calentaba la droga.

—Chufeng —lo llamó por su nombre de pila, como solía hacer desde que lo había encontrado en el muelle, siendo apenas un adolescente—, acércate.

Como no podía ser de otra manera, obedeció, quedándose a un escaso metro del diván donde su jefe yacía. A pesar de que no alzó del todo el rostro, se percató de que lucía un *changshan*[2] gris y calcetines de seda. Cuando el gánster agarró la pipa, Chufeng alcanzó a ver que tenía las yemas de los dedos manchadas de marrón, uno de los más evidentes síntomas de su adicción.

—¿Recuerdas al viejo Chen? —le dijo—. Envió hace unos años a su hijo al extranjero. A la Universidad de Cambridge.

—Sí, lo recuerdo —respondió Chufeng, un poco sorprendido—. Haosen es uno de mis amigos.

—¡Oh, es cierto! ¡Cierto! —Su jefe se incorporó levemente y lo miró con ojos vidriosos—. Pues entonces te alegrará saber que regresa en el siguiente barco. Llegará dentro de una semana a primera hora y quiero que lo recojas. Le prometí a su padre, antes de que muriera, que velaría por él, y ya he preparado todo para que trabaje como médico para la brigada. Pero quiero que lo controles y te asegures de dónde y con quién está su devoción. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

Inclinó la cabeza en una muestra de respeto y abandonó la mansión de su jefe sumido en recuerdos. Uno de sus mejores amigos, al que hacía años que no veía, regresaba. ¿Qué pensaría de la ciudad que iba a recibirlo? Shanghái había cambiado mucho a lo largo de los últimos tiempos. Ahora era la cuarta metrópolis más grande del mundo. El París del Este, esclava del pecado, disfrazada de fiesta infinita, esperando un castigo que se cernía pero no terminaba de llegar.

Una ciudad donde tu vida dependía de a quién le demostrabas lealtad.

En ese instante fue consciente de que aún llevaba las tiras de algodón envolviendo sus manos. Había salido tan apurado de la comisaría para ver a su jefe que no se las había quitado.

Cuando un pensamiento caló en su mente, sonrió, curvando la boca en un gesto muy suyo que denotaba que solo sentía ironía.

Por mucho que lo intentara cubrir, nada podía ocultar la sangre que sus manos habían derramado a lo largo de su vida en nombre de la fidelidad. Los pecados cometidos eran imperdonables, y al igual que sabía que, tarde o temprano, la ciudad pagaría por los suyos, Chufeng también lo haría.

Llegado ese punto, solo esperaba que su amigo, si aún seguía siéndolo después de tantos años, no lo abandonara.

Capítulo 2

Lloyd Triestino era el nombre del barco en el que Eliette llevaba tantas semanas que le resultaba difícil no perder la noción del tiempo cuando en el horizonte no veía nada más que cielo y agua.

Al principio contaba los días y las noches que transcurrían, hasta que dejó de hacerlo. Fue entonces cuando comenzó a torturarse por lo que había hecho. Porque había accedido a salvarse, dejando atrás todo y a todos.

Pero su abuela Editha había sido clara, tajante.

El nuevo líder, el autoproclamado Führer, había comenzado a perseguir a los suyos, a los judíos. Los miembros de la Schutzstaffel podían arrestarte aunque fueras inocente y te encerraban, o algo peor. Como les había sucedido a su hermano Abraham y a Ephraim.

Editha, que ya tenía sesenta años, le había dicho que era cuestión de tiempo que fueran a por las mujeres, así que había contactado con su hermana, que vivía en Shanghái, en una de las comunidades asquenazíes en Hongkew, y ambas, abuela y nieta, habían viajado a Viena, donde un cónsul chino llamado Ho Feng Shan les emitió, sin poner pegas ni hacer demasiadas preguntas, un visado de tránsito con el que se apresuraron a llegar a Trieste para embarcar.

Por lo que fue descubriendo, atravesaron varios mares hasta Siberia, donde el frío mató a más de un pasajero, y de ahí navegaron hasta Vladivostok. Más tarde llegaron a Kobe, en Japón, para encarar, por fin, el último tramo del trayecto hasta China.

Su abuela apenas había abandonado el camarote de segunda clase en el que se alojaban junto a otras dos familias judías, los Abramov y los Katz. Pero Eliette se había acostumbrado a salir a cubierta para respirar aire fresco a pesar de las inclemencias meteorológicas, que no habían sido pocas durante aquellas interminables semanas, porque necesitaba respirar cuando los pensamientos eran demasiado oscuros. Y cada vez eso sucedía con más frecuencia, aunque no se lo comentó a su abuela. No quería preocuparla, porque sabía que para ella tampoco era fácil, ya que había abandonado su hogar, su tierra y su gente, todo lo que le era conocido hasta ese momento, consciente de que, dada su

edad, era más que probable que nunca pudiera regresar.

La última noche en Berlín, Eliette la descubrió despidiéndose de su casa entre sollozos, acariciando algunas piezas de cerámica, los cuadros y algunos muebles con una nostalgia herida. Pero si estaba afligida o devastada, Editha no lo había mencionado ni una sola vez desde que abandonaron su ciudad natal. Tampoco se quejó, a pesar de que sufría fuertes dolores de piernas y los zapatos, los únicos con los que había viajado, habían rozado sus talones hasta hacerlos sangrar.

Así que ¿cómo iba ella, a sus veintitrés años, a confesar que estaba tan asustada que solo quería hacerse un ovillo?

Por eso salía a cubierta, se aproximaba a la barandilla y allí cerraba los ojos. Sentía el vaivén del mar, leve en ocasiones; salvaje y despiadado en otras; y si tenía que llorar, lo hacía. Fue así como la encontró Haosen a los pocos días de embarcar.

Por supuesto, una joven agarrada a la barandilla y llorando desconsoladamente le dio una idea equivocada de sus intenciones, por lo que se acercó a ella con rapidez y comenzó a chillarle en inglés que no lo hiciera.

Cuando Eliette, desconcertada, lo miró, descubrió que se trataba de un joven que debía rondar los treinta y que, aunque era chino, vestía ropas occidentales: un traje azul y una boina gris que lucía de medio lado sobre la cabeza.

—No lo haga, por favor —le dijo este aproximándose con cautela, con las palmas de las manos hacia arriba—. Seguro que lo que la aflige puede arreglarse. Pero no desperdicie su vida, se lo ruego.

Eliette comprendió a qué se refería y se apartó de la barandilla con brusquedad.

—No, no, no se preocupe —le respondió interponiendo más de un metro de distancia con el final de la cubierta—. No es lo que piensa.

—Pero está… —dijo él señalando su rostro, en el que permanecían los delatores rastros de llanto recorriendo sus mejillas.

Eliette se pasó las manos por la cara con rapidez y trató de sonreír, aunque supo que la mueca que le quedó no resultó muy tranquilizadora, ya que él se aproximó un poco más, sin dejar de contemplarla, como si en cualquier momento tuviera pensado lanzarse al furioso mar desconocido que surcaban.

—De verdad, no se preocupe —reiteró ella.

—Si quiere hablar de algo, estoy dispuesto a escucharla.

En ese instante, frente a frente, se fijó por primera vez en él, en las facciones de su rostro. Bajo la boina asomaba un flequillo negro, de la misma tonalidad que las cejas, amplias, arqueadas y abundantes; el rostro ovalado destacaba por su nariz aguileña un poco torcida, sus pómulos eran afilados y sus ojos eran rasgados y brillantes, enmarcados por unas pestañas asombrosamente tupidas. Era guapo y,

sobre todo, elegante, con un toque de distinción que se reconocía en el traje que lucía y en la forma de moverse, contenida y serena.

—¿Y puedo saber a dónde viaja, señorita...?

—Señorita Stern —respondió ella—. Mi abuela y yo vamos a Shanghái.

—¡Qué casualidad! Yo también. Es mi ciudad natal.

—¿Y usted es el señor...?

—Señor Chen —dijo él, quitándose la boina y tendiéndole la mano.

Eliette no dudó en estrecharla. No sabía la razón, pero se alegró de saber que compartían destino. A partir de ese día, cuando acudía a cubierta, él no tardaba en unirse a ella y charlaban de todo un poco. Le contó que era médico, lo que supuso una grata sorpresa para ambos, puesto que Eliette había estudiado enfermería y, justo antes del ascenso de Hitler, estaba trabajando en un hospital en Berlín. A medida que se conocían, gracias a que ambos hablaban francés e inglés y eso les permitía compartir anécdotas y avanzar en sus conversaciones, Eliette comenzó a sentirse cómoda a su lado. Tanto que se lo presentó a su abuela. Era el segundo chino que la señora Editha conocía después del cónsul de Viena, y no pudo evitar contemplarlo con una mezcla de curiosidad y desconfianza que puso de mal humor a Eliette.

Por ello, cuando regresaron al camarote, no tardó en recriminarle su actitud a su abuela.

—¿Por qué tenías que mirarlo así, *bobe*[3]?

—¿Así?

—Sabes a qué me refiero, no te hagas la ingenua. Lo has mirado como si fuera un bicho raro y eso está mal. ¡Si supieras lo enfadada que estoy ahora mismo! —No se hallaban solas, ya que las otras dos familias las contemplaban, pero a Eliette no le importó que la oyeran.

—¡Eliette! —le recriminó su abuela—. ¡No lo he hecho a propósito! ¿Cuántos como él hemos visto en Berlín? ¿Eh? ¿A cuántos?

—Pues por si no te has fijado, hay más como él en este crucero, y no sé si eres consciente de dónde vamos a desembarcar —dijo cruzando los brazos sobre el pecho, que le subía y bajaba por la ira que sentía.

Sabía que estaba siendo una exagerada y que su enfado no solo se debía a la actitud de su abuela hacia Haosen. Era plenamente consciente de que estaba enojada con el mundo, con su estúpido país que había elegido a un tipo malvado para que los gobernara y que había acabado señalando a los suyos como culpables de todo y los había condenado. Pero no solo eso. Eliette estaba herida, de culpa y de tristeza y de otras tantas cosas a las que antes no había tenido que enfrentarse.

Echaba de menos su casa, a sus amigas, a sus compañeras de trabajo

en el hospital, a su hermano, que había desaparecido junto a Ephraim, haciendo que todo se precipitara y propiciando la desesperada decisión de Editha de sesgar de golpe su pasado y su futuro subiéndolas a un barco con destino a un mundo desconocido.

—Sé perfectamente dónde vamos —respondió su abuela sin alterarse—. Y sé que habrá más como él, aunque según dice mi hermana, si nos quedamos en Hongkew, nos relacionaremos con personas como nosotras y no tendremos que coincidir demasiado con gente tan extraña y diferente.

Sorprendida por las palabras de su abuela, Eliette aún tardó unos segundos en replicar:

—*Bobe*, ¿es que no has aprendido que todo lo que nos ha pasado ha sido porque alguien considera a los nuestros diferentes?

—Eliette...

—Me voy otra vez a que me dé el aire —dijo atravesando el camarote.

—Piensas seguir relacionándote con él, ¿verdad? —La escuchó decir, porque su abuela siempre debía tener la última palabra. Eliette no respondió. Se limitó a atravesar a la carrera el pasillo y a ascender las escaleras que daban hasta la cubierta. Ignorando al resto de pasajeros con los que se cruzó, se encaminó a la zona donde Haosen y ella se conocieron.

Él no estaba por allí, así que Eliette, que aún sentía el corazón lleno de furia, se asomó al borde, aferrándose con las manos a la barandilla. Muchos metros por debajo de ella, descubrió que el oleaje estaba encrespado y golpeaba con fiereza la nave.

Fue entonces cuando volvió a sentirse culpable. Por mucho que lo odiara, aquel barco avanzaba sin cesar. Las llevaba, sanas y salvas, a un nuevo lugar donde podían seguir vivas, mientras que era más que probable que su hermano y Ephraim ya no estuvieran en este mundo.

—Señorita Stern, ¿está bien? —Escuchó a Haosen detrás de ella. Se giró para contemplar a su amigo, porque ya lo consideraba como tal, y se encontró con que la observaba con la misma cautela que el día que se conocieron.

—Sí, es solo que... Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Qué sucede? —Él se acercó más hasta que quedaron cara a cara.

—Siento que haya sufrido los prejuicios de mi abuela.

—No pasa nada, lo entiendo, señorita Stern.

—No, no lo entiende —replicó ella, con tristeza—. Todo lo que nos ha pasado es por los prejuicios, por el desprecio hacia los nuestros, y ahora ella se comporta de esa forma tan odiosa. No sé qué hacer para que me perdone.

—No estoy enfadado. Y no tengo que perdonar nada —afirmó él con

una sonrisa dulce—. Además, he vivido muchos años fuera de Shanghái. Estoy acostumbrado a que me juzguen por ser diferente. Fui el único alumno chino de mi promoción en Cambridge, así que creo que con eso se puede hacer una idea de lo que fue. Pero no es solo eso. Ya en Shanghái no era como los demás. Soy una nota discordante. Siempre lo he sido y me temo que siempre lo seré.

Eliette quiso decirle que para ella no lo era, pero apenas lo conocía. A lo largo de las últimas semanas, durante sus charlas en cubierta, había descubierto su inteligencia, su dulzura, su bondad. Era un ser cálido, con una mirada pura que no juzgaba. Tal vez se debía a que estaba acostumbrado a que siempre lo despreciaran antes de conocerlo, a que lo etiquetaran y se formaran una imagen de él reduciéndolo a sus orígenes, o quizá había algo más que Eliette ignoraba.

Lo contempló, puesto que no sabía qué añadir. Se fijó en que la brisa despeinaba su cabello negro, desordenando sus mechones. Su expresión era serena, pero podía entreverse cierta melancolía en sus ojos, algo que antes no había apreciado. Quizá siempre había estado ahí, pero ella, tan ensimismada en sus propias emociones, no había sido capaz de verla.

En ese instante fue consciente de que no sabía cuáles eran las razones por las que Haosen estaba en aquel crucero. ¿Qué lo llevaba de regreso a su ciudad natal? A pesar de lo mucho que habían hablado, él no lo había comentado, pero la razón no tenía que ser sencilla. Él también había abandonado su vida en Europa, a sus amigos, quizá a alguien a quien amaba, para volver a Shanghái.

—Sé qué es ser una nota discordante, quedar fuera del encuadre de las fotografías —fue capaz de decir al final ella—. Y quizá por eso nos hemos acabado encontrando, señor Chen. ¿No le parece? Y por esa razón me gustaría que me llamara por mi nombre, que es Eliette.

—De acuerdo —accedió él, sonriente—. Yo me llamo Haosen.

Capítulo 3

Gran parte de los miedos de Eliette se disiparon cuando por primera vez vio aquella ciudad desde el barco. La fascinación los sustituyó rápidamente, ya que Shanghái se extendía por la orilla con majestuosos edificios de estilo europeo y aire modernista, salpicados de elementos tradicionales chinos en fachadas y tejados. Una niebla baja flotaba sobre la metrópolis, que se despertaba con los primeros rayos del sol, confiriendo al cielo una hermosa tonalidad dorada.

Se acercó a la barandilla y descubrió que en la ribera del río Huangpu había amarrados decenas de esquifes, arrastreros y sampanes con velas que le resultaron extrañas.

Alguien detrás de ella dijo en inglés que toda aquella área que vislumbraban era el famoso Bund, en el Asentamiento Internacional.

Haosen le había comentado que aquella urbe estaba dividida en varias zonas después de unos tratados con Occidente tras la guerra contra el Imperio Qing. Una de ellas era la Ciudad China, bajo el gobierno nacionalista de Chiang Kai-Shek; otra, el Asentamiento Internacional, formada por la unión de británicos y estadounidenses, y la tercera era la Concesión francesa, aunque también le dijo que Japón y una docena de países europeos habían obtenido ciertos derechos extraterritoriales en Shanghái. Además le explicó que si algo caracterizaba a estos lugares era que en ellos regían las leyes de cada potencia extranjera, de modo que aquella metrópolis estaba fraccionada por los intereses de unos y otros.

El crucero atracó en el muelle, los pasajeros se organizaron para ir desembarcando con su equipaje; y tras una larga espera, llegó el turno de Eliette y de su abuela de acceder a la pasarela con escalones que habían pegado al lateral del buque para descender a tierra firme. Se sorprendieron al descubrir que esta plataforma no estaba demasiado alejada de los edificios cercanos, en los que Eliette leyó nombres de hoteles que estaban en inglés, en francés y en chino.

Un hombre vestido de marinero les pidió su billete y se lo entregaron. Solo entonces fueron conscientes de que ya estaban en aquella ciudad, como si hubieran despertado de un confuso sueño.

Un arco azul y blanco con letras chinas separaba la aduana del resto del muelle. Al atravesarlo, Eliette vio a decenas de personas que se agrupaban para recoger a los recién llegados, entre los que había otros europeos, pero también chinos y japoneses.

Se sintió fascinada por el ritmo que emanaba la ciudad. Una cacofonía de bocinazos y otros chirridos hizo que localizara una calzada por la que circulaban coches, motocicletas e incluso varios vehículos de dos ruedas de los que tiraban personas con aspecto demacrado.

Una intensa curiosidad la invadió y de repente quiso averiguar y ver más. Caminó unos metros sin perder de vista al conductor de uno de estos extraños medios de transporte, que llevaba ropa bastante harapienta, apenas unos jirones cubrían su torso e iba, sorprendentemente, descalzo.

Detuvo el vehículo, un carro con capota negra, y a la parte de atrás subieron dos damas que lucían unos vestidos preciosos que llamaron la atención de Eliette. Desde aquella distancia pudo fijarse en que parecían de seda, se ceñían a los cuerpos de aquellas mujeres revelando sus curvas, y además tenían una abertura lateral que mostró sus piernas una vez que estuvieron sentadas. El conductor echó a correr internándose en una calle lateral y Eliette terminó por perderlo de vista.

«Cuando me reúna con Haosen, le preguntaré de qué se trata», pensó Eliette, curiosa. En ese instante, miró a un lado y a otro por si encontraba a su amigo, con el que había quedado que se despedirían una vez que se hallaran en tierra. No lo localizó, pero sí que se fijó en la presencia de un coche azul estacionado junto a la acera.

«Seguramente estará esperando a alguno de los pasajeros recién llegados», especuló mientras avanzaba.

Unos segundos después de ese pensamiento, tuvo que detenerse bruscamente cuando se percató de que, a un escaso metro de ella, había un hombre chino apoyado en el lateral de aquel coche. No pudo evitar que su atención se centrara en él. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza alzada. Lucía un uniforme negro con algunos elementos blancos o plateados en hombros y pecho y unas botas altas.

La piel de su rostro tenía un tono tostado, pero no solo se fijó en eso. También se percató de que llevaba el cabello rapado en las sienes y en la nuca, pero más largo y peinado hacia atrás en la parte superior, despejando la cara, que destacaba por sus facciones masculinas. En ese momento, como si se supiera observado, ladeó la cabeza y Eliette se quedó sin aliento. Era apuesto, con su nariz recta, sus cejas alargadas y su boca carnosa que tironeó hacia arriba en una osada sonrisa. Sus ojos, pequeños, eran almendrados con una

tonalidad que, a pesar de la distancia que los separaba, la sorprendió, puesto que resultaron ser marrones, a diferencia de los negrísimos ojos de Haosen.

¿Por qué se fijaba de ese modo? ¿Y por qué su cuerpo, que no había vibrado ni siquiera con la cercanía de Ephraim, ahora reaccionaba llenándose de algo ardiente, desconocido y sugerente?

Capítulo 4

Xiao Chufeng siempre estaba alerta. Era algo que había aprendido cuando vivía en la calle. Durante los años que sirvió a la Banda Verde, descubrió que estar alerta era la única forma de seguir vivo. Ahora que era inspector debía estarlo aún más, porque con cada caso que resolvía, más enemigos se granjeaba. Por eso ni siquiera allí, en el atestado muelle de Shanghái, podía relajarse.

Además tenía un sexto sentido, algo que no podía explicar, y eso fue lo que hizo que mirara en su dirección. A poco más de un metro de su coche, con una maleta en cada mano, luciendo una boina roja, un vestido azul y un abrigo color crema, descubrió a una mujer occidental, una de las tantas que había en la ciudad. Solo que esta le pareció diferente.

Llevaba el cabello corto por debajo de las orejas en una melenita negra sin ondular, la piel de su rostro era pálida y estaba cubierta de pecas, pero sin duda fueron sus ojos verdes, en un color muy claro, tanto que parecía gris, los que terminaron por llamar su atención.

Estaba acostumbrado a ver mujeres europeas o rusas, puesto que ocupaban y campaban por las concesiones o trabajaban en los clubs y en los cabarets que pertenecían a la Banda. Por eso no entendió por qué su primera reacción fue contemplarla, fijarse en ella, demorarse en los más nimios e insignificantes detalles (como la profusión de pecas o el cuello alargado) cuando sabía perfectamente que las extranjeras y los chinos no solían relacionarse. Y si lo habían hecho, no había salido bien.

Por eso él no malgastaba su tiempo con ninguna de ellas.

Y, sin embargo, por primera vez en su vida se sentía cautivado, intrigado. Como si las piezas del universo se hubieran ordenado en una clara dirección. De hecho, sin saber por qué, sus piernas reaccionaron y se estiraron. Su cuerpo dejó de apoyarse en el lateral de su coche y se irguió en toda su altura, sin dejar de contemplarla. Se dio cuenta de que ella lo evaluó y lo recorrió con esos enigmáticos

ojos grandes.

Alrededor de ellos, Shanghái rugía, lleno de vida y de caos, pero Chufeng lo olvidó por completo. Él, que siempre estaba alerta, incluso cuando disfrutaba de la compañía de alguna de las mujeres con las que salía, de repente había bajado la guardia.

«La occidental que me haría cometer errores», pensó, casi divertido. La sonrisa socarrona y un poco amarga curvó su boca cuando fue consciente de que lo que acababa de experimentar (eso tan extraño, atrayente y nuevo) terminaba allí, en ese preciso instante.

En una ciudad con millones de almas, no volverían a encontrarse. Así que le apartó la mirada, porque si había aprendido algo en la calle era que no valía la pena observar demasiado aquello que no va a tenerse.

Pero ella siguió contemplándolo, tan ensimismada que no se percató de que un grupo de soldados japoneses se le acercaba por detrás, hasta que recibió un empujón que la hizo vencerse hacia delante. Chufeng escuchó el ruido de las maletas golpear el suelo y con rapidez, impidió que ella cayera, agarrándola de los antebrazos.

No sabía en qué idioma dirigirse a ella, así que no le dijo nada, no le preguntó si se encontraba bien, solo se aseguró de que las plantas de sus pies tocaran de nuevo el suelo y entonces la soltó.

Aunque en realidad no lo hizo.

Ella había alzado la cara y lo estaba contemplando a escasos centímetros. Era más bajita que él y Chufeng tuvo que inclinar su cabeza para observarla también. Descubrió que tenía los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas y brillantes y la boca entreabierta. Se demoró, más tiempo del que debería, en contemplar sus labios, gruesos y rosados. Fue consciente de que no debía hacerlo, pero se sintió, por primera vez en mucho tiempo, codicioso, y se preguntó si lo que veía en ella, esa curiosidad e interés hacia él, eran sinceros y podían llevar a algo más.

Por suerte, la cordura respondió por él con un firme «no» y fue capaz de soltarla y alejarse. Solo dio un par de pasos hacia atrás, pero le parecieron un mundo. Como si hubiera interpuesto una ciudad entre ellos.

Y lo cierto era que, después de todo, aquella metrópolis que los había unido casualmente también los separaba.

Él era Shanghái, violento, sucio, lleno de pecados.

Ella era otra ciudad. No sabía cuál y no debía averiguarlo. Quizá era París, San Petersburgo o Londres; lo desconocía.

Ella venía de lejos y era distinta. Tenía otro sino. Y Chufeng nunca sabría cuál era.

Por eso apartó la mirada de ella y se la devolvió a su ciudad, que

siempre sería la única dueña de su porvenir; pero entonces, a unos metros, distinguió que se acercaba alguien muy familiar para él, a pesar de que habían pasado años sin verse.

Era su amigo, el pequeño Haosen, que lucía un elegante traje crema y un sombrero fedora. Detrás de él, un joven arrastraba un carro con dos baúles.

Con un primer vistazo se dio cuenta de lo muchísimo que había cambiado. Había madurez en su porte, en su forma de caminar. Chufeng quiso saludarlo, pero antes de que ninguna palabra escapara de su boca, vio cómo Haosen se dirigía a la mujer occidental. Ella, al oír su nombre (Eliette, le pareció escuchar), se giró, dándole la espalda por primera vez desde que se habían visto, y respondió afectuosamente al saludo de su compañero de juegos de la infancia.

Por suerte Chufeng hablaba inglés, así que logró entender qué se decían.

—¡Pensaba que no podríamos despedirnos, Haosen!

—¡Y yo! Me ha costado más de lo esperado desembarcar con tanto equipaje...

En ese instante, su amigo alzó los ojos y lo vio. Su rostro se transformó, pasando de la sorpresa a la alegría en cuestión de segundos.

—¿Chufeng *gēgē*[4]? —Echó a correr hacia él, pasando junto a la chica de ojos claros, que contempló el reencuentro con atención—. ¿De verdad eres tú?

—¿Tanto te ha cambiado Londres que ya no me reconoces? —bromeó Chufeng en su idioma natal, mientras intentaba mantener controlada su sonrisa.

—¡Si alguien ha cambiado, ese eres tú! —dijo señalándolo con ambas manos, demorándose en el uniforme de la policía—. ¿Desde cuándo formas parte del lado de la ley y el orden?

—Ven aquí, mocoso, que veo que aún no has aprendido a respetar a tus mayores —le respondió en el mismo tono de broma.

Se abrazaron, dándose palmadas en la espalda. Se conocían desde niños, desde que Haosen tuvo la mala suerte de encontrarse con unos matones del barrio que le dieron una paliza, y Chufeng, para rescatarlo, acabó liándose a puñetazos con todos ellos hasta que los nudillos le sangraron. Después de eso, solían verse para jugar en los callejones del barrio de la vieja ciudad china; y aunque no volvieron a mencionar aquello, Haosen siempre se sintió en deuda con él. Un niño huérfano y uno rico que dejaron a un lado sus diferencias y se volvieron cercanos.

Chufeng aún tardó años en descubrir todo el poder que el padre de su amigo tenía, ya que el viejo Chen poseía una de las hilanderías más

grandes de Shanghái, lo que le proporcionaba riqueza, estatus y, más adelante, le brindó la posibilidad de que su hijo estudiara en el extranjero.

Pero para mantener ese poder, como todo el que quería hacerlo en Shanghái, el padre de Haosen acabó recurriendo a la Banda Verde, a la que pedía protección y a la que pagaba generosamente por ella.

Fue así como Chufeng terminó por ser el guardaespaldas de Haosen hasta que se marchó a Londres. De eso hacía seis años. Y todo había cambiado tanto que le resultaba difícil asimilarlo.

Cuando se separaron, intercambiaron una mirada cómplice que expresaba que el cariño que sentían el uno por el otro seguía ahí, inalterable.

—Y ahora, Chufeng *gēgē*, déjame que te presente a mi amiga: la señorita Stern —le dijo en inglés para que ambos pudieran comunicarse.

Chufeng aún tardó unos segundos en centrar sus ojos en ella. Cuando lo hizo, sin embargo, se dio cuenta de que lo estaba observando con el mismo interés que antes. ¿Qué pensaría de él? Seguro que el uniforme le daba una impresión errónea. Para los extranjeros y los recién llegados, la Banda Verde y lo que significaba era algo desconocido. Con el tiempo lo descubrirían, puesto que como solían decir por allí: «Tarde o temprano, en Shanghái todo se acaba sabiendo».

Estaba seguro de que ella no podía ni imaginar quién era él en realidad, el apodo que tenía en los bajos fondos ni todo lo que había hecho para demostrar la lealtad a su dueño.

—Eliette, este es mi amigo Chufeng. Nos conocemos desde que éramos niños.

—Encantada —le dijo ella sin dejar de observarlo.

—Lo mismo digo —dijo él secamente. Luego apartó los ojos de ella y los centró en su amigo, porque no quería volver a reparar en la boca de ella ni demorarse más en descubrir sus facciones—. Tenemos que irnos, Haosen. He venido a recogerte para llevarte a casa. Tienes mucho de lo que ocuparte.

No le pasó desapercibida la sombra que se extendió por la mirada de su amigo. Fue consciente de que con la alegría del reencuentro no le había dado el pésame. A pesar de que había crecido rodeado de muerte, la de las personas que conocía siempre se le agarraba a la garganta y no se sentía sincero al expresar sus condolencias. Además, también sabía que la relación entre Haosen y su padre siempre había sido tensa, y la distancia y los años parecían no haber cambiado ese hecho.

—Sí, es cierto. Tengo que ocuparme de muchos asuntos —respondió esbozando una sonrisa triste—. Así que me temo que nos despedimos

aquí, Eliette, pero espero que volvamos a vernos.

—Sí, lo mismo digo —dijo ella, sonriendo de una forma que igualaba en tristeza a la de su amigo.

—Me pasaré por Hongkew a buscarte en cuanto pueda.

Hongkew. El barrio donde vivían los judíos, en Tilanqiao, alrededor del Parque Huoshan, al norte del canal de Soochow Creek, dentro del Asentamiento Internacional. Eso resolvía una incógnita de las que le habían surgido al mirar a esa mujer. A lo largo de los últimos años, varias personas como ella habían llegado a Shanghái huyendo de lo que estaba germinando en Europa.

—De acuerdo —respondió ella—. Esperaré esa visita.

—¡Eliette! —la llamó una anciana a unos metros.

—Bueno, tengo que irme, mi abuela me espera —dijo. Miró a Haosen y luego se atrevió a deslizar sus ojos hasta Chufeng, manteniéndole la mirada de nuevo—. Adiós.

—Adiós —respondió su amigo—. Hasta pronto.

El único gesto de Chufeng fue alzar un poco la barbilla en una despedida silenciosa, ya que él era una persona parca en palabras. En la calle nadie te escuchaba, y desde niño aprendió a cobijarse en su silencio. Ni los amigos ni las amantes que había tenido habían conseguido cambiar ese hábito.

La joven llamada Eliette se alejó de ellos a la carrera, y para Chufeng no pasó desapercibido que su abuela la recibió con gesto desabrido, evidenciando que no le gustaba que su nieta se relacionara con ellos.

—Bueno, Chufeng *gēgē,* creo que tienes mucho que contarme. ¿Quién ha tenido la deferencia de venir a recogerme?

—Soy el inspector de la brigada china de la Concesión francesa —confesó.

—¿Y yo qué voy a ser?

—Primero vamos a tu casa, luego hablamos del futuro.

Capítulo 5

Futuro. La palabra hirió en lo más profundo a Haosen, porque para él era oscura y estaba llena de espinas envenenadas. Sabía que su destino ya estaba sellado desde antes de embarcar, y aunque podía imaginarlo, quería que el golpe se lo asestara, cuanto antes, su mejor amigo.

Pero Chufeng no habló durante el trayecto hasta el corazón de la vieja ciudad china, donde la casa del padre de Haosen se alzaba tan imponente como la recordaba.

Su próspero negocio de algodón había propiciado que antaño el viejo Chen pudiera erigirse una lujosa villa dividida en cuatro naves inmensas conectadas por pasillos exteriores. Para acceder había que atravesar un jardín con un estanque en el que nadaban carpas de colores que llevaban allí desde que Haosen era niño. Aquellos peces habían acabado por sobrevivir incluso a su dueño. Bajo las turbias aguas y los nenúfares habían contemplado también la muerte de su madre y el sucesivo paso de concubinas que habían ido convirtiéndose en la segunda, tercera, cuarta y quinta señora Chen. La última no era mucho mayor que Haosen cuando su padre la llevó a casa desde Nankín.

—¿Dónde está la quinta señora? —le preguntó a Chufeng mientras accedía al salón principal. Allí aguardaban también una media docena de sirvientes, todos en fila, que lo saludaron con esmeradas reverencias.

Se detuvo, saludó al mayordomo jefe, les ordenó que se retiraran y echó un vistazo a su alrededor. Todo seguía igual: las paredes blancas tenían cuadros y litografías de la dinastía Qing, y al fondo había dos divanes de piel junto a una mesa donde habían colocado una fotografía de su padre, para recordar que era el señor y dueño de todo. Que seguía siéndolo a pesar de que su cuerpo se estuviera convirtiendo en alimento para gusanos.

—Se marchó a la residencia de Nankín después del funeral —le respondió su amigo—. El señor Du se ocupó de todo para que tuvieras la casa a tu completa disposición.

Haosen sonrió con tristeza. Cuando recibió la noticia de la muerte de su padre, estaba en Londres, viviendo una vida feliz y despreocupada. Se había labrado un nombre y una reputación en el hospital, a pesar de sus orígenes, y tenía pensado quedarse allí para siempre. Pero la piedad filial lo obligaba a regresar y a hacerse cargo de su herencia y del legado familiar, aunque lo odiara. Porque sabía lo que, tarde o temprano, implicaría.

No podía huir. Ya lo había hecho una vez. La excusa de estudiar en el extranjero le había dado la oportunidad y había vivido cada día fuera de Shanghái como si fuera el último, respirando una libertad que nunca podía alcanzar en su ciudad natal.

«Qué ironía que el lugar en el que todo el mundo cree sentirse libre sea una prisión para mí», pensó.

Avanzó hasta la última sala seguido de cerca por su amigo, porque sabía lo que encontraría allí. El altar de homenaje se erigía detrás de decenas de velas que permanecían encendidas llenando la estancia, en la que flotaba el aroma de la cera y el incienso. En el centro estaban las tablillas conmemorativas de sus padres junto a varias ofrendas.

Transformó las manos en puños y apretó los dientes.

¿Cómo se habían atrevido a ponerlos juntos después de todo lo que su *muma* había sufrido por culpa de los desmanes de su padre?

Odiaba esas tradiciones que seguían hiriendo a las mujeres aún después de muertas.

—Lo siento, *muma* —murmuró.

Chufeng colocó una mano sobre su hombro y apretó suavemente en una muestra de su apoyo silencioso, porque él era conocedor de todo. Estuvo con Haosen aquel terrible día en el que encontraron el cuerpo de su madre colgando del ginkgo del jardín.

Ese, que su madre se había quitado la vida, fue el primero de los secretos sobre el que Haosen había erigido su existencia. Aunque este no fue por iniciativa propia. Fue su padre quien insistió en contar una mentira para salvaguardar el honor familiar. Decidió referir que su madre había sido asesinada por un rival comercial, afirmando que no se había suicidado. La Banda Verde se ocupó de orquestar todo e incluso de encontrar al culpable. Como resultado, además, su padre se quedó con el molino del competidor y la Banda consiguió otra fuente de ingresos.

Los vivos salían ganando. Menos Haosen, por supuesto, que desde entonces no dejó de sentir rencor y desprecio hacia su padre.

Ni siquiera ahora, frente a la tablilla con su nombre, era capaz de perdonarlo.

Aun así, como buen hijo que era, se encaró al altar para arrodillarse y se postró hasta tocar el suelo con la frente. A continuación realizó el

sangui jiukoushou, arrodillándose tres veces seguidas y apoyando la frente en el suelo nueve veces.

Cuando terminó, se puso en pie y observó cómo su amigo también les rendía un homenaje a sus padres. Luego, Haosen encendió unas varillas de incienso para su madre y quemó varios billetes funerarios para que le llegaran a la otra vida.

—¿Has considerado no regresar? —Escuchó que le decía Chufeng.

—Me conoces bien —respondió contemplándolo—. ¿Recuerdas ese poema de Meng Jiao que leía cuando éramos niños? ¿El que mi madre adoraba? Se llamaba «Canción de un hijo viajero».

Haosen cerró los ojos y dejó que en su mente apareciera un recuerdo. Él, con la cabeza apoyada en el regazo de su madre, mientras ella le acariciaba el cabello con ternura y recitaba con su voz dulce:

El hilo en manos de una madre amorosa
se convierte en ropa en el hijo viajero.
Ella añade puntada tras puntada apretada hasta que él se va
y se preocupa por su regreso.
Una brizna de hierba se baña en el sol de primavera;
¿cómo puede su corazón del tamaño de una pulgada devolver tanto amor?

—Pero nunca llegó a verme marchar al extranjero. ¿Crees que ahora se alegra de mi regreso? —preguntó, con tristeza.

—No lo sé —reconoció el inspector—. Pero que estés aquí, que ahora seas el nuevo señor Chen, no es del todo malo. Puedes hacer las cosas de modo distinto.

—¡Oh, vamos, Chufeng! —replicó Haosen molesto—. ¿Cómo voy a hacer las cosas de manera diferente si debo continuar sirviendo a la Banda? ¿No es esa la razón por la que estás aquí? Sé quién te ha enviado y para qué. Pese a que ahora lleves uniforme, es solo un engaño, un trampantojo. —Se dio cuenta de que sus palabras fueron un golpe sin manos para su amigo, que alzó la cara, aceptándolo sin protestar—. ¿Qué otra opción me queda?

—Delega las hilanderías en alguien de tu confianza y ejerce de médico —le soltó Chufeng, que al parecer ya había previsto ese escenario y tenía una respuesta que favoreciera, como siempre, a los intereses de la Banda.

Haosen bajó los ojos y sonrió, pero no había ni un ápice de alegría en su expresión.

—La Banda Verde nunca pierde, ¿eh? —Deslizó la mirada de nuevo a la tablilla de su madre y le pareció ver que las llamas de las velas que quedaban bajo ella se estremecían levemente. Quizá su espíritu quería avisarlo de que si incumplía los deseos de la Banda solo tendría problemas, y no podía consentirlo. Quizá aquello era un mensaje de que tenía que claudicar. *Otra vez*—. De acuerdo. Esta ciudad es nuestra condena, Chufeng, y acaba por serlo de todo el que la pisa.

Esa es, sin duda, la mayor de sus abominaciones, así que supongo que solo nos queda rezar a nuestros muertos y vender nuestra alma a los vivos.

Capítulo 6

Mientras Eliette y Editha aguardaban la llegada de la tía Lila, descubrieron que había camionetas en las que muchos compatriotas subían. Por lo que oyeron, iban a ser llevados a la conocida como Embankment House, propiedad de Victor Sassoon, un hogar para refugiados judíos que tenía capacidad para más de dos mil personas. Al parecer era algo provisional hasta que encontraran nuevos lugares donde quedarse, pero la sola idea hizo que un miedo desconocido llenara cada recoveco de la mente de Eliette.

¿Por qué se estaban demorando sus familiares? ¿Qué sería de ellas si nadie venía a recogerlas? ¿Tendrían que esperar al siguiente barco y subirse en una de esas camionetas, ya que no sabían con qué frecuencia acudían a aquel punto donde se encontraban? Todo era incierto, oscuro y generaba un pánico terrible en su corazón.

—Abuela, seguro que sabían que veníamos, ¿verdad? —preguntó la joven.

—Sí, por supuesto. Envié una carta a mi hermana. Sé que vendrán, no te pongas nerviosa.

A pesar de las palabras de su abuela, la incertidumbre se agarró a la garganta de Eliette de nuevo. Durante las últimas semanas que estuvo en Berlín había vivido con ella. ¿Qué iba a pasar? ¿Quién los iba a vender? ¿Quién los iba a acusar de judíos a «los camisas pardas»? Cada vez que salía a la calle tenía que mirar por encima de su hombro, comprobar que no la seguían, vigilar qué palabras empleaba y con quién.

Y ahora en Shanghái volvía a sentirse igual: como un animalillo en una jaula, esperando que algo horrible les ocurriera.

Después de abandonarlo todo y pasar un mes entero en un barco, Eliette sentía que mantener la calma era cada vez más difícil. Hasta ese momento había sido capaz de ocultar su desasosiego y sus lágrimas delante de su abuela, pero ahora, recién llegadas a Shanghái, a escasos metros de la aduana, se sentía en mitad de ninguna parte.

¿Qué eran? Habían dejado su patria y su identidad parecía manchada, sucia.

Tanto ella como su abuela nunca le habían hecho daño a nadie y eso no sirvió de nada, ya que alguien, más poderoso y cruel, decidió que los suyos habían cometido crímenes imperdonables y eran merecedores del exilio o de la muerte.

Al parecer, ser inocente ya no servía de nada en este mundo.

Quería gritar que todo era injusto, que su vida, la de su abuela, las de Abraham y Ephraim tenían valor, pero allí de pie, comprendió que todo cambiaba tan rápido a su alrededor que parecía que a nadie le importaba. Fue consciente de que aunque alzara la voz y se desgañitara, a nadie le importaría.

—¡Editha!

Al escuchar el nombre de su abuela en mitad de aquel caos, la esperanza creció en su corazón, fuerte y poderosa, y venció a las sombras que estaban llenando su mente.

Buscaron el origen de aquella voz y vieron que a unos metros, con un discreto vestido gris y un pañuelo cubriendo el cabello, una mujer de sesenta años las saludaba, sonriente. Era la tía abuela Lila.

Hasta ese momento, Eliette tan solo la había visto en fotografías, en instantáneas de su abuela y de su hermana cuando eran jóvenes, antes de casarse y de emigrar.

Habían pasado más de cuarenta años separadas, y cuando se acercaron a ella, descubrió que la edad había otorgado canas y arrugas en igual medida a ambas, pero las circunstancias vitales de cada una habían alterado su constitución, ya que la tía Lila estaba más encorvada y delgada, mientras que su abuela, a pesar de los kilos que había perdido en el barco, poseía facciones más redondeadas.

Aun así, cuando estaban frente a frente, se fijó en que el parecido entre ellas seguía siendo asombroso: los mismos ojos azules y la sonrisa, cálida y humilde.

No tardaron en abrazarse, porque se habían echado mucho de menos. Los últimos años habían sido, además, difíciles para ambas; y aunque habían encontrado consuelo en las cartas que habían intercambiado, también habían añorado el bálsamo que suponía el contacto entre ellas.

Ni siquiera necesitaron palabras, pese a que Eliette sabía que estas llegarían, que ahora ya tenían tiempo para dejar que fluyeran, para hablar de las penas frente a frente.

Después de todo, habían logrado escapar, habían sobrevivido. La culpabilidad la golpeó de nuevo, con la misma violencia de siempre. Desde que abandonaron Berlín, los mazazos habían sido constantes, y sabía que siempre la acompañarían.

Mientras ellas estaban allí, junto al muelle de Shanghái, ¿dónde estarían Abraham y Ephraim? ¿Muertos, como creía su abuela? ¿O prisioneros en Dachau, como le habían dicho a ella?

—Eliette, déjame que te eche un vistazo —le dijo Lila, con la emoción impregnando su voz y su mirada—, estás hecha una mujer. Y eres preciosa.

Al abrazarla, descubrió que su tía abuela olía ligeramente a limón y a pan, y se sintió reconfortada. El viaje había sido extenuante, lleno de incertidumbre, y aún no sabía a qué se iban a enfrentar, pero durante los segundos que duró el abrazo, cerró los ojos y se concedió una tregua.

—¿No ha venido tu esposo? —le preguntó Editha.

—Tenía trabajo en el barrio. Pero lo veremos enseguida. ¿Nos vamos? Estaréis cansadas.

—Sí, vamos.

Su abuela y Lila encabezaron la marcha, y Eliette, con las maletas, las siguió mientras contemplaba cómo era la ciudad en la que se encontraban. Tomaron dirección norte, siguiendo el río, que desprendía un nauseabundo olor en algunas zonas, una mezcla de petróleo, algas y suciedad, que le revolvió el estómago hasta tal punto que sintió arcadas y acabó por cubrirse la nariz con la parte interna del codo. A medida que se acercaban a lo que su tía les dijo que se trataba de Soochow Creek, siguió descubriendo suciedad e inmundicia en los callejones, en los que alcanzó a ver mendigos esqueléticos que pedían limosna. Cruzaron un puente y siguieron avanzando unos minutos más.

—Esto es el distrito de Hongkew —les informó Lila.

Una vez en el corazón del barrio, Eliette descubrió, para su sorpresa, que el lugar no era tan malo como esperaba. No se parecía a Berlín, puesto que los edificios, de ladrillo rojo y gris, fusionaban la arquitectura asiática y europea en los frontones estampados y en los aleros ahorquillados, y no tenían más de dos alturas.

—Lo llaman la Pequeña Viena. Incluso tenemos una sinagoga no muy lejos de aquí —comentó su tía abuela.

A medida que callejeaban vio que en las primeras plantas de aquellos edificios había pequeños negocios: una pastelería, un par de cafeterías e incluso una barbería. Todo era muy básico, con decoración sencilla. Los lugares se anunciaban con carteles en hebreo y en mandarín y entre ellos había puestos callejeros de vendedores chinos que gritaban en su idioma mientras preparaban lo que a Eliette le parecieron tortitas en aceite. En las fachadas no había pancartas que prohibieran la entrada, como las que habían proliferado en los negocios judíos durante los últimos años en Berlín, ni nadie había

pintado burdamente en alemán la palabra «Jude» como había visto hacer a varios acólitos del partido de Hitler.

También pudo ver cocinas al aire libre con hornos de carbón, donde varias mujeres charlaban con un rabino y preparaban pan mientras que otras tendían prendas de lana en unas cuerdas que iban de una pared a otra del callejón.

A pesar de las circunstancias, habían logrado sobrevivir y habían establecido sus *heime*[5] en aquella ciudad.

—Es aquí —les dijo Lila, deteniéndose. Eliette descubrió que en la planta inferior de aquel edificio donde se iban a quedar había un café vienés. Se asomó y vio a gente charlando y comiendo pasteles. Todo parecía tan cotidiano, tan normal, que se sintió desconcertada—. Subamos.

Asintió y siguió a Lila y a su abuela por unas escaleras estrechas y mal iluminadas hasta un segundo piso en el que había varias puertas. El pasillo no era demasiado amplio y se imaginó que las viviendas que albergaba tampoco lo serían.

En cuanto su tía abuela abrió y pudo echar un vistazo al interior, sus sospechas fueron confirmadas. La estancia, de apenas unos cincuenta metros cuadrados, tan solo tenía dos camastros de metal, un pequeño armario y una mesa donde había útiles para cocinar, rodeada por tres sillas y un taburete. En las paredes, grisáceas, había tres o cuatro repisas con botes, vasos y frascos. Del centro del techo colgaba una lámpara con una sola bombilla.

—Hemos pensado que tu abuela y tú podéis compartir esta cama —le dijo Lila con naturalidad.

Mientras que su abuela había avanzado y se hallaba en el centro de la habitación, evaluándola, Eliette se quedó justo en el umbral, maletas en mano, paralizada.

El lugar era demasiado pequeño, aunque estaba limpio y ordenado. Tenía una ventana, a la derecha, por la que entraba algo de brisa fresca y el olor de la ciudad (pan, aceite e incienso), ya que estaba abierta.

—El baño es comunitario y está al fondo del pasillo. Por ahora no hemos tenido problemas porque hemos establecido un horario con las otras familias.

De repente, el aire se volvió denso alrededor de Eliette. Apenas podía respirar.

No sabía qué se iba a encontrar cuando embarcó, asustada y confusa, en Trieste, y durante el trayecto, la incertidumbre, la culpa y otras tantas cosas que había sentido le habían impedido plantearse cómo iba a ser el lugar en el que se quedarían. Suponía, ingenuamente, que dado que su tía abuela y su esposo llevaban años

en Shanghái, se alojarían en un lugar decente. Además, había vislumbrado atisbos brillantes del resto de la ciudad, en las Concesiones, y había creído que el destino, después de haber escapado milagrosamente de Berlín, les tenía reservado algo así para ellas.

Qué ingenua había sido.

Apretó los dientes e hizo el mayor de los esfuerzos para no llorar.

—¿Tenéis hambre? —les dijo Lila—. Seguro que sí. Sentaos, que os he preparado algo.

—¡Qué maravilla! —exclamó su abuela con entusiasmo—. Pasa, Eliette, no te quedes ahí.

Ajena a su propio cuerpo, Eliette obedeció. Dejó las maletas a un lado del camastro de la derecha.

—Podéis lavaros las manos. —Lila señaló una jofaina de cerámica en la que había agua junto a una pequeña palangana. Después de asearse como mandaba la tradición judía, Eliette se sentó sobre el taburete, mientras su abuela se acomodaba a su lado, en la silla.

En ese momento, la tía Lila colocó sobre la mesa una extraña olla de barro y al destaparla, un dulce aroma inundó la estancia.

—¡Son bolas de *matzah*[6]!—dijo su abuela sorprendida.

—Sí, pensé que os apetecerían.

—Por supuesto que sí, ¿verdad, Eliette?

Con un repentino nudo en la garganta, llena de nuevo de culpa y de compasión, solo pudo asentir en respuesta a lo que le había dicho su abuela.

—Pues a comer. Bendigamos estos alimentos —añadió Lila—. *Baruj Atá Adonai, Elohenu Mélej haolam, boré miné mezonot.*[7]

Eliette dejó que las palabras en hebreo abandonaran sus labios, pero las sintió lejanas, extrañas. Como aquella estancia, como aquella ciudad, como aquella Pequeña Viena, como su propia vida.

Capítulo 7

A lo largo de los últimos años, muchas otras familias judías provenientes de Alemania se habían establecido en Shanghái. Eso fue una de las primeras cosas que Eliette y su abuela descubrieron al poco de llegar a Hongkew. Entre esas familias había médicos de gran reputación, así que Eliette se ilusionó con encontrar un empleo trabajando para ellos. Sin embargo, prefirieron trabajar solos, en pequeños consultorios médicos dentro del mismo barrio o en algunos de los grandes hospitales de la ciudad. Eliette probó suerte en esos lugares, obteniendo también una respuesta negativa, ya que al parecer no había plazas para una enfermera, a pesar de que había sido precavida y había puesto en la maleta documentación suficiente como para demostrar sus credenciales.

El último rechazo fue el más doloroso, ya que la tuvieron horas esperando en uno de los pasillos y ella creyó que estaban evaluando su más que válida formación y que le darían una respuesta gratificante. Sin embargo, cuando el médico se dignó a aparecer, apenas levantó la mirada de unos papeles que portaba entre las manos y que Eliette alcanzó a ver que se trataban de un diagnóstico de algún paciente mientras se limitaba a decir:

—Lo siento, señorita, pero no necesitamos personal. Quizá más adelante.

Se sintió tan defraudada que no pudo replicar. ¿Más adelante? ¿Cuándo? Necesitaba encontrar un empleo para mantener a su abuela. No quería depender de la caridad. A pesar de que les habían aprobado la ayuda por parte del Comité Internacional de Inmigrantes Europeos, una organización humanitaria creada por el magnate sefardí Victor Sassoon, y de que habían recibido víveres, mantas y el primer cheque del Comité para la Asistencia de Refugiados Judíos gracias a la pudiente familia Kadoorie, no podían seguir dependiendo de ellos por mucho tiempo. Si la cosa en Europa se ponía peor y comenzaban a llegar más compatriotas, el dinero y las ayudas se acabarían. ¿Y entonces qué?

La tía abuela Lila y su esposo tampoco vivían de una manera muy desahogada y además estaban esperando la llegada de su sobrino y su familia, a los que tendrían que mantener.

¿En qué otra cosa podría trabajar? En el barrio había cafeterías, pequeños negocios y anticuarios, tal vez podía probar suerte allí.

Mientras llevara dinero a la mesa, poco le importaba de qué trabajar. O tal vez podría probar en la zona internacional, en el Bund, donde había tantos hoteles y edificios majestuosos. ¡Seguro que allí podría conseguir un empleo!

Con esa determinación se encaminó al Hotel Cathay, el más lujoso de la ciudad, que pertenecía a Victor Sassoon y estaba situado en el número 20 del Bund, dentro del Asentamiento Internacional. Tomó la Zhongshan Road, que discurría a lo largo de la orilla oeste del río Huangpu, y no tardó en llegar.

En esa zona volvió a sentirse fascinada por el ritmo de Shanghái, por esa mezcla de nacionalidades, idiomas y culturas que impregnaban cada esquina. Una ciudad que rendía pleitesía a la riqueza, al comercio y a lo extranjero, pero sin olvidar sus raíces, su verdadero corazón.

Un lugar donde nadie la veía con desprecio. Las últimas semanas en Berlín habían sido una pesadilla de susurros, miradas de soslayo y acusaciones en los ojos. Y luego había sucedido *aquello*. No quería recordarlo, porque entonces la culpa la invadía como si sus venas se llenaran de petróleo, y su corazón y sus pulmones se asfixiaban, negros y pesados.

Cuando se encontró a unos metros del Hotel Cathay, se maravilló con su altura, con la fachada en hormigón y hierro fundido, en la que podía apreciarse el estilo *art déco*, reconocible en la equilibrada presencia de elementos geométricos, en la cantidad de ventanas que podían contarse y en la majestuosa terraza que se intuía en el último piso y que estaba coronada con una cúpula de cristal.

Miró a un lado y a otro dispuesta a cruzar la calle, pero entonces vio que un coche negro frenaba cerca. De él descendieron con rapidez unos hombres vestidos de oscuro y se abalanzaron sobre otros que se hallaban a apenas un metro de Eliette.

Retrocedió instintivamente cuando vio que portaban cuchillos y hachas. El resto de los viandantes echaron a correr en dirección opuesta a la reyerta, que se volvió despiadada en cuestión de segundos.

Paralizada como estaba, se percató de que el objetivo de los atacantes era un hombre chino que lucía un traje tradicional.

Uno de sus guardaespaldas lo cubría con su cuerpo, a pesar de que estaba recibiendo machetazos. La sangre caía en todas direcciones.

Sonó un disparo y la bala atravesó al guardaespaldas e hirió al cabecilla, que se desplomó. El resto de sus esbirros, invadidos por el pánico, exclamaron algo en chino y se reorganizaron para protegerlo

mientras reptaba para esconderse tras un banco.

El hombre, que se hallaba a apenas dos metros de Eliette, la miró. Sus ojos se encontraron en ese frenesí desesperado y ella supo que tenía que actuar. Se quitó el pañuelo que lucía al cuello y corrió hacia él.

—¡Soy enfermera! —gritó en inglés cuando se dejó caer de rodillas a su lado. Luego lo repitió en francés, puesto que era vital que aquel hombre la entendiera para que le permitiera ayudarlo. Él asintió, lo que hizo que Eliette se apresurara a evaluar su estado: la herida estaba localizada en el brazo izquierdo y de ella manaba sangre profusamente.

Asió el brazo de aquel hombre sin más dilación y cubrió la lesión para frenar la hemorragia. Una vez que hubo terminado, alzó la cara y miró en derredor. Justo en ese instante un coche azul llegó al lugar, frenó violentamente y de él se apearon varios hombres uniformados que abrieron fuego.

Con el primer disparo, Eliette se cubrió los oídos con las manos y cerró los ojos.

Si tenía que morir, prefería no ver la cara de su asesino. Aguardó, con el corazón latiéndole desesperadamente, ansioso por vivir, aferrándose a aquellos segundos que Eliette creyó los últimos.

Pero el tiempo se alargó y fueron unas manos cálidas en sus antebrazos las que hicieron que Eliette abriera los ojos. De cuclillas frente a ella, mirándola con cierta sorpresa, estaba el amigo de Haosen. En cuanto lo reconoció, en su cabeza parpadeó su nombre: Chufeng.

—Señorita Stern, ya ha terminado todo —dijo en francés, hablando muy despacio.

Con delicadeza la ayudó a ponerse en pie y luego la soltó. Cuando lo hizo, cuando dejó de sentir aquel contacto cálido que atravesaba el tejido de su gabán, Eliette fue consciente de que todas sus extremidades se sacudían.

Se miró las manos, los dedos temblorosos, manchados de sangre, y los encogió con tanta fuerza que le dolieron los huesos. Se clavó las uñas en las palmas, alzó los ojos y se fijó en Chufeng, que seguía contemplándola.

No supo entender qué había en aquella mirada masculina ni por qué quería averiguarlo. Sin embargo, no tuvo ocasión, puesto que una voz llamó la atención de su acompañante.

Se trataba del hombre al que Eliette había ayudado. Se encontraba de pie, a unos metros, rodeado por los guardaespaldas que habían sobrevivido. Fue entonces cuando ella desplazó los ojos haciendo un barrido y comprobó que los cuerpos de los asaltantes yacían en el

suelo con heridas de bala en la cabeza. Los charcos de sangre se extendían bajo ellos y se conectaban a través de ríos rojos que rozaron las puntas de los zapatos de Eliette.

La sangre era tan densa y brillante que lanzaba destellos bajo el sol de mediodía.

«Así que esto es el verdadero Shanghái», pensó. Para su sorpresa, no se sintió horrorizada ante el descubrimiento.

—Señorita Stern —la llamó Chufeng. Eliette se obligó a alzar la cara y a centrar los ojos en el hombre que le hablaba. Mirarlo a él, que estaba vivo, y olvidar toda la muerte que había alrededor.

Lucía, como el día que lo conoció, el uniforme negro de la policía. Los elementos de plata que adornaban el cuello de la casaca y los hombros destellaron un poco cuando él se movió hacia ella con urgencia.

Eliette no entendió por qué lo hizo hasta que volvió a asirla por los antebrazos, sujetándola, evitando que se cayera porque, al parecer, estaba a punto de desmayarse.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Chufeng con calidez. A pesar de lo sucedido, de los nervios y el miedo, pudo apreciar el timbre de la voz de aquel hombre. Sonaba grave y oscura, un poco rota.

—Sí, sí, lo siento —dijo al cabo de unos instantes—. Estoy bien, gracias.

Solo cuando él se aseguró de que se mantenía en pie volvió a soltarla. Acto seguido se alejó, interponiendo entre ellos algo más de un metro, pero a pesar de la distancia, Eliette seguía percibiendo en sus fosas nasales su aroma masculino, con notas de bergamota y tabaco.

—Señorita, ¿puede decirme su nombre? —le preguntó el hombre al que había ayudado, en un francés que sonó muy decente.

—Me llamo Eliette Stern, señor.

—¿Nueva en Shanghái?

—Sí, llegué hace unas semanas.

—¿Y dónde se aloja?

—En Hongkew, con mi abuela.

—Hongkew, ya veo —replicó aquel hombre asintiendo con la cabeza—. Me gustaría hacerle llegar una recompensa por haberme auxiliado. Chufeng se encargará de ello. Ya le he dado instrucciones.

Eliette asintió, aturdida, aunque logró decir:

—G-gra-gracias.

Aquel hombre asintió en respuesta y, tras unos instantes, se dirigió a Chufeng en chino, a lo que este respondió uniendo sus manos e inclinándose en una especie de reverencia. Acto seguido, se marchó con sus guardaespaldas supervivientes hasta un coche que alguien había estacionado cerca.

Solo una vez que se encontró de nuevo frente a Chufeng, este le dijo:

—Señorita Stern, venga conmigo a la comisaría de la Concesión francesa y allí le explicaré a quién ha ayudado.

Capítulo 8

Chufeng no quería mirarla demasiado y apenas lo hizo en el recorrido hasta la Concesión francesa. Pero cuando su compañero detuvo el vehículo en el control para mostrar el pase y las identificaciones, se atrevió a observarla por el espejo retrovisor. Eliette tenía su atención en el paisaje que quedaba junto a su ventanilla y parecía impresionada por lo que se intuía al otro lado de las verjas que cercaban esa zona de la ciudad.

A Chufeng le sucedió lo mismo cuando vio por primera vez las mansiones y las villas blancas con jardines en los que había plantas importadas de Europa y que florecían llenando el aire de una mezcla de aromas que hablaban de opulencia, a diferencia de cómo olía el barrio donde él había crecido, al otro lado del Huangpu, en Pootung. La Concesión, o una gran parte, era una réplica de los arrabales de París, o eso le habían dicho a él algunas de sus amigas que se relacionaban con hombres de negocios franceses.

Ahora, contemplando a Eliette, descubrió que no sabía muy bien cómo sentirse. Aquella mujer, que apenas llevaba semanas en Shanghái, acababa de darse de bruces con el verdadero poder que gobernaba la ciudad, y él sintió cierta pena por ello.

No pudo evitar que a su mente volviesen aquellas frases de Haosen frente a las tablillas conmemorativas de sus padres.

«Esta ciudad es nuestra condena, Chufeng, y acaba por serlo de todo el que la pisa. Esa es, sin duda, la mayor de sus abominaciones».

Más temprano que tarde, la verdadera cara de la ciudad emergía; e incluso alguien como Eliette, que huía de un infierno, era consciente de que estaba a las fauces de otro.

«Qué curioso es descubrir por primera vez el inframundo en el que he vivido toda mi vida en los ojos de otra persona», pensó.

Cuando accedieron al despacho, que era una estancia enorme en la segunda planta, desde la que se veía la entrada y el aparcamiento, Chufeng tomó asiento detrás de su mesa y esperó unos instantes a que

ella preguntara la razón por la que la había llevado hasta allí. Como no lo hizo, la contempló y se dio cuenta de que estaba mirando todo con curiosidad. Y él, como si evaluara por primera vez también su propio despacho, lo recorrió con la mirada. A ambos lados había ventanales por los que entraba la luz del sol que se vertía sobre los sofás de piel situados en el centro de la estancia, junto a una mesita en la que una tetera humeaba. Siempre había té recién hecho para él, aunque no era su bebida predilecta. Suponía que era Wang Fei, la secretaria, quien lo preparaba, a pesar de que no lo había ordenado, en una de esas muestras de una constante y silenciosa seducción que a él no le interesaba.

La mirada de Eliette se posó en una puerta cerrada a la izquierda del todo. Aunque ella no lo sabía, era la que daba acceso a la consulta médica, pero también a los pasillos que conducían a la sala de interrogatorios y más allá, a la zona más apartada de la estación de policía, donde se hallaban las celdas y una habitación de tortura. Por suerte, no descubriría lo que en muchas ocasiones hacían entre aquellas paredes en pos de la justicia y de los intereses de unos y otros.

Se sorprendió a sí mismo deseando que no averiguara más. Tenía que alejarla de aquella vida, de la violencia oculta que latía y discurría por debajo de las entrañas de aquel lugar, porque el corazón de Shanghái estaba lleno de crueldad y la ponzoña se extendía por la ciudad y acababa contaminándolo todo.

Había presenciado apenas una leve dosis de muerte a pleno día y estaba seguro de que no era capaz de imaginar lo que sucedía cuando caía la noche.

Deseó mantenerla alejada y supo que, para ello, lo mejor era cumplir con lo que le había encomendado el señor Huang Jinrong y luego hacer que ella se marchara. Cuanto antes.

Así que dijo:

—Señorita Stern, por favor, siéntese.

***

Aquella voz que tan atractiva le resultaba la devolvió al momento presente y la hizo fijarse de nuevo en él. Mientras ella observaba el lugar, que le pareció más limpio y ordenado de lo que esperaba, su acompañante había tomado asiento y la contemplaba con un gesto serio e indescifrable.

Sin apartar la mirada de él, se sentó en una silla tapizada en seda frente a una enorme mesa de madera oscura. Con disimulo se fijó en que en la superficie había una lámpara, un tintero y plumas, documentos escritos en chino y un teléfono. En un perchero colgaban

varias chaquetas de hombre.

El lugar era sobrio, masculino, y el aroma que flotaba era el de Chufeng, evidenciando que estaban en su territorio, donde él ostentaba un poder que ella vislumbró desde que bajaron del vehículo y se sucedieron saludos y reverencias por toda la comisaría.

—Como ha podido deducir, ha ayudado a alguien relevante —comenzó a decir él—. El señor Huang Jinrong es un líder muy importante en ciertos ambientes y su opinión es respetada. Y quiere que le entregue una recompensa.

—¿Una recompensa? Soy enfermera, solo he hecho mi trabajo.

Chufeng, visiblemente desconcertado por las palabras de ella, aún tardó unos instantes en responderle:

—Aquí valoramos mucho el coraje. Y usted ha sido valiente hoy, señorita Stern. ¿O no es consciente de que podría haber muerto?

Eliette bajó la mirada unos segundos, asumiendo la realidad tras aquellas palabras. Había actuado por impulso, y solo una vez que lo había hecho y se hallaba en el centro de la refriega, había sopesado la idea de que podía morir; era cierto, pero ahora, sentada en aquel despacho, tras haber escapado —de nuevo— de un destino horrible, fue consciente de todo. Rememoró los machetazos que había presenciado, la sangre, el olor a pólvora y ese momento en que había esperado la muerte con los ojos cerrados, y para su sorpresa, esta no había llegado. En su lugar había aparecido Chufeng, quien la había recogido con un movimiento tierno, sujetándola por los antebrazos, como el día que se conocieron. Tocándola pero a la vez no, de tan leve como había sido su gesto. Eliette no sabía cómo explicarlo. Él la había rozado justo lo necesario para anclar sus pies al suelo o para levantarla, como si la devolviera a la vida, encauzando su destino que tantas veces la zarandeaba últimamente.

Alzó la cara y centró su atención en aquel hombre que había frente a ella y que parecía contener el aliento, aguardando su respuesta.

—¿Cuánto se me pagará? —Decidió ser práctica, porque él parecía incómodo, como si cada minuto que ella se había demorado tuviese que ser recuperado.

—¿Cuánto quiere?

—¿Lo dice en serio? —preguntó ella, sorprendida.

—El señor Huang Jinrong ha sido tajante al respecto. Lo ha ayudado y eso es un cheque en blanco para usted.

—No soy avariciosa —sentenció Eliette, un poco molesta.

—No lo parece, desde luego —replicó él, sincero.

—¿Cómo lo sabe?

—Soy un gran juez de carácter. Uno que además no suele equivocarse en sus impresiones —dijo él.

—¿De verdad? ¿Y se puede saber qué piensa de mí?

—¿Quiere saberlo? —preguntó Chufeng, curioso.

—Me gustaría saberlo, sí.

—Creo que es una mujer inteligente, que nos tolera —explicó él al cabo de unos instantes—. No nos juzga a nosotros, a los chinos, ni siquiera después de lo que ha visto hoy. Nos trata como iguales, y eso aquí, en Shanghái, hay quien no lo hace.

Eliette pensó en todo el lujo y en los hoteles que había visto en el Asentamiento Internacional, luego por su cabeza pasaron las imágenes de las villas de mármol que había vislumbrado en aquella parte de la ciudad donde se encontraba ahora; en las mujeres occidentales en los parques, sentadas junto a otras como ellas, empujando carritos de bebé o charlando cómodamente, como si siguieran en Europa. ¿Se podía vivir en Shanghái y mantenerse en una burbuja e incluso considerarse mejor que los nativos? Supuso que era posible. Su abuela lo pretendía, desde luego. Mantenerse en Hongkew con los suyos, protegida de lo diferente, de lo ajeno.

Y sin embargo ella... se sentía demasiado cautivada con el verdadero corazón de aquella ciudad, con los latidos que percibía.

—Ni siquiera parece sorprendida ante lo que ha sucedido hoy a plena luz del día.

¿Cómo iba a estarlo? Su capacidad de sorprenderse se había empequeñecido hasta casi desaparecer después de cómo había cambiado todo a su alrededor en Berlín.

Había aprendido que el mundo era un lugar enrevesado y cruel en el que no podía ser débil ni honrada. Tenía que ser egoísta. Velar por ella y por su abuela, asegurarse de que no les faltaba de nada, porque ya no sabía qué podía depararles el futuro.

En Berlín había ignorado las advertencias de Abraham de que vendrían tiempos difíciles, de que el corazón de la gente se estaba ennegreciendo. Aquella noche tan trágica, de la que prefería no acordarse, él le había dicho que tenía que prepararse para lo peor. ¿Cuál había sido la respuesta de Eliette? Un silencio condescendiente y unas palabras que se habían convertido en su condena.

¡Cuánto había cambiado todo desde entonces!

Había miles de kilómetros entre ella y Berlín y parecía que cada uno de ellos había puesto también una distancia entre la Eliette del pasado y la del presente, transformándola en alguien nuevo que no reconocía.

Porque ahora, la oportunidad de una recompensa, a pesar de que intuía que estaba manchada de la oscuridad que emergía de los bajos fondos, le parecía atrayente, necesaria. Un salvavidas.

Imaginaba, además, que ignorarla o rechazar esa ocasión podía suponerle problemas. Y no quería más. Se habían librado de ellos

abandonando Alemania y no deseaba enfrentar otros. No se sentía capaz.

—Mi vida ha cambiado tanto los últimos meses que creo que ya nada me asombra, señor.

—Entonces… —Chufeng sacó una llave de su bolsillo, se inclinó y abrió un cajón del escritorio para sacar billetes y unas monedas de plata—, aquí tiene su recompensa. En Shanghái se aceptan dólares o *taels*, pero me imagino que dado que Hongkew se encuentra en el Asentamiento Internacional, los primeros son los que más le interesan.

—¿Un inspector de policía tiene tanto dinero a mano? —No pudo evitar preguntar.

Él esbozó una sonrisa de medio lado, cargada de ironía.

—Dice que nada la sorprende, pero aun así, hace ese tipo de preguntas. ¿No ha llegado a una conclusión ya?

—Sí, lo he hecho. He deducido que quizá usted también ayudó a alguien poderoso y que, como recompensa, este lo colocó donde está ahora, manejando este asunto y otros para él.

—Veo que ha comprendido con rapidez cómo funciona esta ciudad.

—¿Y vale la pena? ¿La lealtad incondicional?

—En mi caso sí —confesó Chufeng—, entonces ¿cuánto quiere?

—¿Qué está sucediendo aquí? —Escucharon una voz detrás de ellos.

Capítulo 9

Los dos se giraron a la vez y se encontraron con que Haosen, que lucía una bata blanca de médico y entre las manos llevaba unas carpetas, acababa de acceder al despacho.

—¡Haosen! —exclamó Eliette, poniéndose en pie, feliz de verlo.

Él sonrió con dulzura, del mismo modo que había hecho a lo largo del mes que habían compartido en el barco, lo que hizo que Eliette sintiera de nuevo esa conexión con él, esa paz de espíritu que la inundaba cuando estaban juntos.

Fue consciente de lo mucho que lo había echado de menos. A lo largo de las últimas semanas había pensado a menudo en él, deseando volver a verlo, preguntándose dónde se encontraría.

También se sentía mal por no haber averiguado dónde vivía, pero durante el viaje, él había sido hermético en muchas cosas y ella no había querido insistir para no incomodarlo. Así que se había dicho que tenía que dejar en manos del destino su reencuentro.

Y así había sido.

—Me alegro mucho de volver a verte —le dijo ella con sinceridad.

—Y yo, Eliette. Me habría gustado ir a visitarte a Hongkew, pero he estado muy ocupado. Ahora trabajo aquí.

—Ya veo. —Ella le dedicó una sonrisa amplia mientras señalaba su bata—. Te favorece.

Un ligero rubor cubrió las mejillas de su amigo, que aceptó el halago con una sonrisa gentil y un cabeceo.

—¿Y tú, cómo has acabado aquí?

—Ha ayudado al señor Huang Jinrong —intervino Chufeng, del que se habían olvidado.

Para Eliette no pasó desapercibida la sombra que cubrió los ojos de su amigo, apagando repentinamente el brillo en ellos. Fue entonces cuando la evaluó, tomó sus muñecas y contempló sus manos. Tanto las mangas del abrigo como los dedos estaban manchados de sangre ya seca, de la que Eliette no había sido consciente hasta ese momento, tan aturdida como estaba por todo lo sucedido aquella mañana.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí —dijo ella mirándose por primera vez las manos llenas de sangre—. No es mía.

—Ven, vamos a lavarlas. —La tomó de la muñeca y con delicadeza tiró de ella hacia la puerta cerrada que Eliette había visto a la izquierda del despacho. Lo abandonaron, seguidos por Chufeng, y no tardaron en acceder a otra estancia que resultó ser la consulta médica.

Haosen la condujo hasta una pila de mármol; y mientras ella contemplaba el lugar, de tamaño mediano, con paredes pintadas en verde claro y muebles blancos, él abrió el grifo y el agua fría cayó sobre su piel, espabilándola de golpe.

—Gracias —le respondió. A un lado había una pastilla de jabón que no tardó en alcanzar.

Después de un lavado concienzudo (con las manchas de la tela no pudo hacer nada) descubrió que Chufeng le tendía una toalla blanca. La agarró y se lo agradeció en un murmullo.

Estaba un poco aturdida y las atenciones que recibía de aquellos dos hombres estaban formando un nudo en su garganta. No quería llorar, así que bajó los ojos y apretó de nuevo los dientes para controlar el llanto.

Miró a su alrededor para evaluar la estancia y descubrió que había un ventanal por el que entraba la luz y una ligera brisa que hacía ondear unas cortinas en un tono crema. También se fijó en que en las paredes había colgadas litografías en chino y dibujos de anatomía. En cuanto a muebles, no había demasiados: un escritorio con una silla, un armario donde debían estar los suministros médicos y una camilla detrás de un biombo.

—No es muy grande —dijo Haosen—, pero por ahora me ha servido.

A Eliette no le pareció un mal lugar donde trabajar. Estaba limpio, aséptico y ordenado, y en el aire flotaba el aroma de los productos desinfectantes.

—Me gusta —reconoció ella—. No es muy diferente de la consulta en la que ejercía en Berlín.

—Probablemente porque Haosen le ha dado un aire occidental desde que se instaló —reconoció Chufeng.

—A diferencia del médico anterior —respondió el aludido—, no trato a los pacientes con medicina china, así que creo que la consulta tenía que ser una declaración de intenciones al respecto.

En ese momento, una joven que lucía una blusa y una falda plisada entró en la consulta con una bandeja en la que Eliette pudo ver una tetera humeante y varias tazas de cerámica con un delicado dibujo.

También se dio cuenta de que la atención de la muchacha se centró exclusivamente en Chufeng, al que se dirigió en su idioma natal.

Este le respondió señalando la mesa del escritorio, donde ella dejó la bandeja antes de despedirse con inclinaciones de cabeza.

—Deberías darle las gracias —dijo Haosen una vez que se hallaron de nuevo a solas. Se dirigió a la mesa, agarró la tetera y vertió su contenido en las tazas—. La señorita Wang se desvive por ti, Chufeng. Me parece que está enamorada.

Eliette deslizó sus ojos hasta el inspector de policía, curiosa por ver su reacción. ¿Sentía él algo también por aquella muchacha o era unilateral?

Para su sorpresa, Chufeng estaba contemplándola. A ella.

—Pues a estas alturas, ya debería saber que no debe perder el tiempo conmigo —dijo con voz queda.

—Porque no eres serio con ninguna mujer, ¿verdad? —añadió Haosen.

—Exacto. Con ninguna —respondió este, pero bajó la mirada unos segundos antes de caminar hasta la mesa para asir su taza de té.

—Toma, Eliette, bebe un poco de té caliente. —La voz de Haosen la hizo apartar su atención de Chufeng y lo agradeció, a pesar de que las preguntas que se estaba haciendo sobre él (¿no había ninguna mujer en su vida? O, por el contrario, ¿había muchas?) plagaban su mente.

—Gracias —le dijo a su amigo. Sopló sobre la superficie de la bebida y unos instantes después se la llevó a los labios. Era dulce, floral y le gustó mucho. Era lo más exquisito que había probado desde que llegó a Shanghái. El nudo de su garganta se deshizo, y antes de que pudiera darse cuenta, sintió lágrimas calientes rodar por sus mejillas.

—¿Eliette? ¿Qué sucede? —le preguntó Haosen con dulzura al descubrirla llorando.

Chufeng, alarmado, se acercó también y la contempló mientras ella trataba de que el llanto cesara y de que las palabras se abrieran paso a través de su boca. Pero durante un buen rato no consiguió ninguna de esas dos cosas.

Se sintió avergonzada por llorar de nuevo. A lo largo de las últimas semanas había contenido las lágrimas, porque no había tenido ningún momento de intimidad y no quería que su abuela la viera así, asustada y frustrada por las circunstancias que les había tocado vivir. Se sentía una ingrata, porque habían escapado de Berlín, habían encontrado un techo, tenían comida, agua e incluso una sinagoga, pero había muchas carencias (tantas) que le estaba costando acostumbrarse. Se quejaba de ellas en silencio, para sí misma, mientras sonreía y agradecía, poniendo buena cara. Pero a veces, se sentía sobrepasada.

Y ahora, delante de dos desconocidos y una taza de té, no fue capaz por más tiempo de contener toda la tristeza que había ido llenando, gota a gota, su corazón.

—Eliette, tranquila, cuéntanos qué pasa —le dijo su amigo,

tendiéndole un pañuelo de tela en el que alcanzó a ver unas grullas bordadas.

Se secó el llanto con él, suspiró un par de veces, tranquilizándose, llenándose de valor, y cuando se sintió bastante fuerte, habló:

—Es que nada es como esperaba —confesó—. Aunque no es que hubiera pensado qué iba a encontrar aquí. Tú lo sabes bien, pero en el viaje estaba tan asustada que no pensé en nada más. Sin embargo, solo quería que Dios nos hubiese reservado un poco de suerte al llegar aquí. Pero parece que a Él ya no le importa el destino de los míos, aunque seamos inocentes. Mi abuela dice que esto es una prueba que nos ha enviado, todos en el barrio lo dicen, pero yo solo quiero que pase ya. Y eso hace que me sienta egoísta y culpable, porque yo estoy viva, pero sé que otros no han tenido tanta suerte.

Al terminar, se atrevió a contemplar a sus acompañantes. Ambos la miraban con gesto serio, pero había matices en sus expresiones. En la de Haosen reconoció la misma que durante el viaje: había comprensión y empatía, porque él también parecía apenado con su propia suerte; sin embargo, no pudo entender muy bien la actitud de Chufeng. ¿La miraba con compasión o con rechazo?

Se preguntó qué tipo de vida llevaba él. Si era inspector y estaba acostumbrado a la violencia que había visto aquella misma mañana, supuso que sería un hombre curtido, hecho a sí mismo, de los que odiaban a las personas pusilánimes como ella.

Le apartó la mirada con rapidez, creyendo que la despreciaba.

—Entiendo cómo te sientes y es normal estar triste. Y es legítimo estar enfadado con el destino cuando consideras que ha sido injusto, Eliette —le dijo Haosen con dulzura—. ¿Tan difícil es la vida en Hongkew? Háblame de eso.

—Nos estamos alojando con la hermana de mi abuela y su esposo, hemos recibido ayudas por parte del señor Sassoon y de la familia Kadoorie, pero es provisional. Además, unos familiares han logrado escapar de Polonia y están de camino y también se alojarán con nosotras, con todo lo que eso supondrá. Pero... Supongo que tengo que adaptarme y ya está. Con un poco más de tiempo, me acostumbraré, estoy segura —afirmó más para sí misma que para los demás, como si decirlo en voz alta lo hiciera real—, lo único que quisiera es encontrar trabajo. He visitado hospitales y consultorios, pero no hay plazas disponibles.

—¿Y por qué no trabajas aquí? —la sorprendió diciendo él.

Eliette lo contempló durante unos instantes, preguntándose si había oído bien.

—¿Qué has dicho?

—Necesito una enfermera, alguien que haya ejercido y conozca la

medicina occidental. Aunque no es un trabajo fácil —aseveró—. Trataremos a presos cuando estos tengan que sobrevivir hasta que confiesen sus crímenes, también a algunas víctimas si es necesario, y realizaremos autopsias para colaborar con las investigaciones que se lleven a cabo. ¿Entiendes, Eliette? ¿Entiendes qué tipo de trabajo es este?

Había tristeza en sus palabras, y una rabia sumergida que emergía en la modulación de las frases, en aquellas dos preguntas finales que flotaron en el ambiente. Eliette comprendió que él la entendía, que su amigo estaba pasando por lo mismo que ella. Alguien había decidido por ellos y les había arrebatado lo que más amaban, sesgando su pasado y arrojándolos a un futuro tan injusto como precario.

—Sí, lo entiendo. Y puedo hacerlo —dijo al cabo de unos instantes —. No te arrepentirás de haberme contratado.

—Entonces, ya está decidido. Chufeng se encargará de concretarlo. ¿Verdad, *gēgē*?

Chufeng. Escuchar su nombre hizo que recordara que seguía allí, a un par de metros. Cuando lo miró, lo que vio en sus ojos hizo que transformara sus manos en puños y bajara la cara, porque estuvo segura de que la odiaba, de que no quería que trabajara allí.

Pero ella tenía que sobrevivir. Fuera como fuera.

Por eso no pensaba renunciar ni a la recompensa ni al trabajo que acababa de conseguir.

Capítulo 10

Las cosas no siempre salían como uno quería. Chufeng, que había tenido la suerte en contra desde que era un niño, lo sabía muy bien. Estaba acostumbrado a los reveses, a los planes que se iban al garete, a lidiar con demasiadas cosas.

No hacía ni una hora que se había propuesto alejar a Eliette de allí, apartarla de su vida. Y nada de eso debería haberse complicado, ya que solo tenía que darle la recompensa y acompañarla hasta el límite de la Concesión.

Pero la intervención de Haosen había arruinado su plan.

Ella, por supuesto, tan desesperada como estaba, había aceptado el trabajo de inmediato, y eso implicaba que descubriría quién era él y lo que era capaz de hacer.

Había deseado (con una intensidad desconocida) que no averiguara qué había al otro lado de la puerta de su despacho, ni qué se cocía en el corazón de aquella comisaría, pero, una vez más, sus deseos se habían torcido.

Aunque lo que ella supiera y sintiera no debería importarle. A pesar de que no dejaran de cruzarse, sus vidas distaban demasiado la una de la otra. Solo serían conocidos, ni siquiera llegarían a ser cercanos; lo tenía claro. Su único punto en común era Haosen, pero eso no haría que las diferencias entre ellos se redujeran ni desaparecieran. Siempre estarían ahí, separándolos.

Y eso estaba muy bien. ¡Más que eso! Era perfecto, porque así Chufeng eliminaba cualquier resquicio de deseo y de curiosidad hacia ella, y se libraba de cometer errores. No le cabía ni la menor duda de que si bajaba la guardia y permitía que Eliette Stern se asomara a su vida, acabaría cometiéndolos.

Primero, para protegerla; luego, para hacerla creer que, a pesar de la sangre derramada y el alma rota, aún valía la pena; y más tarde, para que ella se enamorara perdidamente de él.

La sola idea era ridícula, pero estaba ahí. Creció rápida en su mente; un anhelo feroz y despiadado, que era como él estaba acostumbrado a sentir todo.

Sin embargo, tenía que enterrar ese pensamiento. Por el bien de los dos.

Podía hacerlo. Incluso si coincidían en la comisaría, lo harían esporádicamente. Y, además, se aseguraría de que el tiempo en su presencia fuera escaso.

—Chufeng —lo llamó entonces su amigo—, ¿me estás escuchando?

No sabía cuánto rato había estado inmerso en sus pensamientos, pero cuando contempló a Haosen, este sonreía con cautela.

—¿No me has oído? Estábamos hablando de las propiedades que mi padre adquirió en Tianzifang.

—¿Qué? —preguntó con brusquedad—. ¿Qué sucede con eso?

—He estado revisando las escrituras de lo que mi padre me dejó y he descubierto que además de las hilanderías, dispongo de varias viviendas por la ciudad. Lamentablemente, ninguna de ellas está en el Asentamiento Internacional ni próxima a Hongkew, pero sí que tengo unas cuantas cerca de aquí. ¿Sabes de qué te hablo?

—Sí —respondió Chufeng, con la boca repentinamente seca, porque se imaginaba qué derroteros estaba tomando la conversación y quiso detenerlos, aunque no tenía ni el poder ni la capacidad para hacerlo —. Conozco bien el lugar del que hablas.

—El contable de mi padre tiene que facilitarme en breve todos los contratos de alquiler, pero creo que me mencionó que hay algún *shikumen* libre en este momento.

No. No podía ser.

Chufeng pestañeó, atónito.

—Sé cuál es, conozco la ubicación del que queda libre —fue capaz de decir.

—¿En serio? —Haosen cruzó los brazos sobre el pecho, y si Chufeng no hubiera estado tan nervioso, habría apreciado el brillo socarrón en sus ojos—. No esperaba menos del inspector jefe. Supongo que no hay nada en la Concesión francesa que escape a tu control, ¿verdad?

—No, no es eso —articuló con dificultad—. Es que yo me hospedo ahí, junto al que queda libre.

Cuando la verdad, dicha en voz alta, inundó la consulta, creyó ingenuamente que su amigo recapacitaría y no llevaría a cabo la absurda idea que había tenido.

—¡Entonces es perfecto! Puedes velar por Eliette y su abuela cuando se instalen.

El corazón de Chufeng suspendió todos sus latidos durante unos instantes.

Sabía que ella lo contemplaba, pero no se permitió que sus ojos la buscaran. Rechinó los dientes y bajó la cara, hundiendo las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Entonces, si no hay objeciones —escuchó que decía su amigo, al que de repente quería asestar un puñetazo—, ¿qué os parece si vamos a ver el lugar?

—Por mí, perfecto —dijo ella con un tono que sonó titubeante. A pesar de que no la contemplaba, sabía perfectamente que ella lo estaba observando a él, e imaginó que parecía contrariada por su actitud, que se había vuelto hostil.

Quizá estaría arrugando la frente con decepción, o quizá aguardaría con el aliento contenido, preguntándose si lo que había intuido (que él no la quería cerca) era cierto.

Eso era lo mejor, sin duda. Que creyera que la odiaba, que la consideraba una molestia. Porque así se aseguraría de mantener las distancias, ya que primero el destino y luego el condenado Chen Haosen no hacían más que entrelazar sus caminos y traicionarlo.

Capítulo 11

Diez minutos después se internaban en el interior de un laberinto de callejuelas que Haosen le explicó que eran conocidas como *lilong*, o *longtang*, como las llamaban los nacidos en Shanghái. Eliette descubrió que estos callejones rebosaban vida comunitaria, y por lo que averiguó, aunque su propósito inicial fue alojar a los refugiados de las provincias vecinas, acabaron siendo el albergue de artistas, escritores e incluso de comunistas, antes de que el gobierno los persiguiera.

Cada residencia, de dos plantas, tenía una fachada de ladrillo gris con zonas lacadas en rojo (similar a las que había visto en Hongkew) y se caracterizaban porque había arcos coronando cada puerta y las sobreventanas de madera tenían preciosas e intrincadas celosías con elementos chinos.

En el ambiente olía a jengibre, a incienso y a basura; al olor que ya empezaba a reconocer como el de Shanghái.

—Este tipo de construcción es un *shikumen,* que significa «puerta con marco de piedra» —explicó su amigo, mientras señalaba el dintel de piedra tallada que adornaba la parte superior de cada entrada.

Atravesaron un patio con vegetación para llegar al corazón de la vivienda, en la que se hallaba una sala de estar. A ambos lados de esta se encontraban dos estancias, un dormitorio y una cocina a la derecha, con una puerta que permanecía abierta y que daba a otro patio trasero donde alcanzó a ver que se almacenaban trastos que seguramente pertenecerían a los anteriores propietarios.

—¿Qué te parece, Eliette? ¿Te gusta?

—Es maravillosa. Tiene tanta luz y es tan espaciosa. —Quería decir más cosas, pero las palabras no se ordenaban en su mente. Podía imaginarse allí con su abuela, tranquilas y felices, recuperando la intimidad que tanto había echado de menos durante las últimas semanas. Después de todo por lo que habían pasado, parecía que pudiera ver una luz al final del túnel.

Y pensaba aferrarse a ella.

—¿Crees que pueda mudarme con mi abuela hoy? —se apresuró a decir.

—Claro —respondió Haosen, sonriente—. Podemos acompañarte ahora mismo a por ella, ¿verdad, Chufeng?

Eliette se atrevió a contemplarlo. No lo había hecho desde que abandonaron la comisaría, porque su reacción allí le había hecho daño. Era más que evidente que no la quería cerca. Había sido amable con ella solo por obligación (por esa lealtad de la que hacía alarde), y ella había creído ver algo más, pero al final había resultado una decepción.

Más tarde analizaría por qué, pero ahora tenía que enfrentar un nuevo cambio para ella y su abuela. Chufeng no era importante.

—No es necesario que él nos acompañe —se apresuró a decir—. Estoy segura de que el inspector está muy ocupado ahora mismo. —Acto seguido se colgó del brazo de Haosen, que se sorprendió por el gesto, pero no la rechazó, y tiró de él en dirección a la puerta. Tenía que salir de allí fuera como fuera, sin que el desprecio y el odio de Chufeng la hirieran más.

***

Cuando entró en el pequeño apartamento de Hongkew, ya tenía claro qué decir y cómo, porque no podía desaprovechar aquella oportunidad que parecía caída del cielo.

—¡Ah, hola, Eliette! ¿Ya estás de vuelta? ¿Cómo ha ido? —le preguntó su abuela.

Agradeció que su tío abuelo no estuviera allí, e imaginó que seguramente había salido a hacer alguna chapuza en el vecindario o a comprar, pero se sentía más segura con aquellas dos mujeres y tenía mucha más confianza para expresarse libremente.

—He encontrado trabajo —dijo, pero el tono de su voz fue tan bajo, tan apagado, que su abuela no se alegró, puesto que sabía que a continuación venía un «pero».

—¿Qué ha pasado?

—*Bobe* —Eliette se arrodilló en el suelo frente a la silla que su abuela ocupaba y tomó su mano. La tenía un poco fría—, esta mañana ha habido un tiroteo en el centro y he tenido que intervenir.

Era consciente de que su abuela no aprobaba que hubiera elegido la enfermería, al igual que en su día hizo su madre. Le había hecho el mismo reproche decenas de veces, a pesar de que sabía que era su vocación, y era una batalla perdida, pero sorprendentemente, en esta ocasión, no le recriminó su actuación, solo guardó silencio, expectante. Aunque Eliette supo que su abuela se había dado cuenta de las manchas de sangre que había en las mangas de su gabán.

—Y las consecuencias de mi ayuda han sido inesperadas. ¿Recuerdas a Haosen? Lo conocimos en el viaje. Pues está trabajando

como médico en la comisaría y necesita una enfermera que sepa de medicina occidental. Me ha ofrecido trabajo —dijo sin atreverse a mirar a su abuela.

Eliette aguardó un nuevo reproche, o que le exigiera más explicaciones, que tratara de convencerla de que lo rechazara, pero las palabras no llegaron. Al alzar la cara, se encontró con que Editha la contemplaba con resignación. Al instante comprendió que no se debía a que por fin hubiera aceptado su profesión, la que Eliette tanto amaba, sino que ambas eran conscientes de que no tenían más opciones.

En Shanghái, cualquier oportunidad, por peligrosa que fuera, había que aprovecharla, sobre todo si de ella dependía el destino de dos mujeres sin pasado ni futuro.

—*Bobe*... —dijo Eliette conteniendo las lágrimas que amenazaban con inundar sus ojos.

—Ojalá las cosas fueran diferentes y yo pudiera cuidar de ti —respondió su abuela, que también hacía grandes esfuerzos para no llorar—, pero no soy más que una vieja inútil.

—Ya has trabajado bastante, *bobe*. Gracias a ti, a tus ahorros, vinimos aquí y estamos vivas, así que de ahora en adelante seré yo la que se encargue de todo. También he encontrado un sitio donde vivir. Vamos a recoger nuestras cosas.

—¿Qué? —preguntó entonces Lila—. ¿También vais a marcharos?

Antes de responder, Eliette contempló a su abuela, que permanecía en silencio, asimilando la otra parte de la noticia. Se dio cuenta de que fruncía los labios, pero de ellos no escapó ninguna palabra. Tampoco iba a oponerse a eso.

—Tía, todos sabemos que este lugar es muy pequeño y que estamos esperando a tu sobrino y a su familia. Pueden utilizar nuestros colchones y nuestro espacio para ellos.

—Aun así... —protestó su tía abuela—, ¿dónde vais a vivir? ¿Está dentro del barrio?

—Está en... la Concesión francesa. He estado hoy, *bobe*, y es un sitio muy acogedor. El lugar también pertenece a Haosen y nos permite vivir en él. Aún no he hablado de los detalles del alquiler, pero seguro que es asumible.

—No me parece aceptable —replicó su tía Lila—, por favor, Editha, convéncela. Es mejor que os quedéis en el barrio, entre los nuestros.

Eliette contempló de nuevo a su abuela. Si se oponía, estaba dispuesta a contarle por qué debía alejarse y las razones que tenía para ello, empezando por su propia seguridad, pero también porque no se sentía tranquila con el tío Isaac cerca, no después de cómo lo había descubierto mirándola. Pero cuando su abuela tomó su mano y la apretó dulcemente, supo que aprobaba su decisión. Porque no

quedaba otra opción. Así de desesperadas estaban.

Eliette comprendió que podía haberle mentido, que podría haberse inventado cualquier cosa y su abuela lo habría aceptado. La realidad de sus vidas las había golpeado de tal manera que ahora no podían permitirse indecisiones ni remilgos.

Lo que en Berlín era impensable, en Shanghái se había vuelto necesario para su supervivencia.

—Pues voy a recoger las cosas —dijo Eliette, sorprendida de que no se hubiera echado a llorar todavía.

—¡No! ¡No! —Su tía Lila la agarró de los antebrazos impidiendo que se moviera. Cuando Eliette la miró, descubrió que negaba frenéticamente con la cabeza—. No os podéis marchar. No está bien.

—¿Por qué no? He encontrado un buen trabajo y también os podré ayudar.

—Isaac no lo permitirá —decía su tía—. No es seguro que salgáis del barrio. No sabes lo que pasó hace años. Aún me atormenta lo que vi. El Kuomintang[8] asesinó a miles de trabajadores no muy lejos de aquí. Son unos salvajes —soltó a Eliette y se dirigió a su hermana, que permanecía sentada en el sillón—. Por favor, *a-jot*[9], escúchame. No podéis iros de aquí. Ahora también hay japoneses por todas partes.

—Lila... —musitó su abuela.

—No va a pasarnos nada —dijo Eliette, aunque supo al instante que acababa de decir una mentira. ¿Qué le depararía el futuro? A lo mejor su vida acababa al día siguiente, o tal vez al otro. En una ciudad como aquella, en la que había visto con sus propios ojos que la muerte emergía en pleno día y se llevaba almas con un rápido movimiento de su guadaña, no sabía qué sería de ella.

Pero ¿y de su abuela? En ese momento, fue consciente de que quizá sacar a su abuela de allí era exponerla a los peligros de la ciudad. Confiaba en Haosen, le había gustado el lugar donde iba a quedarse, pero ¿y si no era seguro? La gente con la que se había cruzado era china, hombres sobre todo, y al final ellas eran dos mujeres solas en una vivienda a la que podía accederse con facilidad.

Sintió que el miedo la paralizaba de nuevo. Pero entonces, pensó en él. En Chufeng, que habitaba en el domicilio contiguo y, además, era inspector de policía. Aunque la había mirado como si la odiara, sabía que era un amigo leal y que por Haosen haría cualquier cosa, incluso protegerla, aunque no fuera de su agrado.

Así que se decidió. Metió sus pocas pertenencias en las maletas, las cerró rápidamente, las agarró y se plantó delante de su abuela, a la que su hermana trataba de convencer con desesperación.

—Abuela —la llamó—, te prometo que estaremos bien. Y creo que Dios nos ha puesto esto en nuestro camino. Tengo esa certeza. Así que,

por favor, confiemos en sus designios.

Capítulo 12

A última hora, porque el día había sido complicado, Chufeng abandonó la comisaría y acudió al complejo de juegos y entretenimiento llamado The Great World, ubicado en la esquina de Avenue Edward VII y Yu Ya Ching Road, donde su amigo lo había citado. Al entrar descubrió que, como siempre, el ambiente vibraba. El lugar, construido en 1928, pertenecía a Huang Jinrong, uno de los líderes de la Banda Verde.

Su amigo se hallaba en el primer piso, sentado en la barra. A medida que se acercó a él, algunas de sus amigas lo saludaron, otras le recordaron que hacía tiempo que no las llamaba, pero también intercambió discretos saludos con otros miembros de la Banda Verde, que se ocupaban de varias tareas en las diversas plantas del edificio.

—Me he tomado la libertad de pedirte un vaso del mejor whisky de la casa —le dijo Haosen en cuanto tomó asiento a su lado.

Chufeng sonrió al tiempo que negaba con la cabeza. Sabía qué significaba aquella invitación. Siempre algo a cambio.

—Seguro que tienes muchas preguntas —siguió diciendo Haosen—, ¿no es cierto?

—En realidad, solo tengo una. ¿Por qué la ayudas tanto?

Haosen cabeceó mientras le daba un largo sorbo a su copa. Chufeng se preguntó cuántas llevaba ya, aunque por el brillo de sus ojos imaginó que no era la primera que ingería.

—Porque Eliette me recuerda la vida que he perdido. Cuando hablo inglés con ella es como si aún estuviera en Londres, lejos de esta prisión.

Chufeng tomó la copa y se la llevó a los labios, saboreándola despacio.

—Para ti, Shanghái es libertad, siempre lo ha sido, incluso a pesar de que tu alma y tus manos tienen dueño —siguió diciendo su amigo, ante lo que Chufeng no se sintió ofendido—, pero para mí no es más que una tortura. Aquí no puedo ser yo.

—¿Por qué no? —preguntó Chufeng al fin—. El viejo Chen ya no está.

Siempre había creído que el principal problema de Haosen era su progenitor, el odio que sentía hacia él y la presión por todas las obligaciones que suponía ser el único heredero del negocio, pero ahora, viendo a su amigo tan afectado, fue consciente de que quizá había algo más. Algo que desconocía.

—Sí, tienes razón. El viejo Chen ya no está, pero eso no significa que me pueda librar de lo que se espera de mí.

—¿Y por qué quieres librarte?

La pregunta salió sola, y Chufeng se sintió como si interrogara a uno de los sospechosos que pasaban a diario por su comisaría. Siempre daba en el clavo con sus pesquisas, sabía leer las expresiones y descifrar los silencios de la gente, y eso le permitía llegar a conclusiones acertadas y desentrañar la verdad.

Y la de Haosen no debía estar muy lejos de la cuestión que acababa de lanzarle. Sobre todo por cómo reaccionó. Le apartó la mirada, se puso en pie y dijo, de espaldas a él:

—Solo te pido que cuides de ella. Sé que Eliette no es parte de mi vida anterior, sé que solo es una muchacha con la que he pasado un mes en un barco, pero es lo último que atesoro de mi libertad y quisiera preservarlo. —Se alejó unos metros, con andares torpes, consecuencia del alcohol ingerido.

Su amigo se apresuró a seguirlo. Fuera, un *rickshaw* aguardaba. Chufeng le hizo un gesto al conductor para que se aproximara. Una vez que lo hizo, no dudó en agarrar a Haosen por la cintura y ayudarlo a subir en el carruaje.

—Llévelo a la mansión del viejo Chen —le dijo al conductor.

Echó un vistazo a su amigo y se lo encontró encogido en la esquina del vehículo, abrazándose a sí mismo. Le recordó a la primera vez que lo vio mientras aquellos matones del barrio lo golpeaban. Se quitó la cazadora y se inclinó hacia el joven para cubrirlo con ella.

—Haosen… Algún día tendrás que contarme qué te sucede en realidad —musitó cerca de su rostro sin saber si su amigo lo escucharía o no.

Acto seguido, pagó al conductor generosamente y se quedó un buen rato en la acera hasta que perdió de vista al *rickshaw*.

Ya se le habían ido las ganas de beber, así que metió las manos en los bolsillos de sus pantalones y echó a andar hacia la Concesión francesa.

La camisa que llevaba era demasiado fina y el frío que se había cernido sobre la ciudad en cuanto cayó la noche la atravesaba y acariciaba su piel, pero no apresuró el paso, ya que así lograba despejar y organizar sus pensamientos.

Estaba acostumbrado a ese clima, puesto que fueron muchos los

años que vivió en la calle. Ahora, su vida era otra. Tenía todo lo que podía desear. La Banda le proporcionó dinero en abundancia a cambio de trabajos de todo tipo y él lo había invertido aquí y allá, obteniendo ganancias que le permitían lucir buena ropa y poseer un coche y una moto importados.

El dinero y el prestigio también conllevaban otras cosas y ponían al alcance de su mano a todas las mujeres que deseara.

Pero hacía un tiempo que estaba cansado de eso: de las citas con bellas mujeres que acababan con un desahogo rápido y frenético en alguna esquina o en alguno de los apartamentos de sus amigas. Nunca en el suyo, ya que hasta ahora no había llevado a ninguna a su casa.

Su hogar, en el que no pasaba demasiadas horas, era su refugio.

Y ahora, por culpa de la lealtad a unos y a otros, dos mujeres, occidentales y judías para más señas, se habían establecido en la casa contigua y él tenía que velar por su seguridad.

Desde que a primera hora de aquella mañana se había despedido de ella para irse a la comisaría, no había vuelto a verla, ya que Eliette y su abuela tenían que terminar de instalarse. Aunque no habían llevado mucho con ellas, Haosen se había encargado de que les mandaran muebles y, por lo que Chufeng sabía, Eliette se había quedado supervisando las labores de descarga y montaje.

«Seguro que está acostada», pensó al recordar que eran más de las diez de la noche. Sin embargo, cuando atravesó el arco que daba al jardín delantero de la vivienda, la vio, ya que el muro que separaba ambas casas apenas tenía un metro de alto. Estaba sentada en el escalón de la entrada de su *shikumen.*

Los pies lo frenaron en seco al localizarla allí. Descubrió que se abrazaba las rodillas y miraba hacia el escaso trozo de firmamento que podía verse entre tejados y cables.

Podía engañarse a sí mismo y decirse que no le parecía preciosa, pero él no era de los que se mentía. Nunca lo había sido.

Desde que la vio por primera vez fue capaz de apreciar su belleza, sus ojos claros y enormes, su boca con forma de corazón y su piel palidísima. Pero había algo más. La atracción inicial, la realización de que era hermosa, solo eran pequeños detalles en todo el conjunto que ahora empezaba a descubrir, porque Eliette era inteligente, despierta y también valiente. Y leal.

Las mujeres con las que Chufeng se codeaba tenían mucho que perder y solían entregar su devoción al que más las beneficiara. Eso era lo que uno tenía que hacer en Shanghái si quería sobrevivir. No podía culparlas.

Quizá por eso no se implicaba demasiado. No después de Niao Niao.

Aún se reía cuando lo pensaba. La mujer que lo había traicionado

había sido la que le había hecho valorar más a las manos que tiraban de su correa.

Chufeng apreciaba la lealtad, porque marcaba un camino si uno andaba perdido y te permitía dormir por la noche con la conciencia tranquila, a pesar de lo que hubieras tenido que hacer en su nombre.

Cuando miraba a Eliette veía a una mujer honrada, fiel a sus principios. Y eso era peligrosamente atrayente.

Haosen le había dado razones para protegerla, pero en ese momento, contemplándola, se dijo a sí mismo que él tenía las suyas propias para velar por ella.

Capítulo 13

En el preciso instante en que Eliette se dio cuenta de la presencia de Chufeng, se le aceleró el corazón. Quizá fue por la forma en la que lo descubrió observándola, o porque se fijó en que no llevaba el uniforme de policía, sino unos pantalones negros ajustados, unas botas de caña alta, una camisa blanca y unos tirantes. La ropa dejaba intuir que había músculos fuertes debajo y realzaba su impresionante altura. Tenía las manos en los bolsillos de sus pantalones y alzaba un poco el mentón.

—¿No puede dormir? —le preguntó.

Eliette se puso de pie y se arrebujó en su abrigo, que era demasiado ligero para aquel clima, pero fue el único con el que había podido escapar de Berlín.

—No demasiado —confesó ella.

Chufeng avanzó, atravesando el sendero pavimentado que se abría paso a través del jardín, y se detuvo frente al muro que separaba ambas propiedades.

—¿No les gustan los muebles que ha encargado Haosen?

—Al contrario, me encantan. —Eliette esbozó una sonrisa amarga—. Tengo hasta mi propio armario y eso hace que me sienta culpable.

—¿Por la familia que se ha quedado en Hongkew? —Dedujo él.

—Sí. El apartamento en el que viven es pequeño y solo tenían un armario para todos; y ahora, además, están esperando a unos familiares, así que la situación se va a complicar aún más.

Chufeng frunció los labios, pero no dijo nada. Eliette no quería seguir regodeándose en su autocompasión, así que decidió cambiar de tema: —¿Ha olvidado su chaqueta?

—Se la he dejado a Haosen, que estaba borracho en un *rickshaw*.

—¿Un *rickshaw*?

—Seguro que ha visto a hombres que tiran de pequeños carruajes por toda la ciudad.

—¡Sí, sí! Pero no sabía qué nombre tenían —respondió ella—. ¿Haosen está borracho? ¿Por qué no lo ha acompañado a su casa?

—Nadie va a hacerle daño aunque esté más borracho que una cuba

—reconoció él, sonriente.

—¿Por qué? ¿También cuenta con su protección?

—Por supuesto —afirmó él.

—Así que se pasa la vida protegiendo a unos y a otros, ¿no?

Chufeng bajó la cabeza y se rascó la mandíbula.

—¿No va a responderme? —Quiso saber ella.

Cuando él alzó los ojos, no sonreía. La afabilidad que había visto en su mirada unos instantes antes había desaparecido.

—Señorita Stern, le ruego que no me idealice.

—¿Por qué no?

—Porque puedo protegerla a usted, a su abuela y a Haosen, pero soy alguien que siempre ha estado dispuesto a hacer lo que sea necesario para sobrevivir y no quiero que luego... —Pero se calló, bajando la cara.

—¿Que luego qué?

—Que más adelante me tenga miedo —confesó.

Eliette se sorprendió ante sus palabras, pero no se movió. Se limitó a mirar sus ojos. La luz de una farola cercana los iluminaba y le permitía ver el color de sus pupilas y la tonalidad más clara de algunos mechones de su cabello. Dedujo que eran consecuencia del sol, porque su piel también tenía un tono tostado, al menos en el rostro, en el cuello y en las manos, que era la única que podía ver.

¿Estaría bronceado en el resto de su cuerpo? En cuanto fue consciente del pensamiento, se ruborizó. ¿Por qué se le había ocurrido? Bajó la cara para ocultar su sonrojo, porque sabía que igual que ella podía apreciar cada detalle en Chufeng, si él la miraba con atención, como solía hacer, descubriría el color que habían adquirido sus mejillas.

—Debería entrar y acostarse —dijo él entonces—. Es tarde.

—Es cierto —respondió Eliette azorada—. Buenas noches.

—Buenas noches, señorita Stern.

No debía hacerlo, pero se desobedeció a sí misma y le echó un último vistazo. Chufeng estaba bajándose los tirantes en un gesto rutinario que le resultó muy sexy. Cuando vio que él se llevaba las manos al cuello de la camisa y soltaba el primer botón, no se demoró más y cruzó el umbral a la carrera.

Él ponía distancia. Se mantenía alejado de ella y le había pedido que no lo idealizara, porque había hecho cosas en su pasado de las que quizá no se sentía orgulloso. Así que debía tenerlo presente.

Él solo tenía que cuidar de ella. Y Eliette solo tenía que trabajar, ganar dinero, ayudar a su abuela y sobrevivir en aquella ciudad.

No podía añadir más complicaciones a su vida y sabía que desear a alguien era una de ellas.

Capítulo 14

Cuando Haosen abrió los ojos, la borrachera había desaparecido. Aún le quedaba el regusto a whisky en la boca, pero estaba despejado del todo. Miró a su alrededor para ubicarse y descubrió que la mansión de su padre, porque nunca la consideraría suya, se alzaba imponente y un poco tenebrosa al fondo de la calle, y que él mismo estaba sentado en un *rickshaw*, cuyo conductor aguardaba a un lado fumando un cigarro. Sobre su propio torso descansaba la chaqueta de Chufeng, que desprendía sutilmente el aroma de su amigo mezclado con el cuero de la prenda.

«Maldito imbécil», pensó, un poco complacido, porque le gustaba que este siguiera cuidando de él a pesar de todos los años que habían pasado distanciados.

Conociendo a Chufeng, sabía que había pagado bien al culí para que le permitiera dormir la borrachera en su vehículo.

Cuando se movió, la espalda se le resintió por haber estado encogido, y eso le confirmó lo que sospechaba.

Ni siquiera tenía que preguntar la hora para cerciorarse de que probablemente había pasado un buen rato durmiendo a escasos metros de su casa.

Bajó del carruaje y se dio cuenta de que no quería entrar en la villa que ahora le pertenecía, así que decidió deambular un poco más por el barrio. Se colgó la chaqueta de su amigo del brazo y tomó la calle de la derecha.

En aquella zona, Shanghái exhibía sin pudor sus pecados. A lo largo de toda la calle Nanjing, decenas de mujeres ataviadas con ajustados *cheongsam* aguardaban con aspecto aburrido a posibles clientes, mientras a su lado, las *amah* recitaban a los transeúntes la lista de encantos de sus protegidas. Sobraba decir que entre las cualidades que pregonaban colaban varias obscenidades que encantaban a los extranjeros, marineros americanos o europeos que se creían poderosos porque llevaban un manojo de billetes en la cartera.

Pero en aquel lugar no solo podías encontrar sexo, también había un fumadero de opio, cuyo aroma escapaba cuando la clientela entraba o salía del local y rozaba los rostros de los viandantes al pasar, como si

fuera el mismo demonio y pretendiera tentarlos con caricias de dedos invisibles.

Haosen pasó de largo, porque era conocedor de lo que esa droga hacía a las personas. Lo había visto en su hogar; y ahora, de regreso en la ciudad, había comprobado que muchos de los que acababan en la enfermería de la comisaría eran consumidores habituales.

Alejándose del bullicio de la calle y de sus pecados, siguió avanzando hasta llegar a un pabellón llamado «Tres peonías». Se sorprendió de que aún siguiera en pie.

—Caballero —le dijo un hombre que permanecía junto a la entrada—, ¿le gusta la ópera? Estamos representando la obra *Historia de la serpiente blanca*. La entrada son tan solo dos dólares, pero le aseguro que no encontrará ninguna interpretación como la que ofrecemos. ¡Acabamos de llegar de Beijing!

Haosen titubeó. La última vez que había estado allí no era más que un adolescente. Desde que vio su primera ópera se sintió fascinado por los colores, por las telas y los detalles de los *xingtou*[10], por la combinación del *jinghu*[11], del *yueqin*[12], de los platillos y de los diversos gongs y por las voces de los cantantes que contaban y escenificaban aquellas historias con un talento incomparable. Por eso no dudaba en escaparse de casa para colarse en aquel pabellón.

Lo había hecho decenas de veces, tantas que sabía de memoria las letras, los compases y el ritmo de las canciones; y, por supuesto, la disposición del local. No fue hasta más tarde que comprendió por qué se sentía atraído por todo aquello. Quién era la causa de su amor por aquel mundo.

Sumergido en recuerdos, sacó dos dólares y se los dio al portero, que los aceptó con una sonrisa.

A pesar de la hora que era, el lugar estaba abarrotado. El escenario, delante de un telón bordado conocido como *shoujiu*, era una plataforma cuadrada expuesta al público por tres lados.

Localizó la mesa en la que descansaban varios instrumentos musicales que se utilizaban en la actuación, y que era la zona donde los músicos se colocaban. Durante unos instantes se dedicó a contemplar los farolillos rojos que colgaban del techo, las preciosas celosías de madera que bordeaban el escenario y el motivo, un precioso pavo real rodeado de nubes, ricamente bordado en el *shoujiu*.

Ocupó un asiento en primera fila. Quiso dejar la chaqueta de Chufeng en la silla libre que quedaba a su izquierda, pero antes de que pudiera hacerlo, alguien se sentó. Decidió echarle un vistazo para ver qué tipo de persona era, ya que no había tenido la cortesía de preguntar si aquel lugar estaba libre. Pensando que sería alguien borracho o maleducado, ladeó la cara y centró sus ojos en él, porque

de reojo había intuido que era un hombre.

Tenía un rostro ovalado y con facciones un poco rudas pero equilibradas, que destacaban por los pómulos altos, la nariz estrecha, la boca fina y los ojos almendrados en un negro azabache. El cabello, oscuro, lo llevaba muy corto; y en cuanto a la ropa, con esa primera observación se percató de que lucía una camisa blanca, pantalones verdes, botas y unos tirantes de piel, que colgaban de su cintura y llegaban a sus muslos.

Haosen también se fijó en esa parte de la anatomía de aquel hombre, sobre todo, cuando colocó una pierna sobre la otra y el tejido reveló músculos fuertes. Apartó la vista con rapidez, temeroso de ser descubierto.

Ya no estaba borracho, pero sí que había bajado la guardia a consecuencia del embrujo que aquel lugar seguía ejerciendo sobre él.

Enderezó la espalda y miró al frente, al escenario, al que accedieron los músicos.

Decidió centrarse en la representación. Conocía de sobra aquella historia ya que se basaba en una antigua leyenda sobre una serpiente blanca que se convertía en una hermosa mujer y se casaba con un mortal, para luego quedar embarazada. El abad de un monasterio budista, Fa Hai, que podía ver su verdadera forma, quería desenmascararla y acabar con ella. En la versión que recordaba, la que veía de adolescente, el abad fracasaba, pero de repente, conforme la actuación avanzó, descubrió diferencias en la trama, ya que la esposa serpiente era fuerte y buena, mientras que el abad resultaba ser muy malvado y ambicioso, y conseguía salirse con la suya, separar al matrimonio y encarcelarla en una pagoda durante cientos de años, por lo que no pudo estar con su marido ni con su hijo, que fallecieron antes de que ella lograra destruir su prisión y escapar. Desolada, descubría que ya era demasiado tarde, puesto que no le quedaba nada en el mundo por lo que luchar.

A diferencia de las obras teatrales que había presenciado en Londres, donde la gente permanecía en silencio durante toda la actuación, en la ópera china la gente vibraba, gritaba e intervenía a lo largo de todo el espectáculo, expresando su desaprobación o su pasión por los actores y su canto. Descubrió que el público estaba acostumbrado a ese final, a pesar de lo trágico que era; y cuando acabó, todos los asistentes se pusieron en pie, aplaudiendo y vitoreando con entusiasmo, al tiempo que lanzaban al escenario sobres rojos, monedas y joyas.

El hombre que había a su lado también se levantó y él volvió a contemplarlo con disimulo. Se fijó en que aplaudía apasionadamente.

Fue en ese instante cuando ladeó la cara y se quedó mirándolo.

El corazón de Haosen dio un brinco al verse descubierto, quiso apartar la mirada, pero no pudo, ya que aquel sujeto le dedicó una sonrisa arrebatadora.

—¿No le ha gustado la representación? —le preguntó. Tenía un ligero acento del norte.

Haosen se puso de pie y comenzó a aplaudir, aunque se sentía un poco ridículo.

—Sí, sí —respondió azorado—. Ha sido magnífica. Hacía años que no veía ópera y me ha pillado desacostumbrado.

Su acompañante dejó escapar una carcajada limpia y profunda, y Haosen se obligó a centrar su atención de nuevo en el escenario, del que los intérpretes se retiraban.

—¿Ha estado en el extranjero? —Escuchó que le preguntaba.

—Sí. —Lo miró de nuevo—. ¿Cómo lo sabe?

—Tiene toda la pinta. —Dejó escapar otra carcajada.

Haosen quiso saber a qué se refería, pero no supo qué responder.

Era cierto que se sentía distinto. Los años en Londres habían desarrollado su verdadera personalidad. Se formó como doctor y ganó confianza en sí mismo para vestir y expresarse como deseaba. A pesar de estar de vuelta en Shanghái, no había renunciado a las ropas occidentales, a los caros trajes hechos a medida que adquirió en sus viajes a Italia, y no tenía pensado volver a ponerse los tradicionales trajes *tang* que su padre siempre lució ni los *zhongshan* que había popularizado Sun Yat-sen, el primer líder del Kuomintang.

Quizá era su vestimenta lo que lo había delatado ante aquel hombre.

Quiso preguntarle algo más, pero un revuelo se lo impidió. Venía del fondo del lugar. Al girarse para ver qué sucedía, descubrió que varios hombres acababan de acceder al interior armados con hachas y estaban pateando mesas y sillas con violencia. El pánico cundió con rapidez entre los asistentes, que se pusieron de pie y comenzaron a correr en una estampida desordenada.

Haosen se imaginó que los asaltantes pertenecían a la Banda Verde. Lo había visto en otras ocasiones. Alguien se retrasaba en los pagos y los hombres de Du Yuesheng le hacían una visita poco amistosa que terminaba con un derramamiento de sangre.

Cuando presenció el primer hachazo, apartó los ojos, consciente de que también tenía que huir. Sabía por dónde, por supuesto.

Echó a correr hacia el escenario para acceder desde él a los camerinos.

Subió de un salto y desde allí contempló el caos que se había propagado por la sala. Los atacantes no tenían piedad y estaban asestando violentos y certeros golpes que sesgaban miembros y vidas

con espantosa facilidad.

Fue entonces cuando descubrió al hombre que había estado sentado a su lado. Combatía contra un tipo fornido. Tenía dotes de gran luchador y no tardó en arrebatarle el hacha, con la que rebanó su cuello en cuestión de segundos.

Haosen se quedó helado justo donde estaba. El mismo hombre que apenas unos minutos antes le sonreía con amabilidad era un asesino de lo más capaz.

Pero ¿podría alzarse vencedor contra el resto de los asaltantes que habían puesto su atención en él después de descubrir que había matado a uno de los suyos?

Nadie se enfrentaba a la Banda Verde y era capaz de contarlo.

«No es mi problema», se dijo, dándose la vuelta.

Pero después de dar un par de pasos, se detuvo. Giró la cabeza y deslizó los ojos por todo el lugar buscando la camisa blanca. No tardó en hallarla. Su portador peleaba contra dos contrincantes, y a pesar de que era hábil, pronto recibió heridas que tiñeron violentamente el tejido de rojo a la altura de un brazo y del costado.

Y a pesar de que no era su problema, Haosen decidió intervenir.

Saltó del escenario y corrió hacia él. Una vez que se halló a un par de metros, gritó:

—¡Conozco una salida! ¡Vamos!

El hombre, sorprendido, se dio la vuelta y lo contempló.

—¡Vamos, no hay tiempo! —reiteró Haosen.

Aquel al que pretendía salvar aún miró a su alrededor, evaluando las posibilidades de salir vivo de allí si continuaba luchando. Cuando comprendió que los números no le eran favorables, echó a correr hacia Haosen.

Este lo condujo atravesando el escenario hasta el camerino. Tal y como recordaba, una puerta que daba al callejón seguía allí, e imaginó que la *troupe* la había usado para huir, ya que estaba abierta.

Avanzaron a la carrera por aquella calle estrecha y maloliente. Haosen resollaba, con el corazón latiéndole desenfrenado dentro del pecho.

Cuando vislumbró las luces de la avenida principal, experimentó un gran alivio. Pero entonces escuchó un ruido sordo detrás de él. Giró el rostro imaginando qué había sucedido.

No se equivocó. El hombre al que quería salvar se había desplomado a unos metros.

—Oh, maldición.

Capítulo 15

Haosen tenía varias opciones. Pero eligió la más complicada.

La primera de ellas, sin duda, era la de dejarlo allí, aunque la desechó. Era médico y había hecho el juramento de salvar vidas, o de al menos intentarlo. Así que volvió sobre sus pasos para ayudarlo.

La segunda opción era subirlo al primer *rickshaw* que encontrara y enviarlo al hospital más cercano. Pero eso tampoco aseguraba su supervivencia, sobre todo porque imaginaba que la Banda Verde estaría buscándolo por la muerte que había causado en la ópera.

Así que eligió la tercera, lo que lo llevó de regreso a la mansión, a una de las habitaciones de invitados, donde se disponía a limpiar los cortes del torso y del brazo de aquel hombre, que seguía inconsciente.

Cuando le quitó la camisa descubrió un rosario de cicatrices que se extendían desde los hombros hasta el estómago y que despertaron varias preguntas en su mente. ¿Cómo se las había hecho? ¿A qué se dedicaba?

Lo había visto pelear. Era diestro en la lucha y nada tímido con las armas. ¿Pertenecía a otra banda?

O quizá…

«No será japonés, ¿verdad?», pensó apartando las manos ensangrentadas de aquella piel abierta.

A pesar de haber estado en Londres cuando sucedió, siempre había procurado enterarse de la situación en su país, por lo que sabía que, cinco años antes, tuvo lugar una contienda conocida como la Batalla de Shanghái, en la que Japón bombardeó la metrópolis desde el aire mientras que miles de soldados nipones se adentraban en la ciudad, atacando sin piedad varias zonas, como el distrito de Hongkew y la parte china.

Las concesiones, por supuesto, quedaron al margen de la invasión.

Por lo que Haosen sabía, el único que ofreció una resistencia contundente fue el 19.º Ejército en Ruta, soldados tan hábiles que la gente los creía mercenarios al servicio de un señor de la guerra.

Lucharon solos hasta que Chiang Kai-shek envió a Shanghái al 5.º Ejército, incluyendo sus divisiones 87.ª y 88.ª, y puso al mando al comandante Zhang Zhizhong. Los combates se recrudecieron durante días y las pérdidas fueron devastadoras. Sin el Acuerdo para el cese de hostilidades en Shanghái, consecuencia de la presión de la Sociedad de Naciones, la ciudad habría caído. Los japoneses no solo conservaron su concesión territorial, sino que también se les consintió mantener unidades militares en la metrópolis, mientras que a China tan solo se le permitió la presencia de una reducida fuerza policial. Desde entonces, la tensión, con el rencor de los chinos y la arrogancia de los japoneses, era latente.

Se rumoreaba que había japoneses infiltrados entre los chinos, esperando para atacar de nuevo y adueñarse de todo.

¿Y si aquel hombre que acababa de ayudar era uno de ellos?

Titubeó unos instantes, pero la sangre seguía escapando de las heridas, así que tuvo que actuar con rapidez para cerrarlas. Cuando su paciente despertara ya se ocuparía de su identidad.

Fuera cual fuera.

***

Sentía los párpados pesados, la boca seca y las heridas le ardían. No era la primera vez que Tan Bei recuperaba la conciencia en ese estado, e igual que en las demás ocasiones, lo primero que hizo fue enfocar la vista para descubrir dónde se hallaba.

Estaba en una casa con aire tradicional, en una estancia iluminada en los rincones por lámparas. La cama en la que se encontraba era amplia y tenía un dosel ornamentado del que pendían unas cortinas de lino.

Un movimiento a su derecha hizo que mirara en esa dirección. De espaldas a él había un hombre vestido con un traje marrón claro. Se dio cuenta de que se había remangado las mangas de la camisa y también se fijó en que se movía con elegancia mientras preparaba algo junto a una mesa. Lo reconoció en el mismo momento que se giró. Era el hombre que lo había ayudado a escapar de la ópera.

El que venía del extranjero.

Una parte de él se alegró de que lo hubiera salvado. Recordó que se había desplomado a mitad de la huida y su último pensamiento había sido una maldición, porque tuvo la certeza de que lo encontrarían y le darían muerte.

Sin embargo, la piedad de aquel hombre lo había salvado.

Cuando advirtió que estaba despierto, se aproximó con cautela. Entre las manos llevaba un paño que imaginó que estaba húmedo y con el que pretendía bajarle la fiebre.

—*Ni hao.*

—*Ni hao* —respondió Bei con un hilo de voz.

—Soy médico. —Se presentó, sentándose a su lado en el lecho—. He curado y cosido sus heridas, pero quiero evitar una infección. No dispongo de medicina occidental en casa, por lo que he enviado a un amigo a por ella. No tardará en llegar.

Bei asintió, agradecido. Se sentía adormecido, débil; y los párpados, ahora terriblemente pesados, se le cerraron. Notó el delicado toque del paño mojado sobre su frente, pero como si estuviera lejos, al otro lado del sueño y de los delirios que pronto se cernirían sobre él y lo arrastrarían a uno de los niveles del infierno.

Capítulo 16

Una llamada por teléfono fue la causante de que Chufeng abandonara la cama. Al parecer, Haosen necesitaba polvo de sulfanilamida y el único lugar donde podía conseguirse sin recurrir a favores era en la estación de policía.

¿Qué demonios había hecho su amigo, al que había dejado borracho en un *rickshaw*, para acabar necesitándola? En el escaso minuto que duró la llamada, no le dio explicaciones, pero Chufeng captó el tono apresurado y nervioso en su voz, así que no dudó en ponerse en marcha.

Se vistió con rapidez, colocándose los pantalones, una camisa de franela, los tirantes y las botas. No olvidó el abrigo, largo y de cuero negro.

Cuando salió de la casa, echó un vistazo al edificio contiguo para asegurarse de que Eliette estaba dentro y a salvo. O eso fue lo que se dijo a sí mismo.

Pensó que ya se habría acostado. Pero ¿y si no lo había hecho? No cometería ninguna locura e iría por la ciudad a aquellas horas, ¿verdad?

Ante ese pensamiento, decidió advertirla de que estaría fuera un rato. Atravesó el patio, abrió la verja y pronto se halló frente a la puerta del nuevo hogar de Eliette.

Y eso que pretendía mantenerse alejado de ella… Pero no dejaba de fracasar en su empeño.

—Señorita Stern, soy Chufeng. ¿Puede abrir un momento? —la avisó.

Cuando ella abrió, descubrió que se había cambiado de ropa. Lucía una bata y debajo de esta intuyó que llevaba un camisón para dormir. No quiso dejar volar demasiado a su imaginación sobre cómo sería esa prenda y cuánta piel cubriría, así que transformó las manos en puños y apretó los dientes para contener las ideas absurdas y el deseo.

—¿Le ha sucedido algo a Haosen? —preguntó ella al instante. Chufeng alzó una ceja cuestionándole sin palabras cómo había llegado a esa conclusión, a lo que ella se apresuró a responder—: Antes ha dicho que lo ha dejado borracho en un *rickshaw* —vio que se retorcía las manos y supo que su forma de mirarla estaba intimidándola—, por

eso he deducido que puede haberle sucedido algo.

—Necesita sulfanilamida —respondió él, apartando los ojos de ella —, así que voy a la comisaría a conseguirla.

—Ah, claro.

—Solo será una hora, calculo. Así que he venido a decirle que cierre con llave y no abra a nadie. En cuanto regrese, se lo haré saber. La llamaré por su apellido como acabo de hacer, ¿de acuerdo?

Ella asintió ante las órdenes que él no dejaba de dar, y por unos segundos creyó que la situación estaría bajo control.

—Como está todo claro… —Hizo un asentimiento con la cabeza—. Si me disculpa, buenas noches.

—¿Sabe cuál es? —lo interrumpió ella con brusquedad antes de que él pudiera darse la vuelta.

—¿El qué?

—¿Sabe cuál es el frasco que la contiene?

Chufeng no había pensado en eso. Como no solía pasar demasiado tiempo en la consulta ni preocuparse por los heridos más allá de si sobrevivían o no al tratamiento, no se había planteado que hubiera muchas medicinas occidentales allí ni que él fuera incapaz de reconocer la indicada.

—Pues… —respondió un poco azorado.

—Si me da medio minuto, me cambio y lo acompaño —pidió ella al tiempo que giraba sobre sí misma, se metía en su casa y se encaramaba escaleras arriba otra vez, sin darle opción de responder.

Y de nuevo fue consciente de que los planes que tenían que ver con la señorita Stern nunca salían tal y como él deseaba.

***

Una de las cosas que caracterizaba a la ciudad china era la omnipresencia de la muerte. Junto a las construcciones tradicionales, los templos o sobre la arena de las calzadas sin pavimentar, los cuerpos, que yacían silenciosamente, se descomponían a vista de todos.

Vagabundos, mujeres o niños. Sin distinción.

Chufeng estaba acostumbrado a ello, pero ¿y Eliette? En el momento en que este pensamiento ocupó su mente, la contempló de soslayo. Estaban adentrándose en el corazón de Nantao, a escasos kilómetros del lujo y de la riqueza de la Concesión francesa, y ella miraba por la ventanilla las callejuelas mal iluminadas en las que había mercados, farolillos rojos, casas de té y puestos callejeros.

¿Vería las cabezas enjauladas que colgaban de los aleros como aviso a todos aquellos que se sentían tentados por las doctrinas de los comunistas? ¿O se fijaría en los rostros demacrados de las personas

que los observaban mientras el coche avanzaba por el noroeste, paralelo a los centenarios Jardines Yu?

A pesar de lo cerca que se hallaban las concesiones, aquella parte de Shanghái, la verdadera ciudad que aún les pertenecía por completo a los nativos, era salvaje, oscura y violenta.

Una ley distinta regía en el lugar; y la justicia que se aplicaba, si es que se le podía llamar así, lo hacía mediante el uso de espadas y hachas.

Chufeng, sin embargo, no tenía miedo. Su jefe era venerado por todos en aquel lugar y la lealtad que le había jurado suponía un manto protector que lo mantendría a salvo por muy oscuras o sangrientas que fueran aquellas calles.

A él y a todo el que lo acompañara. Por eso no temía por Eliette ni por Haosen. A la joven alemana la protegía su compañía; a Haosen, su apellido y sus vínculos con la Banda Verde, por mucho que él los detestara.

—¿Haosen vive muy lejos? —preguntó Eliette.

—No, su casa está ahí delante —dijo señalando con la barbilla la gran mansión que se alzaba al final de aquella calzada.

Resguardada por muros grises y oculta por los ginkgos que plagaban el jardín interior, la mansión podía rivalizar en tamaño con el Templo del Dios de la Ciudad, que se hallaba a menos de un kilómetro de allí.

Chufeng detuvo el vehículo junto a la reja principal y ambos descendieron. El olor de Nantao invadió sus fosas nasales y la memoria le jugó una mala pasada, con un recuerdo de su niñez.

El mayordomo Zulong, seguramente avisado de su llegada, no tardó en abrir el candado que cerraba la verja.

—Bienvenido, señor Xiao —lo saludó cabizbajo—. El señor Chen está en el ala oeste. Los acompaño.

Chufeng le hizo un gesto a Eliette para que siguiera a Zulong, que encabezó la marcha tras cerrar de nuevo el candado. No tardaron en llegar a la zona oeste de la mansión.

El inspector se dio cuenta de que la zona principal, en la que se hallaba el dormitorio de Haosen y las estancias más importantes, permanecía a oscuras. La única luz provenía de la habitación de invitados, a la que pronto accedieron. Su amigo estaba de pie junto a la cama, así que descartó que estuviera gravemente herido y se permitió sentirse aliviado.

Sin embargo, esa sensación duró poco, ya que descubrió que alguien yacía en el lecho del dormitorio. También se percató de que había un par de barreños con agua y sangre, cuyo olor percibió una vez que se aproximó al centro de la estancia.

—Señor Chen —lo avisó el mayordomo—, su visita ya está aquí.

Haosen se giró y Chufeng lo evaluó con rapidez. Se había quitado la chaqueta, tenía la camisa remangada y el chaleco desabotonado. Las prendas estaban salpicadas de sangre en diversas partes y su amigo estaba despeinado y ojeroso.

—¿Qué demonios ha pasado? —exclamó Chufeng en chino.

—Hola, Chufeng; hola, Eliette. —El médico ignoró deliberadamente su tono agresivo y extendió la mano—. ¿Has conseguido lo que te pedí?

El inspector apretó los dientes y miró a Eliette, que llevaba la sulfanilamida en su bolso. La joven alemana sacó el frasco y se lo tendió a su amigo, que lo recibió con impaciencia.

¿Quién era el herido que Haosen tenía tanto interés en salvar? Que él supiera, no tenía más amigos en Shanghái, así que decidió averiguarlo.

Se acercó a la cama con un par de zancadas. Bajo unas sábanas de seda ensangrentadas, había un hombre que tenía los ojos cerrados. El rostro, ovalado y simétrico, estaba cubierto de sudor, al igual que el cabello, que llevaba muy corto. El herido se movió, murmurando algo en febriles sueños, y entonces Chufeng vio una enorme cicatriz antigua que iba desde el brazo hasta el hombro.

Al verla, se puso alerta. Se inclinó sobre el convaleciente y apartó con rapidez la sábana que lo cubría. Tal y como imaginaba, había más de ellas en todo el torso y en los brazos.

—¡Chufeng! —Le recriminó su amigo, apartándolo con brusquedad para cubrir al herido de nuevo—. ¿Qué haces?

—No soy yo quien debe dar explicaciones —le respondió al tiempo que lo agarraba del antebrazo y tiraba de él para alejarlo unos metros de la cama.

Supo, por la mueca de Haosen, que le estaba haciendo daño, así que se apresuró a soltarlo.

—¿Por qué debo darlas? Soy médico. Salvo vidas —replicó su amigo sin atreverse a mirarlo.

—Sabes tan bien como yo que esas cicatrices no las tiene cualquiera.

—¿Qué quieres decir? —musitó, aunque sabía la respuesta.

Haosen no era tonto, pero era de los que se negaba a aceptar la verdad si resultaba incómoda de escuchar, así que Chufeng se la dijo sin rodeos.

—Que has salvado a alguien que está demasiado acostumbrado a la violencia.

—¿Y qué?

—Que quizá es un enemigo de la Banda Verde y por eso estaba donde no debía.

—Eso es todo lo que te preocupa, ¿verdad? Que mis acciones afecten a la Banda —dijo Haosen visiblemente decepcionado.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¡Oh, vamos! —replicó su amigo, molesto—. Para ti la lealtad hacia el tío Du es lo único que importa. Siempre lo ha sido.

—No es cierto —le replicó—. Me preocupo por ti, Haosen. ¿Y si esta noche te hubiera pasado algo?

—Déjame decirte una cosa, Chufeng. Si esta noche no hubiera sabido cómo escapar, probablemente alguien de esa banda a la que tanto idolatras me habría matado.

—Nadie puede tocarte. Eres el hijo del señor Chen.

Supo que había errado en la elección de palabras en el momento en que se escuchó a sí mismo, pero ya era tarde. La expresión que vio en Haosen fue un golpe inesperado que le hizo querer abofetearse a sí mismo, pero ya no podía borrar lo que había dicho y sabía que su amigo tampoco aceptaría unas disculpas, porque no las consideraría sinceras, así que solo bajó la cara.

—Creo que tenéis que marcharos —dijo Haosen. Se acercó a Eliette, que permanecía a un lado, confusa, ya que se habían olvidado de ella y se habían estado gritando en su idioma natal—. Gracias por venir y ayudarme, Eliette. Nos vemos mañana en la consulta, ¿de acuerdo?

Ella asintió. Era una mujer lista, y Chufeng estuvo seguro de que quería saber más, pero se abstuvo de preguntar, porque era muy buena leyendo la atmósfera de las situaciones.

—Nos vemos mañana —fue lo único que respondió.

El inspector se limitó a abandonar la estancia con un par de zancadas. No se despidió, a pesar de que era perfectamente consciente de que había metido la pata. Solo se detuvo cuando se halló en el exterior, junto a su coche.

Apoyó los puños en el capó y se inclinó hacia delante, soltando el aire que se había acumulado en sus pulmones. Odiaba carecer de tacto. Nunca le había hecho falta, porque en la calle no se permitía la debilidad ni los miramientos y solo importaba sobrevivir. Tampoco lo necesitaba con las mujeres con las que se relacionaba, puesto que los términos de su relación estaban claros desde el principio. Él solo se implicaba físicamente y para eso tampoco necesitaba medir sus palabras.

Pero Haosen siempre había sido diferente, además de su único amigo. Había estado a su lado durante los peores momentos de su vida y sabía que era sensible, que las cosas le importaban demasiado.

Ni siquiera la muerte de su progenitor había sido capaz de aliviar el peso de su apellido, al contrario, lo había sobrecargado aún más.

Chufeng lo sabía. Y, aun así, había herido a su amigo.

—¿No va a decirme qué ha pasado ahí dentro? —La voz de Eliette

sonó detrás de él.

Estaba tan ofuscado que incluso se había olvidado de la muchacha.

Se incorporó y se dio la vuelta para enfrentarla. La descubrió a un par de metros. Acababa de atravesar el umbral de la mansión Chen y aguardaba, un poco encogida, con las manos en los bolsillos de su gabán.

Supo que tenía frío, porque habían salido de la casa a toda prisa y ella apenas se había abrigado. Ahora, la noche era helada y húmeda.

—Suba al coche, por favor —se limitó a decir.

Ella frunció el ceño, sin duda porque no eran esas las palabras que esperaba, pero acató su petición. Una vez que ambos se encontraron en el interior del vehículo, volvió a percibir las notas de su perfume y tuvo que apretar con fuerza el volante para centrarse en otras cosas.

—¿No me lo va a contar? —dijo ella—. Ha sido en cuanto ha visto las cicatrices de ese hombre. ¿Por qué? ¿Lo conoce?

Chufeng la miró. Eliette demostraba una y otra vez que era perspicaz e inteligente. Nada se le escapaba.

—No, no lo conozco. Y ese es el problema.

—Haosen es médico. Su deber es salvar vidas.

Chufeng dejó escapar una carcajada amarga.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Eso mismo ha dicho él. Pero dígame, señorita Stern, usted ha visto esas cicatrices. ¿Qué clase de vida lleva alguien para recibirlas?

Ella bajó un instante los ojos, meditabunda. Chufeng pensó que no le respondería, pero no tardó en escuchar su voz, diciendo:

—Una parecida a la suya, me imagino.

Otra carcajada que no se molestó en reprimir abandonó sus labios.

—Se preocupa por él —siguió diciendo ella—, y lo comprendo, pero Haosen es alguien que sabe valerse por sí mismo. Esta noche lo ha demostrado.

—Haosen es demasiado ingenuo para vivir en Shanghái —replicó entonces él.

—Pero no le queda otra que adaptarse, ¿verdad?

—Exacto. Ya no está en Londres y aquí a veces tiene que hacer la vista gorda ante ciertas situaciones.

Eliette dejó escapar una risa que lo sorprendió por lo cargada de ironía que estaba.

—Supongo que si yo también hubiera hecho la vista gorda no estaría metida en esta situación.

—Así es. —Le dio la razón Chufeng.

—Pues me imagino que ya lo sabe, pero a veces, aunque queramos, no podemos evitar ser quienes somos. Y para algunos de nosotros, ayudar a los demás está en nuestra naturaleza.

Quiso replicar algo más, pero no pudo. No poseía argumentos. Eliette tenía razón. Así era Haosen. Y por los destellos que había visto de aquella mujer, también compartía esa forma de pensar y de actuar.

Ayudaban a los demás, sin importar quiénes fueran o lo jalonadas de violencia que estuvieran sus vidas. No juzgaban. Por eso estaba sentada en aquel coche con él, mirándolo directamente a los ojos, sin importarle su origen ni las cicatrices que tenía ni las que había causado.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro —respondió ella.

—¿Le gusta Haosen?

De nuevo, las palabras abandonaban su boca sin medir las consecuencias. Pero quería saberlo, lo necesitaba. Era directo, siempre lo había sido, y prefería que la gente de su alrededor también lo fuera.

—No, no me gusta —respondió ella sin titubear—. ¿No ha pensado que quizá tengo a alguien en Alemania?

—¿Lo tiene?

No supo por qué anhelaba saberlo. Ella no tenía que importarle, pero lo hacía. Cada minuto que pasaba a su lado se volvía más interesante, y Chufeng se sentía intrigado por su forma de afrontar la vida. Era distinta a todas las mujeres que había conocido y eso debía ponerlo en alerta, pero solo hacía que quisiera descubrir retazos también del pasado que había dejado atrás.

Había huido, pero ¿llevaba el corazón consigo o lo había entregado y había viajado sin él?

—Sí, he dejado a alguien en Alemania —fue lo que ella respondió, con un hilo de voz.

Chufeng se sintió decepcionado, pero no quiso demostrarlo, así que apartó los ojos de ella y centró su atención en arrancar el coche.

—Se ha hecho tarde. Regresemos a casa.

—No, no quiero ir a casa —respondió ella con rapidez—. No puedo dormir y no quiero encerrarme entre cuatro paredes.

—Pero…

—Lléveme a cualquier parte de esta ciudad esta noche, por favor.

Él la contempló. Había una súplica desesperada en sus ojos y Chufeng comprendió que no podía negarle nada.

Capítulo 17

Eliette no había mentido. Al menos, no técnicamente. Creía saber dónde estaba su prometido.

A raíz de su desaparición había escuchado diversos rumores. No obstante, cuando trató de saber más, su abuela se lo impidió. Ese mismo día le dijo que iban a dejar el país.

Trató de convencerla, de pedirle que le permitiera confirmar la pista que tenía sobre el paradero de su hermano Abraham y de su prometido Ephraim.

Fue entonces cuando su abuela pronunció unas palabras que provocaron que Eliette perdiera el sueño.

«A estas alturas, muchacha, ya estarán muertos».

Muertos. Muertos.

¿Por qué? ¿Cómo era posible que su abuela tuviera esa certeza? ¿No decían que la esperanza era como una llama que tardaba en extinguirse?

Eliette aún la conservaba. Por eso le había dicho a Chufeng que había dejado a alguien en Alemania. ¿Cómo podía vivir si no creía en eso? Su corazón le decía que su hermano no había muerto; y que el hombre con el que iba a casarse, tampoco.

Tenían que estar vivos, pese al escepticismo de su abuela.

Su hermano y Ephraim se oponían al partido de Hitler, que en los últimos años se había caracterizado por el antisemitismo.

«Todo por lo que han pasado los nuestros, y ahora quieren de nuevo perseguir y erradicar a nuestro pueblo. Hay que impedirlo».

Estaban cenando cuando Abraham dijo por primera vez esas palabras. Ni Editha ni Eliette las tomaron en serio, pero luego se afilió al Partido Comunista, y comenzó a asistir a reuniones nocturnas de las que regresaba de madrugada. Obviamente, había arrastrado con él a Ephraim, puesto que eran amigos desde niños y compartían sueños e ideales.

Lo que uno hacía, el otro lo repetía. Lo que uno creía, el otro también.

Eliette había reprimido los recuerdos de la última vez que vio a su

hermano todo lo que había podido, pero no logró hacerlo más tiempo; y mientras Chufeng conducía, en silencio, alejándose de la ciudad china, dejó que las imágenes y las palabras (siempre tan afiladas y crueles) regresaran a su mente y la invadieran.

Lo último que se dijeron no fue amable. Y eso que Abraham y Eliette apenas habían discutido desde que eran niños. Cuando lo hacían, su padre se encargaba de rogarles que no lo hicieran, que el vínculo entre hermanos perduraba toda una vida y que había que cuidarlo.

«Cuando nosotros no estemos, vosotros continuaréis aquí y espero que sigáis unidos para siempre», solía decirles su progenitor. Luego, tanto él como su madre se habían contagiado de una gripe que derivó en una neumonía y habían fallecido con apenas dos meses de diferencia cuando Eliette tenía doce años y Abraham, quince.

Y como si hubieran hecho un pacto tácito, cumplieron la voluntad de su padre y su relación fue perfecta, sin roces ni peleas.

Hasta aquella noche.

Eliette había llegado tarde tras doblar turnos en el hospital y estaba cansada. El ambiente había empezado a enrarecerse a su alrededor. Fue algo paulatino. Primero un comentario antisemita por aquí; luego un par más por allá. Finalmente, Hitler en el poder, poniéndolos en el punto de mira después de Nuremberg. Las prohibiciones, los vecinos que se tomaban la justicia por su mano y garabateaban o destrozaban los escaparates de los negocios judíos, y luego, cada día más, los susurros, los señalamientos, las prohibiciones, el desprecio.

Como el que ella había sufrido aquella misma tarde en el trabajo. Varios pacientes no querían que los atendiera, porque se rumoreaba que era judía. Y Eliette se había quitado el collar con la menorá de oro que llevaba al cuello y que pertenecía a su madre, y la había escondido en su bolsillo. No fue hasta que llegó a casa y se puso a cenar cuando la sacó, ante los atónitos ojos de su hermano y su abuela.

No logró convencerlos con las explicaciones que dio. Su abuela frunció los labios y miró hacia otro lado, castigándola con el silencio. Su hermano, sin embargo, alzó la voz por primera vez en años.

—¿Eres capaz de renunciar a lo que somos, Eliette?

—No es renunciar —replicó ella—. Es adaptarse.

—No tenemos que adaptarnos, porque no hemos hecho nada malo.

—Lo sé, pero…

—¿Es que no te has dado cuenta de que aunque te escondas, acabarán averiguando qué somos y te castigarán igual? La gente nos ha vendido ya, Eliette.

—Entonces ¿qué propones que hagamos? Lo más sensato es intentar

pasar desapercibido aunque eso suponga…

—¿Esconder quién eres y la menorá de madre?

Se sintió avergonzada y notó que las mejillas le ardían. Abraham la miraba de manera implacable y su abuela, cabizbaja, seguía con los labios apretados, juzgando también su cobardía, la traición a sus creencias.

—Entonces ¿qué debería hacer?

—Tenemos que luchar, Eliette. Plantarles cara. Defender lo que somos.

—Lo siento —dijo ella—, pero yo no puedo.

—Cobarde —siseó. A continuación se levantó, dio un golpe en la mesa y abandonó la cocina.

Aquella noche no regresó a casa. Al día siguiente supieron que su hermano y Ephraim habían sido detenidos en una redada nocturna en la sede del Partido Comunista. Eliette removió cielo y tierra para averiguar qué había sido de ellos. Y tal y como Abraham le había advertido, descubrió que la gente los había vendido y que les habían dado la espalda. Solo consiguió que un viejo doctor del hospital la ayudara. Fue él quien le dijo que seguramente estarían en Dachau, al igual que el resto de los jóvenes comunistas, en un campo de concentración para prisioneros políticos situado a dieciséis kilómetros de Múnich. Fue también cuando su abuela averiguó que el resto de Europa había abandonado a los suyos, cerrando las fronteras, y que el único lugar que acogía a judíos sin visado era Shanghái. Durante los días siguientes, mientras Eliette trataba de confirmar las palabras del doctor, su abuela sacó todos sus ahorros, vendió las joyas más importantes y organizó el viaje de ambas a China, dejando atrás a su hermano y a Ephraim como si de verdad estuvieran muertos.

Ahora, en Shanghái, seguía batallando con la culpa como podía. Porque sentía que los había abandonado antes incluso de dejar Berlín. Lo hizo en el mismo momento en que se quitó la menorá del cuello y la escondió en su bolsillo.

Capítulo 18

—Ya hemos llegado —escuchó que decía Chufeng arrancándola de sus pensamientos.

Miró a través de la ventanilla. No sabía dónde estaban, pero vio unos edificios altos de estilo modernista decorados por rótulos y centenares de bombillas de colores. Sin embargo, el que llamó su atención fue el más grande, que poseía varias plantas y cuya fachada, decorada con ventanas de franjas verticales y líneas geométricas sencillas, convergía en dos esquinas. Escrito en estilo moderno caracterizado por las líneas sencillas del *art déco* pudo leer «Paramount Ballroom».

—¿Es un salón de baile?

—El más famoso de Shanghái. Lo reabrieron hace unos meses. Tengo dos invitaciones en la guantera y aún no he podido acudir, así que si le parece buena idea acompañarme...

De nuevo sintió esa curiosidad por descubrir más de aquella ciudad. La fascinación no disminuía y se abría paso entre el miedo y la culpa, llenándola de una emoción desconocida en la que quería sumergirse.

—Me parece bien —respondió al tiempo que asía la manilla de la puerta y la abría.

El ambiente vibraba en aquellas calles. Las luces de neón, con palabras en chino y en inglés, se derramaban sobre los viandantes, que no solo eran nativos.

—¿Dónde estamos? —preguntó cuando Chufeng llegó a su lado.

—En la esquina de la calle Jessfield y la calle Yuyuan, entre el asentamiento internacional y la Concesión francesa.

Ella asintió, sorprendida. La vida nocturna de Shanghái en aquel lugar era brillante, con los grandes almacenes, los cafés, los clubs de jazz y los teatros de los que entraba y salía gente, mientras que por las calzadas circulaban *rickshaws*, pero también coches extranjeros como deportivos americanos o berlinas francesas. En ese momento, el tranvía, decorado con publicidad de una marca de cosméticos en

caracteres chinos, traqueteó sobre las vías mientras hacía sonar las campanas para que los viandantes se apartaran de su camino.

—¿Vamos?

—Por supuesto.

Una vez que se halló frente al edificio, vio que las paredes exteriores estaban cubiertas de azulejos vidriados de color naranja, con un cinturón de terrazo negro. Al alzar la vista, descubrió que estaba coronado por una torre de cristal que resplandecía triunfante envuelta en luces de neón rojas y verdes.

En la entrada, un hombre vestido de blanco recogía las entradas junto a una alfombra roja que daba acceso al interior. Otro hombre se ocupaba de las llaves de los vehículos de los invitados. Eliette vio que había personas esperando su turno para acceder, pero en cuanto reconocieron a Chufeng, se hicieron a un lado para cederle el paso. Ella lo siguió, sorprendida, al tiempo que se percataba de las miradas que las mujeres, que lucían preciosos vestidos de seda, le dedicaban.

Chufeng saludó a unos y otros; y para Eliette tampoco pasaron desapercibidas las sonrisas que dedicó a algunas de esas mujeres, que a ella la contemplaron con manifiesta curiosidad.

—Creo que me ha mentido —le dijo cuando se detuvieron en el *hall* principal, iluminado por cálidas luces doradas.

—¿Por qué? —preguntó él con la misma sonrisa que ella acababa de ver.

—Parece que es un asiduo. Y me ha dado a entender que tenía en su poder las entradas desde hace tiempo.

Eliette lo contempló durante unos segundos. Bajo aquella luz, algunos mechones de su cabello tenían una tonalidad castaña, como sus ojos, que la miraban, divertidos.

—Una cosa no desmiente la otra —aclaró él esbozando una sonrisa de medio lado.

Eliette supo entonces que él también era así, descarado, mentiroso y un poco manipulador. Si había crecido en una ciudad como aquella, y había sobrevivido y medrado hasta llegar donde estaba, tenía que serlo. Dejar atrás la ingenuidad y otras muchas cosas para adaptarse. Y ella lo entendía. Desde luego que sí.

Aunque también comprendía a Haosen, decidido y fiel a unos ideales que lo empujaban a salvar vidas aunque eso supusiera que la suya propia estuviera en peligro.

Estaba descubriendo que la lealtad tenía muchas caras. La de su hermano, que había sacrificado todo por defender la causa en la que creía y su religión; la de Haosen, aferrándose a su honradez en una ciudad violenta; y la de Chufeng, que mostraba sin tapujos una lealtad a unas fuerzas oscuras y sangrientas que parecían estar en todas partes

gobernando Shanghái desde las sombras.

—Chufeng. —Una mujer hermosa, vestida de rojo, llamó la atención de ambos, que dejaron de mirarse para centrar la atención en ella.

A Eliette le sorprendió descubrir que debía tener al menos cuarenta años, ya que algunas arrugas en su rostro y en su cuello delataban su edad, pese a que lucía un vestido ceñido e iba acompañada de dos hombres mucho más jóvenes que ella.

A su lado, Chufeng unió las manos e inclinó ligeramente el torso para saludarla. Luego intercambiaron unas palabras en chino que despertaron la curiosidad de la alemana.

¿Quién sería esa mujer que parecía adinerada y poderosa? ¿Y qué vínculos la unían al inspector de la policía de la brigada china?

Cuando perdió de vista a la dama y a sus acompañantes, Chufeng le dijo:

—¿No va a preguntarme?

Eliette lo miró, sorprendida.

—¿Sobre qué?

—Nos ha estado evaluando e intentando averiguar qué relación tenemos la señora Lu y yo.

—No es cierto.

Chufeng bajó la cabeza, negando con ella, al tiempo que sonreía.

—No me genera ningún tipo de curiosidad su vida, señor Xiao —mintió Eliette, a la defensiva.

—Claro que no. —Se rio él—. Y también es una experta mentirosa.

Eliette abrió la boca para responder, pero de sus labios no escapó ninguna palabra porque sabía que no tenía sentido, que tenía todas las de perder. Aquel hombre inteligente y manipulador estaba curtido por la vida con tanta destreza y experiencia que a su lado ella no era más que una muchacha ingenua.

Una parte de Eliette deseó aprender de él, y descubrir más de ese lado sibilino y un poco perverso, y se sorprendió a sí misma ante la fuerza con la que emergió ese anhelo.

—¿Entramos? —le dijo él, haciendo un gesto con la mano para señalar la puerta al final del pasillo.

Eliette miró en la dirección que él indicaba. Vio una puerta, cubierta por gruesas cortinas rojas de terciopelo, que dejaban intuir las luces y el misterio que había al otro lado.

Y descubrió que así era como ella se sentía cuando estaba con Chufeng: a la entrada de mundos desconocidos que se moría por explorar.

Capítulo 19

El interior de aquel lugar era magnífico. La pista de baile principal medía casi cuarenta metros de largo y veinte de ancho y se caracterizaba por la ausencia de columnas de apoyo, lo que creaba un amplísimo espacio de baile. Eliette contó más de treinta parejas que recorrían la pista. A ambos lados del escenario musical, donde actuaba una banda, había un espacio para sentarse y también un bar, semiabierto pero accesible, separado del lado oeste de las mesas y sillas por cuatro columnas.

Otro espacio más íntimo era el balcón de la planta superior, que consistía en una pista de baile más pequeña en el centro, flanqueada por mesas y sillas en los laterales. A ese lugar la llevó Chufeng. Esa pista, recubierta de colores, brillaba con luz propia, Eliette supuso que debido al material con el que estaba hecha.

En el ambiente oscuro de la sala de baile, los rostros de los bailarines eran difíciles de reconocer y estaban rodeados de misterio. El único rasgo que se captaba a primera vista en la penumbra era el rápido movimiento de las piernas femeninas iluminadas por el colorido suelo.

La música —el jazz, vibrante y fuerte, frenético— lo llenaba todo.

—¿Le gusta?

No sabía cuánto tiempo había transcurrido perdida en la melodía y en la contemplación de los bailarines cuando escuchó la voz de Chufeng. Se había olvidado por completo de él y se sintió fatal por ello. Después de todo, había accedido a su petición y la había llevado a aquel magnífico lugar y ella lo había ignorado, deslumbrada por aquello.

—Es maravilloso. Gracias por traerme.

—De nada —dijo él apartándole la mirada. Eliette se percató de que tenía una copa frente a él y no supo cuándo la había conseguido.

—¿Por qué me lo ha concedido? —Quiso saber.

—¿Y por qué debería haberme negado?

—He preguntado primero —respondió ella, sonriente—. No me parece alguien que se ande con rodeos, así que ¿por qué evade la

respuesta? ¿Siente pena por mí?

—No, claro que no. ¿Por qué debería?

—Porque he perdido todo. Si no sentimos pena por la gente que no tiene nada, ¿por quién debemos sentirla?

—Señorita Stern —dijo él al cabo de unos segundos—, crecí en los muelles de Shanghái, huérfano y pobre. Y nunca sentí pena por mí mismo ni por los que eran como yo.

—Lo siento —se apresuró a decir ella, mortificada—. No imaginaba que...

—¿Quién está ahora compadeciendo a quién?

Eliette bajó los ojos, consciente de que no dejaba de meter la pata. Sabía que era cuestión de tiempo que las diferencias entre ellos aparecieran. Eran demasiado distintos, y si no hubiera sido por Haosen, sus vidas nunca se habrían cruzado. Estaba segura de eso. Por muy intrigada que se sintiera por aquel hombre, sus mundos eran opuestos y no debía olvidarlo ni por un momento.

—Señorita Stern, míreme —ordenó él.

A ella le costó unos segundos obedecer, pero cuando lo hizo, descubrió que Chufeng sonreía.

—¿No está molesto?

—¿Por qué debería?

—Porque me ahogo en la compasión hacia mí y hacia usted por nuestras circunstancias.

—Eso solo demuestra que es humana, y que no lleva demasiado tiempo en esta ciudad —replicó él.

—¿Me está diciendo que cuando lleve un tiempo aquí ya no sentiré nada?

—No, no es eso. Sentirá muchas cosas. Pero si quiere adaptarse y sobrevivir, deberá dejar de sentir compasión y culpa.

—¿Culpa? —preguntó ella, sorprendida.

¿Cómo era posible que aquel hombre supiera lo que ella sentía en lo más profundo de su ser?

—No avanzará mientras se lamente por lo que ha dejado atrás —sentenció él a continuación.

—¿Avanzar? —Eliette sintió que el corazón se le paraba, herida—. ¿Hacia dónde? No veo nada delante de mí. Todo está negro. Como un muro que no puedo atravesar.

—No es cierto del todo. Sé que le gusta esta ciudad. Pero no quiere permitírselo porque siente que está traicionando a su abuela y a esa persona que dejó en Alemania, a la que se refería antes.

Eliette se mordió el labio inferior, avergonzada. Él había sabido ver a través de ella a pesar del poco tiempo que habían pasado juntos.

—Entonces ¿qué me sugiere?

—Que siga adelante, señorita Stern.

—Pero ¿eso no me hace mala persona?

—No, no lo hace —respondió él con una sonrisa dulce—. Por otra parte, nadie le está pidiendo que olvide, solo que recuerde, luche y avance. Que atraviese ese muro negro que ve, porque no sabe lo que hay al otro lado. Quizá haya algo brillante como esa pista de baile.

Eliette sintió que una calidez desconocida se adueñaba de ella. La desazón y el miedo aún estaban ahí, flotando en su corazón lleno de culpa, pero por primera vez en semanas sentía que podía continuar.

—Además —siguió diciendo él—, no está sola. Haosen la ayudará en todo. Y la acompañará a ver lo que hay detrás de ese muro.

—¿Y usted? —preguntó ella sin saber muy bien la razón.

La cuestión le resultó inesperada, Eliette lo vio en lo mucho que abrió los ojos y en cómo la sonrisa que esbozaba se tambaleó un poco.

—Yo… —comenzó a decir él.

—Chufeng *gēgē*… —lo interrumpió una voz de mujer en ese momento.

Eliette, que estaba contemplando a su acompañante, se dio cuenta de la reacción que aquella voz causó en él. Se tensó visiblemente y la sonrisa de su rostro se esfumó. Curiosa por ver quién era capaz de causar ese cambio en él, ladeó la cara y se encontró con que a su lado, vestida con un *qipao* dorado, estaba la mujer más preciosa que había visto desde que llegó a Shanghái.

***

Enamorarse de una *taxi dancer*[13] era una pésima idea. Chufeng lo sabía. Había visto a algunos de sus compañeros de la Banda Verde cometer ese error y siempre se había mofado de ellos cuando los escuchaba lamentarse. Él se creía inmune, por eso accedió tiempo atrás, espoleado por sus amigos, a aquella danza con la nueva chica del Paramount.

Sabía que las bailarinas ganaban más dinero cuanto más alargaban el baile, y él se creía preparado para afrontarlo, para alzarse victorioso en ese pequeño combate, pero entonces ella le había susurrado al oído: «Déjame que te cuente algo».

Y sucumbió, porque la inteligencia de Niao Niao era deslumbrante; su ingenio, arrollador y su carisma, incomparable. No fue el único que se dio cuenta, ya que, poco tiempo después de aquella noche, era la chica más popular del Paramount, había empezado a posar para calendarios y todos los hombres de Shanghái se morían por estar con ella. Hacía ganar mucho dinero a su patrón y eso hizo que le encargaran su protección a Chufeng, ya que había comenzado a generar envidias entre las otras bailarinas y entre alguna que otra adinerada dama que veía peligrar su puesto como primera señora.

Implicarse físicamente con ella también era un error del que Chufeng era consciente, pero no pudo evitar cometerlo. En cuanto se quedaron a solas en el gran apartamento que ella poseía en el Asentamiento Internacional, desahogaron toda la tensión que sentían en maratonianas jornadas de sexo. Y si todo se hubiera quedado ahí, no habría habido problema, pero él creía que se había enamorado de ella.

Niao Niao era una chica de buena familia que había optado por esa carrera para ser independiente y escapar así de un matrimonio concertado, que aún seguían celebrándose en los hogares más tradicionales. Chufeng la admiraba por ello, por su valentía, su desparpajo y su inteligencia. Pensaba que tenían algo real, pero entonces averiguó quién era su benefactor, el señor Ling, uno de los banqueros más importantes de Shanghái y había comprendido qué lugar ocupaba él en su vida. Así que se alejó. Puso a cargo de su vigilancia a hombres de su absoluta confianza; y, por suerte, el señor Du lo nombró inspector de policía, con lo que pudo tener la cabeza entretenida con otras cosas.

Creía que la había olvidado. Y sin embargo, su melodiosa voz acababa de sacudir cada músculo de su cuerpo como una maldita descarga eléctrica.

—Señorita Wu —respondió con tono serio. Cuando la miró a los ojos, tan perfilados y oscuros, sintió que su fortaleza temblaba—. ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien —respondió ella, coqueta—. Me he enterado de que eres el flamante inspector de la brigada china, ¿es esa la razón por la que me has estado evitando?

Chufeng se quedó helado ante el evidente coqueteo que detectó en ella. A pesar de que no le había declarado abiertamente sus sentimientos, sabía que Niao Niao era tan inteligente que se había dado cuenta; y como no le habían interesado, porque entonces él no era más que un matón a sueldo, los había ignorado. Ahora las cosas habían cambiado y él gozaba de una posición más estable, del favor del jefe; y no era ningún secreto que había invertido aquí y allá, asegurándose una vida más allá de la violencia. Además, no había acudido solo, sino con Eliette, cuya belleza no pasaba desapercibida. Había visto las miradas que los hombres le habían dedicado mientras atravesaban el salón y sabía que se había corrido la voz de que él había llevado una belleza que no era china.

—He estado ocupado —se limitó a decir.

—Bueno, pero ahora que estás aquí, ¿te gustaría bailar conmigo? Por los viejos tiempos.

Su voz era tentadora, casi irresistible, porque evocaba momentos

compartidos en los que habían disfrutado de muchos placeres, y Chufeng sintió que flaqueaba, que podría dejarse llevar de nuevo y cometer otro error, esta vez de mayores dimensiones, ya que ahora conocía las caras de los enemigos que se granjearía.

—Chufeng —lo llamó Eliette.

Cuando la miró, el hechizo en el que se sentía preso se deshizo. Se fijó en sus ojos claros, que tanto le llamaban la atención, en su gesto preocupado, en su boca entreabierta. En ese momento, ella colocó su mano sobre la de él, que permanecía convertida en un puño sobre su muslo.

Habían estado hablando en chino, pero supo que Eliette había leído su lenguaje corporal y había descubierto su tensión, su incomodidad.

—¿Está bien? —le preguntó en francés.

Él asintió. Cuando se atrevió a mirar a Niao Niao, reconoció los celos en su rostro.

—Chufeng *gēgē*, ¿desde cuándo pierdes tu tiempo con occidentales? —le soltó en francés con la clara intención de ofender a su acompañante.

—No pierde el tiempo —respondió Eliette. Antes de que se diera cuenta, ella se puso en pie, deshizo la escasa distancia entre ellos y se dejó caer sobre su regazo.

El corazón se le aceleró cuando sintió sobre él su cuerpo cálido y firme, pero lo hizo aún más cuando Eliette tomó su cara entre sus manos y lo miró atentamente a menos de un palmo de distancia.

No pudo evitar desplazar los ojos a sus labios, en los que leyó: «Perdóneme».

Y entonces lo besó.

***

No sabía qué la empujó a hacerlo. Desde que aquella mujer había aparecido, el cuerpo de Chufeng había experimentado varios cambios. De estar cómodamente sentado, seguro de sí mismo, a ponerse tenso, con la espalda recta y las manos convertidas en puños. Y en cuanto a su expresión, la calidez que siempre desprendían sus ojos había desaparecido, volviéndose fríos. También se había dado cuenta de que los músculos de su mandíbula se habían tensado y ya no había rastro de la sonrisa que tanto lo caracterizaba.

Los últimos días se había preguntado con qué tipo de mujeres se relacionaba. Era atractivo y destilaba un extraño magnetismo del que Eliette era muy consciente, a pesar de que él se empeñaba en mantener siempre la distancia entre ellos. Así que estaba segura de que si estaba solo era por elección.

La aparición de aquella mujer había respondido a preguntas que

Eliette se había estado haciendo. Siempre se le daba bien calar a los demás, ver más allá. Era algo que le venía muy bien cuando trataba a los pacientes, porque podía averiguar la verdad detrás de algunos comportamientos, e incluso su jefe, el doctor Meyer, la había felicitado por ello. Ahora, en Shanghái, esa capacidad le estaba viniendo muy bien para adaptarse en un lugar tan extraño. Incluso cuando hablaban delante de ella en chino, se dedicaba a observar las expresiones y los movimientos de los cuerpos y llegaba a conclusiones que resultaban ser muy acertadas.

Por eso había sido consciente de que Chufeng sentía algo por aquella mujer. Más pronto que tarde había encontrado a la dueña de su corazón y eso había despertado en ella algo desconocido.

Por eso lo estaba besando. En los labios.

Fue algo muy breve, sus bocas apenas se tocaron. Con las mejillas ardiendo y el corazón desenfrenado, retrocedió para contemplar el rostro de aquel hombre. No sabía qué se iba a encontrar y el miedo al rechazo no tardó en crecer dentro de su estómago, encogiéndolo. Chufeng estaba sorprendido, pero no tardó en colocar sus grandes manos en su espalda y en atraerla hacia él.

Y la besó de nuevo.

La apretó contra su cuerpo, presionando sus labios sobre los de ella, poseyéndolos, mostrándole algo que Eliette nunca había imaginado. Sus labios, firmes y cálidos, juguetearon con los de ella, que se olvidó de quién era, de dónde estaban, de los mundos tan diferentes a los que pertenecían.

La música, un twist lleno de energía, sonaba en la sala, a su alrededor. Pero Eliette dejó de escucharlo. Se le escapó un jadeo cuando el cosquilleo en su vientre se hizo muy intenso y Chufeng la recompensó profundizando más aquel beso.

Eliette sintió que se perdía. No era el primer beso que recibía, pero los otros habían sido castos, puros, contenidos, meros trámites con Ephraim cuando se despedían. Ahora vibraba de deseo y anhelaba más. Sus manos cobraron vida y acariciaron los hombros de Chufeng antes de rodearle el cuello y ladear el rostro para que todo fuera aún más intenso.

Entonces él interrumpió el beso y le recorrió la mejilla con los labios hasta la oreja, donde se detuvo y dijo:

—Ya se ha marchado.

Eliette abrió los ojos, desconcertada. La realidad cayó sobre ella como un jarro de agua fría que apagó su cuerpo de golpe.

—Oh. De acuerdo.

Cuando se puso en pie, las piernas le temblaban tanto que estuvo a punto de caerse, pero se recompuso con facilidad, apoyándose en el

respaldo de la silla de Chufeng, que la miraba con gesto indescifrable.

—Creo que se ha hecho tarde —fue capaz de decir—. Mañana tengo que estar en la consulta a primera hora.

Como toda respuesta, él se puso en pie y le hizo un gesto señalándole el lugar por el que debían abandonar la sala.

Mientras caminaba delante de él, Eliette tuvo que recordarse cómo hacerlo: «Un pie, otro, un pie, otro, vamos, sigue así, un pie, otro».

El corazón le latía fuera de control y no se tranquilizó ni siquiera cuando ya estaban de regreso en la casa. No se atrevió a mirar a Chufeng, porque si lo hacía estaba segura de que volvería a besarlo, ya que lo que había sentido con él era incomparable y quería más. Mucho más. Quería tocar a ese hombre y que él la tocara como nunca la habían acariciado.

Todo eso era un pecado. La habían educado para entregarse solo a su esposo, porque la intimidad estaba relacionada con lo sagrado y eso únicamente podía conseguirse mediante el matrimonio.

Ahora, a pesar de que ya no estaba en Alemania, debía seguir comportándose como lo que esperaban de ella. Por eso no podía caer en brazos de un hombre como Chufeng.

De regreso en su *shikumen*, se metió en la cama sin cambiarse y se cubrió con las mantas mientras se repetía que se comportaría y que no dejaría que la tentación la arruinara.

Capítulo 20

¿Cómo había sucedido? ¿Cómo habían acabado besándose? En la cabeza de Chufeng no dejaba de repetirse la escena. En el trayecto desde el Paramount, apenas se habían mirado y, por supuesto, no habían hablado. Tenía que reconocerse a sí mismo que el beso lo había dejado sin palabras.

Ni siquiera las había empleado para despedirse de Eliette, a la que acompañó hasta la puerta de su casa. Ella lo miró, esperando que dijera algo. Él se limitó a hacer un gesto levantando el mentón para indicarle que entrara.

Después de un «buenas noches» pronunciado en un susurro antes de cruzar el umbral, la perdió de vista. Y entonces comprendió que ese beso le había robado el sueño.

Por eso tomó el coche y lo condujo hasta el enorme complejo de juegos y entretenimiento conocido como The Great World. No hacía ni tres horas que había estado allí, pero ahora su visita tenía un objetivo diferente.

Solía frecuentar aquel lugar desde que su jefe lo había adquirido. A lo largo y ancho de sus seis plantas, podías encontrar desde mujeres a mesas de juego, magos, venta de pájaros y de fuegos artificiales, acróbatas, obras de teatro, vodeviles, ópera china, cuentacuentos e incluso intermediarios matrimoniales.

A Chufeng, sin embargo, lo único que le interesaba era beber hasta olvidar lo que había sucedido con Eliette.

Ascendió hasta la penúltima planta y entró en una de las salas que tenía reservada la Banda Verde. Muchos de sus amigos de fechorías del pasado estaban allí, bebiendo en compañía de hermosas *sing-song girls*.

—Pero ¿a quién tenemos aquí? —exclamó Lei, cuyo rostro estaba desfigurado por una enorme cicatriz blanca desde la frente hasta la barbilla y que era uno de los mejores amigos de Chufeng en el inframundo—. ¡Si es el inspector de la brigada en la Concesión francesa! ¡Buenas noches, señor Xiao!

Bajo la atenta mirada de todos lo que ocupaban aquella sala, mal iluminada y con olor a tabaco, sudor y alcohol, Chufeng avanzó y se dejó caer junto a su amigo, que le sonreía.

—¿A qué debemos este honor? —siguió preguntándole.

—Quiero emborracharme hasta olvidar cómo me llamo. Luego consígueme un *rickshaw,* ¿de acuerdo? Que me lleve directamente a la comisaría mañana por la mañana —dijo alcanzando una botella de un caro whisky extranjero que había sobre la mesa.

—A sus órdenes, inspector —le respondió Lei, divertido.

Chufeng se llevó la botella a la boca e ingirió el líquido, fuerte y destilado, con desesperación.

Había estado con todas las mujeres que había deseado. Y desde que su jefe lo convirtió en inspector, había recibido ofertas e insinuaciones de todo tipo. Él solo tenía que dejarse llevar, marcando unos límites desde el principio.

Pero con Eliette, pese a que los límites estaban claros, porque entre ellos no podía, ni debía, suceder nada, por primera vez en toda su vida, Chufeng anhelaba que lo imposible dejara de serlo. Miró a su alrededor. Los hombres que lo rodeaban —brutos, salvajes e indomables— eran su gente. Él, pese al uniforme, no era muy distinto a ellos. Tenía las manos manchadas de sangre y su futuro no existía, porque podía morir en cualquier momento, a la vuelta de cualquier esquina.

Quizá el dinero y la buena posición de la que gozaba habían nublado su razón, haciéndole olvidar que, en realidad, él no era más que un matón de tres al cuarto.

***

A varios kilómetros de allí, en el corazón de la ciudad china, Tan Bei abrió los ojos. La fiebre con la que había batallado desde no sabía ni cuándo había cesado. Pronto descubrió que se hallaba en el mismo lugar que antes de perder la conciencia. Y que el hombre que lo había salvado no estaba muy lejos, ya que dormitaba en una silla junto a la cama. Se incorporó lentamente, puesto que las heridas, cubiertas por expertos vendajes, le dolían, y no quería que se le abrieran. Se apoyó sobre el codo derecho y evaluó la estancia con mayor claridad, tratando de dilucidar dónde se hallaba.

Una iluminación tenue y dorada provenía de una ventana que daba a un jardín tradicional cuyas dimensiones no pudo calcular, pero que le hizo pensar que debía encontrarse en algún punto de la ciudad vieja, en una de las mansiones que aún se conservaban allí.

Luego deslizó sus ojos hasta el hombre de la ópera, el que recordaba que le había dicho que era doctor.

Se había desabotonado el chaleco y arremangado la camisa, que estaba manchada de sangre, al igual que la piel de sus manos y sus antebrazos.

Un halo de luz se derramaba sobre su rostro, en el que se apreciaban los signos de cansancio tras toda la noche salvándole la vida.

No sabía si volvería a verlo, así que durante unos instantes, se permitió grabar aquella imagen en su memoria: el pelo negro que brillaba, un poco apelmazado por el sudor; los ojos cerrados y con largas pestañas; la nariz, con un lunar en la punta, algo que ya había apreciado en la ópera.

¿Quién era? Aunque él no hacía mucho que había llegado a Shanghái, sabía que su salvador tampoco. También fue consciente de que tarde o temprano lo averiguaría, porque no podía haber muchos doctores jóvenes y ricos, y en los ambientes en los que él se movía, pronto volverían a coincidir.

Así que se levantó, reprimiendo un gemido de dolor que lo asaltó en cuanto sus heridas se estiraron, alcanzó su maltrecha ropa, que estaba a los pies del lecho, y como pudo, se la colocó.

Unos minutos después, tras cruzarse con varios criados que no le impidieron su huida, abandonó la mansión, que resultó ser más grande de lo que él había imaginado.

Y eso le dio la confirmación que esperaba, puesto que estuvo seguro de que su salvador y él volverían a encontrarse.

Capítulo 21

—Eliette, he recibido una invitación a una fiesta en el Hotel Cathay —la sorprendió Haosen, al final de aquella jornada—. ¿Te gustaría acompañarme?

Habían transcurrido dos semanas desde el beso con Chufeng y apenas habían coincidido.

A pesar de que eran vecinos y compartían lugar de trabajo (en el que escuchaba su voz y percibía las notas de su perfume en los pasillos), ambos se las habían ingeniado para evitarse. Aunque Eliette suponía que el que más esfuerzos había puesto en ello había sido Chufeng.

Ella había hecho alguna que otra cosa también, como descubrir un acceso a la consulta rodeando el edificio de la comisaría y aceptar todas las invitaciones de Haosen para cenar o descubrir Shanghái. Su amigo también parecía deseoso de su compañía y ella imaginaba que era porque no quería quedarse solo en la mansión de su padre, así que a lo largo de aquellas dos semanas se habían vuelto aún más cercanos.

—¿En el Hotel Cathay? ¿El del magnate Victor Sassoon?

—Sí. Al parecer, en el club nocturno del hotel suelen reunirse personas influyentes de la élite china y algunos de los hombres más poderosos del Asentamiento Internacional, y me han invitado. ¿Te gustaría venir conmigo?

Durante aquellas semanas, para su sorpresa, su abuela se había aclimatado con rapidez a la nueva casa, por lo que Eliette no se sentía culpable si salía un poco después del trabajo o si llegaba tarde, ya que siempre se aseguraba de pasar tiempo con Editha durante sus días libres. Aunque solo abandonaban la casa para visitar a sus familiares en Hongkew, el resto del tiempo en el *shikumen* lo habían invertido en plantar un pequeño huerto en el jardín trasero, donde gracias a Haosen habían conseguido todo lo necesario para asegurarse de disponer de tomates, zanahorias y remolachas. También habían conseguido crear dos cocinas para que los alimentos no se

contaminaran según la ley *kosher*.

Cuando ambas se hallaban juntas, a pesar de que no lograban olvidar dónde se encontraban, en ocasiones incluso disfrutaban de pequeños momentos de felicidad, que emergían entre conversaciones o mientras elaboraban pan.

—De acuerdo. Iré contigo.

—Perfecto, pues entonces vamos a comprar algo de ropa —añadió su amigo.

—¿Ropa?

—¿Trajiste contigo algún vestido elegante?

Eliette negó con la cabeza. En su maleta había metido exactamente seis vestidos, ropa interior, un camisón, una bata y medias. Tanto ella como su abuela habían cogido un par de zapatos para cada una y un sombrero. El resto de su vida se había quedado en Berlín.

Recordó con tristeza uno de sus vestidos favoritos, de tirantes, de color negro y confeccionado en seda, que había comprado con su primer sueldo y con el que pretendía salir a bailar con su hermano y Ephraim. Ni siquiera había llegado a estrenarlo y no lo había metido en la maleta porque no pensó que en un lugar como Shanghái pudiera necesitarlo.

—Supongo que no. —Escuchó que le decía Haosen. Cuando lo miró, la contemplaba con compasión, a pesar de la sonrisa que esbozaba—. Pero eso tiene arreglo. Conozco unos almacenes muy cerca de aquí que te van a encantar. Se llaman Wing On. Yo te lo compro. ¿Vamos?

Eliette, que tenía un repentino nudo en la garganta, asintió. Agradeció tener a un amigo como Haosen, que entendía tan bien sus circunstancias. A pesar de lo ocupados que estaban en la consulta —puesto que como había podido comprobar, Shanghái era una ciudad violenta en la que se cometían delitos a diario—, habían adoptado la costumbre de salir a comer y a cenar juntos para evadirse. Y entonces hablaban. Se sentía más cerca de él que nunca, aunque no le había contado lo del beso con Chufeng ni lo muchísimo que anhelaba que volviera a repetirse.

Se quitó la bata y se dirigió al perchero que quedaba junto a la ventana, para colgarla. Siempre que tenía que abandonar la consulta se ponía un poco nerviosa por si coincidía con el inspector por el pasillo.

Alcanzó la boina roja y se la colocó, ajustándosela con esmero. Luego tomó su abrigo, y estaba a punto de descolgarlo cuando escuchó su voz.

Cerca. Demasiado. Proveniente de la puerta de la consulta.

El corazón se le subió a la garganta.

—¡Chufeng *gēgē*! —Escuchó que lo saludaba Haosen—. ¿A qué

debemos este honor? ¿Se ha roto el cielo o algo así? Llevábamos días sin verte.

No quería mirarlo. No quería ver su cara, en la que no dejaba de pensar, ni fijarse en esos labios que había sentido sobre los suyos. No quería. Pero su cuerpo la traicionó y, antes de que pudiera darse cuenta, se había girado para contemplarlo. Y para su sorpresa, Chufeng la observaba.

Con un vistazo muy rápido, se dio cuenta de que no llevaba el uniforme, ya que lucía unos pantalones negros, camisa blanca y un chaleco oscuro. También se fijó en la piel tostada que mostraba, pues tenía la camisa arremangada hasta los codos.

—He estado ocupado —dijo con su voz rasgada—. He oído que vas a asistir a la fiesta en el club del Cathay, y el jefe quiere que te acompañe.

—¿En serio? ¿Necesito vigilancia de una niñera? —preguntó Haosen con un tono tan mordaz que Eliette no pudo evitar sorprenderse—. ¿Por qué? ¿Quién va a asistir?

—No lo sé —respondió Chufeng, un poco tenso—. Solo cumplo órdenes.

—Claro. Como siempre —respondió Haosen, colocándose la chaqueta—. No sé de qué me sorprendo. Pues me temo que tus órdenes te van a llevar de compras con Eliette y conmigo. No te importa, ¿verdad? ¿O prefieres recogernos en la puerta del Cathay?

—Os esperaré en la puerta —se limitó a decir antes de darse la vuelta y abandonar la consulta.

Cuando Eliette se atrevió a mirar a su amigo, este ya la contemplaba. Aunque ella no le había dicho nada del beso, Haosen era inteligente y se había imaginado que algo ocurría entre ellos. Pero de igual modo que había hecho durante la travesía en el barco, le concedía su espacio y respetaba su silencio sobre ciertos temas.

—Pues me parece que esta noche tendremos compañía. Así que estamos en la obligación de elegir el mejor vestido.

—¡Haosen! —le recriminó ella, pero no pudo evitar la sonrisa que se le formó en los labios.

***

Todo el mundo sabía que el jefe de Chufeng quería tener más ojos y oídos en todas partes. Tampoco era ningún secreto que había contado con el beneplácito de hombres poderosos para lograr sus fines. Aunque actuaba con sobrada impunidad en la Concesión francesa, donde tenía su hogar, sus negocios y el control sobre el comercio del opio, no se era el dueño de Shanghái dejando al margen lo que se gestaba en el Asentamiento Internacional.

Por eso le había pedido que acompañara a Haosen a aquella fiesta en el Club Cathay, donde solían reunirse los dueños de los principales periódicos extranjeros y también la nueva élite china, formada por jóvenes intelectuales, graduados o estudiantes universitarios que hablaban inglés con fluidez y se interesaban por el futuro del país y de la relación de este con el resto del mundo.

No se imaginaba que su amigo hubiera invitado a Eliette. Después de dos semanas evitándola, para lo que había incluso dormido en la comisaría (después de asegurarse de que uno de sus hombres vigilara su casa), ahora tenía que enfrentarla de nuevo.

Y el recuerdo del beso que habían compartido no se había desvanecido de su mente. Ni siquiera un poco.

También había comprendido que no lo olvidaría y que lo compararía con los siguientes que recibiera o entregara.

Quizá, con el tiempo, el recuerdo se mitigara, pero nunca se borraría.

Chufeng lo tenía claro.

La clave para que eso sucediera cuanto antes era poner distancia con ella, sumergirse en los cuerpos de otras mujeres, y eso tenía pensado hacer aquella velada.

Lo había planeado concienzudamente. Cumpliría el encargo de su jefe acompañando a Haosen, evitaría a Eliette manteniendo una distancia con ambos, y luego acudiría a visitar a alguna de sus amigas que siempre lo recibían con entusiasmo.

Lo que no esperaba, sin embargo, era que Eliette se quitara el abrigo en cuanto accedieron al interior del Club Cathay y revelara un vestido plateado de seda que se ceñía a su cuerpo, en especial a sus caderas, y que mostrara la piel que Chufeng llevaba imaginando acariciar desde aquel maldito beso.

O desde antes. Porque la contemplación de ese vestido también trajo esa certeza.

Estaba fascinado con ella desde que la vio por primera vez. Y no parecía capaz de contener la atracción por más tiempo.

—Estás espléndida, Eliette —le dijo Haosen, al tiempo que le tendía el brazo para que ella se colgara de él—. Voy a ser la envidia de todos los caballeros esta noche.

A Chufeng no le pasó desapercibida la mirada que su amigo le dedicó al pronunciar estas palabras y no supo cómo sentirse.

Tampoco supo cómo hacerlo a lo largo de los minutos siguientes, cuando se adentraron en el centro del club y descubrió las miradas que el resto de los asistentes dedicaba a Eliette.

A lo largo de su vida había realizado muchos trabajos para su jefe, pero este se le estaba atragantando. Y la noche no había hecho nada

más que empezar. Decidido a que todo fuera lo más llevadero posible, recorrió el lugar con la mirada para reconocer a los invitados más ilustres a aquella velada. Había sido informado de quiénes asistirían, y tal y como esperaba, los encontró. El gran magnate Victor Sassoon, al que pertenecía el lugar, y varios potentados emperifollados y elegantes de los que no recordaba el nombre.

Pero sin duda, aquel que se llevaba la atención de todos era el famoso poeta Shao Xunmei, también conocido como Zau Sinmay, junto a la periodista americana Emily Hahn. Al evaluar su compañía, el corazón de Chufeng dio un vuelco.

Niao Niao estaba a su lado, sonriente, vestida con un ceñido *cheongsam* verde. Supuso que su anfitrión, el poderoso señor Ling, no estaría lejos. No se sorprendió cuando lo vislumbró acercándose.

Con un primer instinto, se colocó junto a Eliette, que lo miró, un poco desconcertada.

Pero la atención del señor Ling no fue para ella, sino para Haosen.

—¡Joven Chen! —exclamó el acaudalado banquero—. ¡Qué alegría verlo!

Al fijarse en su amigo, lo descubrió tenso y confuso.

—¿Nos conocemos?

—¡Oh, vaya! —exclamó el señor Ling con una sonrisa titubeante—. ¿No me reconoce? Era amigo de su padre. Lamento mucho su pérdida.

Haosen aceptó el pésame con un asentimiento muy breve y luego dijo:

—Aún no me ha dicho quién es.

—Soy el señor Ling, el banquero. Y soy el padre de la pequeña Mai, su prometida.

Capítulo 22

—¿Cómo dice? —Fueron las únicas palabras que abandonaron la boca de Haosen ante lo que acababa de escuchar. Aunque en el fondo no estaba sorprendido. Sabía que esa situación, tarde o temprano, sucedería. Era su mayor temor, y acababa de hacerse realidad. A lo largo de aquellas semanas de regreso en Shanghái se había engañado a sí mismo, creyendo que su padre no habría encarcelado su futuro del todo.

¡Qué equivocado estaba! Nunca había sido libre y acababan de recordárselo.

—Unos años atrás, su padre y yo acordamos vuestro matrimonio. Entregué la dote hace algo más de un mes, pero el señor Chen falleció de manera inesperada, aunque en su lecho de muerte me aseguró que la ceremonia seguía en pie, que usted regresaba de inmediato.

De repente, el aire a su alrededor, cargado de humo, perfume y sudor, se negó a entrar a sus pulmones. El traje comenzó a pesarle y el nudo de la corbata parecía haber cobrado vida y sentía que lo estrangulaba.

—¿Haosen, estás bien? —Escuchó que Eliette le decía.

La contempló, pero su visión comenzaba a tornarse borrosa.

—Sí, sí. ¿Puedes quedarte con Chufeng un momento? Tengo que ir a refrescarme la cara.

Cuando echó a andar, fue consciente de lo mucho que le temblaban las piernas. Escuchó voces detrás de él, la del señor Ling, la de su amigo, la de Eliette, pero las ignoró y atravesó la pista de baile hasta una zona más apartada, donde imaginaba que se encontraban los servicios. Tomó un pasillo en el que se apoyó en la pared para ser capaz de continuar avanzando mientras se soltaba el nudo de la corbata con la mano izquierda.

Necesitaba aire y que la presión en su pecho cesara.

Cuando llegó al servicio, se venció hacia delante, sobre la pila. Abrió el grifo dorado y hundió las manos. El agua fría le pareció una salvación y se inclinó para mojar su rostro, su nuca, su cabeza. No le importó que el líquido chorreara sobre sus hombros, empapando su

traje nuevo.
Cuando abrió los ojos, se contempló en el espejo.
Se odiaba a sí mismo casi tanto como odiaba a su padre. ¿Por qué, después de todo, no había desobedecido su última petición y se había quedado en Londres? ¿Por qué había sido de nuevo tan filial?
Ahora estaba hundido hasta el cuello en una situación de la que no había forma amable de salir.
—Haosen... —Escuchó la voz de su amigo detrás de él.
Lo miró a través del reflejo del espejo.
—¿Tú lo sabías?
En el momento en que Chufeng bajó los ojos, supo la respuesta. Por supuesto, nada escapaba al control de la Banda Verde.
—¿Lo sabías y no me lo dijiste en cuanto llegué?
—Pensaba que tú también lo sabrías. Que tu padre habría tenido el detalle de avisarte antes de embarcar. Incluso pensé que por eso regresabas, para casarte.
Sintiendo una furia desconocida, se giró hacia su amigo.
—¿De verdad, Chufeng? ¿Crees que quiero casarme con una mujer que no conozco? —gritó.
Tras unos segundos de silencio, su amigo preguntó:
—¿Y qué es lo que quieres en realidad?
Haosen le dio la espalda porque no se atrevía a mirarlo. La pregunta flotó entre ambos, tan pesada como filosa.
—Lo que quiero... es que me dejes en paz —murmuró, cabizbajo.
Chufeng quiso decir algo más, notó su titubeo detrás de él, pero no añadió nada. Se marchó, dejándolo a solas en el cuarto de baño.
O eso pensaba él, hasta que vio a alguien por el rabillo del ojo.
Ladeó la cara y el corazón aún se le agitó más de lo que ya estaba, puesto que en la otra punta de la estancia, de pie y contemplándolo, estaba el hombre que había salvado en la ópera.

Capítulo 23

Eliette no tenía ni idea de lo que había pasado, pero ahora se encontraba sola en aquel club después de la espantada de sus acompañantes. Miró a su alrededor. Varios hombres la contemplaban con descaro. Uno de ellos le hizo un gesto para que se acercara alzando una copa, pero ella negó con la cabeza sutilmente.

—No debería rechazar al señor Sassoon —le dijo una voz femenina a su lado.

Al contemplarla, la reconoció al instante. Era Niao Niao, la mujer de la que estaba enamorado Chufeng. Lucía, como aquella vez en el Paramount, un precioso vestido ceñido, esta vez en tonos verdes y rojos, con grandes flores bordadas desde la cadera hasta los tobillos. El cabello, ondulado, lo llevaba recogido a un lado con un adorno de perlas, lo que despejaba su rostro, ovalado, simétrico y bien maquillado. Eliette también se fijó en su piel, tan pálida, y en sus labios rojos.

—¿El señor Sassoon?

Aunque había oído hablar de él decenas de veces desde que llegó a Shanghái, puesto que aquel taipán de origen sefardí era dueño de ese lugar donde se encontraban —y también del Embankment House, uno de los edificios más grandes de Asia, recién construido, y en el que se estaban refugiando, provisionalmente, familias judías llegadas de Europa—, era, además, el que había proporcionado las primeras ayudas económicas a Eliette y a su abuela a través del Comité Internacional de Inmigrantes Europeos.

Lo contempló, curiosa, y aquel hombre, de rasgos afilados, escaso pelo oscuro y ojos ladinos, sonrió, complacido.

—Si quiere, se lo puedo presentar —dijo Niao Niao.

Eliette dudó. Sabía que las cosas tenían un precio y mucho más en un lugar como Shanghái, una ciudad que había demostrado ser un voraz dragón que se alimentaba de almas desesperadas como la suya.

—Eliette. —Escuchó la voz de Chufeng detrás de ella. Era la primera

vez que él la llamaba por su nombre, abandonando el formal y rígido «señorita Stern» con el que se había dirigido a ella desde el principio, y su corazón se llenó de calidez al escucharlo.

Ni siquiera la noche del beso había roto esa barrera con ella.

—Tenemos que marcharnos —añadió.

—¿Ahora? ¿Y Haosen?

—Se reunirá con nosotros más tarde.

—Chufeng *gēgē* —le dijo Niao Niao—, el señor Sassoon quiere conocer a tu amiga. ¿No te parece una descortesía ignorarlo?

Eliette se dio cuenta de que Chufeng se puso muy tenso. Miró a Niao Niao una sola vez, y luego a ella.

—Vámonos, Eliette. —Para su sorpresa, tomó su mano con dulzura y luego bajó la voz tanto que solo ella lo pudo percibir—. Por favor.

Durante unos segundos, se permitió contemplar aquellos ojos alargados para tratar de entender qué había detrás de aquella súplica que Chufeng había susurrado.

Quizá se debía a que todavía tenía sentimientos muy profundos por aquella otra mujer (¿qué sabía ella de eso?) y quería huir a toda costa. O quizá quería protegerla como había estado haciendo todo aquel tiempo.

Una parte de Eliette quiso creer que desde el beso, o quizá antes, ya no solo lo hacía por complacer a Haosen. Que Chufeng realmente sentía algo por ella y quería que estuviera a salvo.

Así que asintió.

Una ligera sonrisa casi imperceptible asomó en el rostro de Chufeng, que tiró de ella alejándola de Niao Niao, pero también de los hombres más poderosos de Shanghái.

No habían avanzado demasiado cuando ambos percibieron las últimas palabras de aquella mujer.

—Chufeng, ¿ya le has dicho quién eres y todo lo que has hecho?

Capítulo 24

No había dejado atrás el pasado. Y no tenía intención de hacerlo. A pesar de que ahora poseía, en apariencia, un trabajo y una vida honorable, Xiao Chufeng seguía perteneciendo a la Banda Verde. Y en los bajos fondos de la ciudad, su apodo aún lo precedía.

Pero no esperaba sentir vergüenza ante todo lo que había hecho. Nunca se había sentido así, pero aquella noche, primero con la acusación de Haosen y a continuación con las palabras de Niao Niao, lo que siempre lo había hecho sentir orgulloso parecía de repente sucio. Los demonios que trataba de aplacar y que a veces aparecían en sus sueños, o cuando entrenaba a solas en el gimnasio de la comisaría, acababan de hacerse tan reales que los sentía por todas partes mientras abandonaba el Cathay. Ni siquiera en la calle parecía ser capaz de librarse de ellos.

Pero entonces escuchó la voz de su acompañante, a la que había olvidado, a pesar de que sus manos no se habían soltado.

—Chufeng —lo llamó por su nombre, como había hecho en el Paramount, y la voz de Eliette disipó gran parte de las sombras que lo envolvían.

Se detuvo. Al mirar a su alrededor se dio cuenta de que habían llegado al paseo del Bund, frente al río. Una niebla flotaba sobre el agua, difuminando las formas de los sampanes, y se adentraba en la orilla llenando el ambiente de humedad. Detrás de ellos, a decenas de metros, se alzaban los majestuosos edificios del Asentamiento Internacional, y el Cathay, del que venían, brillaba por los centenares de bombillas que decoraban su fachada. A pesar de que llevaba años viendo aquella zona tan iluminada, todavía se sobrecogía y se sorprendía por lo mucho que difería de la ciudad china, no muy lejos de allí, donde él y su amigo habían crecido.

—¿Qué ha pasado con Haosen? ¿Cuándo se va a reunir con nosotros? —Al mirarla se dio cuenta de que estaba aterida de frío, ya que habían abandonado el lugar a toda prisa, olvidando el abrigo, así que se quitó su cazadora y se acercó a ella. Con cuidado, la colocó sobre sus hombros y luego se apartó—. Gracias.

—Haosen está enfadado —explicó él—, así que dudo mucho que se nos una esta noche. Será mejor que volvamos a casa.

Chufeng comenzó a andar, pero tan solo después de haber dado un par de pasos, comprendió que ella no lo seguía, así que se volvió y la enfrentó. Eliette lo contemplaba con una expresión interrogante.

—¿Por qué está enfadado?

—Porque ha descubierto que está prometido. Que su padre selló su futuro con una mujer antes de morir —confesó.

—Oh, vaya —exclamó ella sorprendida—. ¿Y usted lo sabía?

La pregunta, como todas las que ella lanzaba, era certera e inteligente.

—Sí, claro que sí —respondió él alzando un poco el mentón—, en los ambientes en los que me muevo no hay secretos.

—¿Y por qué no se lo dijo? —Exigió saber.

—Porque no me atrevía.

Eliette frunció el ceño. Chufeng sabía que hacía ese gesto cuando algo la contrariaba, y en su cabecita estaba elaborando una réplica que no tardó en llegar.

—Creo que no se lo dijo porque no puede permitirse que Haosen regrese a Londres en el primer crucero. Su jefe no se lo perdonaría, ¿verdad?

Chufeng cabeceó, aceptando el golpe.

—Creo, señorita Stern, que usted, con sus dotes deductivas, habría sido una gran policía.

Ella sonrió, agradeciendo aquel halago con un asentimiento. Compartieron una breve mirada, envueltos por el ruido de la noche de Shanghái.

—¿Y qué va a hacer con Haosen?

—Mañana hablaré con él —explicó—. Esta noche dejaré que lo digiera.

—Lo entiendo.

—¿No va a decirme que tengo que impedir ese matrimonio concertado? —Quiso saber él—. Seguro que está sorprendida ante la idea de que eso siga sucediendo en una ciudad tan moderna como esta.

Al contemplarla, porque era incapaz de apartar los ojos de ella, la vio morderse el labio inferior con nerviosismo.

—Señorita Stern —musitó. Cuando ella le rehuyó la mirada, supo que ocultaba algo también, algo que se imaginaba, pero quería saberlo de primera mano. Lo necesitaba—, ¿no le parece una locura que los padres acuerden el matrimonio de los hijos?

Más nervios en ella. La vio frotarse las manos, cabizbaja. Y lo supo, pero aun así quiso escucharlo de sus labios, así que dio un paso más

hacia ella y la tomó con delicadeza por los hombros.

Ella se tensó al instante, pero no se apartó. Se tomó un tiempo para respirar y alzar la cara, para clavar sus ojos en los de él.

—A mí también me prometieron con alguien —confesó Eliette.

Otro hombre. Había otro hombre en su vida. Al que había dejado en Alemania no era otro que su prometido. Quiso soltarla, alejarse de ella, levantó las palmas de sus manos de sus hombros, y retrocedió un poco, pero Eliette se apresuró a agarrarlo de la camisa a la altura de los costados, reteniéndolo.

El corazón de Chufeng saltó contra su esternón con violencia.

—Entre los míos, los judíos, también existe esa tradición. Tenemos una palabra hebrea, *shiduj,* que se refiere al encuentro entre un hombre y una mujer para un matrimonio concertado, e incluso hay casamenteros que se dedican a emparejar gente. Pero en mi caso... No hizo falta. Mi familia y la de Ephraim eran muy cercanas. Crecimos juntos, él, mi hermano Abraham y yo. Cuando cumplí los catorce me dijeron que él sería mi futuro *ba'al,* que significa «esposo», pero también algo así como «amo».

Chufeng apretó los dientes. Aquello no era muy diferente a lo que les sucedía todavía a muchas mujeres chinas en su país. Casi semanalmente, a la comisaría llegaban, malheridas, novias que habían tratado de escapar de los palanquines que las llevaban a un matrimonio concertado o como concubinas de algún hombre poderoso. En muchas ocasiones habían sido los propios familiares los que las habían golpeado casi hasta la muerte por negarse. Y tal y como estaba la ley, Chufeng tenía las manos atadas y esas pobres chicas terminaban de regreso en los sedanes nupciales camino de sus propios infiernos.

Lo que no esperaba era que en un país europeo aún continuaran existiendo tradiciones así.

—Entonces ¿me está diciendo que lo aceptó sin cuestionarlo, señorita Stern? —añadió él.

—Sí —reconoció ella avergonzada—. Porque, después de todo, era Ephraim. Lo conocía. Y sabía que siempre cuidaría de mí. Dadas las pocas opciones que tenía como mujer y como judía, ¿qué más podía pedir?

Chufeng le mantuvo la mirada durante unos instantes, demorándose en sus ojos verdes, que ahora brillaban por el llanto contenido. Sabía que estaba a punto de echarse a llorar, pero se mantenía estoica y fuerte, a pesar de que su voz había temblado cuando había lanzado aquella última pregunta, que ahora flotaba en el aire entre ambos.

Sentía que ella se había aferrado con más fuerza a su camisa y que esperaba que él le dijera algo, lo que fuera. Quizá buscaba consuelo, quizá algo que la animara o que mitigara esa culpa que ya sabía que

sentía; pero a Chufeng, que había crecido en la calle, no se le daban bien las palabras.

—Seguro que recuerda que dejé a alguien en Alemania, y ahora ya sabe que fue a él, pero también a mi hermano —confesó Eliette—. Una noche salieron de casa, sé que tenían una reunión clandestina con la gente con la que compartían ideología, porque se oponían a ese loco de Hitler que había desatado esa caza salvaje contra los nuestros, y ya... no regresaron. Se los llevaron a un campo de prisioneros; y cuando quise ir a preguntar por ellos, a ver si podíamos sacarlos de alguna forma, mi abuela me dijo que era imposible, que... —los ojos verdes se inundaron de lágrimas y Chufeng contuvo el aliento, esperando las palabras que intuía—, ya los habrían matado.

—¿Y usted qué cree, señorita Stern? ¿Alberga la esperanza de que aún sigan vivos?

Eliette bajó la mirada. Unos segundos después, rompió en un llanto silencioso mientras negaba con la cabeza.

Tras unos momentos de indecisión, la atrajo hacia él y la abrazó. Eliette lloró contra su pecho; notaba que su cuerpo, tan pequeño, se agitaba por los sollozos al tiempo que se le iba empapando la camisa por el llanto incontrolado.

Y Chufeng, cuyo pasado aún seguía pisándole los talones, se prometió a sí mismo que a partir de aquel momento tendría otro motivo para seguir adelante. Que Eliette, que había perdido tanto como él en esta vida, bien era merecedora de lo único que podía entregarle: la lealtad incondicional de su alma.

La de su corazón, si no estuviera tan resquebrajado, también podría entregársela. Solo que sabía que no debía hacerlo.

Capítulo 25

—*Ni hao*[14]—saludó Haosen al hombre que había salvado semanas atrás—, nos encontramos de nuevo.

Aquel sujeto avanzó con seguridad y se detuvo a apenas un metro de él, que se permitió observarlo. Lucía un traje en un tono crema y camisa blanca. Tenía muy buen aspecto. Exudaba seguridad en sí mismo y cierta autoridad, algo que no había percibido cuando se conocieron. Sentía que estaba viendo otra faceta de aquel hombre. Ya había descubierto varias: la de la ópera, risueño y divertido; y la de gran luchador, algo que había confirmado al ver sus cicatrices. Lo había visto defenderse, dominando las artes marciales con una destreza que denotaba que había entrenado durante años.

—Veo que se ha recuperado del todo —dijo.

—Sí —respondió aquel hombre, del que desconocía el nombre—. Gracias a su pericia, doctor Chen.

—¿Me conoce?

—No hay demasiados doctores chinos que hayan estudiado fuera y que practiquen la medicina occidental en Shanghái.

—No, supongo que no los hay —reconoció él con tristeza—. E imagino, por tanto, que está al tanto de quién era mi padre.

Su acompañante no respondió, pero no hizo falta.

—Veo que no puedo librarme de quién soy —musitó más para sí mismo—. Y, ahora, si me disculpa, voy a seguir regodeándome en mi miseria unos instantes más antes de regresar a la fiesta.

Se dio la vuelta y volvió a contemplarse en el espejo. Se sintió devastado. Desde que había desembarcado en su ciudad natal apenas había dormido. Había hecho de todo para ocupar su tiempo: trabajar más de la cuenta, salir con Eliette a cenar, o incluso había visitado un orfanato para atender a niños huérfanos. Como si todo eso pudiese frenar lo que había acabado sucediendo.

—También puede dejar de autocompadecerse y escaparse de aquí. —Escuchó entonces la voz de su acompañante.

Sorprendido, lo miró a través del reflejo. Parecía tranquilo, relajado, e incluso le pareció intuir que esbozaba una ligera sonrisa.

—¿Escaparme?

—Este tipo de fiestas me aburren —dijo él como si tal cosa—, así que había pensado abandonarla. Si lo desea, puede acompañarme.

El corazón de Haosen hizo un extraño amago, pero no le prestó atención. Se giró de nuevo para enfrentarlo y preguntó:

—¿Al lugar donde tiene pensado ir acabará herido y al borde de la muerte?

En ese momento, su acompañante dejó escapar una carcajada que sonó sincera y bonita. Sus ojos, que eran fieros y desconfiados, se volvieron dos medias lunas tumbadas y su expresión fue una que Haosen reconoció, puesto que ya la había visto en la ópera.

—Espero que no. Pero si es así, no dudo de que usted me salvará, doctor Chen.

Haosen bajó los ojos al notar que se sonrojaba. No podía comportarse así con aquel desconocido. Carraspeó, nervioso, y cuando se encontró en disposición de mirarlo otra vez, sin rastro de rubor en sus mejillas, alzó el rostro.

—Está bien. ¿Conoce alguna salida discreta?

—Por supuesto. ¿Vamos?

Haosen titubeó, pero acabó cediendo. Al día siguiente ya pensaría qué hacer con su compromiso, pero esta noche no se veía capaz de enfrentar esa posibilidad.

Mientras se adentraban en un pasillo que quedaba opuesto al que él había atravesado para llegar a los baños, pensó que no conocía a ese hombre de nada. Ni siquiera sabía su nombre. ¿Y si lo secuestraba? Los secuestros estaban a la orden del día en aquella ciudad. Podía ser que alguien quisiera chantajear al señor Du y hubiera pensado en él como moneda de cambio. Recordaba que, de niño, intentaron llevárselo, igual que a su propio padre. La Banda Verde los había protegido entonces, y no dudaba que ahora también lo harían, pero quizá debía evitar la ocasión, regresar a la fiesta con aquellas grandes personalidades y quedarse a salvo, aunque eso significara acatar lo que se esperaba de él y ese matrimonio en el que no soportaba pensar.

Casi prefería que alguien le diera muerte y lo arrojara al río Huangpu.

Con esa idea en la cabeza, siguió a su acompañante hasta las afueras del Cathay.

—¿Y ahora? —preguntó más nervioso de lo que debía parecer.

—Ahora, subimos en mi coche —respondió, sonriente, al tiempo que alzaba un brazo y hacía un gesto al aire.

Mientras aguardaban, sin hablar, Haosen se permitió contemplar a su posible secuestrador. Era un poco más bajo que él, pero aun así, ambos eran más altos que la mayoría. Destacaban entre el gentío que

abarrotaba a esas horas la entrada y los alrededores del Cathay.

Haosen no quería sentirse así, no quería sentir nada de curiosidad por aquel hombre, pero no podía evitarlo. Notaba que flaqueaba. Antes de abandonar Londres, donde había terminado una relación de tres años con John, se prometió que no volvería a fijarse en nadie.

En Shanghái, lo que se esperaba de él era que contrajera matrimonio y engendrara hijos. Tenía que enterrar su verdadero corazón y no escuchar su llamada.

Por muy tentadora que fuera.

Un lujoso Voisin se detuvo frente a ellos y el aparcacoches bajó con premura, haciendo rápidas reverencias mientras le daba las llaves a su acompañante.

¿Un coche francés de lujo? ¿Cómo podía permitírselo?

—¿Qué modelo es este? —preguntó Haosen una vez que se hallaba en su interior, que destacaba por sus acabados en cuero y madera.

—Un Voisin C25 Aérodyne.

—No había visto ninguno en Shanghái.

—Probablemente porque solo hay este. Fue un regalo por mi regreso —explicó.

Otra faceta más que descubría de él y que le generaba más preguntas. ¿Quién podía haberle regalado un coche extranjero tan caro? Quiso saberlo, pero no dijo nada. Se limitó a mirar por la ventanilla mientras atravesaban varias calles de la ciudad. No tardaron en llegar a su destino. Al abandonar el vehículo descubrió que estaba frente a la fachada del Strand Theatre.

Cuando su acompañante entregó las llaves a otro joven aparcacoches, le preguntó:

—¿Por qué estamos aquí?

—Porque estoy seguro de que disfrutará de la representación que vamos a ver.

—¿La representación...?— Miró a su alrededor y a un lado de la fachada vio el cartel que anunciaba la obra. Era una ópera llamada *Bà Wáng Bié Jī*[15] y la protagonizaba el famoso Mei Lanfang. Sintió que su corazón se descontrolaba. Desde que había llegado a Shanghái había intentado conseguir entradas, pero había sido imposible.

Se quedó sin habla.

—¿Entramos?

Haosen asintió y ambos hombres accedieron a la entrada del teatro, en el que la emoción bullía y se extendía entre los asistentes. El doctor no tardó en descubrir que tenían dos localidades en uno de los palcos superiores, desde los que la vista del escenario era magnífica.

Tenía once años cuando su madre lo llevó a Beijing a visitar a unos parientes lejanos. Allí vio por primera vez una ópera. Se trataba de *La Diosa extiende las flores*[16], y en ella, un jovencísimo Mei Lanfang

interpretaba el papel femenino, conocido como *dan*, de la protagonista. Su actuación lo cambió todo en el paradigma de la ópera china, y a él lo convirtió en una estrella nacional.

De hecho, Haosen sabía que Mei Lanfang había estado actuando en Estados Unidos, en Rusia e incluso en Francia y Berlín durante los últimos años.

Era la estrella más rutilante de China, la más internacional.

Y también había sido el primer amor de Haosen. Aquel día, siendo apenas un adolescente, había quedado fascinado por la actuación, al igual que el resto de los asistentes, pero fue luego, cuando su madre lo llevó a los vestuarios, cuando pudo ver por primera vez a aquel hombre sin el maquillaje de la representación. Tan solo lucía un traje tradicional oscuro y una capa con pelo en el cuello. Irradiaba algo que Haosen no pudo entender: era una mezcla de elegancia y sofisticada serenidad. En el momento en que le sonrió, supo que nunca olvidaría aquel gesto. Después, de regreso a Shanghái, solía escaparse para ver las representaciones de ópera cerca de su casa.

Ahora, de nuevo podía ver al que había sido su amor platónico y no sabía qué decir.

Cuando la representación comenzó, se inclinó hacia delante para no perderse nada.

El Rey Hegemón se despide de su dama relataba la historia de Xiang Yu, autoproclamado rey Hegemón de la dinastía Chu Occidental que luchó contra Liu Bang, de la dinastía Han.

Mei Lanfang interpretaba el papel de Lady Yu, la concubina del señor Xiang, del que estaba profundamente enamorado. Al final, mientras las canciones del enemigo se escuchaban cada vez más cerca, puesto que la derrota era irremediable, Lady Yu le rogaba morir junto a él, pero este se negó. La concubina ejecutaba entonces una danza de espadas para deleitar a su señor y elevar su ánimo mientras ella enjugaba sus lágrimas para que su esposo no la viera desolada. Justo en ese instante, los mensajeros llegaban con la grave noticia de que el ataque enemigo venía de todos los lados. La heroína, desesperada, agarró la espada del señor Xiang y la deslizó sobre su garganta, muriendo frente al hombre que amaba.

El teatro enmudeció. Ni siquiera cuando la acción se retomó, lo hicieron los aplausos o los vítores. La actuación había sido tan conmovedora, tan sentida, que los espectadores permanecían callados.

Haosen sentía que el nudo de su interior se había apretado aún más. Desde que había recibido la noticia de que la muerte de su padre se aproximaba, sentía que unas cuerdas invisibles se trenzaban alrededor de su corazón, cubriendo su superficie. Después, con el regreso a su ciudad natal, a su hogar (que no sentía como suyo) y con el peso de su

apellido cayendo sobre él, las cuerdas se habían ido apretando hasta que se sentía estrangulado.

Había intentado sobrellevarlo. Había ocupado su tiempo, ahogando sus horas libres con alcohol o en compañía de su mejor amiga. Pero ahora, en aquel teatro y después de lo que le había deparado la noche, fue consciente de que no podía escapar de su destino.

Incapaz de respirar, se puso en pie y abandonó el palco.

A medida que avanzaba por los pasillos oscuros, sin saber dónde se hallaba la salida, se llevó una mano al cuello y se soltó el nudo de la corbata que tanto le apretaba. El aire seguía sin llegar a sus pulmones, así que detuvo su avance y se apoyó en un rincón que apenas estaba iluminado por una bombilla. A lo lejos oía los vítores de la gente y la música del escenario.

Abrió la boca, tratando de exhalar. El nudo en su pecho parecía haberse tornado una piedra que impedía todo paso de aire hasta sus pulmones. Cerró los ojos, mientras palpaba su propio pecho, con manos temblorosas, tratando de desabotonar la camisa. No era capaz de hacerlo.

—Señor Chen, señor Chen. —Escuchó la voz de su acompañante.

Al abrir los ojos, se encontró con que estaba muy cerca y lo miraba con gesto preocupado. Acto seguido lo vio avanzar más hasta él y fue consciente de que sus grandes manos apartaban las suyas, tan torpes de repente, y lo ayudaban a soltar los botones. También le quitó del todo la corbata y la enrolló entre sus dedos.

—Tranquilo. Estoy aquí —le dijo, en un susurro.

Haosen miró sus ojos. La bombilla sobre ellos los envolvía en un juego de luces y sombras. Pero aun así, podía ver su rostro. Tan cerca que se permitió apreciar la forma alargada de sus ojos y se consintió, también, asomarse a sus negras pupilas, en las que se reflejaba tenuemente la luz de la lamparilla.

—Tranquilo —repitió—. Estoy aquí.

—¿No me va a decir su nombre? —fue capaz de preguntar cuando su respiración regresó a la normalidad. El pecho todavía se le movía, acelerado, pero sentía que estaba volviendo en sí—. Me gustaría conocer el nombre de la persona que me acaba de ayudar. Un nombre por otro, ¿no le parece?

La expresión de aquel hombre, llena de preocupación, se relajó al comprobar que el ataque de pánico ya se había diluido.

Se echó hacia atrás un poco y lo contempló. Haosen se preguntó qué vería en él: estaba despeinado, con la camisa abierta hasta mitad del pecho y con la piel cubierta de sudor en las sienes, la nuca y el cuello.

Y entonces lo reconoció. El fogonazo de deseo en su salvador.

Apareció de repente y se quedó ahí, ya que no se afanó en ocultarlo.

El corazón de Haosen, que aún no acababa de regresar a la normalidad, se saltó un latido.

¿Es que aquel hombre también era…? Se dijo a sí mismo que no podía ser, pero continuaba bajo la mirada cargada de intención de su acompañante y lo supo sin lugar a duda.

—¿No me lo va a decir? ¿Su nombre?

—¿No quiere hacer una apuesta en función de lo que ha ido descubriendo de mí?

—¿Lo que he ido descubriendo? ¿Se refiere a sus dotes de lucha, a sus cicatrices y a sus influencias?

Ante sus palabras, aquel hombre esbozó una sonrisa que parecía fanfarrona, pero que a Haosen le pareció triste.

—Si con todo eso aún no me conoce, es que no lleva demasiado tiempo en Shanghái.

—Entonces ¿no me lo va a decir? ¿Me va a dejar con la intriga?

—¿Debería hacerlo? —dijo con picardía.

—Por favor… —Se sorprendió suplicando Haosen, pero su demanda no causó el efecto esperado, ya que aquel hombre negó con la cabeza y se echó hacia atrás, alejándose unos centímetros de él.

En ese momento, su cuerpo reaccionó por sí mismo. No quería quedarse solo ni perder en aquella batalla. Necesitaba saber su nombre, así que estiró el brazo y su mano alcanzó un trozo de su propia corbata que aquel hombre llevaba alrededor de sus nudillos.

Tiró de la tela hacia él intentando retenerlo, pero antes de que pudiera darse cuenta, el hombre se había alejado y Haosen tenía su propia corbata, arrugada, en su palma.

La luz hacía brillar el tono oscuro del tejido, recordándole al suntuoso plumaje de las golondrinas.

Cuando aceptó su derrota, alzó la cara, creyendo que se había quedado solo, pero para su sorpresa, aquel hombre seguía allí, a algo más de un metro.

Por encima de ellos, el público de la representación estalló en un aplauso tan sonoro que las paredes se sacudieron y la bombilla se tambaleó.

—¡Mei Lanfang, Mei Lanfang! —Escucharon.

Quiso decir algo, despedirse, asegurar que volverían a verse, que averiguaría su nombre, pero no le dio tiempo a que de su boca escapara ninguna palabra, ya que su acompañante deshizo la distancia que los separaba y lo silenció con un beso.

No supo ni cómo pasó. Un segundo antes su cerebro estaba buscando palabras y, al siguiente, unas manos cálidas y grandes le enmarcaban el rostro para que no pudiera resistirse a un beso febril. ¡Como si él no lo hubiera deseado!

El sabor a whisky y a tabaco inundó su boca cuando la lengua de aquel hombre irrumpió, posesiva y salvaje, entre sus labios. Haosen sintió que las rodillas le flaqueaban ante aquel beso impaciente y devastador. Retrocedió hasta apoyar su cuerpo en la pared, buscando un punto de apoyo. Como no le parecía suficiente, buscó otro. Así que palpó los costados de aquel hombre y se aferró al tejido de su chaqueta. Ese gesto, unido a los movimientos de su lengua, encendió más a su salvador, que gruñó algo contra su boca y pegó su cuerpo contra el suyo, de manera que Haosen sintió el tamaño del eje de aquel hombre contra él; hasta que se apartó y se llevó con él todo el calor, su lengua exigente, su deseo erecto y su ardor, y desapareció en la oscuridad.

Capítulo 26

Eliette se sintió aliviada después de su confesión. Ni siquiera se lo había contado a Haosen, a pesar de lo cercanos que eran, y, sin embargo, con Chufeng las palabras habían fluido, al igual que las lágrimas.

Se había sobrepuesto a todo, una y otra vez. A lo que sucedió en Berlín, al miedo del viaje y a lo que había resultado ser Shanghái, y se había mantenido fuerte. Hasta aquella noche en la que se había permitido contar la verdad. Pero ¿por qué con él? La respuesta era sencilla. Chufeng era un animal herido. Como ella.

Lo había sabido desde el primer momento en que lo vio. Más allá del uniforme de policía, que ahora sabía que era un engaño, que encubría para quién trabajaba en realidad; más allá también de su aire distante y salvaje, de esa brutalidad con la que sabía que había sobrevivido en un lugar como aquel, había algo en él que le resultaba cálido... Confiable.

Lo veía en sus ojos cada vez que la miraba, a pesar de que él se esforzaba en ocultarlo. No quería sentir nada por ella, pero lo hacía. Eliette lo percibía en pequeños gestos (los cambios en su respiración, la forma de bajar la mirada, la tensión en algunos músculos del rostro y del cuello). Sabía, además, que se moría por tocarla. Y que, a pesar de que no habían hablado del beso, ninguno de los dos lo había olvidado. Que había sido *importante*.

—Creo que es hora de que regresemos a casa. —Lo escuchó decir.

—¿Tan pronto?

Chufeng la miró, sorprendido.

—¿No está cansada?

—Absolutamente, pero me he puesto este vestido maravilloso —al decirlo, se percató de que él deslizó sutilmente su mirada por su cuerpo, por el tejido de seda, lo que hizo que Eliette se estremeciera al sentirse deseada—, y quisiera poder llevarlo un poco más. No creo que tenga más ocasiones de lucirlo.

Chufeng bajó los ojos otra vez, para esconderse de ella, para ocultar sus emociones, pero Eliette estaba demasiado pendiente de él y de

todo lo que hacía, decía o callaba, así que supo que iba a concederle su petición; algo que confirmó cuando él le tendió la mano, mirándola con la cabeza ligeramente ladeada.

¿Dónde iba a llevarla? No lo había preguntado y no le hacía falta. Quería ir con él a cualquier lugar de aquella ciudad.

Un rato después, se hallaban en Bubbling Well Road, frente a un enorme edificio, el más grande de la ciudad, en el que las paredes de vidrio y metal brillaban por el reflejo de los centenares de bombillas de colores de la fachada. En un cartel igual de iluminado, Eliette leyó «Ciro's».

—¿Es un salón de baile?

—Sí, y está recién inaugurado. También pertenece a Victor Sassoon —le informó Chufeng al oído.

Al entrar, se fijó en que el vestíbulo tenía luces bajas y cálidas, mientras que en las paredes, negras y lacadas, resaltaban unas estrechas líneas plateadas que marcaban el camino hasta el salón de baile principal. Fue este lugar el que la dejó sin aliento. Situados en una altura superior, distinguió al menos media docena de salones privados con sus mesas tras una barandilla de metal que los separaba del escenario central donde una orquesta en vivo tocaba un frenético jazz.

Tomaron asiento y durante unos instantes, Eliette se dedicó a contemplar a los bailarines, que se movían por la pista con maestría y un talento incomparable.

Un camarero se les acercó para tomarles nota de lo que iban a consumir. Chufeng pidió un whisky, el mejor de la casa, mientras que la alemana pidió una soda.

Durante largos minutos, permanecieron en silencio: Eliette miraba a los bailarines mientras que Chufeng la contemplaba a ella.

Percibía cada segundo de esa mirada, larga, cálida e intensa sobre su rostro, sobre su cabello, sobre su vestido. Así que tomó aire y se atrevió a ladear el rostro y centrar también su atención en él. Se lo encontró cómodamente sentado en la silla, con la copa en la mano, cerca de los labios.

No pudo evitar fijarse en su boca, en cómo pasó la lengua por el labio superior después de darle un sorbo a su bebida. E irremediablemente, Eliette recordó el beso. Su cuerpo vibró ante el aluvión de sensaciones que eso le produjo.

Se habían evitado con éxito desde entonces, hasta aquella noche, en la que habían terminado de nuevo a solas; y tras una huida, una confesión y lágrimas, ahora estaban frente a frente, rodeados de risas y música, en la cara amable de Shanghái. Donde ninguno de los dos pertenecía.

Eliette lo sabía. Pero podía ignorarlo por unas horas. Mientras llevara aquel vestido podía fingir que no había escapado del horror, que solo era una chica normal y corriente a la que le gustaría bailar con Chufeng y, por supuesto, volver a besar su boca.

Quería derretirse otra vez entre sus brazos, abandonarse a eso que intuía que no había sido más que el principio de la pasión. Quería tantas cosas que no se atrevía a que sus pensamientos fueran más allá.

Porque eran inadecuados, pecaminosos, impuros.

¡Pero tan atrayentes, tan seductores...!

Cuando Chufeng dejó la copa en la mesa, se levantó y se colocó tan cerca de Eliette que sus muslos se tocaron, la alemana contuvo el aliento. Se estaban rozando levemente, solo había un punto de unión entre sus cuerpos, pero ella, concentrada su atención en ese lugar, estaba imaginando demasiadas cosas, anhelando lo que apenas unos segundos antes se había prohibido pensar.

No sabía qué hacer, ni siquiera era consciente de cómo seguía respirando, así que se obligó a dejar ir una exhalación que salió temblorosa. Luego alzó los ojos y los clavó en Chufeng.

Estaba muy serio y los músculos de su mandíbula estaban tirantes, rígidos. Eliette supo al instante que se estaba controlando para no tocarla, para no deshacer esos límites entre ellos que ahora estaban apenas esbozados.

—¿Qué quiere exactamente de mí, señorita Stern?

—¿Qué se me permite querer de usted, señor Xiao?

—Ambos sabemos que nada... Al igual que yo tampoco puedo anhelarla.

—Pero lo hace. Me anhela —soltó ella con una valentía inducida por la cercanía de aquel hombre, por el aroma a cuero, tabaco y whisky que desprendía—. ¿Verdad?

Chufeng inclinó el rostro hacia el de ella, quedándose a apenas unos centímetros, torturándola con aquella distancia.

—No hay que anhelar lo que no puede tenerse —murmuró, su aliento tembló con cada sílaba—. Es algo que aprendí viviendo en la calle, señorita Stern.

—¿Entonces tendremos que seguir ignorándonos, como hemos hecho estas semanas después del beso?

—Me temo que sí —dijo él bajando los ojos, enfocándolos en sus labios, ante lo que Eliette se estremeció de nuevo por el recuerdo.

—¿Y eso en qué nos convierte?

—Quizá en amigos que una vez cometieron un error.

—¿Eso es lo que fue el beso para usted, señor Xiao? —No quiso sonar dolida, pero fracasó.

—Los chinos no podemos mezclarnos con las occidentales. Nunca sale bien.

—¿Nunca?

—Quizá con alguien como Haosen, sí. Pero no con alguien como yo. Él es un buen hombre, es decente. Es honrado. Yo no soy ninguna de esas tres cosas.

—Lo sé.

Chufeng abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Y no le han enseñado que debe alejarse de hombres como yo?

—En Berlín lo habría hecho, sin duda —fue el turno de ella de bajar la voz, al tiempo que acercaba su rostro un poco más al de él—, pero esto es Shanghái. Y aquí lo aprendido ya no sirve.

—Sí, sí que sirve. Es una advertencia que debería seguir, señorita Stern.

—Pero no quiero —confesó ella sin temor—. Quiero muchas cosas que tienen que ver con usted.

—Es tan... ingenua como Haosen. Peor aún: es imprudente —dijo él con voz férrea, apretando los dientes.

Ella lo contempló con atención, los ojos pequeños con las pestañas negras, el rostro masculino en el que había más de una cicatriz antigua que podía verse a pesar del incipiente vello facial que cubría su mandíbula; la nariz, tan imperfecta que supo al instante que se la habían roto a golpes. Pero debajo de todo eso, de esas señales que no podía ignorar, había calidez. Había lealtad. Y ella, que venía de un país lleno de personas deshonestas, podía aferrarse a lo que intuía para seguir hacia delante, porque dado que había comprendido, también, que podía morir en cualquier momento en una ciudad como aquella, quería vivir al máximo.

—Si podemos morir en cualquier momento, ¿por qué no vivir con desenfreno? Bailar, beber, besar, todo lo que deseemos. ¿No es eso también lo que nos permite esta ciudad? Pecar, puesto que no habrá un mañana.

—Eso es tentador... —reconoció él, y el corazón de Eliette aleteó ante la esperanza de que él le concediera lo que deseaba, pero entonces Chufeng se apartó—. Pero imposible.

Él se puso de pie tan rápido que Eliette tuvo que alzar la cara para mirarlo. Cuando comprendió que se marchaba, agarró su mano. Él aún tardó unos instantes en mirarla. Se resistía a hacerlo, y ella comprendió que no todo estaba perdido.

—Antes, en el Cathay —dijo él alzando la cara—, ¿ha oído lo que ella ha dicho?

—Sí.

—¿Y no quiere saberlo? ¿No quiere saber cómo me llaman?

—Sé qué pretende, señor Xiao. Pretende asustarme, que no lo idealice, que me mantenga alejada. Por mi bien.

—Exactamente, señorita Stern. Por «su» bien —replicó él haciendo énfasis en el posesivo.

—Ningún apodo podrá cambiar lo que veo cuando me mira —replicó ella.

Chufeng no esperaba aquellas palabras, así que titubeó. Le concedió unos segundos más antes de alejarse, que Eliette no podía desaprovechar, por lo que añadió:

—Veo lealtad. Y eso me basta.

—¿Para qué?

—Para querer más de usted.

—¿Es que no sabe que en esta ciudad cualquiera puede venderse al mejor postor? ¿Es que no sabe que ya tengo dueño?

—Sí, lo sé —dijo Eliette, poniéndose en pie—. E imagino que ese apodo que en el fondo no quiere que conozca se lo pusieron trabajando para él, pero se lo digo de nuevo. Nada cambiará lo que pienso de usted, lo que veo en sus ojos cuando me mira.

Chufeng apretó los dientes y le apartó la mirada. Eliette supo al instante que eso era muy mala señal, algo que confirmó cuando él agarró su mano y la apartó con cierta brusquedad, liberándolo de su agarre.

—Entonces, no tendrá ningún inconveniente en venir conmigo a otro lugar, ¿verdad?

Eliette dudó. Sabía qué pretendía. Iba a enseñarle el mundo oscuro del que venía. Su verdadero rostro.

Un golpe de lucidez llenó su mente. Tenía que acompañarlo aunque fuera al mismísimo infierno, porque era la única manera en la que lo que estaba empezando a sentir por él desapareciera por completo.

Poner distancia no había servido, porque no había olvidado el beso en ningún momento, y mientras siguiera en la comisaría trabajando con él, seguiría deseándolo, mendigando migajas de su atención, dispuesta a entregarse a él a la primera de cambio.

Así que lo mejor era una cura de realidad, descubrir lo que en el fondo intuía y alejarse de él de una vez por todas.

—Está bien —le dijo sorprendiéndolo—. Lléveme al infierno del que viene, señor Xiao.

Capítulo 27

Chufeng sabía que llevarla a The Great World era la peor de las ideas. Pero también era consciente de que tenía que alejarse de ella y no se le ocurría nada mejor que enseñarle la verdadera cara de la ciudad. El mundo del que venía.

Cuando estuvieron en la ciudad china, respondiendo a la llamada de ayuda de Haosen, Eliette apenas había vislumbrado la oscuridad y la miseria que allí reinaba. Ahora el propósito de Chufeng era otro: mostrarle la decadencia en todo su esplendor. Y para ello no había mejor lugar que aquel complejo de seis plantas que pertenecía a la Banda Verde.

La razón que tenía para ello era simple. Él había sido incapaz de alejarse por sí mismo, cada vez poseía menos control cuando estaba cerca de ella, pero aún era lo bastante listo como para saber cuándo debía detenerse.

Y puesto que ni su cuerpo ni su corazón parecían estar dispuestos a echar el freno en lo que tenía que ver con Eliette, había decidido que fuera ella la que lo despreciara. Así dejaba en sus manos el rechazo y el odio. Aunque la idea le dolía, en el fondo sabía que era lo mejor para los dos.

No tardaron en atravesar las puertas de aquel infierno particular. Si el Di Yu chino[17] tenía dieciocho niveles de escarmiento para los pecadores, el Great World tenía seis, en los que convivían placeres y tormentos. Los de la carne, los del juego, los del azar y los de la desgracia.

Ninguna persona que entraba allí salía indemne. A algunos, tanto extranjeros como nativos, los corrompía el pecado, el vicio o esa sensación engañosa de impunidad y poder.

Cuando accedió con Eliette, la tomó de la mano, porque era la única forma que tenía de protegerla.

Al menos, físicamente, ya que lo que viera o descubriera allí la heriría de otras formas que él no era capaz de calcular.

Tensó la mandíbula, arrepintiéndose, pero ya era tarde.

A medida que se abrían paso entre el gentío, que vociferaba en

varios idiomas junto a mesas de juego, jaulas de pájaros e insectos, magos que en realidad eran carteristas, máquinas tragaperras, acróbatas y adivinos, se permitió ladear la cabeza y contemplarla. Eliette lo miraba todo con sorpresa y cierto desconcierto. Y eso que aún no habían accedido a las últimas plantas, donde predominaban el vicio y la depravación más absoluta.

Wu, al que llamaban «Solo un ojo», porque había perdido uno en una pelea, lo recibió en uno de los rellanos. Llevaba el uniforme de la Banda, y no tardó en recorrer el cuerpo de Eliette con asquerosa lascivia.

—Deja de mirarla así o te sacaré el otro ojo —le advirtió Chufeng en su idioma natal, siseando rabioso.

El aludido bajó la cara y se encaramó escaleras abajo, apresurado. Sus amenazas aún surtían efecto y no supo cómo sentirse. Salvo que en realidad sí que lo sabía. Arrepentido, mezquino y cobarde. Porque no debía haberla llevado allí.

Cuando accedieron a la quinta planta, a la zona reservada a los suyos, lo comprendió. Había cometido un terrible error. No solo por el hedor que el lugar desprendía, sino porque sus hermanos jurados nunca estaban solos. Varias mujeres con vestidos que apenas cubrían su piel los acompañaban, coqueteando con ellos y acariciándolos sin sutileza.

Quiso darse la vuelta y salir de allí a toda prisa, pero su amigo Lei se puso en pie y corrió a su encuentro. No le pasó desapercibido que sus ojos evaluaron a Eliette, que por suerte llevaba su propia cazadora sobre aquel vestido de seda. Apretó de nuevo los dientes. ¿Cómo había sido tan estúpido?

—¿Una occidental? ¿Desde cuándo? —le preguntó jocoso, y Chufeng a punto estuvo de darle un puñetazo.

—Métete en tus asuntos —rugió el inspector.

—¿Es rusa como Nadine? —Lo ignoró su amigo al tiempo que señalaba a la única de las mujeres que no era china y que estaba sentada en uno de los sillones, mirándolos.

—¿Otra rusa? —Chufeng soltó a Eliette y agarró del cuello a su amigo, que no se amedrentó ante la amenaza, aunque aquella violencia congeló momentáneamente el ambiente, silenciando risas y gemidos y extendiendo un pesado silencio—. ¿Es que no sabes que no te tienes que mezclar con ellos?

A lo largo de los últimos veinte años, miles de rusos habían dejado su patria natal huyendo de pogromos y de hambrunas y habían acabado en Shanghái. Sin embargo, la ciudad había sido cruel con ellos de maneras diferentes. Considerados apátridas por su propio país de origen, exiliados y sin ciudadanía, solo poseían el pasaporte

Nansen, emitido por la Sociedad de Naciones, pero eso no valía más que un papel en blanco. No tenían beneficios de extraterritorialidad como los extranjeros llegados de otros lugares del globo, no tenían inmunidad y, por tanto, eran juzgados y ajusticiados por la cruel ley china. Aunque habían formado su propia «Little Russia» en la Concesión francesa, y tenían negocios y restaurantes, una gran parte de ellos malvivía y tenía que acabar recurriendo a algunas pequeñas bandas que se dedicaban a la extorsión y al tráfico de personas. Sobre todo de mujeres.

La mayoría de las *taxi dancers* que campaban en los salones de baile de las concesiones o en lugares como aquel eran jóvenes rusas de grandes ojos azules y precioso cabello dorado que terminaban por venderse al mejor postor para mantener a sus familias.

Y si bien era algo a lo que estaba acostumbrado, ahora le parecía horrible que Eliette lo descubriera. Aunque acto seguido pensó que eso ayudaría en su estrategia de alejarla.

—¿Es que tu chica no es rusa? —preguntó Lei, sonriendo a pesar de que Chufeng lo había levantado y sus pies ya no tocaban el suelo. Pero el hijo de perra era difícil de intimidar.

—No, no lo es. Y es intocable, ¿queda claro? —dijo al tiempo que lo soltaba con violencia.

Lei trastabilló cuando tocó suelo, pero supo mantener el equilibrio y aún se permitió dedicar una mirada jocosa a Chufeng antes de pedir, en chino, otra copa.

Quiso girarse hacia Eliette, tomar su mano y sacarla de allí, reconociendo su error, pero ella ya estaba cruzando la sala para tomar asiento junto a la joven rusa.

Capítulo 28

En lo primero que Eliette se fijó fue en la delgadez del cuerpo de aquella muchacha. Los huesos de los hombros sobresalían como picos que la asemejaban a las alas de los murciélagos. También, a pesar del maquillaje aplicado con destreza, apreció la afilada línea de los pómulos y los ojos hundidos en las cuencas. En otro tiempo habría sido hermosa. Una preciosa niña de cabello rubio y ojos celestes que habría capturado corazones a su paso.

Pero eso había sido antes de Shanghái y de lo que aquella ciudad hacía a los que nacían o aterrizaban entre sus brazos.

—¿Puedo sentarme? —preguntó en inglés, una vez que se halló frente a ella. La mujer miró al hombre de la cicatriz al que Chufeng había agarrado del cuello, y cuando este asintió, lo hizo ella.

Aquella sumisión no sorprendió a Eliette. A lo largo de aquellas semanas, en la comisaría había atendido heridas de un par de mujeres víctimas de una violencia extrema a manos de hombres que declararon ser sus dueños. Sabía, además, por Haosen, que la mayoría de la población rusa se había establecido no muy lejos, en la Avenue Joffre, y que era un foco constante de problemas puesto que se dedicaban a la delincuencia y a negocios turbios que a menudo entraban en conflicto con los que llevaba a cabo la banda a la que pertenecía Chufeng.

No se lo había dicho a él, por supuesto, pero entendía muy bien el papel que Chufeng jugaba como inspector de la brigada en la Concesión francesa. Se ocupaba de encerrar y perseguir a los enemigos de su jefe, hacía la vista gorda ante los negocios de los suyos; sobre todo, el del comercio del opio, que llenaba de adictos las celdas y la enfermería demasiado a menudo.

Y, aun así, el muy idiota había creído que llevarla a su mundo oscuro haría que huyera.

Lo cierto era que aquel lugar en el que se encontraban era extraño. Una mezcla exótica de excesos, de olor nauseabundo y en el que había llegado a sentirse intimidada mientras seguía los pasos de Chufeng.

Había visto demasiadas cosas: hombres consumidos, mujeres aún

más, niñas que no deberían estar ahí, animales enjaulados, marineros borrachos, hombres poderosos frente a ruletas, sexo y gemidos entre las sombras; pero también lámparas de araña, un laberinto de espejos y vestidos de seda.

Dos mundos (uno brillante y otro perverso) convergiendo en aquellos pisos.

Y en aquel dormitorio, espacioso pero abarrotado, había unos sillones de cuero alrededor de una mesa baja donde había botellas de whisky caro y ceniceros a rebosar de cadáveres de colillas. También, aunque no había querido, había visto que una mujer, vestida con un qipao rojo, estaba sentada sobre un hombre que acariciaba sus pechos delante de todos.

¿Ese era el mundo real de Chufeng? Por los saludos y las reverencias así lo parecía, a pesar del incidente en la entrada que ella deducía que había sucedido a raíz de cómo el tío de la cicatriz la había mirado. Nunca había agradecido una prenda de vestir como en ese momento, ya que la chaqueta de Chufeng cubría su torso y la protegía de miradas indeseadas.

—¿Cómo te llamas? Yo soy Eliette —le dijo a la mujer rubia.

—Me llamo Nadine —le respondió esta, esbozando una sonrisa cautelosa—. ¿Eres la querida de Chufeng?

Eliette sintió que su rostro se encendía.

—¡No! No lo soy —se apresuró a decir, incapaz de pronunciar aquella palabra.

—¿En serio? Es la primera occidental con la que viene, así que he supuesto que… —articuló Nadine, confusa.

—Somos amigos —respondió Eliette tratando de sonar calmada—. Soy enfermera en la comisaría.

Y entonces lo vio. El destello de la envidia, un pequeño microgesto que llenó de tristeza y rencor sus ojos, porque había otra vida. Porque había mujeres como ella que no tenían que venderse por cien centavos y pasar las noches en aquel infierno ni en otros. A Eliette la invadió de nuevo la culpa, porque había escapado de Berlín, y ahora, incluso en aquella ciudad, había conseguido burlar las trampas del destino.

En ese instante, deslizó sus ojos hasta Chufeng, que se había quedado junto a la puerta, con las manos en los bolsillos de sus pantalones. La observaba con el mentón alzado y una mirada en la que bailaba un mensaje de advertencia.

El inframundo al que él pertenecía podía arrastrarla a ella también.

Podía arrebatarle lo poco que había conseguido y arrojarla a las fauces de lo terrible.

Aquella misma noche, en el Ciro’s, ella le había dicho, llena de coraje, que nada de lo que viera o descubriera de él podía cambiar lo

que sentía ni su opinión, pero Chufeng había sido más listo. Se la había jugado. Porque acababa de enseñarle una lección valiosa: que ella tenía que anteponerse para sobrevivir, que no podía acabar como aquella hermosa rubia caída en desgracia.

La única forma de alejarse de él, de la tentación que suponía, era elegirse a sí misma y salvarse.

Porque Chufeng no era otra cosa más que una futura condena, un camino directo a aquel infierno o a otro en el que tanto el cuerpo como el corazón de Eliette quedarían mancillados, rotos e inservibles.

En ese momento, un grito interrumpió sus pensamientos. Venía de algún lugar del piso superior. Eliette miró a un lado y a otro, descubriendo que nadie parecía sorprendido.

—Otro más —dijo entonces Nadine ladeando el cuerpo y orientándolo hacia la ventana que quedaba detrás de ellas. Sin saber muy bien la razón, Eliette también miró.

El corazón se le detuvo cuando reconoció un cuerpo precipitándose al vacío al otro lado del cristal.

Se puso en pie con rapidez y se asomó. Una ligera lluvia había empezado a caer sobre la ciudad y golpeaba los cristales, manchándolos.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, aunque lo sabía.

—A los que se les acaba el tiempo y ya no pueden pagar sus deudas a la Banda Verde terminan por tirarse desde la azotea —explicó Nadine con una desoladora tristeza.

Eliette sintió que el horror llenaba cada parte de su alma. Pensó que debía actuar, que quizá aquella persona aún estuviera viva, así que se movió con rapidez atravesando la estancia.

—¡Señorita Stern! —la llamó Chufeng cuando pasó por su lado. Trató de alcanzarla, pero ella se zafó de su agarre con un movimiento rápido.

Aprovechando que una mujer abría la puerta, se escabulló y salió al pasillo. Le costó abrirse paso entre la gente, lo hizo a base de empujones y codazos, desesperada, empleando todas sus fuerzas, hasta que llegó al primer piso. Una vez allí tuvo que detenerse para orientarse. La cacofonía de voces y los gritos eran ensordecedores y mermaban sus sentidos, pero consiguió hallar la salida. En el exterior, la lluvia, que se había intensificado, cayó sobre ella y casi sintió que la limpiaba, que la purgaba.

La calle ya era barro y sus tacones se hundieron en él mientras avanzaba en busca de aquel cuerpo que había visto caer. A unos metros, los culís seguían junto a sus vehículos, sus pieles oscuras sobre los huesos filosos de sus torsos empapándose sin remedio; algunas mujeres corrían a resguardarse bajo los aleros de los edificios de enfrente, varios coches europeos pasaron salpicando a los viandantes y

también la falda del vestido de Eliette, que estaba absorbiendo la lluvia y pegándose a sus piernas.

Viró a su izquierda, al final del edificio, y lo halló. El cuerpo, boca abajo, yacía sobre un charco de sangre oscura que se expandía y se mezclaba con el barro.

Supo, sin necesidad de acercarse más, que estaba muerto. Miró a su alrededor. A nadie le importaba. La gente huía de la lluvia o seguía entrando y saliendo del The Great World, ignorando a aquel ser humano que había decidido terminar con todo de aquella manera tan violenta.

—Señorita Stern...

La voz de Chufeng llamó su atención, y la buscó. Igual que en aquella ocasión no hacía demasiado tiempo, cuando había presenciado la muerte emergiendo en el corazón de la ciudad a plena luz del día, él volvía a llamarla.

Ahora, bajo las luces de los neones, aquel hombre empapado, cuya camisa blanca se le estaba adhiriendo al torso y el pelo, negro, a la cabeza, la miraba de manera distinta.

—¿No va a ocuparse? —le preguntó con voz temblorosa señalando el cuerpo inerte.

—Esto es el Asentamiento Internacional. No tengo jurisdicción.

Eliette dejó escapar una carcajada repleta de ironía.

—Pero aunque estuviera en la puerta de su comisaría, quizá tampoco podría hacer nada, ¿verdad? Nadine me ha dicho que los que deben dinero a la Banda Verde optan por esta... —miró de nuevo al cuerpo sin vida y se estremeció— salida.

—Shanghái no es solo la puta de Asia, también es la ciudad de la desesperación.

Eliette apretó las manos, transformándolas en puños.

—¿Cree que no lo había visto a lo largo de estos meses? He estado en la misma comisaría que usted, señor Xiao. He atendido a mujeres como a Nadine y a hombres que, seguramente, no tardarían en quitarse la vida después de mis cuidados.

—Entonces ¿por qué sigue siendo tan imprudente? —Alzó él la voz de repente.

Eliette bajó los ojos. ¿Qué más daba ya? Decir lo que sentía o no. Un trueno sonó a lo lejos, y unos segundos más tarde, una cascada de luz violeta los iluminó.

—Su forma de alejar a las personas es bastante cruel, señor Xiao —dijo ella alzando la cara—. Primero, ocultándole la verdad a Haosen de su compromiso; y ahora, mostrándome a mí otra cara más de esta ciudad, de usted. ¿Tanto desea estar solo?

Lo vio dudar. A pesar de que la lluvia arreciaba, de que caía

implacable sobre ellos, casi punzante, pudo apreciar un leve gesto en su expresión: una mueca de dolor en su rostro, que se afanó en ocultar con rapidez. Avanzó hacia ella, cada paso suyo sonando como un «chaf, chaf, chaf» sobre el barro y la sangre que había bajo sus pies.

Se detuvo cuando sus rostros se hallaban a escasos centímetros.

—Antes ha dicho que nada de lo que supiera de mí la haría cambiar de opinión —dijo él sonriendo con cierta crueldad—. ¿Aún lo mantiene?

—Sigo pensando —dijo ella al cabo de unos segundos— que me anhela. Tanto que tiene miedo. Sí, usted —fue su turno de sonreír, aunque sintió la mueca falsa, cortante en su propio rostro, mientras lo señalaba con un dedo—, al que lo reverencian en sitios siniestros como del que venimos, al que tanto temen por un apodo que no ha querido decirme… Usted tiene miedo de enamorarse de mí. Y por eso se ha comportado así esta noche.

—Como ya le he dicho en más de una ocasión, los chinos y las occidentales no nos mezclamos porque nunca sale bien.

—Y aun así —ella bajó la voz y los ojos hasta sus labios, cubiertos de lluvia—, si pudiera, me tendría. Qué lástima que desee tanto estar solo, señor Xiao.

Él alzó el mentón, y Eliette supo que su golpe había sido certero y profundo, como una puñalada que hundes unos centímetros más para asegurarte de infligir un daño irreparable.

—¿Eliette? ¿Chufeng?

La voz de Haosen fue como una sacudida. Deslizó la mirada buscándola y se lo encontró a unos metros, también bajo la lluvia.

—¿Va todo bien? —Se aproximó a la carrera hacia ella, que sintió que sus rodillas flaqueaban.

Chufeng no respondió y Eliette no tenía fuerzas para hacerlo, así que se limitó a negar con la cabeza.

Un segundo más tarde, Haosen decía algo en chino, y por el tono de voz que empleó, Eliette dedujo que no fue amable. Lo siguiente que supo fue que él la tomaba de la mano y la alejaba de Chufeng, que, obviamente, tampoco pronunció ninguna palabra.

Y aunque lo esperaba, se sintió aún más herida.

Capítulo 29

Tras llegar empapados al *shikumen*, Eliette le pidió a Haosen que se quedara un rato a hacerle compañía, tras asegurarse de que la abuela dormía plácidamente en la habitación de arriba.

Su amigo no se negó, por supuesto. Con un primer vistazo supo que estaba turbado, muy nervioso, y que no quería estar a solas. El descubrimiento de su compromiso debía haberlo trastornado, así que le dijo que se quitara la chaqueta mojada, consiguió toallas y se escabulló a la cocina a por un trozo de *babka* de canela, un postre asquenazí que su abuela solía hacer y que había conseguido replicar allí en Shanghái. No sabía exactamente igual que en Berlín, pero para ambas había sido como regresar durante unos instantes a su hogar, a su vida anterior, y entre la nostalgia, igual habían sentido cierta felicidad. Todo aquello se lo debía a Haosen, que se había ocupado de conseguirles no solo aquella vivienda, sino también los muebles, los utensilios para cocinar y las semillas de lo que habían plantado en el huerto, además de harina y azúcar.

Cuando regresó al salón, se lo encontró sentado en el suelo, apoyada la espalda en el sofá.

—No quería mojar la tapicería —explicó él.

—Aunque es todo un detalle —dijo ella, acercándose sonriente—, es una gran tontería. Siéntate conmigo, Haosen. Por favor.

Su amigo protestó un poco, cabeceando, pero terminó por acceder a su petición y ambos tomaron asiento.

Eliette le pasó el plato con el trozo de postre y un tenedor.

—¿Qué es?

—Se llama *babka* y es un postre judío. Lo comíamos mucho en Berlín. A mi hermano... le encantaba.

La voz le tembló en las últimas palabras; y cuando se atrevió a mirar a Haosen, porque en algún momento había bajado los ojos, se lo encontró observándola con la misma expresión de cautela que había visto en el crucero durante el mes que compartieron.

—¿Tienes un hermano?

Eliette dudó. Las palabras se arremolinaron en su mente, un amasijo

de letras rotas llenas de culpa.

—No sé qué tiempo verbal usar para hablar de él, Haosen —reconoció al final. Se dio cuenta de que su amigo abría mucho los ojos, sorprendido ante la confesión—. No sé si aún vive o si ya no. Al igual que mi prometido.

Observó cómo Haosen dejaba el plato en la mesa frente a ellos y, tras unos segundos, volvía a contemplarla.

—¿Estabas prometida? —No ocultó la incredulidad en su voz.

—Sí. Nuestras familias acordaron nuestra boda.

Se dio cuenta de que la mandíbula de su amigo se tensaba. Bajó los ojos, pero ya era demasiado tarde, porque Eliette ya había visto que se habían llenado de dolor.

—¿Y te pareció bien?

—Era mi vecino, el mejor amigo de mi hermano, y nos habíamos criado juntos. Además, tampoco me dieron más opción.

—Eso me suena —masculló él.

—Haosen, déjame preguntarte algo: ¿ese compromiso tuyo es algo que puedes deshacer?

Cuando él la miró, su corazón se contrajo de dolor. Su amigo, al que tanto había llegado a apreciar, sufría inmensamente. Y ella no había sido consciente de ello, ni siquiera se lo había planteado.

—Esas cosas no se deshacen tan fácilmente. Supongo que lo sabes bien.

—Sí, lo sé. Pero tú eres un hombre. Siempre tienes más opciones que yo, que, como mujer, no las tenía. Nunca las he tenido.

—Mi padre selló este acuerdo y aceptó la dote —explicó con una sonrisa devastadora—. Y yo ni siquiera he visto el rostro de la muchacha. Aunque no es que eso importe mucho en realidad...

—¿Por qué?

—Porque aunque sea una belleza, la más hermosa de Shanghái, no me interesaría, Eliette —dijo lentamente al tiempo que la miraba con intensidad.

Consciente de que había un significado oculto en aquella frase, Eliette llegó a una conclusión, así que preguntó:

—¿Dejaste a alguien en Londres?

—Tuve una larga relación mientras estaba allí, sí. Y la terminé cuando supe que tenía que regresar —confesó Haosen con tristeza.

—¿Y cómo se llamaba?

Como el silencio se extendió entre ellos, Eliette contempló a su amigo. El cabello húmedo aún le chorreaba un poco y pequeñas gotas caían de algunos mechones sobre su rostro y el puente de su nariz. Haosen echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo, y la alemana se fijó en la tensión que había en su mandíbula y en cómo su

nuez se movía al tragar saliva.

—John.

El nombre flotó entre ambos durante unos segundos. Cuando ella lo asimiló, buscó la mirada de su amigo y lo que halló fue una amalgama de emociones que no tardó en reconocer. Estaba triste, pero también tenía miedo y, sobre todo, estaba avergonzado.

Por amar a alguien del mismo sexo.

—¿No vas a despreciarme, Eliette? ¿A considerar que estoy enfermo?

—Ambos sabemos que no lo estás —sentenció ella rotunda.

Se mantuvieron la mirada durante unos instantes, y entonces Eliette se dio cuenta de que un par de lágrimas surcaban las mejillas de su amigo.

—Eres la primera persona a la que se lo cuento.

Eliette alargó un brazo y colocó su mano sobre la de Haosen, apretándola con fuerza.

—Siempre puedes contarme todo, ¿de acuerdo?

Él asintió, con las lágrimas escapando con mayor rapidez de sus ojos.

Eliette rozó con delicadeza el rostro de su amigo, que la miró, devastado.

—Todo saldrá bien, Haosen. Encontraremos una manera. Te lo prometo.

Él asintió, convenciéndose más a sí mismo que a ella, lo sabía.

—¿Sabes qué es lo mejor para los momentos tristes? —dijo ella alcanzando el plato y el tenedor—. Un gran trozo de *babka*.

***

Chufeng pasó el resto de la noche en The Great World entre los suyos, bebiendo whisky importado mientras sus hermanos jurados narraban sus últimas fechorías o los últimos encargos que habían cumplido: desde escoltar a los ricachones hasta las casas de juego o los prostíbulos para que nadie los asaltara por el camino y así su dinero acabara íntegramente en la Banda Verde, hasta atacar a deudores. Así fue como descubrió que unas semanas atrás habían atacado una casa de ópera china, cerca del hogar de Haosen.

—Entre el público había un jodido luchador —se mofó Lei—. No sé quién demonios era, pero el tío se cargó a Zhang rebanándole el pescuezo con su propia hacha.

—También estaba allí el hijo del señor Chen —informó Chufeng—. ¿Tienes idea de qué os podría haber pasado si hubieseis matado al dueño de las mayores hilanderías de Shanghái?

—¿Y cómo sabía yo que un niñato rico iba a pasar el rato en una

ópera de mala muerte?

—A partir de mañana —siseó Chufeng, al tiempo que lo asía del cuello de la camisa—, te vas a asegurar de reconocer su jodida cara; y si lo ves en cualquier lugar, por muy de mala muerte que sea, te encargarás de protegerlo. ¿Queda claro?

—Sí, maldición —masculló—. Queda claro.

Chufeng lo soltó y deslizó su mirada por la sala. Todos estaban pendientes de él con el aliento contenido. Lo respetaban y lo temían por su fama, por su apodo, ese del que no deseaba acordarse, pero que esa noche no cesaba de danzar por su mente. Al igual que el rostro herido de Eliette bajo la lluvia.

Pero había hecho lo mejor. La había herido, pero no de una forma irreparable. Podría seguir con su vida, conocer a alguien mejor y no terminaría arrastrada a ninguno de los muchos infiernos que había en Shanghái.

Cuando abandonó The Great World, las primeras luces del alba se abrían paso entre un cielo encapotado por el que no había dejado de caer lluvia. Pensó en dirigirse directamente a la comisaría, cambiarse allí y afrontar el día lidiando con la culpa y con la resaca, pero sin saber cómo, sus pies lo condujeron a su hogar, al *shikumen* contiguo al de Eliette. Y se detuvieron frente a su portal, frente a la reja que cerraba el pequeño jardín delantero.

¿Por qué la había alejado y sin embargo, estaba allí parado, buscando frenéticamente alguna luz encendida en su casa, imaginando si estaba o no despierta?

La puerta se abrió de manera inesperada y él se apresuró a esconderse al otro lado del callejón, entre las sombras.

Vio a Eliette, con la bata anudada, pero luego el corazón se le paró durante unos segundos en el pecho cuando descubrió a Haosen, que abandonaba aquel hogar. Estaba despeinado, llevaba la chaqueta enganchada del brazo y la corbata, cuyo nudo estaba deshecho, le colgaba a ambos lados del cuello.

¿Significaba eso que habían pasado la noche juntos?

Un rumor sordo se instaló en sus oídos, aturdiéndolo, pero aun pudo percibir las voces de ambos, algunas risas, una despedida afectuosa.

En ese momento, recordó algunas de las frases que habían intercambiado aquella misma noche cuando hablaron de lo imposible que era que los chinos y las occidentales terminaran juntos:

«Quizá con alguien como Haosen, sí. Pero no con alguien como yo. Él es un buen hombre, es decente. Es honrado. Yo no soy ninguna de esas tres cosas», le había dicho él.

«Lo sé», había sido la respuesta de Eliette.

Ahora, a la luz de aquel descubrimiento, la cabeza de Chufeng también especuló sobre las razones por las que Haosen había pedido

que la protegiera, pero también su enfado ante el descubrimiento de su compromiso con la hija del señor Ling. ¿Y si estaba enamorado de Eliette?

Su corazón, que creía resquebrajado e inservible, se agitó con dolor. Como el último movimiento de un muerto.

Capítulo 30

Shanghái, mayo, 1937

Cuando Haosen creía que podría evitar enfrentar el tema de su compromiso unos días más, recibió una llamada de teléfono en la consulta. Era el señor Ling, diciéndole que su hija quería conocerlo en persona.

Tras colgar, se lo comentó a Eliette, que le aconsejó que debía, aunque no quisiera, abordar aquel problema.

—Quizá ella tampoco desea ese compromiso, Haosen —le explicó su amiga—. Y si es así, ambos podéis encontrar una manera de disolverlo.

—Sí, supongo que tienes razón —dijo él, nervioso, dando vueltas por la consulta.

Llevaba días sin dormir. A decir verdad, apenas había conciliado el sueño desde que abandonó Londres. Cada noche se volvía una agonía en la que terminaba por recorrer los interminables pasillos de la mansión Chen como un *jiang shi*[18], un cadáver vuelto a la vida.

Así que la idea de Eliette le parecía más que viable. Quizá su prometida era una mujer moderna, deseosa de libertad. Sabía que entre la nueva élite china había alguna heredera a la que incluso habían permitido estudiar y desarrollar una carrera. Podía aferrarse a esa esperanza.

Con esa determinación, confirmó una cita para aquella misma tarde, en el Hotel Cathay, en el Asentamiento Internacional, en uno de los restaurantes lujosos de la primera planta.

Para la ocasión eligió un traje negro con camisa blanca y corbata azul cobalto. Quería representar quién era en realidad: un joven chino que había vivido demasiado tiempo en el extranjero y había adoptado sus costumbres y sus vestimentas. De ese modo, si ella era demasiado tradicional, existía la posibilidad de que huyera espantada y le rogara a su padre que cancelara el compromiso.

Cuando accedió al lugar, apenas podía respirar y sentía de nuevo

que la corbata se le ceñía al cuello como si tuviera vida propia.

La cafetería, decorada de manera elegante con cuero y seda, grandes lámparas de araña y cristales en los pilares, era bastante grande y contaba con un escenario en el que una intérprete china cantaba en directo junto a un pianista negro.

Lucía un vestido rojo que se ceñía a su cuerpo; y el cabello, ondulado y recogido a un lado, ejemplificaba el estilo femenino que se llevaba en Shanghái y que podía verse en las decenas de anuncios, publicidades y calendarios que poblaban la ciudad.

Al decir su nombre al encargado, este lo condujo, solícito, a una mesa lateral, un poco alejada del escenario, pero no obstante, por su disposición, podría contemplar perfectamente la actuación y mantener una conversación con su interlocutor sin que la música fuese un impedimento.

—¿Le pongo algo mientras espera, señor Chen?

—Sí, un stengah[19], por favor.

No tardaron en servirle lo que había demandado; y durante unos segundos, lo saboreó, intentando aplacar los nervios de su estómago.

Barrió el lugar con la mirada con cierto aire distraído y entonces la vio. Supo quién era en cuanto atravesó el umbral. Se trataba de una mujer joven, delgada y de piel blanca como el arroz, e iba vestida a la moda, pero sin desprenderse del aire tradicional del *qipao*, en un tono negro con flores plateadas, un liviano chal sobre sus hombros y unos adornos de perlas y plumas en el cabello, recogido en un moño bajo.

Ella también lo reconoció a él y se aproximó cabizbaja.

Supo que todo iba a ir mal desde el primer momento y la presión en su pecho aumentó. Se puso en pie para saludarla educadamente; se estrecharon la mano (la de ella, enguantada) con delicadeza y luego tomaron asiento sin atreverse a mirarse.

Haosen volvió a deslizar la mirada por el local y se dio cuenta de que eran el centro de atención de muchos de los presentes.

—Lo siento —dijo él volviendo su atención a ella, que se había sentado muy rígida en la silla—, pero me temo que no sé su nombre completo, señorita Ling.

—Me llamo Mai.

—Oh, perfecto. Mai —dijo él, que le estaba costando más de lo que creía mantener una conversación decente. Se pasó las manos, sudorosas, por los muslos—. Lo cierto es que no sé muy bien cómo empezar esta conversación.

—Mi padre me ha dicho que usted no estaba al tanto de nuestro compromiso.

—No, no lo estaba —confesó él—. Mi padre no tuvo el detalle de avisarme.

—Bueno, este tipo de cosas suelen acordarse entre los mayores. Nosotros poco podemos decidir al respecto —dijo ella esbozando una media sonrisa.

Todas las esperanzas que Haosen albergaba se deshicieron como el hielo de su bebida. Aquella mujer deseaba desposarse con él, así que la posibilidad de que entre ambos cancelaran aquella locura quedaba descartada.

Tenía que pensar en algo. Rápido y con claridad, pero solo pudo llevar la mano al vaso e ingerir el resto del contenido en un par de tragos.

—Verá, señorita Ling, el caso es que me gustaría decidir al respecto. Estamos hablando de algo muy serio.

Se percató de que el rostro de su acompañante cambiaba, dibujándose en él una mueca de horror.

—¿No estará insinuando que no quiere...?

—¿Me conoce, señorita Ling? ¿Qué sabe de mí?

—Sé que posee las dos hilanderías más prósperas de Shanghái.

Haosen esbozó una sonrisa amarga.

—Pertenecían a mi padre —aclaró.

—Pero las ha heredado usted.

La amargura volvió a torcer sus labios en una mueca afligida.

—Aunque eso es así, en realidad soy médico. Es mi trabajo y mi vocación —sentenció él antes de alzar la mano para pedirle otra bebida al camarero—. ¿Sabe algo más de mí, señorita Ling?

—Podemos ir conociéndonos después de casados. ¿No es eso lo que hacen todos los matrimonios?

Se le escapó una carcajada llena de angustia que ella, por supuesto, no apreció.

—Mi padre era un esposo horrible —reveló de repente, tras envalentonarse después de una serie de tragos—. Condujo a mi madre a su propia muerte y se dedicó a coleccionar concubinas. ¿Le parecería a usted bien que yo siga sus pasos?

Su acompañante alzó el rostro, sorprendida ante el tono hostil que empleó. Los comensales más cercanos estaban pendientes de ellos, de su conversación, y sabía que se estaban convirtiendo en la comidilla de la élite de la ciudad.

Quizá si montaba un escándalo de grandes proporciones, el señor Ling fuera el que se ocuparía de romper aquel compromiso.

Estaba meditando cómo hacerlo cuando percibió un revuelo proveniente de la entrada.

—¡Oh! —Escuchó decir a su acompañante—. ¡No me lo puedo creer! ¡Es la estrella de cine Shu Xiuwen! ¡Es guapísima en persona! ¡Y no viene sola!

Haosen dejó el vaso en la mesa y decidió mirar en la dirección que Mai señalaba. Justo a la entrada del salón vio a una mujer, que era delicada, hermosa y con facciones elegantes. Lucía un vestido azul brillante, con decenas de flores doradas bordadas a lo largo de todo el tejido. Varios curiosos la rodearon para saludarla, a lo que ella correspondió con sonrisas amables y gestos dulces.

—¡Así que los rumores son ciertos! Viene con el general de la División 88 de Shanghái… Mi primo Tan Bei.

Cuando todos aquellos curiosos se apartaron un poco, Haosen descubrió de quién se trataba. A pesar de que ahora lucía el uniforme verde oscuro, repleto de galones y la gorra con el emblema del ejército, lo reconoció al instante.

Era el hombre de la ópera. Al que había salvado un día y besado otro.

Los latidos de su corazón se dispararon como si hubiera echado a correr, aunque se sentía paralizado, pegado al asiento. No habría sido capaz de moverse ni aunque su vida hubiese dependido de ello, sobre todo en el momento en que aquel hombre, tras evaluar la estancia, detuvo sus ojos en él, reconociéndolo.

Capítulo 31

¿Qué era la suerte? ¿En qué consistía la buena fortuna? Cualquier adivina podía responder a esas preguntas en alguna maloliente callejuela de Shanghái. Pero para Haosen no había respuesta, porque siempre había sentido que las cartas que el destino le había repartido tenían un reverso envenenado y traicionero.

Dinero, estatus, poder, educación y privilegio. Pero también un padre cruel y abusivo, una madre suicida y un corazón que tenía que mantener oculto.

Aunque aquella noche, a medida que el hombre de la ópera, cuya identidad ahora conocía, se aproximaba a él, sentía que esconder su orientación era casi imposible. Sus manos temblorosas, su aliento contenido y el sudor frío que se deslizaba por su espalda lo delataban.

Un general del ejército de Shanghái, del escuadrón más profesional y letal de todos. De todos los hombres que había en aquella maldita ciudad había acabado besando a uno del que le habían llegado rumores en la comisaría.

Formado en la Academia Militar Fengtian, y cercano al Kuomintang, le habían dicho que su padre había sido un señor de la guerra del norte al que habían asesinado los japoneses apenas unos años antes. Su fama de frío e implacable había llegado a la ciudad antes que él, e incluso recordaba que uno de los policías le había comentado algo al respecto.

Ahora entendía la razón de cada una de las cicatrices que había visto en su cuerpo y su habilidad en la lucha.

También había escuchado, en una de las cenas que compartió con Eliette en un puesto callejero, que hablaban de él, de lo apuesto que era, de que desde su llegada a la ciudad se había dejado ver con las mujeres más hermosas, muchas de las estrellas de cine de la compañía Mingxing, perteneciente a la Banda Verde.

Lo que no había esperado era que ese hombre, del que había escuchado fragmentos por aquí y por allá, fuera, además, primo de su prometida.

¿Cuántas más cartas envenenadas tenía que voltear a lo largo de su

vida? Haosen estaba exhausto. Aquel último revés fue como una puñalada directa a su corazón, asesinándolo sin piedad.

En el momento en que su prometida les hizo un gesto para que se acercaran y, acto seguido, pidió a un camarero que añadiera dos sillas más a su mesa, sintió que el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

¿Por qué aquel hombre, Tan Bei, caminaba como si tal cosa? ¿Es que no temía que los descubrieran? ¿O es que no le importaba lo sucedido?

Haosen no había dejado de pensar en aquellos besos ni un solo momento a lo largo de los últimos días. Su cuerpo reaccionaba ante los recuerdos, y su excitación lo traicionaba por las noches, cuando se dejaba caer en la cama y permitía que su imaginación fuera más allá.

—Joven Tan —lo saludó Mai—, ¿cómo está? Hacía muchos años que no nos veíamos.

—Sí, es cierto —respondió él, sonriente, al tiempo que deslizaba sus ojos hasta Haosen, que aún no se había puesto de pie—, desde que eras una niña. Has crecido y estás preciosa. ¿Conoces a mi amiga? Es la señorita Shu.

Ambas mujeres se saludaron con afecto durante unos segundos, alabándose mutuamente, hasta que Mai dirigió su atención a Haosen.

—Y permitidme presentarles a mi prometido, Chen Haosen.

Como si le estuviera pasando a otra persona, se vio a sí mismo poniéndose en pie, ajustándose la chaqueta y luego extendiendo un brazo para estrechar la mano de aquel hombre al que tantísimo había deseado.

—He oído hablar mucho de usted. El médico de la brigada china en la Concesión francesa —respondió Tan Bei alargando el contacto—. Uno de los jóvenes más prometedores de la nueva élite china, formado en el extranjero.

Haosen sintió que una herida en su corazón se abría y sangraba profusamente, pero sin embargo, se obligó a sonreír.

—A mí también me han hablado de usted. Algunas pinceladas sueltas en la comisaría o en la calle. —Soltó con cierta brusquedad su mano y luego se afanó en saludar a la bella actriz que lo acompañaba, intentando no sentir celos ni nada parecido.

—Nuestras famas nos preceden entonces, ¿verdad?

—Sí, eso parece —musitó incómodo. Volvió a tomar asiento, actuando con aparente descortesía, pero sabía que por lo mucho que le temblaban las piernas, no podía seguir en pie más tiempo.

—¿Por qué no tomamos algo juntos y nos ponemos al día? —Escuchó que decía Mai—. Seguro que tiene mucho que contarnos.

—Por mí, perfecto —dijo él sonriendo con arrogancia.

Haosen no quiso, pero se fijó en cómo se quitó la gorra y se

desabrochó la chaqueta del uniforme militar, dejando al descubierto una camisa blanca y unos tirantes. Era la misma ropa que lucía el día de la ópera, cuando lo atacaron. ¿Cómo no se dio cuenta de que aquellos pantalones y aquellas botas eran parte de una vestimenta militar?

Había sido poco precavido y había cometido demasiados errores. Uno de los camareros se acercó servicial y se ocupó de las prendas de Bei y de su acompañante, alejándose hasta el guardarropa, mientras que otro les tomaba notas de las bebidas.

Haosen aprovechó para pedirse otro whisky. Esta vez solo.

Sorprendentemente, la velada avanzó, aunque Haosen no intervino en la conversación. Mai y la señorita Shu monopolizaron la cháchara hablando de banalidades sobre personas que Haosen no conocía y que pertenecían a los mismos círculos sociales en los que él debería moverse si lo intentaba. Sabía, además, que lo acogerían con los brazos abiertos, puesto que él era el mejor y más valioso ejemplo de la nueva élite china. Hombres formados en Europa, que hablaban varios idiomas y que sabían moverse en una ciudad partida, encajando entre las piezas.

Solo que él siempre había sido y sería un fragmento dañado.

En algún momento, la conversación terminó, y llegó el tiempo de abandonar el salón. Del mismo modo que se había comportado durante las últimas horas, como un autómata, se puso en pie y esperó a que un joven le trajera su chaqueta. Se la colocó con rapidez, mientras se percataba de que Tan Bei ayudaba a su acompañante a ponerse su abrigo en un acto muy caballeroso, que Mai pretendió que él repitiera. Haosen fingió no darse cuenta, miró su reloj y se disculpó, diciendo que se le había hecho muy tarde.

Se despidió cortésmente, y echó a andar hacia la puerta, pero Mai lo siguió a la carrera, diciendo su nombre. Las últimas notas de una canción de jazz lo acompañaron también hasta la salida, donde lo recibió una noche cargada de humedad.

—Señor Chen, espéreme, por favor…

Él no respondió, pero se dio cuenta de que, estacionado en la entrada, junto a un aparcacoches muy nervioso, estaba el lujoso Voisin en el que él había subido junto a Tan Bei para asistir a la ópera de Mei Lanfang.

¿Había sucedido realmente o había sido en un sueño o en otra vida, tan lejana como sentía la que había tenido en Londres?

—Puedo llevarlos donde lo deseen. —Escuchó que el joven general decía detrás de él.

Con el último ápice de autocontrol que poseía su cuerpo, se giró para observarlo. No lo había hecho durante la cena, y ahora, al

permitírselo, se dio cuenta de que había vuelto a colocarse la chaqueta militar, pero no la gorra, que llevaba entre las manos, enguantadas.

—No se preocupe, señor Tan —respondió—. Tomaré el primer *rickshaw* que encuentre hasta la vieja ciudad china.

Se permitió contemplarlo durante unos segundos, perderse en aquellos ojos oscuros que habían tenido la osadía de colarse en su mente y en sus sueños en demasiadas ocasiones.

¿Estaba tratando de decirle algo entre líneas? No, no podía ser. Se hallaba con una de las mujeres más hermosas de toda la ciudad y seguro que pasaría la noche con ella mientras que él regresaría a la lúgubre mansión de su padre y vagaría por los pasillos, atormentado y triste.

A su alrededor, el Asentamiento Internacional seguía encendido por miles de bombillas y se expresaba a través de los cláxones de los coches europeos que esquivaban peatones y conductores de *rickshaws*, pero también mediante las notas de las melodías que escapaban de los clubs de jazz cercanos.

Shanghái no conocía el silencio. Ni en la parte oscura, donde los llantos por hambre de los bebés, los gritos y graznidos de los animales o los golpes contra carne y hueso carecían de tregua ni en aquella zona de luz y fiesta eterna.

Por eso la detonación y el silbido de la bala que atravesó el aire pasaron desapercibidos hasta que Haosen sintió el impacto en su propia piel.

Notó la quemazón, fuego hirviendo en su interior, en su pecho, y se llevó la mano a esa zona de manera instintiva. Un segundo más tarde, sus piernas no le respondían y caía.

Los brazos de Bei lo agarraron antes de que llegara a tocar el suelo.

Mai gritó, horrorizada. Luego todo pasó muy rápido a su alrededor.

Bei lo llevó hasta la otra parte de su coche, donde lo apoyó, le ordenó a Mai y a la señorita Shu que se quedaran allí, a cubierto, mientras él abría la puerta del conductor y alcanzaba un arma con la que abrió fuego en dirección a los tejados.

Las balas rugieron y brillaron a su alrededor, pero el dolor era abrumador e intenso. Se miró la herida, de la que notaba manar la sangre, que golpeaba con fuerza contra su palma.

¿Iba a morir allí… *así*?

Cuando estaba a punto de cerrar los ojos, notó las manos de Bei en sus hombros.

—Haosen, Haosen —lo llamó angustiado—. Mantenga los ojos abiertos. No se duerma. Aguante.

—Lléveme a la consulta de la brigada y que avisen a Eliette —pidió con un hilo de voz.

Aquel hombre asintió, y Haosen se permitió desobedecerle y cerró

los ojos.

Capítulo 32

Un policía se presentó en la casa de Eliette y le explicó lo sucedido. Con rapidez, la llevó a la comisaría. En cuanto puso un pie en ella se apresuró a la consulta, donde le habían dicho que encontraría a Haosen, al que habían disparado.

Descubrió que no se hallaba solo, ya que estaba tendido en una camilla junto a un hombre uniformado y una mujer china muy hermosa, pero que lloraba desconsolada.

—¡Que alguien avise a Chufeng! —gritó al tiempo que se aproximaba para ver la magnitud de lo ocurrido. No tardó en percibir el olor de sangre y pólvora; y cuando recorrió el cuerpo de su amigo, que estaba inconsciente, localizó la herida. Se hallaba en la parte superior del torso, unos diez centímetros por debajo de la clavícula.

Con el siguiente vistazo se percató de la piel amarillenta y sudorosa del rostro de Haosen, que tenía los ojos cerrados. Se inclinó y tomó su pulso. Todavía estaba vivo.

—¿Hablan inglés? —Se giró y preguntó. Sus ojos volaron al hombre que había detrás de ella. Lucía un uniforme verde manchado de sangre en varias zonas, al igual que las manos.

—Sí, lo hablo —respondió.

—¿Ha perdido mucha sangre?

—Me temo que sí. Lo he traído todo lo rápido que he podido desde el Asentamiento Internacional, pero eso no ha impedido que...

Un sollozo hizo que la atención de Eliette viajara a la mujer que había detrás. Con un solo vistazo se dio cuenta de que estaba en estado de *shock*.

—Vale. Me ocuparé. ¿Puede sacarla de aquí? Esto no va a ser agradable.

Aquel hombre asintió y no tardó en rodear los hombros de la joven, que se sacudían por el llanto, y juntos abandonaron la consulta.

Eliette no tenía tiempo que perder, así que lo primero que hizo fue verter agua de una jofaina en un tazón de cerámica y hundir las

manos para lavarlas antes de tocar a Haosen.

Cuando se acercó a su amigo, se afanó en despegarle con cuidado la camisa de la herida. Contuvo el aliento cuando vio que la bala seguía en el interior, no demasiado profunda. A lo largo de aquellas semanas trabajando en la comisaría se había enfrentado a casos similares, pero era Haosen el que operaba mientras ella le pasaba el instrumental o se encargaba de limpiar y luego suturar.

—Puedo hacerlo —dijo en voz alta.

Colocó un paño limpio sobre la herida y en un par de zancadas se plantó frente al armario que contenía todos los útiles que necesitaba: pinzas, tijeras, un bisturí, hilo, aguja, más paños y yodo.

—¿Necesita mi ayuda? Soy el general Tan Bei, de la División 88. —Escuchó que le decía aquel hombre, que había regresado a la consulta. Cuando Eliette lo miró, sus ojos estaban pendientes de Haosen—. Estoy curtido en tratar heridas.

—Quédese si así lo desea. Quizá necesite que lo sujete.

Una vez que colocó todo lo necesario en una mesa con ruedas, se aproximó de nuevo a la camilla y se inclinó.

—Haosen, Haosen —lo llamó—, despierta. Estoy aquí. Soy Eliette.

Cuando abrió los ojos, brillantes, y la observó, con la visión borrosa por el dolor, se sintió aliviada.

—Voy a sacarte la bala. No ha perforado demasiado —dijo al tiempo que vertía yodo sobre la piel que rodeaba la herida. Haosen se estremeció—. Sé que puedo hacerlo, no te preocupes.

Se giró un segundo para agarrar las tijeras cuando notó que él aferraba su muñeca. Lo miró, sorprendida.

—Eliette —musitó débilmente, y por sus ojos se derramaban lágrimas—, no me salves.

—¿Qué?

—No me salves, por favor. Estoy tan cansado…

Eliette negó con la cabeza. Miró a su acompañante, que estaba muy sorprendido ante aquella petición.

—Soy enfermera y mi deber es salvar vidas —replicó ella, inclinándose sobre él—. Y de los millones de almas que hay en esta condenada ciudad, voy a salvar la tuya, te lo aseguro.

—Pero no quiero vivir, no puedo salir de mi jaula de cristal…

—Encontraremos una manera —respondió ella decidida—. Serás libre, pero no así. ¿Está claro?

Tenía el corazón encogido y se sentía a punto de echarse a llorar ante la súplica desesperada de su amigo, pero dio una bocanada de aire y se llenó de determinación. Agarró un paño y le dijo a Haosen:

—Abre la boca, por favor. Sabes que va a doler. —Cuando él se negó, a ella se le rompió la voz—. Por favor.

En el momento en que su amigo abrió levemente los labios, ella introdujo el paño. Luego se volvió al hombre uniformado.

—Si se resiste, ayúdeme. —Cuando obtuvo un asentimiento, volvió a mirar a su amigo y procedió a salvarle la vida.

Con las tijeras cortó el tejido de la camisa hasta que gran parte del pecho y la zona de la herida quedaron al descubierto. Luego tomó el bisturí para proceder al desbridamiento de todo el tejido muerto alrededor. En cuanto hundió la punta en la carne, Haosen se removió. Por suerte, su acompañante no tardó en inmovilizarlo férreamente, sujetándolo por los antebrazos desde el otro extremo de la camilla.

—Aguanta, Haosen —pidió Eliette.

Una vez que desbridó toda la zona, introdujo las pinzas y alcanzó la bala. Tiró de aquel cuerpo de metal y lo extrajo con rapidez.

—Ya está, ya está —explicó al tiempo que la dejaba caer sobre una bandeja. Luego regresó a su amigo, que tenía los ojos entrecerrados, el rostro sudoroso y las mejillas llenas de lágrimas—. Ahora te voy a suturar.

Él asintió, pero un instante después su cabeza cayó a un lado, de nuevo inconsciente. Eliette volvió a lavarse las manos antes de agarrar la aguja y el hilo, que era de gusano de seda. Cuando terminó, cubrió la herida con una gasa con polvo de sulfamida.

Todo había acabado. El corazón le latía desbocado en el pecho; y cuando se fijó en sus dedos, cubiertos de sangre, estaba temblando.

Dio un par de pasos hacia atrás, de repente consciente también de que las rodillas le flaqueaban. Había actuado de forma valiente, por impulso, y no había dudado, pero ahora que la vida de su amigo ya no corría peligro, sentía que el mundo caía sobre ella, tan pesado que la hundía sin remedio.

Palpó en el aire, buscando un soporte, porque lo necesitaba. Conocía de memoria cada centímetro de aquella sala, pero de repente parecía que se encontraba en mitad de un desierto, sin un punto de apoyo, hasta que sintió que unos brazos rodeaban su cintura y la aferraban.

Ladeó el rostro y lo alzó un poco, aunque sabía de quién se trataba. Lo habría reconocido incluso con sus sentidos mermados o en la más completa oscuridad.

—Chufeng… —susurró.

La evaluó, y ella reconoció la preocupación en sus pequeños ojos y en su ceño fruncido. Pero cuando respiró y se permitió observarlo, se percató de que él también estaba herido y cubierto de sangre.

—Dios mío —balbuceó—, esta ciudad va a matarnos a todos, ¿verdad?

Capítulo 33

A lo largo de los últimos días, Chufeng se había comportado como lo que realmente era: inspector de la brigada china durante el día, gánster durante la noche.

Todo había comenzado con una llamada de su verdadero jefe, el señor Du, pidiéndole que se encargara de supervisar unas entregas de opio en el puerto.

Por eso, entre otras muchas cosas, lo habían colocado donde estaba. Y él lo sabía. Nunca le importó demasiado, hasta que vio juntos a Eliette y a Haosen y en su cabeza se forjó un escenario que le parecía más que viable.

A pesar de que venían de mundos diferentes, podían encajar. Ambos eran cultos, de profesiones relacionadas y tenían una conexión que él había detectado desde el primer momento.

Él, no obstante, por mucho que lo anhelara, siempre pertenecería a los muelles de Shanghái. De hecho tenía claro, como un extraño pálpito que siempre lo acechaba, que sería allí donde moriría.

El mismo lugar que lo vio crecer sería el que lo vería fallecer. Como un ciclo perfecto forjado por el karma.

Aquella noche, cuando se ocupaba de que sus hombres descargaran el último cargamento, estaba inquieto. Sentía el presentimiento que siempre le rondaba y que lo había mantenido vivo hasta ese momento.

Susurros, sombras que bailaban. Y luego un ataque repentino que no habían sabido calibrar hasta que fue demasiado tarde.

Habían salvado la carga, pero muchos de sus hombres, incluido Lei, habían muerto. La pelea había sido salvaje, brutal. Miembros sesgados, puñaladas en el pecho, cuellos rebanados.

La misma violencia de siempre. La de la Banda Verde. Con la que había crecido, de la que había sido miembro durante la mayor parte de su vida.

«El infierno que he vivido por el que he desatado», pensó cuando liquidó al último de los asaltantes y él mismo, herido y ensangrentado, logró ponerse en pie.

Luego, tras llevar la carga al almacén donde otros de sus hombres

debían custodiarla, pidió que se ocuparan de los caídos de los muelles y se dispuso a regresar a su hogar para tratarse las heridas. Pero entonces uno de los compañeros de la comisaría lo había abordado en mitad de la calle, contándole que Haosen estaba herido de bala.

Olvidando su propio dolor y la sangre que manaba de los cortes de su torso y de sus brazos, condujo a toda velocidad hasta la comisaría.

Allí había encontrado a un Haosen inconsciente; a Eliette que, tras salvarle la vida, estaba a punto de venirse abajo; y al joven general de la ciudad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Había un francotirador en un edificio cercano al Cathay. Lo he abatido y he enviado a mis hombres —le respondió.

—¿Era usted su objetivo?

—Es más que probable —respondió apretando los dientes—. No creo que Haosen tenga enemigos en esta ciudad, todavía.

Se evaluaron mutuamente durante unos instantes, hasta que Eliette intervino.

—Debería mirar sus heridas, señor Xiao. Vayamos a su despacho. —Luego se giró hacia el militar y añadió—: Regreso enseguida. Si hay algún cambio en Haosen, dígamelo de inmediato.

Antes de que pudiera darse cuenta, ella llevaba el instrumental entre las manos y abandonaba la consulta hasta la habitación contigua, y él la seguía sin mediar palabra.

La observó encender las luces, caminar hasta el escritorio y dejar allí todo lo que había llevado con ella.

De espaldas, le dijo:

—Tome asiento en uno de esos sillones. ¿Puede quitarse la chaqueta y la camisa, por favor?

Obedeció y se quitó las prendas, apretando los dientes ante el dolor que cada movimiento le producía.

Luego alzó la cara y la contempló mientras se acercaba a la jofaina, vertía agua en un cuenco y se lavaba las manos concienzudamente. Cabizbaja, caminó hacia él y tomó asiento a su lado.

No miró su rostro, ya que centró su atención en los cortes de sus brazos y en el abdomen, pero supo que también se había percatado de las cicatrices antiguas, las marcas blancas, rugosas e irregulares que plagaban todo su torso y que contaban su verdadera historia. Una que hablaba de demasiadas noches como aquella.

—No parecen demasiado profundos. Voy a limpiarlos.

Como toda respuesta, asintió. Unos instantes después, notaba el paño húmedo sobre su piel y su rostro, llevándose con él la sangre que le pertenecía y la que no. Se estremeció levemente con aquellos toques delicados pero certeros y apretó los dientes para no delatar el dolor

cuando comenzó a tratar sus heridas.

No quería contemplarla, porque siempre que lo hacía terminaba cautivado, pero no pudo aguantarlo más y ladeó el rostro en su dirección. Ella tenía la cara muy cerca de su brazo, el ceño fruncido y una expresión concentrada.

¿Por qué había sido tan cretino con ella aquella noche? ¿Por qué había querido espantarla por sus propios miedos?

—Esta necesita un par de puntos —le informó—. Así que allá voy.

Sin mediar palabra, la observó completar aquella tarea. Luego se levantó, agarró todos los útiles que había empleado y volvió a lavarse las manos y el rostro.

¿Estaba bien desear por primera vez algo que sabía que no debía tener?

La había visto con Haosen e imaginaba que quizá estaban juntos. Y estaba celoso. Como nunca había estado, porque ninguna mujer le había importado tanto. Ni siquiera Niao Niao.

Ahora lo sabía. Y quizá lo había comprendido demasiado tarde.

—Si me disculpa, me marcho a ver cómo está Haosen…

—Señorita Stern, espere.

Ella se acercó y se detuvo frente a él, contemplándolo con curiosidad. Chufeng tomó aire y reunió el último ápice de coraje que le quedaba. Alargó la mano y acarició sutilmente el brazo izquierdo de Eliette para luego colocar las yemas de sus dedos sobre el dorso de los dedos de aquella mujer. Era la primera caricia, apenas trazada, desde hacía mucho.

Eliette contempló el punto en el que se estaban tocando; y como no lo rechazó, él se envalentonó un poco y envolvió su mano con la suya. Acto seguido tiró de ella y la colocó en el hueco entre sus piernas hasta que las de ella toparon con el sofá.

Apoyó su frente en el vientre de ella, que se tensó durante unos instantes por lo inesperado de la caricia. Sin embargo, no se apartó.

—Tenía razón —confesó él en un susurro—. La anhelo, señorita Stern. Tanto que me duelen los pedazos de mi corazón desde que creo haberla perdido. Tanto que me quita el aliento cuando está así de cerca de mí. Tanto que podría morirme si volvemos a besarnos.

El silencio se extendió entre ellos, interrumpido por las respiraciones de ambos, que salían atropelladas. Chufeng echó la cabeza hacia atrás, convencido de que ella se marcharía. Con suerte no lo abofetearía antes de irse.

Lentamente alzó los ojos hacia ella. Eliette lo estaba contemplando. Los ojos grises, enormes y brillantes evaluaban su rostro con cierta ansiedad.

El corazón se le paró en el pecho, expectante.

Nunca había anhelado nada con tanta intensidad en toda su vida.

—Señor Xiao Chufeng —dijo ella al tiempo que acunaba con delicadeza su rostro con ambas manos—, es usted el hombre más tosco e idiota que he conocido. ¿Se lo han dicho alguna vez?

Él no supo qué decir, pero tampoco tuvo ocasión, ya que Eliette se inclinó y depositó un dulce beso en sus labios.

Como si ese gesto fuese una chispa sobre un río de pólvora, Chufeng rodeó la cintura de Eliette con sus manos y la atrajo hacia él, devolviéndole el beso de una manera abrasadora. Se puso en pie sin separar sus labios de los de ella, con el corazón latiéndole a toda velocidad. La sostuvo firmemente contra su cuerpo y percibió el calor que desprendía sobre su torso desnudo. Las heridas recién curadas no le importaron lo más mínimo, porque solo deseaba continuar devorando su boca, dejándola sin aliento. En algún momento, Eliette abandonó la contención y colocó sus manos sobre su pecho y las deslizó hasta sus hombros para luego rodear su cuello. Esto permitió a Chufeng profundizar el beso, y aprovechar el instante en que ella abrió los labios para introducir con cuidado su lengua, algo que Eliette también correspondió, buscando esas nuevas sensaciones. Él la dejó tomar el control.

Cuando se separaron para respirar, buscó sus ojos. Eliette tardó una décima de segundo en abrir los suyos; y cuando lo hizo, el deseo aún navegaba en ellos, dilatando sus pupilas.

—Señorita Stern… —empezó a decir, pero dos golpes secos los interrumpieron. Se separaron con rapidez y dirigieron al unísono su atención hacia la puerta de donde venían. Tras unos segundos, esta se abrió.

Era el general de la 88.

—¿Haosen ha despertado? —se apresuró a decir Eliette.

—No, pero tiene fiebre.

—De acuerdo. Voy a ocuparme.

Y sin decirle nada más, se apartó de él y cruzó la estancia hasta la enfermería. A Chufeng le costó unos instantes recuperarse.

Ningún beso lo había dejado así.

Se dirigió al perchero, donde tenía siempre prendas de repuesto, se las colocó ignorando el dolor de sus heridas y luego abandonó la comisaría en dirección al lugar del tiroteo. Pese a que no estaba en su jurisdicción, tenía que averiguar quién le había disparado a su amigo.

Capítulo 34

Los cuidados de Haosen la mantuvieron en vela durante horas mientras lidiaba con el dolor y la fiebre que comenzó a invadir su cuerpo. No fue hasta el día siguiente a media tarde cuando su amigo recobró por completo la consciencia.

Y para sorpresa de ambos, aquel hombre uniformado no había abandonado la enfermería en ningún momento.

—Eliette —murmuró Haosen. Como tenía la boca seca, ella lo ayudó a elevar la cabeza para que bebiera un poco de agua.

—Bebe despacio. —Una vez que terminó, dejó el vaso a un lado y le colocó la mano en la frente—. Ya no tienes fiebre, así que la infección está controlada. De todas formas te van a trasladar a un hospital en el Asentamiento Internacional.

Él asintió, y al deslizar sus ojos por la sala, descubrió que no estaban solos. Su expresión de sorpresa y de algo más hizo que Eliette comprendiera muchas cosas, pero desconociera otras.

—Vamos a trasladarte hasta la puerta de la comisaría, donde ya hay un vehículo médico para llevarte.

—¿Y él? —preguntó.

—Yo voy con usted, señor Chen.

Quizá Haosen deseó oponerse, pero estaba muy débil para hacerlo, así que guardó silencio. Fue aquel militar el que empujó la camilla por los pasillos y el que luego ayudó a los enfermeros a subirla en la parte de atrás del vehículo.

Luego se dirigió a Eliette, diciendo:

—Los seguiré con mi coche. —Señaló un vehículo europeo estacionado cerca—. Gracias por todo.

—No sé qué relación tiene con Haosen —dijo ella.

—Ambos apreciamos al señor Chen —se limitó a responder antes de hacer una leve inclinación con la cabeza y marcharse.

Una vez que los dos vehículos abandonaron la comisaría, Eliette regresó a la enfermería, tomó su abrigo y se encaminó a casa.

Su abuela la recibió muy preocupada, ya que se había marchado hacía horas.

Las manchas de sangre en su vestido, el pelo apelmazado y las ojeras tampoco ayudaron a que su *bobe* se tranquilizara, así que Eliette le explicó lo sucedido y le dijo que se encontraba bien.

—Date un baño y come algo. He preparado una sopa de lentejas y arroz.

—Perfecto, gracias, *bobe*.

Una vez en la bañera, no podía dejar de pensar en todo lo que había sucedido durante las últimas horas. Desde Haosen a punto de morir, pidiéndole que no lo salvara, hasta las palabras de Chufeng y los besos compartidos.

Aquella ciudad en la que su abuela y ella estaban consiguiendo sobrevivir no dejaba de mostrar lo cruel y despiadada que era.

Un lugar donde podías bailar en los salones más lujosos, rodearte de una élite poderosa de magnates judíos, poetas y artistas, pero al minuto siguiente descubrías el cadáver de un niño en la acera.

Tanto unas cosas como otras las había visto por sí misma a lo largo de las últimas semanas.

Y, además, percibía una amenaza aún mayor. Su tía abuela se lo había comentado en la última visita a Hongkew. Los japoneses estaban al acecho, paseándose por el barrio, por la ciudad, mientras habían cometido masacres en el norte del país.

Incluso uno de los pacientes franceses a los que había atendido aquella misma semana, víctima de un robo con violencia, le había dicho que había una guerra a las puertas de Shanghái. Que, en cualquier momento, las llamas arrasarían todo y lo volverían un infierno, tal y como terminaría sucediendo en Europa.

No estaban seguros en ningún lugar.

El futuro no dejaba de ser oscuro, lúgubre, sin salida.

Así que si aquellos eran los últimos meses o días de su vida, ¿cómo iba a vivirlos?

Si ya había perdido prácticamente todo, ¿por qué no dejarse llevar ante lo único que realmente deseaba?

Ante este pensamiento, disfrutó del baño, cenó algo, luego se perfumó ligeramente, se colocó el único camisón que había traído de Berlín y la bata, y se aseguró bien de que su abuela dormía.

Salió al patio exterior, por si había alguna luz encendida en el hogar de Chufeng. Como vio una, en la planta de abajo, se envalentonó, así que atravesó el patio, abrió la reja e hizo el mismo camino hasta la entrada del *shikumen* contiguo. Tocó la puerta con indecisión. ¿Estaba haciendo lo correcto? Si pensaba en cómo la habían educado, sabía que no. Pero si le hacía caso a su corazón, no tenía dudas.

Las pocas que quedaban desaparecieron cuando Chufeng abrió, descalzo y vestido con unos pantalones negros y una camisa de

algodón.

—¿Me permite pasar? —Le temblaba la voz cuando lo pidió, y él dudó. Durante una fracción de tiempo, titubeó ante su petición; y una parte de ella, la que mantenía la cordura aún encendida, casi lo agradeció. Porque todavía podía evitar su ruina. No obstante, Chufeng se apartó e hizo un gesto con una mano, invitándola a cruzar el umbral.

Era la primera vez que lo hacía, que entraba en sus dominios. El aroma que flotaba era el mismo que en la comisaría, aunque más intensificado. La disposición del *shikumen* era igual al que ella y su abuela ocupaban, pero se sentía más vacío.

Mientras avanzaba hasta el salón, evaluó la ausencia de muebles, ya que en aquella primera planta tan solo había una mesa con una silla, otra mesa baja, un diván y un perchero del que colgaba su cazadora de cuero.

—¿Esperaba otra cosa? —preguntó él detrás de ella.

—No, nunca había pensado cómo sería su hogar, señor Xiao.

—¿Por qué? —dijo él pasando por su lado hasta el diván, donde tomó asiento. Cuando desde allí la miró, supo que la estaba evaluando. Tenía la cabeza ladeada y esa expresión concentrada en el rostro con la que pretendía desentrañar la verdad.

—¿De verdad usted creía que yo acabaría… aquí? —indagó ella al tiempo que daba varios pasos y se colocaba frente a él, en el espacio entre el sofá y la mesita.

—No —confesó él—. Lo cierto es que no. ¿Y a qué debo su visita?

Eliette no había pensado demasiado en qué iba a hacer o decir en ese momento, así que bajó los ojos, entrelazó las manos sobre su regazo y musitó lo primero que se le ocurrió.

—Venía a asegurarme de que sus heridas no se han abierto.

Una risa agradable y sosegada llegó hasta ella, que lo miró, sorprendida. Se lo encontró cómodamente repantingado en el sofá, cubriéndose la boca con la mano en un gesto que lo hizo parecer, a sus ojos, muy hermoso.

—¿No me cree?

La risa desapareció de sus ojos y de sus labios, y un segundo después, Chufeng se puso de pie, intimidándola con su altura y adueñándose del espacio entre ambos hasta que solo los separaban escasos centímetros.

—¿A qué ha venido, señorita Stern?

—¿No lo sabe ya? Supongo que ya lo ha deducido. Es un hombre al que no se le escapa nada —dijo ella demasiado nerviosa.

Incapaz de mirar sus ojos, solo podía centrar su atención en el cuello de Chufeng, y fue en ese momento cuando lo vio tragar saliva,

demostrándole que también estaba nervioso.

—¿Ha estado alguna vez en alguna situación parecida a esta, señorita Stern?

Ella negó con la cabeza, todavía sin mirarlo.

—Y sabe que debería rechazarla como todo un caballero y acompañarla de nuevo a su casa.

—Sí, soy consciente. Pero esta noche no quiero que sea un caballero.

El pecho de Chufeng subió, luego lo escuchó soltar una respiración trémula, lo que le confirió el valor para buscar sus ojos. Al hacerlo, reconoció en ellos el deseo apenas contenido, al igual que en la tensión de la mandíbula.

—En ese caso… —dijo él tendiéndole la mano. Sin dudar ella la agarró, y Chufeng la condujo hasta la puerta que quedaba a su izquierda y que daba a unas escaleras. Subieron dos rellanos hasta la buhardilla, donde resultó que el inspector tenía su dormitorio.

Era una habitación muy sencilla también. Con una cama en un extremo, una cómoda sobre la que descansaba la gorra del uniforme de policía y un gramófono dorado, y una silla junto a la ventana; la única iluminación provenía de una discreta lámpara que colgaba del techo y de un ojo de buey en la pared más alejada de la puerta.

Chufeng la había soltado en algún momento y esperaba junto a la puerta, aguardando a que ella se arrepintiera. Pero Eliette ya estaba decidida. A pesar de los nervios, de las piernas temblorosas, también notaba un cosquilleo en el estómago.

Y su piel, como si de repente hubiese cobrado vida propia, se volvió sensible y necesitada de sus caricias.

No iba a arrepentirse de aquello, así que dio un par de pasos hasta colocarse junto al lecho y, una vez allí, soltó el nudo de su bata y se la quitó, dejándola caer a un lado.

Era la primera vez que un hombre veía su ropa interior: un camisón de tirantes en un tono coral con unos preciosos detalles de puntillas en los tirantes en el centro del pecho.

Chufeng contuvo el aliento mientras la contemplaba, demorándose en ella.

—Ahora eso también —le dijo haciendo un gesto, señalando la prenda.

Embrujada por su voz, que había bajado y no era más que un susurro, obedeció. La prenda la acarició levemente antes de caer a sus pies.

Ya estaba desnuda ante él, que la recorrió despacio, anhelante. Luego, sin acercarse todavía, lo vio que se quitaba la camiseta y la dejaba caer a un lado.

Y aunque lo había visto sin esta aquel mismo día en la comisaría,

ahora se permitió mirarlo de manera diferente. La luz que los envolvía era cálida, dorada y bañaba la piel de Chufeng donde había cicatrices, los vendajes que ella había aplicado, pero también músculos cincelados que ella se moría por recorrer con las yemas de sus dedos.

Él dio un paso hacia ella. Luego otro y otro. Hasta detenerse a escasos centímetros de su rostro.

Eliette sintió el roce de su aliento en su nariz, su aroma a tabaco y whisky.

—¿Puede acariciarme, señorita Stern? —susurró a continuación.

Pronto sus manos estaban apoyadas en los pectorales de aquel hombre, duros y cálidos, y más tarde las hizo descender lentamente por su estómago. Las emociones que comenzaron a invadirla eran abrumadoras. Aquel tacto, la cercanía de Chufeng y la forma en la que su respiración se aceleraba con aquellos roces hicieron que Eliette fuera consciente de que tenía todo el poder sobre él.

—¿Le duelen sus heridas?

Como respuesta, negó con la cabeza, así que ella continuó arrastrando las yemas de sus dedos por aquella piel.

Luego alzó la mirada, buscando la de él, que no se la había apartado ni un segundo.

Cuando Eliette notó la mano de Chufeng en su antebrazo, el mundo se detuvo. Ahora era el turno de él de tocarla, de explorarla, y fue consciente de que nunca había deseado nada con tanta intensidad.

Y aquel hombre se tomó su tiempo. Hizo ascender las yemas de sus dedos por su brazo hasta su hombro, las paseó por el hueso de su clavícula para más tarde trazar un recorrido descendente hasta su seno. Deslizó un dedo por la suave piel, por la punta erecta y luego por la otra. Eliette sentía que el vello se le había puesto de punta en los brazos y que el cosquilleo de excitación había crecido en el centro de su ser.

Chufeng inclinó la cabeza hacia el pecho derecho y comenzó a lamer la punta endurecida mientras con la otra mano cubría el otro seno.

El placer fue tan intenso y repentino que el mundo dejó de ser estable a su alrededor, así que Eliette se aferró a sus cabellos, mientras él seguía prodigándole caricias húmedas. Cuando él alzó la cara y se apoderó de su boca, ya sabía que estaba perdida. Pero no le importaba. Si aquello era el preludio de todo lo que iba a sentir, bien valía la ruina.

Antes de que se pudiera dar cuenta, notó las manos de Chufeng en su espalda; y ambos, sin dejar de besarse, daban unos pasos hacia atrás, hasta el borde del lecho, donde él la depositó con dulzura. Cuando advirtió las suaves mantas en la piel de su espalda, abrió los

ojos y lo contempló.

Percibió el deseo en sus ojos y notó que una oleada de satisfacción la llenaba y amplificaba aún más sus propias emociones.

Chufeng se quitó los pantalones y los calzoncillos. La mirada de Eliette se dirigió indefectiblemente hacia su erección. Se inclinó lentamente, mientras ella abría las piernas para acoplar sus cuerpos. Percibió el calor y el peso de aquel hombre, y también apreció que él mantenía los brazos tensos a ambos lados de los hombros de ella. Se inclinó y volvió a besarla; y durante minutos enteros, sus bocas juguetearon y se devoraron.

Chufeng cambió de posición y se apartó de ella, colocándose a su lado en el lecho. Deslizó sus manos por una pierna, encauzando sus movimientos hasta su sexo. A Eliette se le escapó un gemido en cuando notó que él acariciaba esa parte, que su pulgar hallaba un pequeño botón que le lanzó un dardo de placer por todo el cuerpo en cuanto lo rozó. Cuando empezó a bombearlo, ella se apretó contra él en busca de más.

Abrió los ojos y volvió la cara para buscar los brillantes ojos marrones, que la miraban como si fuera lo más precioso de aquella ciudad.

Asintió, porque supo que él estaba preguntando sin palabras si anhelaba continuar; y cuando notó uno de los dedos de él abrirse paso dentro de ella, gimió de nuevo.

Chufeng continuó acariciando esa parte, al tiempo que la besaba en la boca, luego en el cuello y de nuevo en las enhiestas puntas de sus senos. Después introdujo otro dedo, mientras continuaba tocando en el centro de su placer con el pulgar. Eliette cerró los ojos, abrumada ante las oleadas de placer que estaban invadiéndola. Se sentía desesperada, al borde de un abismo desconocido. En algún momento, comenzó a mover las caderas, guiada por un instinto primario que desconocía y que la empujaba a anhelar más, a sentir más, a perderse en aquello que estaba por venir.

Y cuando lo hizo, el éxtasis fue arrollador.

Le costó unos instantes recuperarse de la oleada de placer que había experimentado, y cuando abrió los ojos, descubrió que él la contemplaba.

—Nunca había visto nada tan perfecto —le susurró al tiempo que se inclinaba y besaba de nuevo sus labios.

Cuando se separaron y ella se permitió contemplar su rostro, supo que le sucedía lo mismo.

Alzó los brazos y tomó su cara entre sus manos, asegurándose de que él seguía allí, que era real, que lo que acababa de suceder en aquella buhardilla de Shanghái no había sido un sueño.

—¿Y ahora? —preguntó Eliette.

Chufeng la observó unos instantes, pero luego bajó los ojos.

—Vamos a dejarlo aquí esta noche, señorita Stern.

Ella parpadeó, confusa.

—¿Por qué? —preguntó entrando en pánico.

—Porque es lo mejor —dijo él, incorporándose en el lecho. Ella lo siguió, pero sentía que sus extremidades tardaban en obedecerle.

—¿Por qué?

—Porque para tu primera vez mereces algo mejor, Eliette —afirmó sin mirarla.

Había dejado de tratarla de usted, había pronunciado su nombre, con un tono de voz tan triste y devastador que a ella se le aceleró el corazón.

—Pretendes alejarme de nuevo, ¿verdad? —le preguntó—. ¿No eran claras mis intenciones cuando he tocado tu puerta en plena noche, Chufeng?

—Sí, lo eran. Pero luego, cuando te he tenido entre mis brazos, he comprendido que no soy lo bastante bueno para ti.

—No estoy de acuerdo —afirmó ella tajante. Se colocó de rodillas en el lecho, a su lado, y tomó su rostro entre sus manos para obligarlo a mirarla—. Quiero que seas tú y solo tú. Esta noche y todas las que vengan.

Cuando Chufeng alzó los ojos, la capa de vergüenza que los cubría desapareció.

—¿Por qué yo, Eliette? Te he enseñado mi mundo, sabes lo que soy.

—¿Hay que pedirle al corazón explicaciones por todo, Chufeng? Solo sé que eres tú desde que me miraste por primera vez. Porque hay una cuerda invisible que no deja de entrelazarnos.

Cuando él la besó de nuevo, supo que le daba la razón. Que se sentía igual. Pronto estaba encima de ella, acomodado entre sus piernas, con su erección abriéndose paso poco a poco en su interior. Por como apretó los dientes, supo que estaba controlándose, adaptándose a aquella fricción para no hacerle daño.

Eliette contuvo el aliento cuando él se hundió más, al tiempo que Chufeng le lamía la piel del cuello, mientras le apretaba y acariciaba los senos. Mientras se adaptaba a él, a su dura longitud, compartieron besos lentos e íntimos. Pero Eliette anhelaba más, quería sentir todo, y movió las caderas contra él, indicándole que ya se sentía preparada. Chufeng no tardó en corresponder con los primeros envites, que fue acelerando progresivamente al ritmo de los gemidos de Eliette. Tras un rato de movimientos controlados y rítmicos, lo vio apretar los dientes y supo que estaba conteniéndose para no dejarse llegar.

—Chufeng —gimió ella—, di mi nombre otra vez.

—Eliette —le susurró al oído. Y eso bastó para que la tensión que se había acumulado entre ellos creciera una vez más, antes de alcanzar un nivel máximo, que los condujo a la cima del placer. Primero el orgasmo llegó a Eliette, y luego a él, que se afanó en salir de ella para derramarse sobre las mantas.

Capítulo 35

El frío de Shanghái se colaba ligeramente en la estancia a través del tragaluz que Chufeng había abierto. Su vivienda, al hacer esquina, era una de las únicas en aquella manzana que poseía un ojo de buey en la buhardilla; y esa pequeña ventana circular había sido, también, la razón por la que la había convertido en su dormitorio.

El vaho del cigarro que se había encendido se transformaba en un dragón de niebla que volaba hacia la ciudad, mezclándose con los otros olores del ambiente. Se diluía, se desvanecía, hasta la siguiente calada.

Eliette dormía plácidamente en el lecho, y separarse de ella le había supuesto una tremenda tortura, pero tenía que despejarse y aclarar sus pensamientos. Normalmente el tabaco y el whisky ayudaban a ello, pero tras lo sucedido aquella noche, no eran suficientes.

Había tenido entre sus brazos un tesoro con el que no se había atrevido a soñar, y ahora en su alma se habían despertado otros miedos.

Nunca había considerado que su vida tuviera valor y no le importaba morir en cualquier momento.

Hasta aquella noche. Porque ahora quería vivir, convertirse en un anciano e incluso llevar una existencia digna. Pero lo que más anhelaba, sin duda, era que a ella no le sucediera nada malo.

Se sentía incapaz de concebir la muerte de aquella muchacha. Eliette había pasado a ser el centro de su mundo, pero el problema —que este era muy oscuro y peligroso— no tenía solución.

Ella decía que lo había aceptado tal y como era, y deseaba creerlo. Pero ¿quién podía amar a alguien cuyas manos estaban tan manchadas de sangre, si ni él mismo lo hacía ya?

Había sido descuidado e ingenuo. Eliette no era para alguien como él. Porque era belleza, luz y pureza; a pesar de que ya tenía los pies hundidos en las sombras de aquella ciudad, seguía resplandeciendo. Y siempre lo haría.

Se había dejado llevar y había cometido un error imperdonable. ¿Qué futuro había para ellos? Ninguno más allá de aquella buhardilla.

Aunque con la tercera calada, se permitió soñar con otra posibilidad, una que incluía encontrar una forma de amarse, de pertenecerse hasta la vejez e, incluso, la de tener hijos. Preciosos niños mestizos que correrían y se criarían entre aquellas calles. Mejor, sin duda, de lo que lo había hecho él.

Criados y atesorados por una madre como ella, que había demostrado ser valiente y leal.

Pero ¿existía esa posibilidad? ¿Ese sueño, loco, imprudente, era concebible?

—Chufeng —lo llamó desde el lecho—, ¿va todo bien?

—Sí —respondió él tras apagar el cigarro. Regresó a su lado y se metió en la cama, abrazándola por la espalda.

—¿Qué hora es?

—Aún quedan unas horas para que amanezca.

—Bien —dijo ella—. Porque, como comprenderás, tengo que escabullirme antes de que mi abuela me descubra.

—Tranquila. Te avisaré.

Ella se movió y se dio la vuelta para colocarse frente a él y mirar sus ojos.

—¿Es que no piensas dormir ni un poco?

—Descansaré, no te preocupes —dijo él al tiempo que acariciaba con ternura su mejilla.

Ella frunció el ceño.

—¿Crees que no sé cuándo mientes? Te he observado mucho desde que nos conocimos, Chufeng, y ya sé cuándo algo te preocupa —confesó ella—. ¿Te arrepientes de lo que ha pasado esta noche?

—No, claro que no.

—Entonces ¿qué es?

—Es... —Bajó la mirada mientras buscaba qué palabras emplear. Nunca se le había dado bien expresarse y ahora necesitaba hacerlo, así que cerró los ojos y apoyó su frente en la de Eliette—. Que nunca he podido tener algo que valiera la pena. Soy un perdedor. Lo que he conseguido ha sido de manera deshonesta, cruel o desesperada. Excepto tú. Así que siento que no te merezco.

Cuando abrió los ojos, ella lo contemplaba atentamente.

—¿Y no crees que ya era hora de que tuvieras algo que anhelaras realmente?

—Eliette. —Negó él con la cabeza. Sentía un nudo en la garganta.

—Yo quiero estar contigo. Y no me importa nada más.

—Pero a mí me importas tú —confesó—. No soportaría que esta vida de violencia que llevo te alcanzara, Eliette. No podría perdonarme.

—Si algo he aprendido a lo largo de los últimos meses es que no

sirve de nada adelantarnos a lo que no sabemos si sucederá. Así que —ella acarició con cuidado su mejilla, atesorando cada segundo del gesto, y a Chufeng se le aceleró el corazón— vamos a hacer una promesa, ¿de acuerdo?

—¿Cuál?

—Mientras estemos en este lugar, al que intentaremos venir cada noche, no pensaremos en nada más. No habrá arrepentimientos, ni miedos ni dudas. Solo tú y yo.

Chufeng sabía que era una promesa imposible de cumplir. Que la ciudad que rugía, bailaba o lloraba fuera de aquella buhardilla acabaría por cercenar lo que tenían, porque habían unido dos mundos de una manera precaria, como una herida mal cosida.

Lo sabía. Pero por una vez se permitió soñar, así que asintió y dijo:

—Está bien, Eliette. Lo prometo. Nada sucederá en este, nuestro mundo lejos del fuego.

Ella sonrió, con su belleza etérea e hiriente, y luego se estrechó contra él.

Chufeng cerró los ojos y, por primera vez en su vida, rezó, aunque no sabía a quién.

Después de todo, los que ya tenían ganado el camino al infierno, ¿poseían el derecho a que alguien escuchara sus plegarias?

Capítulo 36

El dolor le daba tregua gracias a la morfina. Haosen abría y cerraba los ojos en función de los vaivenes de la conciencia mientras los sueños lo azotaban sin descanso. En ellos veía a su madre, enfundada en un *cheongsam* de seda, con el cabello recogido a un lado y su expresión cálida. Luego, el sueño devenía en pesadilla y la veía colgando del ginkgo del jardín, y él bajo ella, con sus manos de adolescente tratando de alcanzarla para salvarla, gritándole, suplicándole que siguiera viva, que no lo abandonara. También entre sus delirios se colaban las palabras de su padre, culpándola por lo que había hecho, y las reuniones que él había escuchado con el mismísimo líder de la Banda Verde, en las que le prometía que se ocuparía de todo.

Y después, el desfile de concubinas, las peleas entre ellas por alumbrar un heredero varón. Por desgracia, ninguna lo había logrado.

Curiosamente, cuando fue consciente de que le había impactado una bala, se sintió aliviado, pensando que por fin, muriendo él, terminaría de una vez el legado del infame de su padre.

Sin embargo, su amiga lo había salvado. Y lo había hecho bien. A pesar de que era la primera vez que Eliette se encargaba sola de una operación de esa magnitud, lo había hecho con pericia y eficiencia.

Cuando la morfina dejó de hacer efecto y abrió los ojos, fue consciente de que sobreviviría. Dolorido, se permitió ladear la cara para evaluar el lugar en el que se encontraba. Ya no estaba en la consulta de la comisaría, sino en uno de los grandes hospitales de la ciudad. Supuso que en alguno del Asentamiento Internacional.

Tenía sed, sentía la garganta herida y los labios tan secos que al moverlos para pedir ayuda notó el regusto de la sangre entre los dientes.

Tratró también de incorporarse un poco, pero el latigazo de dolor que experimentó lo detuvo en seco.

A su alrededor había un paraban que lo separaba del resto de los pacientes. Oía voces, lamentos, toses.

¿Estaba solo? ¿Quién lo había llevado hasta allí? Desde el disparo

hasta perder la conciencia por primera vez, todo estaba borroso y difuminado en su mente.

Ni siquiera sabía qué hora era ni cuántos días habían transcurrido desde lo sucedido. Y, por supuesto, ignoraba quién lo había herido.

—Ya está despierto. —Escuchó una voz a unos metros. Y a pesar del dolor, del remanente de la morfina, de la extenuación, la reconoció al instante.

Era Tan Bei. Al que había salvado, con el que se había escapado a la ópera, el que había despertado el deseo de su cuerpo y el que había resultado ser, además, primo de su prometida.

—No se mueva. —Cuando lo tuvo delante lo evaluó. Lucía una camisa blanca remangada, los tirantes de cuero, los pantalones verdes de su uniforme y sus botas, pero por la ausencia de sangre en las prendas dedujo que se las había cambiado desde la noche del tiroteo. Lo vio inclinarse, colocar un brazo por debajo de su nuca y alzarle un poco la cabeza mientras vertía agua ligeramente en su boca—. Beba despacio. Así, muy bien.

Luego lo depositó con cuidado sobre la almohada, dejó el vaso en una mesita y se quedó de pie, contemplándolo.

—¿Por qué está aquí? —preguntó Haosen.

Aquel hombre bajó los ojos. Acto seguido, con un fingido aire distraído, se arregló una de las mangas de la camisa.

—Porque esa bala era para mí —afirmó con rotundidad.

—¿Han identificado al culpable?

Tan Bei extrajo la bala del bolsillo de su pantalón y se la enseñó a Haosen, que solo alcanzó a reconocer un proyectil de punta puntiaguda que parecía dañado.

—Esta bala pertenece a un fusil Arisaka tipo 38.

—¿El tirador era, entonces, japonés? —musitó Haosen tragando saliva.

—Así es. Mataron a mi padre hace años y ahora soy su objetivo. Solo que erraron terriblemente —dijo apretando los dientes. Luego alzó los ojos y lo contempló—. Lo lamento.

—Yo también lo hago, créame —respondió él amargado—. ¿Y puede decirme dónde me encuentro?

—En el Gongji Hospital, que, como seguro que sabe, es el mejor en medicina occidental. Supuse que es lo que usted querría. Estamos en el Asentamiento Internacional.

—Ya veo… ¿Y la señorita Stern?

—Ha estado aquí con su amigo el inspector, pero ahora los estoy relevando.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repitió extrañado por su pregunta.

—Sí. ¿Por qué? ¿Tan culpable se siente ante el hecho de que el francotirador fallara?

—En parte así es —confesó sin dejar de contemplarlo. Se acercó hasta quedar al borde de la camilla y Haosen fue consciente de cada segundo en que se inclinaba hacia él para susurrar cerca de su oído—, pero también tengo otras razones.

¿Cómo era posible que, a pesar de toda la morfina que aún recorría su torrente sanguíneo, su corazón experimentara aquella exaltación ante su cercanía?

—¿Otras razones? —La pregunta escapó de sus labios sin que pudiera evitarla.

—Sí, por supuesto —respondió Tan Bei, esbozando una sonrisa un poco ladina.

Haosen cerró los ojos y tragó saliva. Aquel hombre lo afectaba demasiado y tenía que centrarse, pero sus pensamientos eran demasiado difusos y las reacciones de su cuerpo lo traicionaban. Debía detener todo de inmediato. Regresar a lo poco que controlaba de su propia vida, esa que parecía de unos y de otros; siempre de su padre, pero nunca suya.

—Por favor, márchese —suplicó.

Al abrir los ojos, descubrió que él se había apartado un poco y que lo miraba con aire confuso.

—¿No me desea cerca de usted, señor Chen?

A pesar del dolor, se le escapó una carcajada amarga que produjo un tirón en su herida.

—No me puedo permitir desear nada. Quizá usted pueda, pero yo no tengo tanta suerte.

—Le sorprendería descubrir que tal vez estemos en las mismas condiciones —le replicó con tanta brusquedad que Haosen volvió a mirarlo. Apreció su mandíbula tirante—. Pero al menos uno de los dos quiere seguir adelante. Y no se rinde rogando por una muerte cobarde en una camilla.

Haosen abrió mucho los ojos en cuanto el recuerdo de su súplica a Eliette reapareció en su mente. ¿Aquel hombre estaba allí y lo había escuchado?

—No creo que esté en posición de juzgarme —objetó Haosen.

—Puede —le reconoció alzando el mentón—, pero le aseguro que tampoco estoy en posición de alejarme de usted.

¿Qué pretendía decirle aquel hombre? Su mente elaboró la explicación más plausible. Supuso que debía mantenerlo con vida para que el matrimonio con su prima se llevara a cabo. La angustia volvió a cerrar su garganta, como una cadena más alrededor de él.

—Claro. ¿También le han pedido que me proteja y me salve la vida para servir a algún propósito mayor?

Cuando se permitió observar a su acompañante, se lo encontró mirándolo muy serio. Tras unos segundos, lo vio tomar un paño, introducirlo en una palangana que había en la mesita, escurrirlo, y luego, ante su sorpresa, se sentó con cuidado en la cama, a su lado.

Antes de que Haosen pudiera moverse, notó que aquel hombre lo tomaba firmemente de una muñeca mientras comenzaba a pasar el paño por su mano, limpiándola con esmero.

Una parte de él quiso protestar, pero no fue capaz, porque cada vez que aquel hombre lo tocaba, Haosen se entregaba a la caricia, fuera como fuera.

Estaba condenado desde que lo vio reír por primera vez en la ópera la noche que le salvó la vida y se había permitido bajar la guardia.

Ahora, por mucho que intentara alzar de nuevo los muros tras los que se había parapetado al abandonar Londres, sentía que aquel hombre había encontrado una grieta en ellos y se estaban desmoronando rápidamente.

—Le puedo asegurar, señor Chen, que el único motivo que me mantiene aquí a su lado es estrictamente personal y terriblemente egoísta por mi parte —le dijo sin mirarlo.

Tras unos segundos de silencio, en los que Haosen tragó saliva y fue capaz de ordenar sus pensamientos, dijo: —¿Y se puede permitir, siendo quien es, un joven y flamante general de Shanghái, ser egoísta? ¿No debería estar en cualquier otro lugar de esta ciudad, con otro tipo de compañía?

Una sonrisa de medio lado se dibujó en el rostro de aquel hombre.

—He llegado a un punto, señor Chen, en que puedo permitirme ser egoísta, puesto que tampoco sé si el siguiente francotirador tendrá la suerte y la habilidad de su parte. —Alzó los ojos y los clavó en Haosen, que se permitió observarlo sin reparos.

—¿Me está diciendo que podemos ser egoístas, poco filiales y libres si estamos a las puertas de la muerte?

—Exactamente, señor Chen. Así es cómo pienso afrontar mis días en esta ciudad, así que lo único que me queda preguntarle es... ¿se volverá egoísta como yo, Haosen?

El corazón se le aceleró de manera desenfrenada ante la petición que aquello implicaba. Guardó silencio, porque no era capaz de dar una respuesta inmediata, aunque lo que en el fondo deseaba era aceptar aquello sin medir las consecuencias.

Vivir en aquellos días convulsos de lujo, incertidumbre y fuego como si no hubiera un futuro, aferrarse a un presente que podría arruinarlos y arrasar con lo que ambos eran y poseían.

¿Era eso lo que debía hacer?

—¡Haosen! ¿Cómo te encuentras? —Escuchó la voz de Eliette, a la

que no tardó en localizar a unos metros de la cama. Su acompañante se puso en pie, dejó el paño en la palangana y se alejó.

—Mi turno aquí ha acabado por hoy —dijo en un perfecto inglés dirigiéndose a él y a Eliette, mientras le sonreía. Luego lo volvió a mirar, haciéndolo estremecer—. Volveré pronto, señor Chen.

Haosen no se movió ni dijo nada, incapaz de hablar, como si hubiera olvidado cada una de las palabras en los varios idiomas que sabía.

La petición había quedado flotando entre ellos, uniéndolos como una cadena. Curiosamente, de todas las que ataban la vida y la voluntad de Haosen, esta era la única a la que él deseaba anclarse.

Capítulo 37

Vivir y sobrevivir en aquella ciudad se basaba en decisiones. Algunas de ellas las motivaba la desesperación, el hambre o la ausencia de futuro. Pero también había algunas de ellas que se tomaban en base al corazón, por mucho que Eliette se dijera a sí misma que entregar su primera vez a Chufeng no se debía a eso. Que, ante todo, tenía los sentimientos bajo control.

Que nunca se enamoraría de él.

No obstante, cuando recordaba lo sucedido, la devoción en cada caricia, la mirada anhelante de Chufeng, los besos lentos y largos en los que él se había demorado antes de despedirla, todo lo que se aseguraba a sí misma se venía abajo.

Estaba en una nube. De repente, sonreía al sumergirse en los recuerdos y se moría por volver a escaparse a su casa, a esa buhardilla en la que habían encontrado un refugio.

Procuraba que su abuela no se percatara de lo contenta que estaba, porque no podía evitar que la culpa la invadiera de nuevo, como una capa de hielo que se extendía en su interior e iba cuarteando todo, a un paso de hacer añicos cualquier vestigio de felicidad logrado.

Aquella mañana de domingo, cuando ambas fueron a Hongkew a ver a sus familiares, el hielo no tardó en fracturarse y en herirla por completo.

El sobrino de sus tíos abuelos y la esposa habían escapado milagrosamente de un pogromo en Przytyk, en Polonia, con un bebé de apenas dos años. El viaje les había pasado factura, pero habían sido las últimas horas antes de partir, los horrores vistos y vividos los que los habían destruido por completo.

Eliette había conseguido medicamentos para una infección vírica que habían contraído en el crucero y había examinado al bebé, al que había dictaminado que estaba desnutrido, por lo que también se encargó de conseguirle leche en polvo en una de las farmacias de la Concesión francesa.

Había hecho todo lo que había podido, pero sabía que las heridas de sus almas rotas no podía tratarlas.

—Nos escondimos en el sótano —dijo Abner—. Y oíamos los llantos y las ráfagas de los disparos. Rezamos sin descanso para que nuestro hijo no nos delatara. Luego, al amanecer, cuando todo cesó, salimos y las calles estaban llenas de cadáveres. Los saltamos para huir. Y sé que esos monstruos luego fueron a Częstochowa y más allá.

Eliette miró a su abuela. Mientras la tía abuela lloraba desconsoladamente, ella permanecía en silencio, mostrando un estoicismo que no sabía cómo interpretar. Desde aquel día antes del viaje en que la había descubierto llorando, no la había visto derramar ni una sola lágrima más.

¿Pensaría en Abraham y en Ephraim en esos momentos? Los habían dado por muertos y habían seguido viviendo sin ellos. Tampoco sabía qué había sido de los padres del que era su prometido. ¿Habían tratado de huir como ellas o habrían intentado resistir en Berlín, en la ciudad de la que eran nativos, pero que les había dado la espalda?

Eliette se sintió terriblemente culpable. Seguía con vida y, a pesar de todo, su existencia en Shanghái avanzaba, e incluso se había entregado a un hombre, uniéndose a él en una promesa a la que concedía un valor prácticamente sagrado.

—Vayamos a la sinagoga —añadió el tío abuelo Isaac—, allí encontraremos consuelo y oraremos por el alma de los nuestros, pidiendo que hallen también su camino a nosotros, a nuestros brazos.

Una vez en el templo, Eliette apenas pudo prestar atención a lo que el rabino decía. Su mirada viajaba una y otra vez a su abuela, buscando un signo de debilidad, pero también recorría el lugar donde había decenas de caras nuevas, demacradas y tristes, de recién llegados a Shanghái.

Fue en uno de los bancos más apartados donde vio un rostro que le resultaba familiar. Era Nadine, la joven rusa con la que había coincidido en The Great World.

Al reconocerse mutuamente se saludaron con un leve gesto de la cabeza, y cuando el servicio terminó, Eliette se aproximó a ella. Lucía un discreto abrigo de paño azul, y el cabello rubio trenzado en una coleta.

—Señorita Stern —la saludó—, qué bien volver a verla.

—Sí, lo mismo digo, Nadine. ¿Le gustaría acompañarme a tomar un té y una tarta? Tengo un poco de hambre.

—¡Oh! —exclamó sorprendida—. Me encantaría.

—Voy a decírselo a mi abuela y regreso con usted en un segundo. Espéreme.

Eliette corrió hasta sus familiares y les dijo que se había encontrado

con una conocida y que se reuniría con ellos en la casa de Hongkew más adelante. No se opusieron y ella se sintió devastada ante lo que vio cuando se marcharon: un desfile de personas delgadas y encogidas a los que la vida les había arrebatado prácticamente todo.

Le costó reponerse y esbozar una sonrisa para acercarse a aquella mujer que la aguardaba visiblemente nerviosa, a unos metros.

—Conozco un lugar cerca de aquí al que me trajo mi amigo Haosen —le comentó Eliette, para romper el hielo—. Espero que sea de su agrado.

—Seguro que lo es.

La confitería y salón de té Astoria se encontraba en el número 33 de Broadway, una zona cercana donde había mansiones, embajadas y consulados, la llamada «Casa Astor», el Garden Bridge y el arroyo Suzhou. Vendían pan, dulces, y las tartas de boda más famosas de la ciudad. La dirigía un hombre griego llamado Kyriaco Dimitriades, pero el personal era ruso y chino, y trabajaban en armonía.

El interior era de madera, con decoraciones de *art déco* en tonos azules y dorados y pequeñas lámparas en cada mesa. La clientela representaba lo que era Shanghái, esa mezcla de vidas y de nacionalidades que convergían en algún momento: ricos embajadores, marineros, judíos que vivían en el mismo barrio que sus tíos o jóvenes de la nueva élite china a la que pertenecía su mejor amigo.

Ambas mujeres tomaron asiento en un rincón apartado y pidieron té, un milhojas y un bollo de avellana que la alemana se encargó de pagar a pesar de la oposición de Nadine.

—Ha aceptado mi invitación, así que me siento feliz de hacerme cargo de la cuenta —explicó Eliette.

—Gracias.

Durante unos instantes, el silencio las envolvió, y Eliette se dijo a sí misma que quizá no había tenido la mejor de las ideas.

—Tal vez no tiene mucho sentido que siga acudiendo a la sinagoga, ¿no cree? —la sorprendió diciendo Nadine.

Al contemplarla, la vio esbozar una sonrisa triste. Con las manos envolvía la taza de té y estaba cabizbaja.

—He pecado tanto que ya no hay salvación para mí.

—¿Sabe, Nadine? Soy alemana. Mi abuela y yo huimos hace unos meses de Berlín. —Ante esta confesión su acompañante la miró—. Otros familiares, entre ellos mi hermano, no tuvieron tanta suerte. Así que si he aprendido algo en los últimos tiempos es que somos las únicas que podemos salvarnos. Sea como sea, y tengamos que hacer lo que tengamos que hacer. Y Dios, que nos ha abandonado, no puede culparnos de nada.

—Mi madre era una mujer devota —explicó entonces ella—.

También escapamos tras la revolución rusa de los bolcheviques, en 1917. Cruzamos Siberia hasta llegar a China; y aunque yo no era más que una niña, lo recuerdo perfectamente. Todo lo que hicimos. Aquí en Shanghái nos convertimos en refugiados apátridas; y aunque hemos sobrevivido, no ha sido en las mejores condiciones. Mis padres murieron hace unos años y mi hermano Nicolai se unió a la Compañía Blanca Rusa del Cuerpo de Voluntarios, pero con su sueldo no era suficiente para sobrevivir. Así que me convertí en una *taxi dancer* para los que más pagaban, la Banda Verde del señor Du.

—¿El señor Du?

Nadine se inclinó hacia ella para continuar su relato en voz baja.

—Es el hombre más poderoso de Shanghái. Ha levantado un imperio gracias al tráfico de opio, pero también a todo tipo de negocios oscuros, como puede imaginar. Además controla a la policía en la Concesión francesa, gracias a su socio, el señor Huang Jinrong.

Eliette abrió mucho los ojos al reconocer ese nombre. Era el caballero chino al que había ayudado en aquel tiroteo en pleno Asentamiento Internacional y que le había ofrecido una recompensa por ello.

Así que aquellos hombres eran los dueños de la lealtad incondicional que mostraba Chufeng, por la que llegaba ensangrentado noche sí y noche también y por los que poseía cicatrices en todo su cuerpo.

—También son cercanos al líder Chiang Kai-shek, y bajo sus órdenes han cazado a opositores al partido, a los comunistas. La Banda Verde hace de todo, señorita Stern.

—¿Por qué me está contando todo esto? —preguntó.

—Porque sé que es cercana a Chufeng.

—¿Trata de advertirme para que me aleje? Me temo que él mismo lo intentó sin demasiado éxito.

—No, al contrario. Solo le digo que es afortunada. A pesar de todo, es un buen hombre. De los pocos que quedan en Shanghái.

—Creo que él no tiene ese concepto de sí mismo.

—Desde que empecé a venderme —confesó Nadine con tristeza—, he conocido a calaña de lo peor. Y él no se me acercó ni una sola vez.

—Chufeng suele decir que occidentales y chinos no deben juntarse porque no sale bien.

—Puede que tenga razón —dijo ella alzando un hombro—. Pero también sé que Xiao Chufeng nunca ha estado con una mujer que no fuera libre. Lei siempre me lo decía.

—¿Lei es el hombre que la acompañaba la otra noche?

—Sí, así es. Lamentablemente, me han comunicado que lo mataron el otro día en el muelle —explicó con pesar.

Eliette abrió la boca, pero no supo qué decir. ¿Sería la noche en que dispararon a Haosen y en la que Chufeng apareció lleno de cortes y que parecía profundamente abatido?

—Era el mejor amigo de Chufeng. Y tampoco era un mal tipo. Quería comprar mi libertad, pero supongo que eso ya no será posible, ¿verdad?

El corazón de Eliette se llenó de congoja y de nuevo de culpa. A pesar de todo, seguía siendo una afortunada.

Se sentía una privilegiada, escapando una y otra vez de la muerte y de las cosas que eran mucho peores que esta.

Capítulo 38

Habían enterrado a Lei como mandaba la tradición de la Banda Verde, y Chufeng y sus hermanos jurados estaban despidiéndolo como él habría querido: rodeados de jazz y de whisky caro en su club preferido.

El inspector apuraba el contenido de uno de sus vasos cuando se armó cierto revuelo a su alrededor. Al darse la vuelta, descubrió que su jefe, Du Yuesheng, había accedido al local acompañado de varios de sus hombres. Todos los presentes, incluido él mismo, se inclinaron haciendo una pronunciada reverencia a medida que atravesaba la sala.

—Hablemos, Chufeng —le dijo mientras este aún seguía cabizbajo.

—Sí, señor.

El jefe se encaminó a la primera fila frente al escenario, donde tomó asiento. En el instante en que Chufeng se colocó a su lado, el telón rojo se abrió y sobre la plataforma vio a Niao Niao frente a un micrófono. Pronto un pianista y un saxo iniciaban una canción que ella acompañó con su preciosa voz.

Chufeng, con las manos sobre su regazo y la mirada gacha por respeto a su jefe, no tenía interés en contemplar a aquella mujer que en el pasado poseyó su corazón. Ahora, después de Eliette, todo le parecía lejano, poco relevante. Una simple aventura que terminó cuando hubo de hacerlo.

—¿Qué ha sucedido con el joven Chen?

Chufeng procedió a contarle lo ocurrido, lo que había averiguado, ya que aunque no estaba en su jurisdicción, había movido cielo y tierra para descubrir lo máximo posible. Así fue como, pagando a unos y a otros, supo que el tirador era japonés y que seguramente su objetivo era uno de los conocidos militares pertenecientes a la División 88, la más mortífera y preparada que existía.

De hecho, también había averiguado que este mismo, Tan Bei, había encargado una investigación concienzuda en la que habían detenido a varios ciudadanos japoneses a los que mantenían cautivos en un almacén en Chapei.

—Alguien tiene que pagar por herir a uno de los nuestros, aunque

fuera por error. Porque nunca hay que descartar que deseen eliminar al joven Chen, ya que las otras hilanderías que nos pueden hacer competencia son japonesas.

—Entiendo lo que quiere decir, señor.

—Pues llévate a varios de tus hombres de la comisaría y que sea esta noche.

Le hizo una reverencia, unió las manos en una señal de máximo respeto y abandonó el club a toda prisa.

Sabía que tenía que obtener toda la información posible cuanto antes y para ello tenía que recurrir a métodos nada convencionales. Por eso contaría con Zhang y Ping, a los que a esas horas encontraría en la comisaría y que también pertenecían a la Banda Verde.

Eran, además, hombres a los que les gustaba ensuciarse las manos, y él tenía pensado dejar que lo hicieran.

Sabía que, aunque se ocuparan de esos japoneses, no habría consecuencias, puesto que su jefe estaba aliado con el mismísimo *Generalissimo*[20] y con el Kuomintang, por lo que sus órdenes y su poder estaban por encima de uno de los generales de la 88.

En su investigación había descubierto que el recién llegado, cuya fama de soldado inteligente y cruel lo precedía, ya que incluso había batallado contra los japoneses en 1932, era primo de la prometida de Haosen, la señorita Ling. Y había resultado ser, además, el tipo que Haosen salvó aquella noche.

¿Por eso estaban juntos cuando aconteció el tiroteo? A pesar de que lo había intentado, Haosen se había negado a hablar con él. Seguía enfadado por lo que le había ocultado y Chufeng también había decidido respetar su recuperación en uno de los mejores hospitales del Asentamiento Internacional.

Auspiciados por la noche, Chufeng y sus acompañantes tomaron un coche y recorrieron la ciudad, atravesando sin dificultad las concesiones hasta llegar a Chapei, una de las zonas que pertenecían a los chinos. Conocía con exactitud el lugar donde estaba el almacén y no les costó acceder.

Los soldados que hacían guardia eran jóvenes e inexpertos y no tardaron en rendirse ante la violencia que emplearon sus hombres, armados con sus hachas.

Chufeng recorrió el lugar, oscuro y mal ventilado. Había cajas de mercancías que supuso que contenían armas o víveres para el ejército, y sacos de arena.

En una pequeña celda tenían a dos hombres japoneses y también a una mujer. ¿Eran los compinches del tirador o solo sus familiares? Quizá eran inocentes y no tenían ni idea de nada, pero en Shanghái, eso poco importaba. Los veredictos se impartían de manera implacable y hacía tiempo que sabía que no existía la justicia.

Cuando se agachó para examinarlos con la linterna, descubrió que ya los habían torturado antes de que él llegara.

«Ya entiendo por qué el general tiene esa fama tan despiadada», pensó al recordar lo que había visto en su piel aquella noche en la mansión Chen. Era, tal y como había imaginado, un hombre acostumbrado a sufrir y a impartir violencia.

—¿Conocíais al tirador? —les dijo Chufeng en japonés—. ¿A quién pretendía matar?

Uno de los hombres, el que parecía menos malherido, musitó entre lágrimas que no sabía nada, que se lo había dicho decenas de veces al otro chino, al militar.

Chufeng verificó, con solo un vistazo, que no mentía. Y también supo que por la infección que supuraban sus heridas, y cuyo hedor llenaba el aire a su alrededor, que no viviría más de dos días.

Ninguno de aquellos presos lo haría.

—Jefe —le dijo Ping—, aquí hay otra celda. ¿Este quién coño es?

Chufeng se puso en pie y se encaminó al lugar donde su subordinado señalaba. Al otro lado del almacén, en una celda más pequeña, yacía un hombre al que mantenían atado a una silla.

Al enfocarlo con la linterna, se dio cuenta de que no era japonés. Era europeo, pero ¿de dónde?

Los golpes habían deformado su rostro, cubierto de moratones en diversas tonalidades.

—¡Eh! —dijo Ping golpeando los barrotes de la celda—.¡Eh!

Aquel hombre tardó en abrir los ojos. Miró a un lado y a otro, desconcertado, hasta que comprendió que seguía en el mismo lugar y su expresión se volvió vulnerable y aterrorizada.

Y Chufeng reconoció algo en ella. No supo qué fue, quizá su instinto, ese «algo más» que siempre detectaba en la gente y que tanto le había servido para sobrevivir y prosperar en una ciudad como aquella.

Enfocó la luz de la linterna hacia aquel rostro y reconoció unos rasgos similares: pecas, boca carnosa, pelo castaño y ojos en un tono que no sabía si era verde o gris.

Exactamente iguales a los de Eliette.

—Dime tu nombre y tu apellido —le dijo en inglés, esperando que lo entendiera pero, a la vez, temiéndolo.

Aquel hombre titubeó. Chufeng se acercó al límite de la celda, tenía el corazón a punto de escapársele del pecho.

—Te he dicho que me digas tu puto nombre y tu apellido.

—Me llamo… —musitó aquel hombre al cabo de unos instantes— Abraham Stern.

Chufeng soltó una maldición, pidió a sus hombres que no se

movieran de allí y abandonó el lugar a la carrera.

Una lluvia fría y repentina comenzó a caer sobre él, pero no le importó. En su cabeza no dejaban de repetirse las palabras de Eliette sobre el hermano que había dejado atrás cuando abandonaron Berlín. ¿Qué probabilidad había de que fuera él? Quizá ninguna, tal vez se había equivocado y había más Stern en Alemania, igual que allí en Shanghái había miles de Chang.

Pero ¿y si existía la remota posibilidad de que lo fuera...?

Con esa idea corrió hasta el lugar donde pensó que encontraría o a Eliette o al militar de la 88, el hospital donde seguía ingresado Haosen.

Atravesó las puertas y los pasillos como un buey desbocado, provocando que las enfermeras y algunos médicos lo miraran desconcertados.

Cuando llegó a la habitación, apenas tenía aliento, y resbaló un par de veces por el agua que chorreaba su cazadora de cuero.

Se acercó a la camilla donde debía estar su amigo y pronto descubrió que no estaba solo. A su lado, Eliette estaba inclinada sobre él, limpiándole el rostro con un paño mientras que de pie, a unos metros, el militar contemplaba la escena. No lucía su uniforme, pero sí una camisa blanca impoluta, pantalones marrones y unas botas.

—¡Chufeng! —exclamó Eliette al verlo. Ella lo recorrió con la mirada, percatándose de la ropa y el cabello empapados.

—¿Qué pasa? —preguntó Haosen, que tenía ligeramente mejor aspecto que la última vez que lo había visto. De hecho, estaba un poco incorporado en la camilla, la espalda apoyada en varias almohadas y su piel había recuperado su tono natural.

—¿Quién es el hombre que tienes en el almacén? ¿El occidental? —dijo en chino dirigiéndose al general, que alzó una ceja con petulancia.

—¿Has osado entrar en uno de mis almacenes? —preguntó al tiempo que deshacía los metros que los separaban y se plantaba delante de él.

—Dime quién es y por qué lo retienes ahí —respondió Chufeng sin amilanarse.

La tensión entre ellos llenó la sala, como si fuera un monstruo invisible a punto de lanzar dentelladas en cualquier dirección. Chufeng conocía bien esa sensación. Era la que solía preceder a cualquier baño de sangre.

—¿Qué pasa aquí? —los interrumpió Haosen alzando la voz—. Señor Tan, ¿de qué está hablando el inspector de la brigada china de la Concesión francesa?

El militar le apartó la mirada y la centró en su amigo. Y a pesar de

la sonrisa arrogante que aún esbozaba, del desafío que exudaba su cuerpo, casi le pareció ver que su expresión se ablandaba un poco al contemplar a Haosen.

—Una de mis patrullas detuvo a unos jóvenes comunistas recién llegados de Vladivostok en una reunión clandestina. Y como seguro que estará enterado, el Kuomintang no está en muy buenos términos con ellos.

No, claro que no. Ni la Banda Verde tampoco lo estaba. De hecho, los cazaban y ejecutaban públicamente como escarmiento, impedían que sus panfletos incendiarios llegaran a más gente y que sus ideas revolucionaras cuajaran en las fábricas. Por lo que Chufeng sabía, su líder, Mao Zedong, estaba en el sur, haciendo que su partido ganase adeptos mientras el norte del país se desmembraba en las interminables luchas entre los señores de la guerra, uno de los cuales fue el padre de Tan Bei, hasta que lo mataron los japoneses en Manchuria.

—Chufeng —le dijo entonces su amigo, mirándolo—, ¿qué pasa entonces? ¿Qué tiene que ver ese comunista con nosotros?

Sus ojos volaron a Eliette, que los observaba, curiosa y sin entender, puesto que no habían abandonado su idioma natal en ningún momento.

Haosen contempló a la alemana unos instantes, luego desvió la mirada hacia él, sorprendido.

—¿Estás seguro? Chufeng, por favor, ¿estás seguro?

En ese momento, él respiró hondo y la miró.

—Eliette —le dijo en francés, el idioma que habían compartido todo aquel tiempo—, ¿cómo se llama tu hermano?

Vio en sus ojos el dolor, la culpa, el desconcierto. Todo un abanico de emociones que Chufeng reconoció, porque se había perdido tantas veces en aquella mirada que sabía leerla y comprenderla a la perfección.

—Mi hermano… —ella empezó a temblar— se llama Abraham Stern. Pero, pero… ¿por qué? ¿Qué ha pasado?

Capítulo 39

A veces sucedían milagros. Su abuela solía decirlo durante su niñez. Pero luego sus padres murieron, más tarde también lo hizo su abuelo. Y en los últimos años, con el ascenso de Hitler, la persecución a los suyos y la desesperada huida a Shanghái, se habían prohibido a sí mismas decir esa palabra. Porque era una mentira y significaba que su Dios las había abandonado.

Pero tras escuchar lo que Chufeng acababa de contarle, esa palabra, tan prohibida, sepultada, emergió con fuerza en su mente.

Su amigo Haosen, a pesar de la herida tan reciente, insistió en acompañarlos, así que Eliette, con manos temblorosas, lo ayudó a vestirse con algo de ropa que el general había llevado para él, y los cuatro abandonaron el hospital y montaron en un lujoso coche azul con el que atravesaron aquella parte del Asentamiento Internacional para llegar a Chapei, a esa zona de la ciudad que también pertenecía a los chinos y que no estaba lejos de Hongkew, donde sus familiares se hospedaban.

El coche se detuvo frente a un almacén de varias plantas que apenas estaba iluminado.

Chufeng y el militar intercambiaron unas palabras en chino que no sonaron amistosas, y cuando miró a Haosen, su amigo parecía preocupado, así que se puso alerta, porque quizá el milagro que deseaba encontrar no fuera lo que ella esperaba.

—Vamos, Eliette —le dijo Chufeng una vez que descendió del vehículo al tiempo que le tendía la mano—. Tranquila.

En el breve trayecto hasta el interior, la lluvia cayó con intensidad sobre ella, pero estaba tan nerviosa que no le importó. Una vez dentro, analizó la zona con ansiedad. Apenas unas bombillas encendidas colgaban del techo, pero estaban tan alejadas las unas de las otras que casi todo el lugar permanecía en sombras. Olía a rancio, a sangre y también a infección.

No tardó en descubrir que había celdas en las que varias personas sollozaban.

Chufeng avanzó tirando de ella, mientras iluminaba con una linterna para que evitaran los sacos y los trastos que había

desperdigados por el suelo.

Cuando se detuvo, se dio la vuelta y la cubrió con su cuerpo, ocultándole lo que había al final de aquel almacén.

—Eliette…

Pero ella no lo dejó decir nada más, ya que le arrebató la linterna, le dio un empujón y avanzó. El aparato casi se le escurrió de los dedos por los nervios, así que la agarró con las dos manos. Al alzarla, enfocó el lugar: otra celda.

Con el aliento contenido y el dolor apretando su pecho, deslizó el foco de luz hacia abajo, hacia el centro, donde esperaba encontrar a una persona.

Y lo halló. Atado a una silla y con la cabeza vencida hacia delante, su hermano Abraham.

A pesar de la oscuridad, reconoció sus cabellos, la forma de sus hombros, aunque había perdido peso, y los contornos de su figura.

—*Aj*[21]*, aj, aj* —lo llamó desesperada, con la voz rota—. Soy Eliette. ¡Abraham, soy Eliette, mírame!

Durante unos segundos en los que ella sintió que el corazón se le detenía, lo creyó muerto, pero entonces su hermano alzó levemente la cabeza y clavó sus ojos, hinchados y vidriosos, en ella.

—¿Eliette?

—Sí, soy yo. Soy yo —respondió ella rompiendo a llorar. Se acercó a los barrotes e introdujo un brazo entre ellos, tratando de alcanzarlo, pero sus dedos quedaron a escasos centímetros de él, de su rostro.

Al ver que no lo lograba, giró la cabeza en busca de sus acompañantes. No tardó en hallarlos. Estaban detrás de ella, a una distancia prudencial. Chufeng tenía una expresión seria, con la mandíbula apretada, al igual que las manos, pegadas al torso y convertidas en puños. El hombre del ejército la miraba de manera inescrutable y luego estaba Haosen, cuyos ojos decían que aquel milagro no iba a ser posible.

—Por favor —suplicó ella—. ¿Qué puedo hacer para sacarlo de aquí? ¿Alguien puede ayudarme?

En ese momento, Chufeng se movió. Se colocó frente al militar y, de repente, se dejó caer de rodillas frente a él, ante el asombro de Haosen.

Eliette, que no entendía nada, se percató de que Chufeng tenía una mano convertida en puño y la cubría con la otra, en una especie de gesto reverencial, mientras cabizbajo, hablaba en chino.

Haosen se apresuró a levantarlo, a pesar de que sus movimientos le provocaban dolor en su herida.

—Yo me encargaré —le escuchó decir a su amigo, que habló en inglés, mirándola. Luego en chino, se dirigió al joven militar, que lo

contemplaba todo con cierta indiferencia.

¿Qué estaba sucediendo? Eliette no entendía nada, pero supuso que estaban intercediendo por ella y por su hermano.

Quizá después de todo, sí que podía producirse un milagro.

Capítulo 40

Tan Bei le había pedido a Haosen que abandonaran el lugar para hablar tranquilamente después de su desesperada petición, así que ambos se hallaban en el interior del coche del militar frente al almacén, donde habían dejado a una angustiada Eliette, a un Chufeng que lo había sorprendido al arrodillarse y a varios hombres de un bando y de otro a punto de matarse en cualquier momento.

—¿Por qué quiere que lo libere, señor Chen? —le preguntó el hombre de la División 88.

—Porque es el hermano de mi mejor amiga.

Tan Bei chasqueó la lengua y le apartó la mirada.

—Eso no lo exime de lo que es. Y ya sabe cómo se trata a los que son como él.

—¿Y si yo testificara en su favor? —Se le ocurrió—. ¿Y si yo dijera que no forma parte del Partido Comunista?

Tan Bei lo contempló, sorprendido.

—¿Mentiría por él? Lo hemos pillado en una reunión clandestina en la que se hallaba gente cercana a Mao.

—¿Y dónde está esa gente?

—Lamentablemente, se escaparon. Conocían mejor la zona y lo dejaron atrás. Por eso mis hombres lo alcanzaron —explicó.

—¿Y no sería posible que él también escapara? ¿O que lo dieran por muerto esta noche? Soy médico. Puedo elaborar un informe que nadie cuestionará.

Tan Bei cruzó los brazos sobre el pecho y lo contempló durante unos instantes.

—¿Es usted afín a ellos? Porque si es así, su cabeza acabará colgada en alguna jaula cerca de la mansión de su padre.

—Le estoy diciendo que no lo soy —se defendió Haosen—. No me interesa ni esa ideología ni ninguna otra, solo las personas. Y ese joven es el hermano de mi amiga. Han escapado de Berlín de una cacería contra los suyos y me gustaría ayudarlos.

Un silencio pesado los envolvió. Haosen lo contempló, demorándose frenéticamente en analizar su rostro, en descubrir cualquier detalle revelador que pudiera darle una pista real de cómo era ese hombre. Lo poco que había conocido de él hasta aquel momento lo envolvía en dudas: podía ser amable, también apasionado y risueño, pero era consciente de que debajo de esa belleza, escondía crueldad. La percibía en pequeños gestos: en cómo alzaba el mentón, poderoso e intocable; o en cómo no apartaba la mirada ante la violencia que se producía a su alrededor, como si esta fuera una extensión más de él, acostumbrado a ejercerla, a conocerla e incluso a amarla.

¿Qué podía esperar de él? Probablemente nada.

—Las únicas personas que me importan en esta ciudad están ahí dentro —siguió diciendo Haosen—. La chica con la que compartí un mes en un crucero y que me recuerda lo que dejé atrás y mi amigo de la infancia, que sigue siendo el mismo a pesar de lo distintas que son nuestras vidas, así que estoy dispuesto a hacer lo que sea por ellos. Y si eso implica que mi cabeza acabe en una jaula, que así sea. Tampoco es que tenga mucho por lo que luchar en realidad.

Las palabras habían salido solas, una tras otra, y se habían vuelto un pesado yugo alrededor de su cuello, asfixiándolo de nuevo. Abrió la boca, tratando de que el aire penetrara en ella, porque volvía a sentir la presión en su pecho.

—¿Por eso le pidió a su amiga que no lo salvara? —le preguntó entonces aquel hombre cuya mirada había cambiado en cuestión de segundos.

La indiferencia, la crueldad, había desaparecido dando paso a lo que parecía cierta flaqueza.

—¿Y qué? ¿Acaso no tengo el derecho a pedirlo? Es lo único que puedo controlar desde que regresé. Es lo único que me pertenece: mi derecho a vivir o a morir.

Aquel hombre le apartó la mirada, y Haosen se fijó en la tensión de su mandíbula.

—¿Lo que me está diciendo es que salve al hermano de su amiga aunque eso le cueste a usted la vida? —Soltó una carcajada amarga—. Es como si estuviera buscando otra forma de morir.

—¿Puede ayudarme o no? —preguntó Haosen impaciente. No le gustaban los derroteros que estaba tomando aquella conversación, porque se sentía vulnerable. Estaba herido, cansado, y la morfina había dejado de hacer efecto hacía horas; y luego estaba aquel hombre al que deseaba, aunque sabía que no debía hacerlo.

—¿Y si decido ayudarlo con dos condiciones?

Haosen sintió que su corazón aleteaba y no supo si fue por ilusión o por miedo.

—Estoy dispuesto a escucharlas —dijo.

Cuando el general lo miró, Haosen supo que nunca llegaría a comprenderlo del todo. Era peligroso, estaba lleno de aristas y de secretos, y, probablemente, tenía demasiada sangre en sus manos.

Pero también lo deseaba. Cuando Tan Bei se inclinó hacia él, el corazón casi le estalló dentro del pecho.

—Si ayudo al comunista, tendrá que acatar mi voluntad, señor Chen. Y eso implica que abandonará su mansión en la vieja ciudad china —susurró cerca de su oído— y me permitirá que lo ponga a salvo en otro lugar.

—¿Por qué quiere que esté a salvo? ¿No puede permitirse que muera antes de que me case con su prima? —preguntó con voz temblorosa.

—¿Cree que eso es lo que deseo? —musitó acercándose un poco más, de forma que su aliento rozó tímidamente el cuello de Haosen, que cerró los ojos, tratando de controlarse—. Usted ha dicho que las dos únicas personas que le importan en Shanghái están ahí dentro. ¿Acaso no ha pensado que lo único que me importa a mí en esta condenada ciudad es usted? Se lo expliqué el otro día y aún no me ha respondido… Y puedo esperar a que lo haga, pero mientras lo mantendré cerca y a salvo. —Cuando se apartó y lo miró a los ojos, Haosen tragó saliva. No pudo evitar que su vista se deslizara a los labios de aquel hombre, al que se moría por besar—. Entonces, dígame, ¿tenemos un trato?

Y la respuesta llegó rauda y trémula.

—Sí.

Capítulo 41

Aquel milagro tenía un precio, pero Eliette lo desconocía. Desde que sacaron a Abraham de aquella celda y lo llevaron al *shikumen* donde su abuela, al verlo, casi se desmayó, hasta cuando lo tumbaron en una de las camas y procedieron a desnudarlo para evaluar el alcance de las heridas, lo ignoraba. Ni siquiera entonces, mientras descubría que el antaño cuerpo fuerte de su hermano se había transformado en un saco de huesos lleno de moratones y fracturas mal curadas, supo qué precio habría que pagar por su libertad.

Quizá lo habían liberado momentáneamente a espera de un juicio. No entendía qué había sucedido en el almacén, qué juegos de poder habían intervenido, quién había sacrificado más.

Mientras sumergían a su hermano, que recobraba y perdía la consciencia, en una bañera con agua caliente, no dejaba de preguntarse qué significaba que Chufeng se hubiera arrodillado frente al militar. Tampoco podía olvidar la mirada de Haosen, puesto que había reconocido en ella la compasión hacia aquel que ya está muerto.

¿Era eso lo que iba a sucederle a su hermano? ¿Después de haberlo encontrado tenía que volver a perderlo?

Su abuela le preguntaba qué había sucedido, cómo lo había hallado, pero Eliette, afanándose en comprobar la gravedad de las heridas del cuerpo de su hermano, apenas podía hablar. Tampoco tenía fuerzas para explicar lo sucedido, porque ni ella misma sabía si aquel milagro se les desvanecería entre los dedos en cuestión de horas o días.

Un militar apareció por el *shikumen* con una caja de suministros médicos, que Eliette agarró con premura. Había gasas, desinfectante, yodo, agujas e hilo y también sulfamida. Todo lo que podía encontrar en cualquier consulta médica estaba allí, a su disposición, para salvar a su hermano.

Una vez que lo sacaron de la bañera y, con esmero, secaron su cuerpo, ella lo evaluó. No había heridas abiertas a excepción de los cortes de su rostro: tenía una ceja y la nariz rotas, y probablemente

había perdido algún diente. Palpó con cuidado su torso tratando de encontrar algún hueso roto, pero los golpes, aunque fuertes, no parecían haber astillado ni partido nada. Las heridas antiguas que descubrió se las habían hecho hacía meses y habían dejado marcas blancas y rugosas en su espalda, en su cuello y en su tórax. También tenía tatuada burdamente una «J» en su pecho. Lo habían marcado como si fuera un animal.

Cuando Eliette, horrorizada, miró a su abuela, la descubrió llorando.

Por primera vez desde aquella noche en Berlín, su abuela se derrumbaba.

—Voy a... —empezó a decir Eliette tragando saliva— curarlo y a ver qué nos cuenta cuando despierte. Le han dado una buena paliza y parece que ya estaba en malas condiciones antes de eso, así que...

Su abuela asintió y se escabulló a su dormitorio. A Eliette no le pasó desapercibido que cada vez le costaba más caminar, que hacía muecas de dolor a cada paso. Cuando regresó, llevaba entre las manos el colgante con la menorá de oro que pertenecía a Eliette.

—¿No lo empeñaste?

—No —confesó Editha—. Lo tenía escondido en el pecho todo este tiempo. Iba a venderlo si necesitábamos algo de dinero, pero como te has encargado de todo durante estos meses no ha hecho falta. —Se inclinó y, con cuidado, se lo colocó alrededor del cuello a su hermano.

Eliette cerró los ojos, mientras trataba de no echarse a llorar. Aquel pequeño candelabro de oro brillaba sobre el pecho hundido y huesudo de su hermano y le recordó a la noche en la que discutieron. Después de aquello habían pasado demasiadas cosas, tantas que parecían pertenecer a otra vida, a otra Eliette. Supuso que aquel hombre que yacía frente a ellas tampoco era ya el mismo Abraham de aquella última cena.

Pero eso era algo que descubriría en cuanto él recuperara la consciencia.

Lo que le urgía saber, sin embargo, era quién había de pagar el precio por haberlo recuperado, así que en cuanto comprobó que su hermano estaba bien, le administró la medicina para las posibles infecciones y su abuela dijo que se quedaba vigilándolo, se colocó el abrigo, dispuesta a encontrar la respuesta.

—Volveré enseguida.

—¿Dónde vas, Eliette? —le preguntó su abuela, nerviosa—. Ahora que lo hemos recuperado, no puedo perderte a ti.

—Tranquila —le respondió, pero su voz tembló—. Donde voy no me sucederá nada malo. Te lo prometo.

Sin dudar ni distraerse, abandonó su casa hasta la de Chufeng. Una vez frente a la puerta, deseó que él estuviera en su interior, porque

había demasiadas preguntas de las que necesitaba obtener una respuesta.

Dejó caer los nudillos sobre la madera dos veces y no tardó en escuchar sonidos de pasos al otro lado. Cuando la puerta se abrió y lo vio, soltó el aire que estaba conteniendo casi al mismo tiempo en que él la estrechaba entre sus brazos.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaban a solas en el salón. Chufeng la soltó con cuidado y la ayudó a tomar asiento en el diván, ya que no había sido consciente de lo nerviosa que había estado hasta ese momento, en el que el cuerpo la había traicionado y le temblaba.

Luego él se sentó frente a ella y aguardó.

—¿De qué acusan a mi hermano?

Chufeng bajó los ojos unos segundos, pero ella sabía que no era un hombre que mentía, así que estaba preparando las palabras más directas y sin ambages que conocía.

—De comunista. —La miró—. Lo han pillado junto a otros en una reunión clandestina. Y no sé si sabes que, aquí, los suyos están perseguidos.

—¿Por quién?

—Por todos, básicamente. Los persigue el Partido Nacionalista Chino, conocido como Kuomintang, que gobierna Chiang Kai-shek, pero también los caza... la Banda Verde.

—A la que perteneces —señaló ella.

—Sí, así es.

—¿Y por qué te has arrodillado frente a ese hombre del ejército?

—Para pedirle que liberara a tu hermano.

—Entonces ¿ha sido gracias a ti?

—No —reconoció él—. Ha sido Haosen. No sé qué ha entregado, quizá es porque ese hombre es primo de su prometida, pero ha liberado a tu hermano gracias a Haosen.

—¿Y ahora qué?

Chufeng metió las manos en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo unos papeles que le entregó. Eliette, confusa, los observó, pero no entendía nada.

—¿Qué son?

—Una nueva identidad para tu hermano. He recurrido a mi jefe para conseguirla. Ya sabes que no es difícil en los ambientes en los que me muevo. Pero escúchame, Eliette —dijo al tiempo que acunaba su rostro entre sus manos—, tu hermano tiene que abandonar esas creencias y a esa gente u os arrastrará a vosotras también. Por eso, además, por precaución, tiene que cambiar su nombre.

—¿Qué?

—Abraham Stern ha muerto en ese almacén. Esta noche. Haosen ha

certificado su fallecimiento. —Le mostró un papel y lo señaló—. Así que tienes que elegir un nuevo nombre para él. Cuando se reponga, le tomaremos una foto y vivirá como otro hombre. Pero tiene que comprometerse a vivir como tal, ¿lo entiendes?

¿Qué pensaría su hermano de aquello? ¿Estaría dispuesto a renunciar a todo en lo que creía para sobrevivir, para que ellas lo hicieran?

Tenía que hacerlo. Era el ejemplo viviente de un milagro y se lo debía a Dios, que lo había salvado y lo había llevado de nuevo ante ellas.

Entonces se le ocurrió.

—¿Puedo ser yo quien elija su nombre?

—Claro.

—Entonces a partir de ahora se llamará Noah, que significa «de larga vida», «el que sobrevivió al diluvio». Y de apellido, Abramov, que es hijo de Abraham, así que aunque le arrebatemos su nombre, aún podrá recordarlo.

—Escríbelo ahí —le pidió él al tiempo que le daba una pluma.

Eliette depositó los papeles en la mesa baja que quedaba frente a ella y los rellenó. Nunca olvidaría aquella noche en la que su hermano había muerto y resucitado.

Capítulo 42

Después de unos días más en el hospital, el general se encargó de enviar un coche con chófer que recogió a Haosen. Durante unos minutos, se limitó a mirar por la ventanilla, desconocedor del paradero al que lo llevaban. Descubrió que en ningún momento abandonaron el Asentamiento Internacional. Fue en el corazón de esta zona donde el vehículo se detuvo, frente a un edificio de corte modernista y reciente creación. El chófer, que se había bajado y estaba abriéndole la puerta al doctor, le pidió que lo siguiera. Haosen no tuvo más remedio que obedecer.

Había accedido a la petición de Tan Bei de abandonar la mansión de su padre; y mientras atravesaba los pasillos ricamente ornamentados y cubiertos de una impoluta mopa roja, lo agradeció.

Vivir en otro lugar no eliminaba su identidad, pero al menos le permitiría olvidarla durante unas horas. Era un engaño, pero se conformaba con ello. Ya no deambularía por un sitio lleno de malos recuerdos, ya no se detendría a mirar el ginkgo del jardín y rememorar la muerte de su madre; ya no sentiría la presencia invisible de su padre detrás de él, como un maldito fantasma aferrado a sus tobillos.

Cuando el chófer abrió la puerta, descubrió que se trataba de un lujoso apartamento frente al río conocido como Soochow Creek. Era un lugar espacioso, apenas amueblado, con grandes ventanales en las seis estancias que poseía.

¿Qué clase de lugar era aquel? ¿Una de las tantas posesiones de Tan Bei a lo largo y ancho de la ciudad?

El chófer le dijo que pronto traerían sus pertenencias, que su jefe se había encargado de enviar a alguien a su casa, y que lo dejaba solo.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, deambuló por aquellas habitaciones. Había una cocina, un salón grande en el que había un piano Steinway, una biblioteca en la que le sorprendió la cantidad de obras europeas que copaban las estanterías, un baño con una enorme bañera en el centro, y dos dormitorios.

Eligió el más pequeño, que poseía un balcón desde el que podía ver

la otra orilla del río, el barrio de Chapei e incluso una parte de Hongkew. Una ligera brisa llegó hasta él trayendo los aromas de la ciudad y voces en diversos idiomas, la mayoría en inglés.

Una parte de él deseó regresar a Londres, a aquella vida que no había sido más que un sueño. Ahora lo sabía. Que los últimos seis años de su existencia solo habían sido una huida momentánea.

Como aquel apartamento en el que se encontraba.

Estaba tan sumido en sus pensamientos que no fue consciente de que alguien abría la puerta hasta que no escuchó la voz de Tan Bei demasiado cerca de él.

—Veo que ya se ha instalado.

El corazón se le aceleró dentro del pecho y tuvo que respirar hondo antes de girarse para enfrentarlo. Cuando lo hizo, lo descubrió dentro del dormitorio, con el uniforme militar al completo, incluida la pistolera a un lado de la cadera, anclada a un cinturón de cuero, y la capa, verde y de fieltro, que ondeaba un poco por la brisa que también movía las cortinas. Entre las manos llevaba la gorra; y si lo conociera un poco mejor, podría haber dicho que estaba nervioso.

—No me ha quedado más remedio, ¿verdad? —le respondió ligeramente desafiante.

En ese momento, Tan Bei se sentó en el borde de la cama, depositando la gorra a su lado.

Haosen contuvo el aliento ante la imagen que vio. Aquel hombre, al que tanto deseaba pese a que sabía que no debía hacerlo, de repente, y a pesar del uniforme, ejemplificaba demasiadas cosas prohibidas y atrayentes. Casi podía imaginarse a sí mismo avanzando hasta él y desnudándolo.

Por suerte, su cordura atajó ese tipo de pensamientos y aferró las manos a la barandilla, con tanta fuerza que le dolieron las palmas. El sufrimiento como recordatorio de que tenía que controlarse.

—¿Y no lo prefiere así? —le preguntó entonces el general—. Un lugar donde vivir lejos de lo que se espera de usted. Lejos de los fantasmas de su pasado, de la sombra de su padre.

—La sombra de mi padre está unida a la mía —le replicó—. Vaya donde vaya, no puedo esquivarla.

—¿Y si le asegurara que aquí, en este lugar —dijo haciendo un gesto con el que abarcaba la estancia—, puede ser libre? Tan solo lo que usted desee ser.

El corazón de Haosen volvió a latir desenfrenado. Sentía que la brisa que lo envolvía y que sacudía las cortinas en dirección a Tan Bei lo empujaba también hacia él. Pero no podía ser, de modo que cerró con más fuerza las manos alrededor de la barandilla de metal. Sintió que la herida de su pecho se resentía un poco por la tensión de su

brazo y apretó los dientes.

—¿Lo que desee ser?

—Sí —respondió el militar, que apoyó las manos en el lecho y se echó hacia atrás levemente, de manera que Haosen se fijó en lo atractiva e incitante que resultaba aquella postura con las piernas abiertas. Cerró los ojos y tragó saliva, temeroso de quedar expuesto ante él—. ¿Y si le dijera que aquí simplemente puede ser Haosen?

—¿Haosen? Me temo que esa persona no existe en Shanghái.

—Eso dice usted —respondió esbozando una sonrisa ladina—. Pero yo conocí a ese hombre en el sótano de la ópera.

El doctor dejó de respirar ante el aluvión de recuerdos que plagaron su mente. Los había mantenido bajo control, pero ahora se habían desbordado, alterando cada centímetro de su cuerpo.

—¿Se olvida de que estoy prometido con su prima, señor Tan?

—Algo que usted no desea y que estoy seguro de que hallará la forma de romper.

—Lo he intentado, pero mi amiga y usted se empeñan en salvarme una y otra vez.

—Porque lo ha intentado como un cobarde.

—Quizá es lo que soy —replicó alzando la cara.

Tenía el corazón desbaratado, al igual que sus nervios. Durante unos segundos, permanecieron en silencio, evaluándose. Haosen, en la terraza; él, dentro del dormitorio, como si estuvieran en mundos diferentes, pero podía contar los azulejos que los separaban. Estaban cerca, cerquísima, y Haosen deseó con todas sus fuerzas ser capaz de hacer que esos dos metros que los distanciaban desaparecieran.

Pero era otro sueño. Uno más, tan imposible y peligroso como los que había tenido toda su vida.

—Haosen, venga aquí.

Le costó unos segundos entender aquellas palabras. Se quedó paralizado, justo donde estaba, boquiabierto.

—Haosen —volvió a decir su nombre y sintió que se estremecía—, le he pedido que venga aquí. Entre al dormitorio.

No debía hacerlo, pero el tono que empleó Tan Bei, que era más una súplica que una orden, lo atrajo como si cada palabra fuera un hechizo; y antes de que fuera consciente, había soltado sus manos y había atravesado el umbral, accediendo a la habitación.

Se quedó de pie frente a él, que se alzó. Eran prácticamente de la misma altura; y en aquella ínfima distancia, Haosen se fijó de nuevo en los ojos largos y brillantes de aquel militar, en la piel tostada, en algunas cicatrices que surcaban la piel de su rostro y en el cabello negro tan corto.

La cercanía entre sus cuerpos también le permitió apreciar las notas

de su perfume, el mismo que había descubierto en la ópera.

De igual modo que él lo contemplaba, el líder de la 88 hacía lo mismo, recorriendo su rostro con la mirada, hasta detenerse en su boca entreabierta, por la que dejó escapar un suspiro. Acto seguido, Haosen notó la mano de aquel hombre en su nuca, atrayéndolo hacia él hasta que sus labios quedaron separados por apenas unos centímetros.

—Aún no he respondido a su petición —fue capaz de decir Haosen, porque quería marcar unos límites, aunque en el fondo de su corazón, estaba mintiendo. De nuevo, como lo que era: un cobarde.

—Su herida aún no ha sanado por completo —le respondió el hombre ladeando un poco el rostro—. Y no tengo intención de tocarlo hasta que lo haga del todo.

—¿Tan seguro está de que accederé...?—La voz le salió a trompicones y el cuerpo le ardía de deseo. Sentía la mano de aquel hombre en su nuca; luego, en su cuello; el pulgar, acariciando sutilmente su mandíbula, hasta detenerse cerca de su boca.

Tan Bei sonrió.

—Usted me lo acabará rogando... —le respondió en un murmullo demasiado tentador—, Haosen.

En lo que duró un parpadeo, lo soltó, el doctor dejó de sentir aquel contacto y lo observó alejarse de él, abandonar el dormitorio y, seguidamente, el apartamento.

Cuando escuchó que la puerta se cerraba, Haosen volvió a respirar.

Y aunque quiso engañarse, supo que, tarde o temprano, acabaría por suplicarle al general demasiadas cosas.

Capítulo 43

Tal y como sospechaban, cuando Abraham se recuperó, no era el mismo. Tras unas semanas de tratamiento y descanso, recobró la conciencia, así que Eliette y su abuela le preguntaron qué había sucedido aquella noche en Berlín.

Las respuestas que obtuvieron, no obstante, fueron confusas, ya que el joven se bloqueaba a menudo durante su relato, sobre todo cuando preguntaban por Ephraim.

Eliette había estudiado esos síntomas en la universidad. Su hermano sufría algún tipo de trastorno mental como consecuencia de lo que le habían hecho en Dachau y no sabían si se recuperaría por completo.

—Abraham —le dijo su abuela, tomándolo por los hombros, obligándolo a mirarla con aquellos ojos vacíos y apagados—, tienes que decirnos si Ephraim también está vivo.

Su hermano alzó la cara y centró su mirada, llena de tristeza, en Eliette, y negó con la cabeza.

Cuando tanto ella como su abuela pensaban que no iba a añadir nada más, lo escucharon decir:

—Unos camaradas nos ayudaron a escapar de aquel sitio. Era de noche. Al parecer habían pagado a unos guardias y todo iba a ir bien, pero, de pronto, sonó una sirena, y mientras corríamos por el campo, unos faros nos iluminaron. Ephraim iba detrás de mí, escuchaba sus pasos y su respiración... Hasta que abrieron fuego. La ráfaga atravesó el aire, pa-pa-pa-pam, y luego impactó en él. Su sangre me salpicó, pero no me detuve. Escuché que caía, desplomado, y me giré solo un poco, lo justo para ver que le habían dado en toda la cabeza.

Tras estas palabras, volvió a guardar silencio, se hizo un ovillo, su abuela lo tapó con una manta, acunándolo como si fuera un niño pequeño.

Eliette no podía seguir allí ni un segundo más, así que abandonó su hogar a toda prisa, sin ni siquiera coger un abrigo. Echó a andar por aquel laberinto de callejuelas sin determinar un rumbo concreto.

A lo largo de aquellos meses, había deambulado por allí y se había acostumbrado a los olores, a las cuerdas de tender por todas partes, de

las que siempre colgaban ropas mojadas; a los niños que jugueteaban, mal vestidos y descalzos, sobre el adoquinado; a las mujeres que gritaban en chino junto a puestos de comida humeante, y a los conductores de *rickshaws*, tan delgados como cadáveres, que descansaban en alguna esquina.

A pesar de todo aquello, de la miseria que veía a diario, de la violencia que trataba en la enfermería de la comisaría, agradecía seguir viva, junto a su abuela y ahora también con su hermano, pese a que solo parecía una sombra del joven vivaz, determinado y fuerte que había sido.

La barbarie del partido de Hitler lo había destruido, al igual que sabía por sus familiares que aquello que habían vivido en Berlín solo era el comienzo de lo que estaba extendiéndose por Europa.

Al menos habían encontrado un lugar donde podían sentirse a salvo. Shanghái, aquella ciudad tan extraña, partida por los poderosos y llena de contrastes, les había ofrecido la oportunidad de seguir vivos.

Cuando incluso su dios les había dado la espalda, una ciudad que veneraba a otras deidades los había acogido.

Sin saber cómo, sus pies la llevaron a la comisaría. Había estado tan ocupada cuidando de su hermano que no había podido ver a Chufeng desde que le entregó los papeles para la nueva identidad de Abraham.

Al entrar, varios oficiales que ya la conocían la saludaron amablemente.

—¿El inspector Xiao se encuentra aquí? —preguntó ella.

—Está en el gimnasio —le respondió un joven cadete, al que el uniforme y la gorra parecían quedarle demasiado grandes.

—Muchas gracias.

Aunque no había estado allí, sabía dónde se encontraba. Haosen le había dado unos planos de la comisaría en los primeros días, y ella los había memorizado. Sabía también que había una zona a la que tenía prohibido acceder, que era donde se llevaban a cabo los interrogatorios, aunque por los gritos que escuchaba a menudo, imaginaba que más bien era donde torturaban a los culpables o a los que querían que lo fueran.

Ante eso, al igual que ante el resto de las penurias y desdichas que veía a diario en aquella ciudad, había decidido hacer la vista gorda.

Empujó una puerta y accedió al sótano. Pronto descubrió que tan solo un par de bombillas iluminaban el lugar. Una estaba justo a la entrada, la otra, sobre un *ring* en el centro de la estancia.

No tardó en localizar a Chufeng, que con tan solo con unos pantalones oscuros y unas tiras alrededor de las manos lanzaba golpes al aire o ejecutaba patadas y piruetas con fuerza y precisión.

Estaba tan concentrado en aquel entrenamiento que no se percató

de su presencia, así que Eliette se permitió observarlo. La cascada de luz amarilla que se derramaba sobre él hacía resaltar sus mechones negros y el sudor que perlaba su piel, pero también acentuaba los músculos fuertes que había tallado con obstinación y perseverancia.

También, por supuesto, entre movimiento y movimiento, podía ver sus cicatrices, aunque sabía a la perfección dónde estaban, ya que las había acariciado durante la noche que pasaron juntos...

—¿Cómo te has hiciste? —le había preguntado ella.

—Sobreviviendo —se había limitado a responder Chufeng, y comprendió que no iba a dar más explicaciones, así que Eliette lo besó, aceptando a él con todos sus secretos.

Ahora ya sabía que lo que sentía por él era amor y eso le generaba una mezcla de valentía y de miedo con la que no sabía cómo lidiar y en la que procuraba no pensar.

—Chufeng —lo llamó.

Al oír su voz, él barrió el lugar con la mirada y sonrió en cuanto la localizó. Luego bajó del cuadrilátero y se acercó a ella.

—Hola —la saludó cuando se hallaron frente a frente—. Hacía días que no te veía.

—Sí, así es —le respondió ella sonriendo. Luego bajó la mirada hasta sus manos, cubiertas por las vendas, tomó una de ellas y tiró de él en dirección a una banqueta que quedaba a unos metros del *ring*—. Permíteme que te ayude a soltarlas.

—Está bien.

Cuando estaban sentados, mientras ella deshacía el nudo y comenzaba a retirar las tiras, desenrollándolas poco a poco, sentía la mirada de Chufeng sobre su rostro y se sonrojó levemente.

Se sintió un poco tonta, porque no le parecía que tuviera mucho sentido enrojecer por una mirada de su amante. Pero su cercanía, su aroma y aquella intimidad entre ellos siempre la afectaban.

—¿Cómo ha ido todo durante estos días?

Sabía a qué se refería, así que respondió.

—Mi hermano no es el mismo. No sé cómo explicarlo, pero su mente no está aquí —confesó con tristeza—. Ni siquiera sé si volverá a ser como era.

—¿Y cómo era? —preguntó Chufeng, al cabo de unos segundos.

—Terco como una mula, idealista, estoico. Irrompible. O al menos eso me parecía a mí.

—Hay muchas formas de romper a un hombre, Eliette. Ya deberías saberlo.

Ella esbozó una sonrisa leve, llena de amargura.

—Sí, soy consciente de ello —dijo retirando la última de las vendas. Las manos de Chufeng estaban enrojecidas y con las marcas de las

tiras en la piel—. Lo que me lleva a preguntarte, ¿cómo es que tú no te rompiste en algún momento?

Chufeng tomó sus manos y ella se fijó en el contraste entre ambas: las suyas eran menudas y delicadas, aunque se habían cuarteado durante los últimos meses por el duro trabajo en la enfermería; mientras que las de él eran grandes, ásperas y podía apreciar que algunos nudillos estaban hundidos. No obstante, las adoraba. Eran su refugio, su hogar, su zona segura.

—Oh, vamos, Eliette. Sabes que estoy roto en miles de partes. —Se llevó la mano a los labios y depositó un dulce beso entre sus dedos. Ella trató de controlar la respiración cuando Chufeng comenzó a besar el dorso de su mano, luego la giró y besó la cara interna de su muñeca —. Supongo que tengo la esperanza de que incluso así quieras seguir conmigo.

—Sabes que sí, Chufeng —respondió ella antes de acercar su rostro al suyo y colocar su boca sobre la de él.

Aquel hombre recibió de nuevo uno de sus besos y durante unos instantes fue solo eso, hasta que él abrió la boca y le lamió el labio inferior, incitándola a abrir la suya para poder reclamarla de esa forma exigente y apasionada que ella ya conocía. Eliette se apretó contra él y envolvió su cuello con sus brazos; quería tenerlo más cerca, anhelaba más de ese deseo embriagador que Chufeng provocaba en ella.

Lo había echado de menos y ahora su cuerpo lo necesitaba. No había dejado de pensar en él, en lo que había sentido aquella noche, y quería volver a perderse en ese placer que sabía darle.

—Eliette —le dijo junto a sus labios—, espera un momento.

Abrió los ojos y se lo encontró muy cerca, evaluándola. A ella le costó centrarse, que esa neblina sensual que la envolvía se disipara.

—¿Sí?

—Tengamos una cita.

Ante lo torpe y nervioso que se oyó, Eliette sonrió.

—¿Tan mal ha sonado?

—No —confesó ella—, pero me parece que no has pedido muchas citas en tu vida, Chufeng.

—Estás en lo cierto. Esta es la primera —confesó azorado.

Eliette volvió a sonreír y luego asintió.

—¿Dónde vas a llevarme?

—Primero espera en mi despacho a que me cambie —dijo él poniéndose en pie y tendiéndole la mano. Cuando ella la agarró, la ayudó a levantarse de un tirón—. Y luego te llevaré a disfrutar de Shanghái.

Capítulo 44

Haosen se sentía prácticamente recuperado, por lo que había retomado el trabajo en la consulta de la comisaría a la que lo llevaba un chófer y un joven soldado designado por Tan Bei. Al principio, se sentía extraño, pero ya estaba acostumbrado a que todo el mundo impusiera normas en su vida, de modo que un par más, ¿qué importaban?

Aunque lo cierto era que se sentía a salvo. Había procurado no pensar en ello, pero el tiroteo aún lo inquietaba. Desde que era niño y sufrió aquel ataque del que lo salvó su mejor amigo, había crecido protegido por la Banda Verde y nadie había tenido la osadía de agredirlo.

Incluso en ese aspecto, era y había sido un privilegiado, al que la violencia de Shanghái apenas había rozado. Pero sabía que los tiempos habían cambiado, que los juegos de poder y la situación política estaban transformándose en algo desconocido y tal vez ni el poder, ni el dinero ni su apellido podían salvarlo en un futuro.

Así que una escolta no le venía mal. Al igual que tampoco le desagradaba el apartamento donde se estaba quedando y en el que había podido volver a conciliar el sueño. En aquel lugar, lejos de la mansión de su padre, Haosen dormía. Por primera vez en meses.

No había vuelto a ver a Tan Bei desde que lo había dejado allí, y ya no era tan ingenuo ni se mentía a sí mismo como para decirse que no deseaba volver a encontrárselo.

Se había colado en sus pensamientos a diario desde aquello. Su mirada penetrante, su cercanía, la forma en la que lo había retado: «Usted me lo acabará rogando… Haosen.», todo lo invadía y hacía que el deseo por él creciera hasta que sentía que estaba a punto de consumirse.

¿Y si aquel hombre tenía razón y acababa por rogarle…?

El corazón se le aceleraba y el cuerpo reaccionaba ante la idea, pero no podía permitirlo, así que desechaba esos pensamientos y los

arrinconaba en algún lugar de su cabeza, mientras se dedicaba a atender a los pacientes que acudían a su consulta. Eliette se había ausentado unos días y el trabajo para él solo se había duplicado, pero eso le venía bien para no pensar en cosas indebidas.

Aquella tarde, no obstante, cuando ya se colocaba la chaqueta para abandonar la consulta, recibió una visita inesperada.

—Señor Chen, cuánto tiempo.

Era una voz que no le sonaba, así que ladeó el rostro hacia el umbral de la puerta y descubrió que se trataba del señor Ling, el banquero y padre de Mai, a la que también descubrió allí, colgada del brazo de su progenitor.

—Buenas tardes —los saludó él sin entusiasmo—. ¿Pueden decirme a qué debo su visita?

Ambos parecieron contrariados ante su tono hostil, pero no le importó. Aquel acuerdo había sido tramado por su padre y él no les debía consideración a dos extraños ni tenía ganas de mostrársela.

—Hemos estado muy atentos a su recuperación —le informó aquel hombre, quitándose el sombrero con cortesía y esbozando una sonrisa fingida—. Mi pequeña Mai estaba con usted cuando sucedió y eso afectó gravemente sus nervios.

Haosen apretó los dientes y bajó la cara, al tiempo que se colocaba el sombrero fedora con esmero, ocultando así gran parte de su rostro.

—¿Y ya se encuentra mejor, señorita Ling?

—Sí, verlo a usted recuperado es mi mejor medicina —respondió ella.

Haosen ni siquiera alzó la mirada. ¿Cómo iba a encontrar una manera para salir de aquello?

—Gracias —se limitó a responder—. Y ahora, si me disculpan, me marcho. Ha sido un día extenuante en el trabajo.

—Señor Chen, un momento —le pidió el banquero deteniendo su avance—, hay una reunión de personas muy importantes en el Club Cathay, y nos gustaría que, ya que está recuperado, se una a nosotros.

—Lo siento, pero…

—Hay muchos detalles de este compromiso que me gustaría aclarar con usted —le interrumpió el señor Ling con brusquedad.

Quizá ahí estaba la oportunidad que Haosen estaba esperando. Él era un hombre inteligente y tal vez había llegado el momento de enfrentar la verdadera situación en la que lo había dejado su padre. Descubrir, de primera mano, qué había acordado aquel maldito viejo.

Si era cuestión de dinero, Haosen tenía el suficiente como para restituir la dote y volver a ser un hombre libre, y si había otros intereses, tan solo descubriéndolos podría averiguar cómo enfrentarlos.

—De acuerdo. Les concederé algo de mi tiempo.

Sonó tan frío que no se reconoció a sí mismo. Pero sabía qué era lo que le estaba sucediendo. Era aquella endemoniada ciudad, que lo estaba transformando, aniquilando cualquier rastro de inocencia que quedara en él para convertirlo en cenizas.

Shanghái quemaba al más noble y arruinaba a las personas más ingenuas, como le había hecho a su propia madre.

—Si no les importa, viajaré en mi propio coche —les dijo fuera ya de la comisaría, frente al vehículo en el que el chófer y el militar lo aguardaban.

—Sí, claro, sin problema. Somos conscientes de que su seguridad es prioritaria.

Haosen dibujó una sonrisa que encerraba demasiadas cosas. Se despidió de ellos bruscamente y se metió en el coche, diciéndole al conductor dónde tenía que dirigirse.

No tardaron en llegar. En cuanto dio su nombre en la recepción, lo condujeron muy amablemente al club, a la novena planta conocida como «Las nueve y cuarto». En el lugar, ostentoso y decorado con madera oscura, cuero y terciopelo, reconoció a varias de las personalidades de la ciudad. El poeta Zau Sinmay, acompañado de la periodista americana Emily Hahn, con la que se rumoreaba que mantenía un *affaire*; el arquitecto británico George Leopold, que había creado aquellos edificios para el magnate Victor Sassoon, al que localizó a unos metros, rodeado de dos mujeres hermosas, una de ellas era la bailarina Dorothy Walder, y la otra la actriz china Butterfly Wu, con las que coqueteaba sin disimulo y a las que se rumoreaba que fotografiaba desnudas. También reconoció a la extravagante señora Bernardine Szold-Fritz, una *socialité* adinerada a la que le gustaba codearse con la flor y nata de la ciudad.

Pronto, un joven llamado Lu Xun lo llamó. Al parecer sabía quién era. Tras unas cuantas presentaciones más, Haosen se vio integrado en un círculo de lo que se conocía como la nueva élite china: jóvenes ricos a los que sus padres habían enviado a estudiar fuera durante años y que habían regresado a su ciudad natal para hacerse cargo de negocios o de puestos como profesores en las universidades.

Eran hombres cultos y distinguidos, con modales extranjeros, y Haosen podría haberse sentido aceptado si sobre él no pesara el maldito compromiso que su padre había acordado y que el señor Ling no tardó en recordarle en cuanto él y su hija se unieron a la conversación.

—Veo que ya conocen al prometido de mi hija, el señor Chen.

Esas habían sido las palabras que lo habían arruinado todo.

Haosen no respondió, se limitó a bajar los ojos y a beber del whisky

caro que había pedido.

No participó en el resto de la conversación, puesto que su cabeza, cada vez más embriagada y tambaleante, solo pensaba en cómo podía escapar de aquella cárcel a la que lo había arrojado su padre.

—Señor Chen —lo llamó el banquero, y cuando Haosen se dio cuenta, se habían quedado solos mientras el resto de sus acompañantes charlaban junto a la barra—. Creo que ya ha llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa.

—De acuerdo —dijo Haosen, alzando la cara. Dejó el vaso, ya vacío, en la bandeja de un camarero que pasó por su lado.

Cuando miró los ojos de aquel caballero, le recordaron a los de su padre. Supo de qué tipo de hombre se trataba: uno de los que eran capaces de cualquier cosa por conseguir más poder. Y, al igual que su progenitor había comerciado con él, aquel tipo estaba haciéndolo con su propia hija.

Y ese pensamiento llenó su corazón de un valor que le impulsó a decir:

—Como seguro que descubrió el día que nos conocimos, yo no estaba al tanto del compromiso con su hija, ya que la relación con mi padre nunca ha estado en buenos términos, por lo que acordó esta boda sin mi consentimiento.

Aquel hombre apretó los dientes, pero no le apartó la mirada, desafiante.

—Los asuntos de los hijos corresponden a sus padres —le respondió —. Siempre se ha hecho así.

—Estamos en otra época y los matrimonios concertados ya no se adaptan a los tiempos a los que vivimos.

—¡Señor Chen! —Alzó la voz haciendo que todos los contemplaran.

—Le devolveré la dote al completo. No voy a casarme con su hija.

—¿Por qué? ¿Es que tiene otra prometida? —intervino entonces Mai, que había estado escuchando la conversación.

Haosen se echó a reír, pero entonces vio una oportunidad para salir de aquello. Era una mentira, era infame, algo que su padre hacía constantemente, pero no le importó, así que dijo:

—Sí, señorita. Estoy prometido con una joven europea y pienso contraer matrimonio con ella. Así que si usted se conforma con ser una de mis concubinas… —No pudo continuar, puesto que recibió un puñetazo en todo el mentón que lo hizo tambalearse. Escuchó un grito y luego recibió más golpes en el rostro, en la nariz, en la boca.

Aturdido por el alcohol y el dolor, cayó al suelo, donde también recibió patadas hasta que todo cesó. Alzó la cara y se encontró con que el joven militar que lo protegía estaba de pie frente a él, encañonando al señor Ling, que le había dado aquella paliza.

El resto de los invitados lo contemplaban: algunos, horrorizados; otros, sorprendidos; e, incluso, algunos, divertidos.

Notó el sabor de la sangre en su boca. Aquel viejo le había partido el labio. Escupió sobre la moqueta, se puso en pie, notando el dolor en los lugares donde lo había golpeado, pero también en la cicatriz de la bala. Se miró la camisa. Una mancha roja y brillante crecía en su pecho y se extendía por el tejido. Se le habría soltado algún punto.

«La velada no deja de mejorar», pensó.

Miró a la audiencia, que aún seguía contemplándolo, hizo una reverencia como si fuera un actor de ópera china y salió de allí seguido por el militar, que no dejaba de murmurar que su jefe iba a matarlo.

Cuando estuvo de vuelta en el apartamento, se encaminó al cuarto de baño para contemplarse al espejo. La sangre de su labio cubría su barbilla y gran parte de su cuello, y los golpes en el mentón tenían un incipiente color morado. Se lavó la cara, el rostro, dejando que el agua se llevara toda la sangre que pudiera para evaluar el alcance de la herida. Luego se quitó la chaqueta del traje y la camisa. Tal y como había deducido, a pesar del vendaje que cubría la herida, esta se había abierto, quizá por un puñetazo o por una de las patadas, que también habían dejado cardenales en su torso.

—Al final, padre, su amigo me ha dado una buena paliza —dijo frente al espejo y se echó a reír, algo de lo que no tardó en arrepentirse, porque las ligeras convulsiones le provocaban dolor y hacían que manara sangre de sus lesiones.

Con cuidado, se retiró la venda que cruzaba su torso y luego la gasa sobre la cicatriz. Al observarla, vio que tal y como había deducido, se había soltado un punto.

Sabía que en aquel cuarto de baño había un pequeño botiquín, ya que a lo largo de aquellas semanas había abierto todos los cajones, al igual que había leído varios libros de la biblioteca o había arrasado con una gran parte de la reserva de licores que había en una alacena.

Después de cerrarse la herida, comprobar que la de su labio no necesitaba sutura y revisar que no tuviera ningún diente roto, decidió servirse otra copa de whisky (o quizá dos). Sabía, como buen médico que era, que era contraproducente, pero necesitaba sumergirse en la ebriedad para superar aquel día tan terrible. No sabía cómo debía sentirse. Había plantado cara al señor Ling, pero también se sentía humillado por la paliza.

Seguro que su padre, desde uno de los círculos del infierno, se estaría riendo de él.

Con una copa en la mano, descalzo y con el torso desnudo y magullado, tomó asiento en la banqueta del piano que había en el salón. Dejó la copa en la parte superior, alzó la tapa que protegía las

teclas y apoyó los dedos en ellas.

Unas notas suaves surgieron de aquel contacto.

Le parecía curioso que fuera el mismo modelo que tenía en la mansión de su padre, una pieza única y valiosa que él había adorado en su adolescencia, puesto que encontraba en la música cierta calma, de igual modo que lo hacía cuando se escapaba a ver ópera china.

Sin importar el dolor que irradiaban sus articulaciones, comenzó a mover los dedos sobre el teclado, haciendo sonar *Lacrimosa*, la parte final del réquiem de Mozart.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaba derramando lágrimas en silencio, que caían sobre sus dedos y también sobre las teclas.

Tan afligido estaba que ni siquiera escuchó que la puerta del apartamento se abría bruscamente y que unos pasos apresurados lo atravesaban. No fue hasta que notó una mano enguantada sobre su hombro cuando se sobresaltó y ladeó el rostro.

Se trataba de Tan Bei, que lo miraba con los ojos muy abiertos y una expresión que aunaba preocupación y enojo.

—Buenas noches, señor Tan —le dijo Haosen. Su voz sonó rota, y no fue capaz de mirarlo por más tiempo, ya que bajó la cara y se pasó las manos por el rostro, eliminando los regueros de lágrimas.

—Levántese ahora mismo de ahí, señor Chen.

—¿Por qué?

—Porque quiero evaluar sus heridas.

—¿Se olvida... —dijo haciendo caminar los dedos sobre las teclas con aire distraído, incapaz de alzar la cara hacia él— de que soy médico?

—Póngase en pie, señor Chen —le ordenó.

Haosen sonrió con tristeza. Supuso que así hablaba a los hombres que estaban bajo su mando, los que tenían que obedecerle si no querían enfrentar castigos severos.

¿En algún momento él había pasado a ser uno de ellos también? No sabía nada con claridad.

Sin embargo, obedeció. Se alzó y se dio la vuelta, quedando frente a aquel hombre, pero incapaz de levantar el rostro, preso de la vergüenza.

Sentía que iba a echarse a llorar en cualquier momento, pero eso era todavía más patético, así que antes de que Tan Bei le dijera nada, se apresuró a rogar.

—Por favor, tráteme como a una persona normal. No como si estuviera a su merced.

Notó que el pecho de aquel hombre subía y bajaba, y luego percibió un suspiro escapando de sus labios.

—Concédame algo de dignidad y libertad esta noche. Aunque sea

una mentira —suplicó antes de inclinar su rostro y apoyar su frente en el hombro de aquel hombre.

Una fracción de tiempo después sintió las manos enguantadas de él en su espalda, abrazándolo, sosteniéndolo, y su voz, en un susurro:

—Condenado idiota, ¿es que no sabe que eso es lo único que deseo para usted?

Capítulo 45

Había unas mesas con sillas alrededor de un puesto de comida callejera. Peatones y *rickshaws* pasaban junto a Eliette y Chufeng, en ese ajetreo constante que era la ciudad incluso cuando la noche ya se había derramado sobre ella. Unos faroles iluminaban tenuemente la calle y a los comensales, que esperaban pacientemente su turno a que una joven los atendiera.

Detrás del puesto, del que colgaban tablillas de madera con palabras en chino, un hombre se movía con maestría entre fogones y grandes ollas.

Cuando la chica se les acercó y reconoció a Chufeng, lo saludó efusivamente y le gritó algo en chino al cocinero, que abandonó sus quehaceres para acercarse a ellos.

Eliette contempló la escena con curiosidad. Chufeng, que se había puesto unos pantalones negros y una camisa blanca, prestándole a ella su cazadora, ya que había salido tan apresurada de su casa que había olvidado una chaqueta, era alto y corpulento en comparación con aquellas dos personas, más enjutas y delgadas.

Le dijeron algo y él se echó a reír, y la alemana fue consciente de que no sabía si había escuchado aquella risa en algún momento desde que lo conocía. Ni siquiera durante la intimidad que habían compartido en la buhardilla, desnudos y vulnerables, había tenido el privilegio de oírla.

Había mucho que no sabía de aquel hombre y, aun así, estaba enamorada de él. Antes de conocerlo no se había planteado cómo sería ese sentimiento. Ni siquiera esperaba amar a su prometido, tan solo procesarle un cariño especial que crecería con el paso de los años y la convivencia. Pero ¿enamorarse? Nadie le había hablado de lo que se sentía, porque no esperaban que le sucediese. El matrimonio de sus abuelos había sido concertado; y el de sus padres, lo desconocía, así que nadie le había dado una charla sobre lo que era el amor. Lo que sabía venía de los libros que había leído y de las conversaciones con sus amigas en la universidad, aquellas jóvenes alemanas que no profesaban su religión y que tenían poder de elección en sus vidas.

Tanta que acabaron por optar por lo que decía el fanático de Hitler y le dieron la espalda.

Ahora, en Shanghái, no solo había aprendido que era fuerte, que podía valerse por sí misma, también había descubierto de primera mano lo que era amar a un hombre.

Cuando escuchó su nombre en la voz de él, abandonó sus pensamientos y se puso en pie. Tanto el cocinero, que rondaría los cincuenta años, como la joven, que no llegaría a los veinte, la contemplaron con curiosidad.

Ella les tendió la mano, indecisa, y se la tomaron con cautela, aunque de manera afable.

Cuando regresaron a sus tareas y se encontró de nuevo sentada junto a Chufeng, lo miró. Parecía relajado y esbozaba una sonrisa tranquila.

La joven dejó sobre la mesa unas tazas, una jarra de cerámica y un bote de madera con palillos.

—¿Quiénes son? —le preguntó Eliette.

—El señor Wu y su hija. Son el padre y la hermana de mi amigo Lei.

—¡Oh! Entonces ellos... Quiero decir... —empezó a balbucear ella tras recordar lo que Nadine les había contado—. Tengo entendido que...

—Sí, no sé quién te lo ha dicho, pero lo han perdido recientemente.

—Fue Nadine. Coincidimos en la sinagoga hace unas semanas. Y me lo dijo.

—Vaya —agregó él, sorprendido—. Tras su muerte, les hice llegar un dinero de parte del jefe. Por los servicios leales de Lei durante todos estos años.

—Ah, entiendo.

Chufeng cogió la jarra y vertió un líquido transparente en ambos cuencos. Luego agarró uno de ellos y se lo llevó a la boca, dando un sorbo.

—Como siempre, me sorprendes por tu inteligencia. Por todo lo que sabes.

—He comprendido que saber cosas es clave para adaptarte a Shanghái —manifestó ella.

—Chica lista —respondió él alzando los ojos y clavándolos en ella —. Siempre leyendo las situaciones.

—¿Es posible que me hayan mirado confusos?

Chufeng dejó la taza en la mesa y sonrió abiertamente.

—Eres la primera mujer que traigo aquí, así que sí, se han sorprendido.

—¿La primera? —dijo ella sonriente—. ¿Y qué hay de las otras mujeres que había en tu vida antes que yo? No soy tan tonta como

para creerme que soy la única. Ni siquiera que ella —no quiso decir su nombre, pero sabía que él lo entendería— lo era.

—He estado con mujeres, es cierto. Pero siempre...

—Libres —lo cortó la alemana—. Eso también lo sé. Me lo dijo Nadine.

Chufeng negó con la cabeza, sonriente. Luego dio otro sorbo a su bebida.

—Sabes muchas cosas de mí.

—Pero no todas. Por eso me has pedido una cita, ¿verdad? Para que conozca al otro Chufeng.

—Sí —admitió él—. Al Chufeng lejos de la brigada y de las sombras. Aunque ni yo mismo sé si ese hombre existe.

—¿Por qué?

Chufeng dejó la taza en la mesa y volvió a llenarla. Luego esbozó una sonrisa amarga y suspiró. Cuando Eliette se fijó en su expresión, estaba llena de tristeza.

—Crecí en los muelles, pero también entre estas calles. Me colaba en puestos como el del señor Wu y le robaba panecillos fritos o sobras de los clientes para ir sobreviviendo —comenzó a contar—. También robaba bolsos a las señoritas occidentales o carteras a los europeos que salían borrachos de los casinos de la Banda. Una noche, cuando tenía doce años, presencié que intentaban robar un cargamento en el puerto. No sabía de qué se trataba, pero reconocía las letras estampadas en las cajas, porque las había visto miles de veces. *Qīng Bāng*. Así que me eché encima de uno de aquellos hombres y le arrebaté el hacha que llevaba. Antes de que pudiera darme cuenta, lo había matado. El resto se me echó encima, pero otros hombres llegaron a tiempo para salvarme y me llevaron a la Concesión francesa, a la mansión más grande que había visto en toda mi vida.

»Allí estaba él. Mi jefe. El señor Du. Había ayudado a salvar uno de sus cargamentos, había demostrado que era capaz de matar por él, así que me acogió bajo sus alas. Me enseñaron a pelear mejor, me enseñaron a leer e, incluso, a hablar varios idiomas, porque era necesario si quería tener oídos en todas partes de esta ciudad y moverme sin problemas. Me alimentaron, me criaron, me acogieron, se volvieron mi familia. Y les debo todo.

Cuando alzó la cara, Eliette se demoró en su expresión. No había vergüenza ni pudor ante todo lo que había confesado, y tampoco culpa.

Simplemente porque no la sentía. Había hecho lo que creía necesario para sobrevivir y ella lo comprendía.

Eliette había hecho lo mismo, e incluso su hermano había escapado de aquella prisión abandonando el cadáver de su mejor amigo sobre la

hierba.

No se dijeron más durante unos instantes, pero se mantuvieron la mirada. Estaban cerca, frente a frente, y sus rodillas se tocaban. El calor de la chaqueta de Chufeng la protegía del frío, pero eran sus ojos, extremadamente cálidos y hermosos, los que calentaban su corazón.

—En fin… —siguió diciendo él—, supongo que el resumen de todo esto es que Shanghái siempre tiene las fauces abiertas y es insaciable. —Volvió a beber. La camarera dejó frente a ambos un plato con panecillos fritos y dos cuencos de sopa.

Pero antes de que Eliette pudiera probar alguna de aquellas cosas, se sorprendió al escucharlo decir:

—Por eso, he dejado claro a mis compañeros y a mi jefe que, en el caso de que me suceda lo mismo que a Lei, todo lo que tengo, y la recompensa por mis años de servicio, sea para ti, Eliette, y para tu familia.

—¿Qué? ¿Por qué?

Chufeng se giró en el asiento y tomó las manos de Eliette entre las suyas.

—Porque si pudiera, Eliette, si fuera posible, me gustaría casarme contigo.

—¿C-cómo? —Se escuchó a sí misma preguntar.

—Si fuera otro hombre, uno que se permitiera soñar, lo haría. Y en mis sueños estaríamos juntos, todos los días, hasta envejecer. Tendríamos hijos, quizá con una mezcla de tus ojos y los míos, o quizá, puesto a soñar, tan perfectos como tú.

Eliette tenía el corazón desbocado y el aliento contenido ante aquellas palabras, ante aquella inesperada declaración.

—Si fuera otro hombre, desearía que me amases. Aquí tenemos un dicho: «*ài wū jí wū*», que significa «amar tanto a alguien que eres capaz de adorar hasta los cuervos que se posan encima de su casa» —susurró Chufeng haciendo que el corazón de Eliette se oprimiera—. Es amar a alguien incondicionalmente. Y eso es lo que desearía, si yo fuera otro hombre, Eliette.

Hubo una pausa, en la que Shanghái siguió moviéndose a su alrededor. Las palabras de Chufeng flotaban entre ellos y Eliette no podía pensar en nada más. Se sentía paralizada, nerviosa y, también, confusa.

Cuando sus pensamientos lograron organizarse, dijo:

—Pero no eres otro hombre.

—No, no lo soy —respondió él, cabizbajo.

Eliette tomó aire y apretó un poco las manos de Chufeng. Luego se inclinó hacia él haciendo que él alzara la cara para mirarla.

—¿Y sabes qué? Me alegro de que no lo seas. Porque al que yo amo

es a ti —le soltó—. A ti, Xiao Chufeng, con tus sombras, tus cuervos, tu lealtad y tus partes rotas y mal remendadas. Y te juro que te amaré hasta el último día de mi vida. Así que, dime, Chufeng, ¿tú me amas del mismo modo?

En ese momento, él le soltó las manos y ella lo supo. Lo que vendría a continuación.

Por eso, con el corazón encogido, y sin apartarle la mirada, lo vio bajar la cara, y susurrar:

—¿Está bien que me ames? ¿No te mereces algo mejor?

Como respuesta, ella negó con la cabeza.

—No puedo darte ese sueño del que te he hablado. Podría morir cualquier noche en el muelle, o en cualquier lugar de esta ciudad. No puedo envejecer contigo. ¿Y qué pasa si tenemos hijos y me matan? —Por primera vez desde que lo conocía, veía sus ojos temblorosos y brillantes; y a él, lleno de indecisión y de temor—. ¿Quién cuidará de ti y de ellos? ¿Y si por mi culpa te matan a ti? ¿Cómo crees que viviría con eso?

Chufeng tragó saliva, la voz le temblaba.

—Bueno, yo estoy dispuesta a arriesgarme, porque no quiero estar sin ti —confesó Eliette—. Pero si tú no lo estás, estamos a tiempo de detener esto.

Un instante después, él tomaba su rostro entre sus manos y la besaba con dulzura en los labios.

—Nuestro mundo lejos del fuego —repitió él junto a su boca.

Ella asintió, luego se inclinó hacia delante y hundió su rostro en el hueco entre el cuello y el rostro de Chufeng, que la abrazó con ternura.

Qué curiosa y a la vez cruel se había vuelto su vida. El mismo día que había descubierto que su prometido estaba muerto, el hombre del que se había enamorado le había dicho que anhelaba casarse con ella, pero ambos sabían que no era más que un sueño imposible, porque alguno de los dos no viviría para cumplirlo.

Capítulo 46

Haosen no quería pensar en que estaba sentado en la cama junto a Tan Bei. No quería ser consciente de que el general lo contemplaba atentamente, buscando más heridas en su torso, presionando con cuidado los moratones para ver si debajo de la piel había alguna fractura. Haosen notaba sus dedos cálidos, las yemas ásperas, y casi habría preferido que no se hubiera quitado los guantes, porque en cuanto lo había hecho, él había deseado sentir esas manos por todo su cuerpo. Y, sobre todo, que lo acariciaran y le dieran placer.

Ante el temor de ser descubierto, centró su atención en el paisaje que veía al otro lado del balcón, que estaba abierto. En la orilla opuesta del arroyo estaba Chapei, la zona china a la que llevaban años llegando refugiados y gentes del campo, y que era más oscura y sórdida que aquel lugar donde ellos se encontraban, bajo la protección y los neones de americanos e ingleses.

Cuando notó la caricia de aquellos dedos cerca de la cicatriz, se estremeció un poco y miró a Tan Bei, para descubrir que este tenía su rostro a escasos centímetros del suyo.

—¿Qué cojones le ha hecho ese viejo?

—¿Ese viejo no es familiar suyo, señor Tan?

—Hermano de la segunda concubina de mi padre —respondió él sin mirarlo. Hizo ascender sus dedos por su pecho, hasta su clavícula, de ahí a su cuello, haciendo que Haosen se estremeciera.

Convirtió las manos en puños y cerró los ojos, tratando de controlarse, de que nada en él denotara su excitación, su anhelo por aquel militar.

—¿Su padre también tenía varias concubinas?

—Una en cada provincia que visitaba —confesó Tan Bei—. Es lo que solían hacer los poderosos señores de la guerra en el norte.

En ese momento, Haosen notó que aquel hombre asía su mentón con dos dedos y le hacía ladear la cara para contemplar el golpe recibido en uno de los lados.

A esa ínfima distancia se permitió mirarlo e incluso inhalar su aroma. ¿Qué sentido tenía luchar con tanta fuerza contra todo lo que

experimentaba? Se sentía agotado, como si tuviera los pies en un río, batallando incansablemente para que la corriente no lo arrastrara.

Con lo fácil que sería dejarse llevar…

Cuando notó que aquellos dedos se alejaban de su piel, sus pensamientos volvieron a encauzarse.

—He oído que pertenece a la División 88 —fue capaz de decir, por hablar de algo, por desviar la atención de su cuerpo, de lo hambriento que se sentía.

—Sí, así es. Es la primera vez que estoy en Shanghái desde el 32.

—Así que esas cicatrices que tiene… Son de aquella batalla contra los japoneses —comprendió Haosen.

—Entre otras muchas —le respondió él esbozando una sonrisa de medio lado que marcó un hoyuelo.

Por lo que Haosen sabía, aquella división, la 88, perteneciente al regimiento 524, tenía los mejores soldados de todo el ejército. El orgullo nacional. Tipos duros y bien entrenados por alemanes en su momento, que habían servido al *Generalissimo* hasta convertirse en sus favoritos, en la élite.

—¿Y por qué ha regresado a la ciudad?

—Se avecinan cosas —le respondió Tan Bei muy serio—. Algunos de mis hombres y yo estamos aquí para evaluar cuál es la verdadera intención del Mikado con respecto a nuestro país.

—¿Está hablando de guerra?

Un asentimiento bastó como respuesta. Los ojos de Haosen viajaron de nuevo a lo que se veía al otro lado de aquel balcón. Junto a Chapei se hallaba Hongkew, donde se alojaban la familia de Eliette y la comunidad judía, pero que con los años se había convertido en un pequeño Tokio en el que los japoneses se mostraban cada vez más seguros y desafiantes. Desde aquel apartamento, aquella zona podía verse perfectamente.

—¿Por eso tiene este lugar?

—También tengo algunos allí en Chapei, y hombres en negocios japoneses.

—Entiendo —dijo Haosen.

Guardaron silencio, ambos con las miradas perdidas en el paisaje al otro lado del río. Había edificios bajos entre los que destacaban los almacenes Sihang, donde se ubicaban los cuatro bancos más importantes de Shanghái.

—Casi pensaba que había llegado a esta ciudad para casarse por algún acuerdo matrimonial —se le ocurrió decir, ya que era algo a lo que llevaba días dando vueltas.

Fue consciente de que Tan Bei ladeaba el rostro hacia él y lo observaba.

—No estoy interesado en casarme. Igual que usted.

Haosen tragó saliva, reunió todo el valor que tenía y giró la cara para que sus miradas se engarzaran.

—Pero dicen de usted que sale con las mujeres más hermosas de Shanghái. Como la señorita Shu.

—Le sorprendería descubrir la cantidad de información que esas mujeres manejan y lo hábiles que son para infiltrarse en determinados ambientes.

—Entonces ¿no...?

—Me he acostado con algunas, sí —respondió Tan Bei, con rotundidad—. ¿Y usted?

Haosen bajó la mirada una fracción de segundo. ¿Qué sentido tenía mentir en algo así?

—No, nunca —musitó cabizbajo—. Solo he estado con un hombre, en Londres. Tuve que abandonarlo para regresar aquí tras la muerte de mi padre.

El silencio que los envolvió en ese momento mutó. Haosen fue consciente de ello y durante unos instantes temió el rechazo, lo que estaba seguro de que vendría a continuación.

—¿Estaba enamorado de él? —le preguntó Tan Bei, sorprendiéndolo —. ¿Aún lo está?

Sorprendido por aquellas preguntas que no esperaba, Haosen bajó los ojos y durante unos momentos se miró las manos, que aún seguían cerradas sobre sus rodillas.

—Creo que nunca me permití amarlo como se merecía, porque en el fondo, sabía que acabaría.

—Bueno, pues me alegro de que no lo amara tanto.

Haosen, perplejo, ladeó el rostro hacia él.

—¿Por qué?

—¿No es obvio? Porque así puedo ser el primero al que ame con todo su corazón.

En ese momento, abrumado ante todo lo que aquellas palabras le hacían sentir, se puso en pie, porque necesitaba pensar y, sobre todo, sosegar los latidos de su corazón.

Se pasó las manos por el cabello, desordenándose los mechones, dio un par de pasos por la habitación, mientras que aquel hombre seguía tan tranquilo sentado en la cama, como si no hubiera dicho aquella cosa imposible.

Cuando creyó que su mente funcionaba correctamente de nuevo, se puso frente a él y lo encaró:

—Sabe que no podemos enamorarnos, ¿verdad? Que eso nos arruinaría si se sabe y que a la larga nos acabaríamos haciendo un daño irreparable.

Tan Bei no respondió durante unos instantes que a Haosen se le

hicieron insoportablemente largos.

—¿En eso también es cobarde, señor Chen? —preguntó pronunciando cada palabra con una lentitud insultante, al tiempo que alzaba los ojos hasta Haosen.

—No todos podemos ser unos valientes en la batalla y fuera de ella, señor Tan.

Un segundo después, Tan Bei se puso de pie, y antes de que Haosen fuese consciente de cómo pasó, sintió los labios de aquel hombre sobre los suyos. Fue un beso rudo e inesperado, pero que duró tan pocos segundos que a Haosen no le dio tiempo ni a cerrar los ojos. Por eso contempló cómo aquel hombre se alejaba de él y lo miraba, con la respiración agitada y la boca entreabierta. El pulso de Haosen se disparó por completo, al igual que los latidos de su corazón. Sentía que el pecho le ascendía y le bajaba con rapidez, al igual que el del general.

También apreció que uno de los músculos de su mandíbula se estiraba.

—Le dije que me acabaría rogando, pero le aseguro que soy yo el que está a un paso de hacerlo, Haosen.

Fue la forma en la que pronunció su nombre la que lo derrotó por completo. La que hizo que dejara de luchar contra aquella corriente y se dejara llevar.

Sus pies se movieron y condujeron su cuerpo hasta el del militar, pegándose a él al tiempo que rodeaba su cuello con sus brazos y se lanzaba sobre sus labios.

El beso empezó siendo ansioso, pero luego se transformó en algo más calmado, en una manera de devorarse mutuamente en la que se sumergieron al tiempo que se prodigaban las primeras caricias. Haosen ya no quería controlarse más, pero descubrió que aquel hombre tampoco lo deseaba, que sus ganas eran inmensas, casi desesperadas, así que pronto tenían las manos en el cuerpo del otro, soltando botones, bajando cremalleras y quitando prendas hasta que ambos estaban desnudos, frente a frente.

Cuando Haosen notó los dedos de Tan Bei sobre su longitud, echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar un gemido de placer. Lo había deseado e imaginado miles de veces desde la noche en la ópera, y ahora estaba recibiendo las primeras oleadas de gozo de aquellas manos grandes y firmes. Pero él no quería quedarse atrás, así que palpó el vientre de aquel hombre hasta llegar a su erección, que se izaba entre ellos. La agarró con fuerza y movió la mano, y fue recompensado con un gruñido que lo envalentonó a seguir tocándolo de ese modo, mientras los dos se devoraban las bocas y apenas las separaban para tomar aire y respirar entre gemidos.

Estaban febriles y desenfrenados, y así fue como Haosen acabó sobre el lecho, con Bei sobre él.

—Por favor —le suplicó el militar—, por favor, Haosen, lo necesito.

—Al final —le respondió, con una sonrisa—, me ha acabado rogando.

—Sí, lo reconozco. He perdido, Haosen, he perdido —susurró contra la piel de su cuello, haciendo descender la boca más tarde por su torso, demorándose en lamer y en acariciar, devoto y ávido.

El cuerpo de Haosen reaccionaba a aquella lengua experta que se movía trazando un recorrido por todas partes, hasta preparar el paso siguiente, que ambos se morían por alcanzar.

Pronto, Bei se ubicó entre sus piernas, que Haosen abrió para recibir aquel contacto caliente y firme. Se coló en su interior despacio, con más autocontrol del que Haosen tenía, lo que lo llevó a aferrarse con fuerza a las mantas bajo a él y a apretar los dientes, porque sentía que estaba a punto de dejarse ir. Pero era demasiado pronto. Tenía que aguantar. Y unos instantes después, cuando Bei estaba dentro por completo, los movimientos de sus caderas se acompasaron y las embestidas fueron rápidas, frenéticas y parecían no tener fin hasta que el éxtasis los alcanzó al mismo tiempo.

***

El color y los aromas del amanecer en Shanghái se colaban en aquel cuarto, junto con los ruidos que provenían del río, por el que ya surcaban sampanes que transportaban mercancías hasta la zona de Chabei.

Tan Bei contemplaba a Haosen, que dormía plácidamente a su lado. No hacía mucho que había caído en las profundidades del sueño, ya que habían pasado horas entregados el uno al otro.

Cuando el doctor abrió los ojos, Bei no le apartó la mirada. Era demasiado descarado como para hacerlo.

Además, aquel hombre le encantaba. Desde que lo había salvado en la ópera, donde ya descubrió cómo lo miraba —pese a sus inútiles intentos de esconderse—, hasta aquella noche en la que lo había tenido para él, había adorado a Haosen. Cuando recibió el disparo, comprendió que no podía mantenerse alejado de él por más tiempo.

Y el momento en que uno de sus hombres le dijo que su tío le había dado una paliza, comprendió la magnitud de sus sentimientos.

Lo anhelaba, lo necesitaba, y después de aquella noche, se había vuelto aún más codicioso y quería más de él.

—Buenos días —le dijo con una sonrisa.

—¿Qué hora es?

—Apenas amanece —le respondió Bei acariciando su rostro.

—¿No ha dormido?

—Me cuesta hacerlo. Desde hace años.

—Yo no solía dormir demasiado hasta que llegué a este apartamento —confesó Haosen—. Aquí todo es diferente.

—Me alegro, porque espero que siga quedándose aquí y que no vuelva a la ciudad china por un tiempo.

—¿Por qué?

—Por si acaso. Quizá no suceda nada, pero siempre hay que estar alerta y esto es el Asentamiento Internacional. Aquí no se atreverán a intervenir.

Haosen asintió, comprendiendo el significado de sus palabras.

—Si me quedo aquí, ¿vendrá cada noche? —le preguntó entonces el doctor al tiempo que llevaba su mano a su nunca y lo acariciaba.

—Tengo esa intención, sí —respondió sonriente. Se inclinó hacia él y depositó un dulce beso en su mentón, hundió su rostro en el hueco entre su hombro y su cuello, inhalando su aroma—. Todas y cada una de las noches.

—Así que no tendré que compartirlo con nadie más, señor Tan —había una pregunta velada en su voz.

—Bei, llámame Bei. Olvidemos los formalismos de una vez por todas, ¿de acuerdo? Creo que desde anoche ya superamos esa fase.

Haosen se echó a reír. Era la primera vez que lo veía hacerlo, relajado, feliz; y supo al instante que aquella faceta de aquel hombre también existía, pero que muy pocos podían verla en Shanghái. Quizá tan solo él mismo, lo que lo convertía en un privilegiado.

—Te sienta bien reír —le dijo mirándolo ensimismado—. Haosen, prométeme que lo harás más a menudo.

Como respuesta, un beso, que fue el preludio de otros.

Fuera de aquel cuarto, la ciudad seguía, con sus templos, sus rascacielos, sus clubs, su miseria, su pobreza y sus pecados.

Cuando Bei volvió a dejarse llevar por las caricias que le prodigaba Haosen, deseó que todos sus temores no se hicieran realidad. Deseó, por una vez, estar absolutamente equivocado.

Capítulo 47

Fue idea de Chufeng encontrarle un trabajo al hermano de Eliette. Más de un mes después de que lo salvaran, estaba físicamente recuperado, por lo que ella le había contado, así que el inspector de la brigada decidió hacerles una visita.

Sabía que Eliette tenía la tarde libre después de una mañana agotadora en la consulta en la que habían atendido un par de crímenes; y aunque estaba cansado y nervioso, se dio una ducha, se colocó pantalones oscuros, zapatos y una camisa blanca, e intentó parecer presentable. Se arregló el cabello y se contempló un par de veces en el espejo. Sería la primera vez que estaría delante de la abuela de Eliette y quería causarle una buena impresión. Aunque quizá no sirviera de nada. Tal vez era posible que aquella mujer no quisiera que su nieta se relacionara con chinos.

Aun así, tenía que intentarlo, puesto que no pensaba renunciar a Eliette.

Cuando tocó la puerta y ella abrió, vio que no lo esperaba, pero no tardó en esbozar esa sonrisa dulce que Chufeng adoraba.

—¿Qué haces aquí? ¿Ha pasado algo en la comisaría?

—No —dijo él visiblemente nervioso. Bajó la cara y se rascó la nuca —. Me preguntaba si me dejarías pasar a hablar con tu abuela y con tu hermano.

Ella abrió mucho los ojos, sorprendida ante su petición. Luego se echó hacia atrás haciéndole un ademán para que pasara.

En cuanto atravesó el umbral, sintió que el corazón se le disparaba. No había preparado qué decir, puesto que nunca se había visto en una situación parecida, pero siempre podía improvisar.

Ella los llamó con voz cantarina en un idioma que él no conocía, y unos instantes después, mientras Chufeng seguía de pie en mitad del salón, tanto la abuela como el hermano de Eliette aparecieron.

La joven siguió hablando en su idioma natal, señalándolo, y sintió las miradas curiosas de aquellas personas que lo analizaron. Él se limitó a hacer una reverencia inclinando la cabeza a modo de saludo.

—Sentémonos —le dijo ella en francés—. ¿Quieres beber algo,

Chufeng?

—No, gracias. Estoy bien.

Para su sorpresa, la abuela tomó asiento en un sillón frente a él, mientras que Eliette lo cogía de la mano y lo obligaba a dejarse caer a su lado en un diván. Su hermano, sin embargo, permaneció de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin dejar de evaluarlo.

—Habla y yo les traduzco. Aunque mi hermano entiende francés también. Pasamos muchos veranos en Francia cuando éramos niños.

—De acuerdo —musitó Chufeng, que no era capaz de alzar los ojos —. He venido porque me he enterado de que el señor Abraham se encuentra mejor y quizá esté interesado en conseguir un trabajo, con su nueva identidad, por supuesto.

Mientras Eliette le traducía a su abuela, Chufeng se atrevió a levantar la cara y miró a aquel hombre. A diferencia de la única vez que lo había visto, magullado y apaleado como un perro, ahora tenía mejor aspecto. El parecido con Eliette era evidente, incluso en la tonalidad del cabello y en la forma de los ojos, detrás de unas gafas redondas de montura dorada.

—Su hermana —le dijo directamente— me dijo que es bueno con los números, y tengo una amiga que lleva un casino en el Asentamiento Internacional y que necesita un nuevo contable.

—¿Qué le pasó al anterior? —le preguntó su interlocutor.

—Metió la mano en la caja y, bueno, eso no acabó demasiado bien para él.

—Entiendo —dijo Abraham.

—Trabajaría por las mañanas, haciendo las cuentas para la señora Lu. Si ella considera que es de confianza, le otorgará más responsabilidad, pero debe ganársela demostrando que es leal.

Abraham y su hermana intercambiaron una mirada.

—¿Por qué ha venido a ofrecerme trabajo? ¿Qué relación lo une con Eliette? —le soltó de repente.

—Yo... —titubeó y sus ojos volaron hasta ella, que permanecía a su lado, contemplándolo.

¿Qué podía decir? La amaba más que a su propia vida, pero quizá su familia no entendería lo que había entre ellos, puesto que incluso a él mismo le costaba asumirlo. Toda la vida con el mantra de que los chinos y las occidentales no podían tener futuro y ahora estaba luchando por demostrar que no era así.

—Chufeng te encontró en aquel almacén —intervino Eliette, al rescate—. Si no hubiera sido por él y por Haosen estarías muerto. Gracias a él también tienes una nueva identidad. Igual que gracias a ellos tengo trabajo, esta casa e incluso podemos darle dinero a nuestra familia de Hongkew. Así que en lugar de cuestionar sus motivos, deberíamos estar agradecidos.

—Estás con él, ¿no es así?

Chufeng notó que, a su lado, Eliette se tensaba, sobre todo cuando Abraham le dijo algo a su abuela en alemán, que el inspector supuso que era la revelación de que estaban juntos.

—Y si es así, ¿qué? —respondió Eliette—. ¿Qué vas a hacer? ¿Juzgarme? ¿Impedírmelo?

—Estabas prometida.

—Sí, lo estaba —reconoció ella, con tristeza—. Pero él murió. Tú mismo lo dijiste.

—¿Y por eso te entregas al primero que encuentras?

Eliette se puso en pie y Chufeng tuvo que apresurarse para alcanzarla por la cintura antes de que se echara sobre su hermano para golpearlo.

—¡Eliette! ¡Eliette! —le dijo sosteniéndola en volandas.

—¡Desapareciste y lo dejamos todo, y vinimos aquí para sobrevivir! —lo acusó ella entre sollozos—. Te creíamos muerto también, pero no lo estabas. Y tampoco nos contactaste. Elegiste tu ideología de nuevo, tu lucha incansable, antes que a nosotras, y encima te atreves a juzgarme. ¡No tienes derecho!

En ese momento, Chufeng observó que la abuela se ponía en pie, se dirigía a su nieto, y sin mediar palabra, le asestó una bofetada en el rostro. Luego le dijo algo en alemán, que sonó contundente y duro, ante lo que aquel hombre bajó la cabeza. Tardó unos instantes en ser capaz de alzarla.

—Está bien. Tenéis razón. Soy consciente de que estoy vivo gracias a él y que vosotras habéis pasado por mucho. Así que aceptaré ese trabajo y... Lo siento, maldición. Lo siento.

—No sé si lo sientes o no, Abraham, porque no te conozco —dijo Eliette—. Pero si quieres seguir vivo y que nosotras también lo estemos, tienes que dejar de lado tus ideales. Si vuelves a las andadas, también nos matarán a *bobe* y a mí. Así es como funciona esta ciudad.

El horror bañó la expresión de aquel hombre, que bajó la cara y asintió, acatando aquello.

—La señora Lu quiere conocerlo, así que si está interesado, puedo llevarlo ahora mismo —dijo Chufeng.

—Sí, por supuesto. Vamos.

En el recorrido en coche, reinó el silencio. Habían viajado los tres y no fueron capaces de intercambiar ninguna palabra. Cuando llegaron al casino, situado en el Asentamiento Internacional, frente a Soochow Creek, Chufeng no perdió de vista a Abraham, del que no acababa de fiarse.

Había estado al borde de la muerte varias veces y aún parecía inmaduro, mientras que su hermana había demostrado una fortaleza y

una capacidad de resistencia admirables, que habían hecho que él se enamorara perdidamente de ella.

La señora Lu, con la que habían coincido una vez en el Paramount, los recibió en su despacho. Era una de las mujeres más poderosas de la ciudad, dirigía con mano de hierro sus negocios y pertenecía a la Banda Verde, aunque solía mantener cierta distancia con los tres jefes de los bajos fondos desde que supo que uno de ellos había pretendido secuestrarla.

También conocía a Chufeng desde hacía muchos años, ya que una de sus primeras tareas en la organización fue la de darles palizas a aquellos que no podían pagar las deudas, y más de un amanecer, la señora Lu había terminado por vendar, en aquel despacho, sus manos y sus nudillos hundidos.

Chufeng hizo las presentaciones correspondientes, aunque no había nada que pudiera decir que aquella mujer no supiera ya. De hecho, por como contemplaba a Eliette, con una media sonrisa, conocía perfectamente sus sentimientos por ella.

—Si da cualquier problema —le dijo aquella mujer en chino después de evaluar largo rato a Abraham—, te lo enviaré a la comisaría. Pero no prometo que llegue entero.

—No espero menos de usted, señora Lu —dijo Chufeng.

—Bueno, señor Noah Abramov —dijo ella en inglés refiriéndose al hermano de Eliette—, ahora, si no le importa, quédese y muéstreme de qué es capaz.

Dejó sobre la mesa del escritorio unos cuadernos y luego hizo un gesto para que Chufeng y Eliette abandonaran la sala.

Por supuesto, obedecieron sin dudar.

Una vez que estaban de regreso en la Concesión francesa y Chufeng detuvo el coche, se dio cuenta de que Eliette estaba muy nerviosa.

—¿Qué pasa?

—No sé si puedo fiarme de mi propio hermano —confesó.

—Esperemos que le quede algún instinto de supervivencia, Eliette. Confiemos en ello. Aún no ha descubierto cómo es esta ciudad. Cuando lo haga, se adaptará o morirá, no hay otra.

Eliette asintió y bajó del coche. Él también se apeó y se acercó a ella, que se colgó de su brazo. Era la primera vez que paseaban así por la ciudad, evidenciando que había algo entre ellos, y Chufeng notó que el corazón se le henchía de felicidad.

—Gracias por ayudarme de nuevo, Chufeng —le dijo ella, contemplándolo.

Se habían detenido bajo una farola y su luz los envolvía. Eliette lucía un vestido rojo con un pañuelo al cuello. Desde que la había conocido, el cabello le había crecido bastante y ya casi le rozaba los

hombros.

Era tan hermosa que le dolía contemplarla, porque siempre sentía que era demasiado buena para él, que era un sueño del que acabaría por despertar.

—Moriría por ti —le confesó—. Así que esto no es nada.

—Nada de morir, ¿de acuerdo? —le replicó ella al tiempo que llevaba su dedo sobre su pecho y lo colocaba sobre su corazón.

Chufeng asintió. Cuando ella se puso de puntillas y lo besó, cerró los ojos, deseando ser capaz de cumplir aquella petición.

No mucho rato después, estaban de nuevo en su buhardilla, desnudos y sobre el lecho. Chufeng besó sus pechos, demorándose en cada uno de ellos, lamiendo sus puntas erectas y sensibles, pero esa zona solo era una parada en el recorrido que pretendía. Siguió depositando besos por el vientre de Eliette; y cuando sobrepasó el ombligo y llegó al monte de Venus, le abrió las piernas. Ella alzó la cara y él vio la confusión en sus ojos, seguramente nadie le había explicado cuánto placer podía encontrar una mujer en lo que él pensaba hacerle a continuación. Entonces le separó los pliegues henchidos que protegían el centro de su cuerpo.

—Chufeng. —Su nombre se ahogó en un gemido cuando él empleó la lengua en aquel lugar por primera vez.

Eliette se aferró a sus cabellos mientras él lamía la suave y húmeda carne de sus pliegues interiores, saboreándola con lentos movimientos de abajo hacia arriba. Suspiró de placer y se arqueó en el momento en que él presionó con la lengua el nudo de nervios y succionó. Ella se movió, ante lo que Chufeng, en respuesta, la cogió por las caderas con fuerza y la inmovilizó mientras cerraba los labios sobre aquel lugar secreto y succionaba más y más. Pero quería que aquello durara, quería alargarlo y él sabía cómo hacerlo, cuándo retirarse, cuándo lamer de nuevo, cuándo succionar el pequeño botón. Soltó una mano con la que la sujetaba, para introducir un dedo profundamente en su interior.

—Más —pidió ella, y Chufeng, obediente, unió un segundo dedo y comenzó a moverlos, penetrándola al tiempo que usaba la lengua en una sincronía perfecta, hasta que notó que el placer la arrasaba.

Cuando ella se recuperó, se permitió contemplarla. Tenía la piel cubierta de sudor y el cabello sobre la almohada. Lo contemplaba con ojos brillantes y con una expresión de anhelo, de amor, que siempre llenaba su corazón de demasiados miedos.

—Creo que… —susurró sonriéndole— ahora es tu turno y tengo una idea.

—¿Una idea? —preguntó él.

Eliette sonrió, pícara, y alcanzó el pañuelo que había dejado en el

suelo.

—¿Qué pretende, señorita Stern?

—Sshhh —dijo ella, al tiempo que se colocaba sobre él y le anudaba el pañuelo en la cabeza, cubriéndole los ojos—. Quiero probar esto.

—No voy a oponerme —dijo al tiempo que apoyaba la cabeza en la almohada. No tardó en notar que ella recorría su cuerpo con besos, que lo lamía con la lengua, atrevida y valiente.

Chufeng, que no podía ver nada, se dejó llevar por la intensidad de cada una de aquellas caricias, y cuando sintió que ella se colocaba sobre su miembro y luego se dejaba caer sobre él, introduciéndolo en su interior, soltó un gruñido.

La dejó cabalgar sobre él, moverse a su antojo, encontrando el ritmo y el lugar que más placer le provocaba. Él se asió con fuerzas a las barras de metal del cabecero, los ojos vendados por el pañuelo de Eliette, mermado en uno de sus sentidos, pero deleitándose ante cada una de las emociones que experimentaba. Sus oídos agudizados percibían cada gemido de ella mezclado con los que se le escapaban a él mismo y que había dejado de controlar en algún momento. Siempre había tratado de contenerse, emitía algún gruñido de satisfacción o se mordía el labio para que de su boca no escapara nada, como si así no se expusiera tanto ante sus amantes y mantuviera el poder de la situación. Pero con Eliette era diferente. Estaba a su merced. Tanto en cuerpo como en alma. Pronto sintió que el interior de aquella mujer se tensaba alrededor de su miembro y luego temblaba estallando en un orgasmo en el que ella gimió y pronunció su nombre.

Acto seguido, se quitó el pañuelo de los ojos para contemplarla. Su cuerpo pálido y pecoso estaba cubierto de sudor y enrojecido por las caricias y el rubor. Segundos más tarde, la asía por la cintura y salía de ella, que protestó un poco.

—Esto no ha acabado aún. —Descendió del lecho rápidamente, la asió de nuevo por la cintura, la hizo girar, apoyó sus rodillas sobre el borde de la cama, le abrió las piernas y entonces se colocó tras ella.

Ella gimió en cuanto notó que se inclinaba y lamía su espalda mientras que con sus manos agarraba sus pechos. Con las yemas de sus pulgares acarició las puntas erguidas y ella volvió a gemir, presa del placer. Chufeng deslizó la boca por la piel de su espalda, lamiendo algunas zonas. Notaba que a ella se le ponía el vello de punta y que los gemidos se intensificaban. Lo hicieron aún más cuando él colocó una de sus manos en su cadera mientras que con la otra orientaba la punta de su miembro a su entrada, que notó húmeda. Unos segundos más tarde hundió su miembro en el pasaje caliente y mojado de Eliette, que se arqueó mientras aferraba las manos a las mantas.

Chufeng llevó las dos manos a las caderas de aquella mujer y se

alejó un poco, separándose de ella. Luego embistió de nuevo, una y otra vez, aumentando la fuerza y el ritmo sin pausa, guiado únicamente por los gemidos de ella, que suplicaba más. Hasta que finalmente no pudo contenerse, así que salió de su interior con rapidez y terminó fuera.

Capítulo 48

Un repentino aguacero cayó sobre Haosen cuando abandonó la consulta. Se le había hecho tarde redactando unos informes de unas autopsias, e inmerso como estaba en el trabajo, no había sido consciente ni de la hora que era ni de que la lluvia había bañado Shanghái. A medida que se acercaba a los brillantes neones de los edificios del Asentamiento Internacional fue pisando charcos, ya que era casi imposible evitarlos, puesto que el agua tardaba bastante en filtrarse y se acumulaba, reflejando en pequeños lagos sobre la calzada los brillos y las fachadas de aquella zona, como un mundo tambaleante.

Cuando llegó al apartamento que compartía con Bei, fue consciente de que llevaba semanas acudiendo allí cada noche, al igual que el militar, que no había fallado ni una sola vez.

Se quitó los zapatos y se desanudó levemente el nudo de la corbata. Luego recorrió el lugar hasta el dormitorio y se sentó en un lado del lecho, frente al balcón.

Tal vez alguna de aquellas noches, uno de los dos no acudiera a aquel lugar. Los tiempos estaban cambiando, enrareciéndose. Haosen había notado ciertas cosas en la consulta y le habían llegado rumores. Del norte, de la guerra, de Japón, de las tensiones y las escaramuzas en los clubs entre nativos y nipones.

El líder del país y su esposa estaban lejos, en Nankín, enviaban mensajes por la radio y aparecían en los periódicos, pero en el ambiente flotaba la incertidumbre.

¿A qué tendría que enfrentarse en un futuro? Ahora sentía que tenía a alguien a quien perder, pero no habían hablado de eso. No habían sido claros con respecto a sentimientos. Las noches de placer y sexo habían sido intensas y largas, hasta que caían exhaustos en brazos del otro, pero no las acompañaban con palabras ni con promesas.

Bei le había dicho que esperaba que lo amara con intensidad, con todo su corazón. Y vaya si lo hacía. Pero nunca se lo había dicho abiertamente. Entregarse a él era lo único que podía permitirse, porque lo demás era soñar, y a Haosen se le daba mal anhelar cosas. Sus sueños siempre habían sido como agua entre sus manos,

escapándosele entre los dedos.

Amar a Bei, ser correspondido y que encontraran una forma de permanecer juntos en un mundo y en una ciudad como aquella siendo quienes eran suponía el sueño más loco e imposible de los que había tenido en toda su vida.

Cuando escuchó que la puerta se abría y respiró aliviado de que él regresara también a su lado aquella noche, lo supo con certeza.

Bei atravesó el umbral y Haosen se percató de que la lluvia lo había empapado más que a él. Llevaba el cabello apelmazado, con dos mechones mojados sobre la frente, la ropa —una camisa blanca y un pantalón negro adheridos al cuerpo—; y la piel del rostro, en ese tono tostado, lucía brillante. Como no había encendido las luces, lo que los iluminaba eran los neones de los edificios que rodeaban aquel apartamento, envolviéndolos en un mundo de colores oscilantes.

Fue en ese instante cuando todo lo que sentía por él lo invadió de golpe y se sintió sobrecogido, incapaz de mantenerle la mirada.

Solo quería decirle lo que sentía. Su anhelo más profundo.

«Encontremos una forma de estar juntos para siempre». Pero para ello Haosen tenía que ser valiente, y lamentablemente, nunca lo había sido.

—¿Qué sucede? —le preguntó Bei acercándose. Se sentó a su lado, pegado a él, pero Haosen no se atrevió a mirarlo—. ¿Ha pasado algo en la consulta?

El doctor bajó la cara. Tenía todas las emociones dando vueltas por su corazón, todas esas cuerdas que a veces lo apretaban y lo dejaban sin respiración, entretejidas con el hilo del destino que los había unido. Sabía cómo se sentía, pero no se atrevía a decirlo en voz alta.

—Haosen, ¿estás bien?

Dudó unos segundos, pero al fin se atrevió a mirarlo.

—Quizá deberíamos dejar de venir aquí.

Notó que Bei agarró su brazo con cierta contundencia. Sabía lo que pretendía, que no siguiera por ahí, que no iniciara esa conversación, porque podía llevarlos a un punto de no retorno.

Se mantuvieron la mirada durante unos segundos. El ceño de Bei estaba apenas fruncido, pero más por desconcierto que por enojo, mientras que Haosen sabía que lucía desolado, porque era así como sentía.

Estaba tan abrumadoramente enamorado de aquel hombre que había llegado a un punto en que necesitaba palabras que acompañaran a sus acciones. Pero era consciente de que tal vez nunca escucharía lo que anhelaba oír. Bei no era un hombre de esos. Era rudo, un poco bruto, vivía en ese abismo constante de la muerte, y era más fuerte e independiente que Haosen.

Durante aquel silencio, percibió que la lluvia caía sin cesar en el exterior.

—Quizá deberíamos detener esto antes de implicarnos más —susurró mintiendo, puesto que él ya lo había entregado todo: su cuerpo, su corazón, su alma. Todo lo que tenía y que aún sentía suyo se lo había dado a Bei, pero este quizá no lo sabía o no quería saberlo.

—¿Por qué volviste a por mí aquella noche en la ópera? —le preguntó entonces Bei. Durante el espacio de unos segundos, Haosen se sintió desconcertado por el cambio de tema.

—Por tu risa —confesó—. Por tus ojos. Porque me gustaste desde el primer momento en que te vi.

Quería que Bei le respondiera, pero no lo hizo, así que el silencio hirió a Haosen, que decidió luchar contra él de la única forma que se le ocurrió. Inclinó el rostro hacia el de Bei, que lo contemplaba atentamente. Poco a poco, centímetro a centímetro, deshizo el espacio entre sus bocas y le entregó un beso. Notó las manos de Bei en su pecho, empujándolo, apartándolo de él. Haosen se aferró a su cuello, devorando sus labios de una forma más posesiva y desesperada, temiendo que lo rechazara. Tras otro empujón más contundente, sus rostros quedaron separados a menos de un palmo de distancia.

Haosen se atrevió a mirar los ojos de aquel hombre, pensando que sería la última vez que los tendría tan cerca, que se avecinaba la despedida.

No obstante, lo que el militar hizo fue abalanzarse contra su boca.

Haosen notó las manos de Bei en su cuello, luego en su cabello; y antes de que fuera consciente de cómo había pasado, Bei se había colocado a horcajadas sobre él. Se separaron brevemente para mirarse, para notar la respiración acelerada del otro en sus rostros, y luego Bei se hizo con el control de todo. Le entregó y robó a Haosen besos de todo tipo, exigentes, posesivos, demandantes, pero también lentos. Dejó que el doctor le quitara la camisa y luego él le desató por completo la corbata y soltó los botones de su camisa. En cuanto estuvieron piel contra piel, mientras compartían besos y caricias, Haosen se perdió en todo lo que aquel hombre y su boca experta sabían hacerle. Siempre tenía esa sensación de que Bei se demoraba en hacerle sentir el placer más absoluto como forma de demostrarle lo que sentía. Pero en aquella ocasión, además, entre beso y beso, Bei se detenía y lo miraba a los ojos.

Cuando se colocó sobre él, ambos desnudos, lo besó a conciencia y luego se detuvo. Inclinó su cabeza, colocando su frente sobre la de Haosen, la punta de la nariz de ambos tocándose, mientras con una mano acariciaba su mentón. Haosen notaba los músculos y las cicatrices de la espalda de Bei bajo las yemas de sus dedos, su erección

junto a la suya. Era el preludio de otro episodio de sexo, pero todo parecía distinto. Más íntimo. Más incluso que la primera vez.

—No vuelvas a sugerir que dejemos de venir a este lugar —le ordenó en un susurro—. ¿De acuerdo?

—Pero… —intentó rebatirle, mas sintió los labios de Bei iniciando un recorrido por la piel de su pecho, besando la cicatriz de la bala. Luego continuaron hacia su vientre, lamiendo y mordiendo.

No intercambiaron palabras aquella noche. Y Haosen quiso creer que había sido, de alguna forma, distinto.

***

La madrugaba quedaba lejos, por lo que Eliette y Chufeng aún tenían muchas horas por delante para seguir en su refugio. Él se había quedado dormido brevemente, ante lo que ella aprovechó para abandonar el lecho, colocarse su camisón de seda y recorrer el dormitorio de aquel hombre.

Descalza, sus pasos la llevaron hasta el ojo de buey situado al otro lado de la estancia. Lo abrió y permitió que el aroma de la ciudad la golpeara. Había empezado a llover ligeramente y el olor de la lluvia se mezclaba con los aromas de la ciudad en verano, mitigándolos. El clima era diferente al de su ciudad natal, por supuesto. El calor era más húmedo, se adhería a la piel constantemente, aunque aquellas lluvias ayudaban a soportarlo.

Era el primer verano que estaba lejos de su hogar desde que de adolescente veraneaba en Francia. ¡Cuánto había cambiado todo desde entonces! El mundo ya no era el mismo. Ni su país ni sus gentes tampoco lo eran. Eliette también había cambiado. Shanghái la había transformado.

Después de la muerte de sus padres, su abuela la había criado sin titubeos, sin venirse abajo en ningún momento a pesar de lo repentino de aquella pérdida, a la que siguió la de su esposo. Desde entonces, Eliette siempre había sentido que no estaba a la altura de tanta fortaleza, que en el fondo era débil y se avergonzaba porque siempre temía que las circunstancias la derrotaran.

Lo cierto era que esas circunstancias habían llegado, arrasando con todo lo que conocía hasta ese momento, y ella había podido encajarlo, mutando, adaptándose.

Ni siquiera quedaba nada de la mujer que había subido al crucero en Trieste y lloraba a escondidas en la cubierta.

Ahora, en el exilio, había demostrado ser fuerte y valiente. No había sido fácil, por supuesto. Ni adaptarse a una ciudad extraña ni al duro trabajo en la enfermería, donde la violencia en sus diversas formas aparecía ante sus ojos cada día.

Enamorarse tampoco había sido sencillo, por los miedos de Chufeng y los suyos propios, por la incertidumbre que siempre los envolvía; pero ahora, en aquella buhardilla, estaba segura de que anhelaba pasar el resto de su vida junto a aquel hombre.

Sabía que su hogar era Shanghái.

—¿Eliette? —La voz de él le llegó somnolienta.

—Estoy aquí —respondió regresando junto a él.

Chufeng se incorporó en el lecho, se desperezó y la miró. Vestido solo con unos pantalones negros, estaba despeinado y cansado, pero incluso así le pareció perfecto.

—Me he quedado dormido.

—Sí —le dijo ella, sonriendo—. Aún faltan horas para que amanezca, así que puedes seguir descansando.

—No quiero —dijo él extendiendo los brazos hacia ella—. Quiero estar contigo aquí.

Eliette dejó escapar una pequeña carcajada.

—No me voy a ninguna parte, pero me gustaría escuchar una canción en ese gramófono que tienes ahí —dijo señalándolo.

—Es música china. De una cantante llamada Zhou Xuan. Es una de las grandes estrellas de la ciudad. —Chufeng bajó del lecho, se acercó al gramófono y lo encendió, colocando la aguja sobre el vinilo. Tras unos instantes, una voz aguda pero elegante comenzó a sonar, acompañada de instrumentos tradicionales—. Iba a regalárselo a Haosen, pero no me habla, así que...

—Lo he notado. Las cosas en la comisaría están un poco tensas.

—Sí, bueno, él es un maldito cabezota, y yo otro, así que...

—Intervendré. No te preocupes —le dijo ella, colgándose de su brazo—. No podéis perder todos vuestros años de amistad por no hablarlo.

—Ni siquiera sé dónde se aloja. Ha dejado la mansión de su padre y no me lo ha comentado. Se supone que tengo que velar por él.

—Haosen es un hombre adulto. Ya no es el niño que protegías hace años. Estará bien. Además, su mansión era muy siniestra. Seguro que ha encontrado un lugar mejor donde quedarse.

—Con su fortuna, no es difícil, desde luego.

Quiso contarle lo que sabía de Haosen, pero no lo hizo. Sabía que no le correspondía revelar a quién amaba su amigo. Estaba segura de que el militar que lo había llevado aquella noche, herido, a la comisaría y él tenían algo más que amistad, y que probablemente pasarían las noches juntos, pero esas suposiciones se las quedó para ella misma.

En su lugar, le tendió los brazos a Chufeng y dijo:

—¿Por qué no bailamos?

—¿Y este cambio de tema tan repentino?

—Nunca he bailado —reconoció ella—. Y cuando hemos ido al Paramount tampoco lo hemos hecho, así que me preguntaba qué tal se le da al inspector de la policía de la brigada china el baile...

Chufeng esbozó una sonrisa tímida al tiempo que avanzaba hasta ella. Antes de que pudiera darse cuenta, él la asía y la estrechaba contra sí. Como no llevaba camisa, notaba el calor de su torso contra ella, y volvió a sentir que su cuerpo se incendiaba ante aquel contacto. Él, ajeno a ello, colocó su mano izquierda en la cintura de Eliette mientras que entrelazaba los dedos de la mano derecha con los de ella, sosteniéndola con firmeza en el aire.

—Coloca tu otra mano en mi hombro —le explicó.

Ella asintió, un poco aturdida, y obedeció. Cuando Chufeng comenzó a moverse, Eliette se dejó llevar, a pesar de lo torpe que se sentía.

—Tienes que mirar a tu compañero de baile, no tus pies —le dijo él sonriente.

—De acuerdo, lo intentaré.

Por supuesto, fue un desastre. Tropezaron varias veces, Eliette fue incapaz de seguir el ritmo, pese a lo sencillos que eran aquellos pasos, pero se rieron muchísimo.

Se deleitó en la risa de Xiao Chufeng. Sonaba libre, un poco ronca, y vibraba en su pecho; y cuando reía, además se le dibujaban unas arruguitas en el contorno de sus ojos, que se transformaban en medias lunas tumbadas.

Quiso decirle muchas cosas. Pero simplemente se limitó a mirarlo, a disfrutar de aquellos instantes, de la voz tambaleante que venía del gramófono, del calor del cuerpo de aquel hombre contra el suyo, y de esos momentos de felicidad completa, ya que era la mayor que había experimentado en toda su vida.

Capítulo 49

Decidido a tomar las riendas de su propia vida, Haosen preguntó a su contable a cuánto ascendía la dote que el padre de Mai había entregado. Para su sorpresa, no era una cuantía muy elevada y, dada su riqueza, no le suponía ningún problema devolverla. Así que eso ordenó que se hiciera.

Estaba a punto de abandonar el despacho del señor Zhang cuando descubrió que Chufeng accedía a la estancia.

A lo largo de aquellos meses, pese a trabajar juntos, la relación entre ellos seguía siendo fría. Haosen tan solo le hablaba para lo estrictamente necesario y el inspector lo aceptaba agachando la cabeza.

A veces, Haosen odiaba aquella sumisión, porque era la misma con la que se había criado como hijo del poderoso señor Chen. Inaccesible, intocable y lejano. Y eso le hacía recordar los primeros años que pasaron juntos, cuando la Banda Verde lo asignó como su guardaespaldas y Haosen, que había crecido siendo un niño protegido y solitario, solo quería un amigo. No fue hasta que encontraron a su madre muerta cuando estrecharon lazos. Nunca olvidaría que fue Chufeng el que ayudó a bajar, con cuidado, el cuerpo de su *muma*, ayudado por el mayordomo jefe, mientras que él, paralizado, no quería creer lo que sus ojos veían.

—¿Qué sucede? —preguntó intentando mantener a raya los recuerdos de aquella noche.

—El señor Du quiere verte.

Haosen esbozó una sonrisa amarga. Había estado esperando ese momento desde su retorno, así que no se sorprendió. Como tampoco por el hecho de que fuera Chufeng el que se lo transmitiera.

—¿Dónde vamos?

—A Pudong, a una de tus hilanderías.

No había visitado aquella zona de la ciudad, al este del río, desde que era adolescente. Era un lugar donde se hallaban los almacenes, las

fábricas y algunos campos de arroz que abastecían a toda la ciudad.

—Perfecto —dijo intentando que no se notaran sus nervios—. Pues no lo hagamos esperar más.

Después de recorrer el Asentamiento Internacional, tomaron un sampán con el que cruzaron el Huangpu. Un coche los esperaba junto a la orilla para conducirlos a la hilandería.

La zona había cambiado mucho en los últimos años, creciendo, pero también conservaba la miseria y la pobreza que Haosen recordaba y que podía encontrar con solo echar un vistazo.

La hilandería Chen se alzaba imponente, un edificio de ladrillo gris con pequeñas ventanas y un gran portón vigilado por dos miembros de la Banda Verde, que se aseguraban de que no hubiera motines ni problemas en su interior.

Haosen, que aquella misma mañana había repasado los libros de cuentas con su contable, sabía que aquel negocio seguía generando grandes cifras, a pesar de la competencia japonesa, que se había establecido recientemente en la ciudad empleando mano de obra más barata.

Imaginó también que la presencia de la Banda Verde obedecía a aquello. Al suponerles una gran fuente de ingresos, no podían permitir ningún boicot japonés en el lugar.

Descendieron del coche y no tardó en ver al señor Du. Estaba, siempre acompañado de varios hombres armados, a un lado del portón, vestido con un traje tradicional en tono azul marino.

En cuanto llegó frente a él, lo saludó con el mayor de los respetos, inclinándose, puesto que estaba ante el hombre más poderoso de aquella ciudad.

—Joven Chen —lo saludó él con cierto afecto en la voz—, cuánto tiempo.

—Así es, señor Du —le dijo cabizbajo—. Espero que se encuentre bien.

—Sí, lo estoy, gracias. Y tú también pareces gozar de buena salud. Al igual que tus negocios.

—Gracias, señor, aunque eso último se lo debo a usted, que se ha encargado de su protección y cuidado durante mi ausencia.

—Hice un trato con tu padre hace muchos años y, dado que sigue siendo conveniente, lo mantengo —dijo aquel hombre al tiempo que se acercaba a Haosen.

—¿Quiere que hablemos de las condiciones de ese trato? Los tiempos han cambiado, quizá lo acordado ya no sirva.

Cuando notó la mano del señor Du sobre su hombro, sintió que el corazón se le detenía un latido. Era el mal personificado, sabía cómo trataba a sus enemigos y también era consciente de que perder su

favor suponía la muerte.

—No, no te preocupes por eso. Tus hilanderías continúan siendo prósperas y siguen mereciendo nuestra protección. De lo que quería hablar es de tu compromiso.

Haosen sintió que se tensaba y que el aire se negaba a entrar en sus pulmones.

—Sé, además, que el señor Ling te dio una paliza porque intentaste romperlo.

—Señor Du —comenzó a decir Haosen nervioso—, no estaba enterado de mi compromiso con la señorita Ling y no deseo que continúe.

—Lo sé, lo sé. Tu padre lo acordó sin consultarme tampoco. Y, pese a que el señor Ling posee un gran banco en los almacenes Sihang, nadie puede tocarte. Esta noche, Chufeng se encargará de hacérselo saber.

Procuró no pensar en lo que su amigo le haría a aquel hombre, aunque lo imaginaba. No era la primera vez. Sabía que Chufeng trataba de no ensuciarse las manos desde hacía algún tiempo, pero siempre le tocaba en lo que respectaba a él.

—Señor Du, entonces ¿me permite romper ese compromiso con la señorita Ling?

—Por supuesto, Haosen —le respondió aquel hombre con un tono relajado—, no tienes ese tipo de obligaciones con nosotros.

Haosen apretó los dientes. Estaba seguro de que el señor Du tenía algún tipo de rencilla personal con el señor Ling y pretendía quitárselo de en medio.

—¿Es eso cierto?

El señor Du se echó a reír. Se acercó más a Haosen, que seguía cabizbajo, y le dijo al oído con un tono lúgubre a la vez que divertido:

—Ese maldito bastardo ha dejado que capital japonés entre en su banco. ¿Crees que permitiría que el heredero de las mayores hilanderías de Shanghái contrajera matrimonio con la familia de un perro cercano al Mikado?

Haosen asintió al comprender que siempre había una razón para todo lo que la Banda Verde hacía y que, tal y como sospechaba, seguían teniendo un elevado nivel de control en su propia vida.

Su padre ya no estaba, pero con su muerte no se habían cortado sus lazos con el inframundo de Shanghái y nunca lo harían.

—Le agradezco su consideración, señor Du. Gracias por velar por mí todo este tiempo.

Aquel hombre ejerció una presión en su hombro, clavándole los dedos con tanta fuerza que Haosen supo que le iba a dejar una marca, soltó una risotada y se marchó junto a sus hombres.

Solo cuando escuchó que el coche se alejaba, se atrevió a levantar la cara. Su amigo estaba detrás de él, contemplándolo con gesto serio.

—¿Vas a matar al señor Ling?

—Sabes que sí.

A Haosen se le dibujó una sonrisa en la cara, y antes de que fuera consciente de cómo escapaban de sus labios, se encontró diciendo las siguientes palabras:

—¿Y eso tienes pensado contárselo a Eliette, *Demonio del muelle?*

Capítulo 50

Pese a las miles de luces que iluminaban el Asentamiento Internacional, siempre había callejones oscuros donde esconderse. En ellos, agazapados entre las sombras, Chufeng y sus hombres aguardaban a que el muchacho que estaba siguiendo al señor Ling les diera la señal de que abandonaba el casino. Entonces podrían atacarlo.

El plan era fácil y lo habían llevado a cabo tantas veces que había perdido la cuenta.

Sin embargo, esa noche, tras escuchar de la boca de su amigo su apodo, que hacía años que no oía, Chufeng se sentía mezquino y se odiaba a sí mismo por lo que era, por lo que llevaba haciendo toda su vida.

Apuró un cigarrillo y apoyó la cabeza en la pared, cerrando por un momento los ojos. Desde que era inspector, había procurado no matar a nadie a sangre fría. Siempre daba la orden a algún subordinado, incluso cuando se trataba de torturar en la comisaría, y solo había matado si era estrictamente necesario para defender a los suyos, como la noche que se cargaron a Lei.

Pero en esa ocasión el encargo era para él. De boca del señor Du, lo que lo volvía intransferible.

Significaba que confiaba en él, en su pericia matando, pero también era una manera de demostrar su lealtad.

Y antes ni siquiera hubiera dudado, pero ahora quería ser mejor hombre.

Alguien a la altura de Eliette.

Se había engañado a sí mismo olvidando quién era realmente. El «Demonio del muelle», cuya lista de atrocidades cometidas era imperdonable.

La voz que escuchaba a veces, la de sus pesadillas, inundó su mente: «Xiao Chufeng, ¿por qué lo hiciste?».

¿Por qué? ¿Por qué? Porque no le quedaba más opción. Porque sus hermanos jurados eran todo lo que conocía; porque su jefe le había dado la posibilidad de tener una buena vida.

Porque estaba vivo por los muchos crímenes que había llevado a

cabo.

Nadie abandonaba la Banda Verde, así que sabía lo que eso significaba. Apuró el cigarro, lo lanzó a sus pies y lo apagó con la punta de su bota.

El joven Bai Zonghi, de trece años, apareció por el callejón y se le acercó. Era un muchacho listo, pero enjuto y mal desarrollado por el hambre que pasaba a diario, a pesar de las monedas que robaba y las que Chufeng le hacía llegar por sus servicios prestados.

—Ya ha abandonado la mesa de juego. Su coche está aparcado en la acera opuesta al casino de la señora Lu.

—Bien, perfecto. Gracias, chaval —dijo al tiempo que dejaba caer varios dólares de plata en la mano del chico, que se escabulló de nuevo a la transitada calle del Asentamiento.

Chufeng hizo un gesto a sus compinches para que tomaran posiciones.

Cada uno tenía una misión que cumplir para que todo funcionara a la perfección.

El inspector abandonó el callejón y se apostó junto a una farola, encarado a la puerta del casino. No tardó en ver a su objetivo, que salía borracho y del brazo de Niao Niao.

Chufeng apretó los dientes. De todas las noches, tenía que ser aquella, y con ella presenciándolo.

Sabía que era su mayor benefactor y que estaba a punto de convertirla en segunda señora, pero eso ya no iba a suceder.

Y a él no debía importarle.

Niao Niao ayudó a su amante a entrar en el coche, lo despidió afectuosamente desde la puerta y luego se encaminó a la entrada del casino, donde se detuvo para decirle «adiós».

El coche arrancó, pero tuvo que detenerse con brusquedad cuando Lao se echó sobre el capó, simulando que estaba borracho.

Se escuchó el claxon, protestas del conductor, y luego todo sucedió muy rápido. El coche, rodeado por los hombres de Chufeng, que rompieron los cristales para sacar al chófer. El banquero, aterrorizado, saltaba del vehículo, tambaleándose borracho por mitad de la calle, evitando otros coches y algunos *rickshaws*. Hasta que llegó a la altura donde se encontraba Chufeng, que avanzó hacia él por su espalda. Lo agarró con fuerza, inmovilizándolo al tiempo que le decía al oído:

—Un mensaje de parte del señor Du: espero que el dinero japonés haya valido la pena.

Y luego, apenas unos instantes después, rebanaba su cuello con su navaja con un corte limpio y preciso.

Se apartó de su víctima, que cayó de rodillas frente a él, llevándose las manos a la herida, por la que la sangre escapaba a borbotones.

A su alrededor, carreras, gritos de terror y caos.

Miró el filo de su navaja, por la que chorreaba sangre. La luz de la farola la hacía brillar, insoportablemente roja.

En ese momento, alzó la cara, dispuesto a evaluar la situación para huir, y la vio.

A unos metros, al otro lado de la calzada, junto a su hermano, estaba Eliette, que lo miraba, horrorizada.

El apodo que le pusieron cuando tenía doce años volvió a su mente con rapidez y repiqueteó con la intensidad de una campana.

«Demonio del muelle». «Demonio del muelle».

«Demonio… del muelle».

Incapaz de mirarla por más tiempo, bajó los ojos, se metió la navaja en el bolsillo y echó a correr hacia las sombras junto a sus compinches, que se reían y vanagloriaban de lo fácil que había sido todo.

Un coche los aguardaba no muy lejos de aquella zona para facilitar su huida y su regreso a la Concesión francesa. Una vez allí, Chufeng y los suyos fueron recibidos en la mansión del señor Du, que aceptó la navaja ensangrentada como prueba de lo que habían hecho.

Su jefe lo felicitó estrechando sus manos, y los obsequió con dinero, whisky y puros de importación. Chufeng aceptó aquello, puesto que no podía permitirse rechazar cualquier detalle del señor Du.

No obstante, en cuanto pudo, se despidió de todos y abandonó la mansión. Los remordimientos lo estaban devorando a grandes bocados. Pero ¿por qué? Si no era distinto a lo que había hecho otras veces, si sabía de quién eran las manos que ceñían su correa y estaba dispuesto a todo por demostrar su lealtad, ¿por qué se sentía tan sucio?

Cuando llegó a la puerta de su casa, la respuesta a todo estaba allí, esperándolo de pie junto a la verja.

Eliette, con un vestido verde claro de flores y unos zapatos claros. Demasiado limpia para estar allí, demasiado brillante para un lugar como aquel, demasiado pura para alguien tan indigno para él.

—Chufeng —comenzó a decir.

Él se acercó a ella, pero no la miró. Una vez que llegó a su lado, tampoco lo hizo, se limitó a asir la verja y a empujarla.

—Chufeng.

Él alzó la cara, incapaz de mirarla. No quería ver su expresión. Fuera cual fuera: horrorizada, devastada, triste o asqueada. Él no quería ni soportaba verla.

—Estoy cansado, Eliette —se limitó a decir, al tiempo que empujaba el metal, que crujió al moverse, y atravesó el umbral. Pensó que ella lo seguiría, pero no lo hizo.

—Lo has matado delante de todo el mundo.

Chufeng, que ya había comenzado a cruzar el sendero hasta su puerta, se detuvo.
—Sí —respondió sin girarse—. ¿Has venido a juzgarme?
—No, solo es que... Yo no sé...

—Te lo dije —soltó él, que notaba que un extraño nudo se había instalado en su garganta—. Lo que soy, lo que hago para vivir. También te dije que no me idealizaras, porque me acabarías teniendo miedo.
Ella no respondió, y Chufeng notó que su corazón se estremecía ante un dolor desconocido y cruel que llenó todo, cada parte de él mismo, sacudiéndolo tan fuerte que no sabía cómo seguía de pie.
—Te intenté alejar para que no llegara este momento.
—¿«Este... momento»? —la escuchó decir y percibió que su voz le temblaba.
—Sí, el momento en que todo terminaría.
—¡Chufeng! —dijo ella, abriendo la verja. Llegó hasta él, notó que lo agarraba con las manos por la camiseta, ante lo que él se sacudió, apartándose con brusquedad—. ¿Qué me estás diciendo?
—Terminemos esto —soltó con rudeza, incapaz de mirarla, pese a que percibía los cambios en la respiración de Eliette detrás de él.
—¿Por qué?
—Porque estoy cansado de no sentirme suficiente.
—Pero, Chufeng...
—Tú mereces algo mejor —la interrumpió él—. Y yo no quiero sentirme como me siento ahora mismo cada vez que te mire.
No esperó a que ella dijera nada más, puesto que no podía soportarlo. En un par de zancadas, se plantó ante su puerta, la abrió y entró en casa; y aunque sabía que no debía mirarla, se desobedeció y lo hizo, permitiéndose un último vistazo a su cabello suave, a su vestido de flores y a sus enormes ojos, por los que se derramaban lágrimas.

***

¿Qué podía hacer Eliette si él acababa de abandonarla? Se quedó un buen rato allí parada, sobre el sendero frente a su *shikumen*, incapaz de moverse ni de decir nada. Y ese había sido el problema, que había estado tan consternada ante lo que había visto que no había sido capaz de hablar, de explicarse.
Estaba confusa, porque aunque siempre había creído saber quién era Chufeng, nunca lo había visto matar a nadie.
Y, ahora, tenía que encajar esa verdad y esas imágenes en algún lugar de su corazón, pero no sabía dónde.
Conocía sus cicatrices, lo había visto llegar ensangrentado a la

comisaría, sabía que en ocasiones habían torturado a culpables en aquel mismo lugar, pero todo era demasiado lejano. Como si perteneciera a un pasado que Chufeng había dejado atrás.

En ese momento, no obstante, descubría lo que ya debía haber sabido hacía tiempo. Que Chufeng, lejos de la comisaría, lejos de su buhardilla, sesgaba vidas por encargo.

Que ese era el precio de su lealtad.

Y aunque lo sabía, no era lo mismo imaginarlo que verlo ante sus propios ojos junto a su hermano, que había sufrido una crisis nerviosa a continuación, sin duda abatido por los recuerdos de lo sucedido en Múnich antes de su huida.

Como había podido, lo había llevado de regreso a casa, mientras ella aguantaba la situación con estoicismo. Y ahora, Chufeng, avergonzado, acababa de abandonarla.

Después de todas las promesas que se habían hecho en ese pequeño mundo que habían construido, él había sido capaz de destruir todo con unas pocas palabras que ella comprendía. Sabía cómo lo había mirado después de verlo matar a aquel hombre.

No había podido evitar el horror, pese al tiempo que llevaba en aquella ciudad y pese a lo que creía saber de él.

En una ocasión, meses atrás, él le había dicho que Shanghái la transformaría, que era lo que tenía que hacer para sobrevivir.

Pero ahora pensaba que si no se permitía sentirse consternada ante la muerte, a pesar de todo lo que había visto y vivido, dejaría de ser humana.

Y eso, junto a un corazón que siempre amaría a aquel hombre, era lo único que aquella metrópolis no podía arrebatarle.

Capítulo 51

Haosen tomó un *rickshaw* hasta el Asentamiento Internacional dispuesto a regresar al apartamento cuando se dio de bruces con Lu Xun, un joven que había conocido en el Cathay, aquella noche que el viejo Ling le dio una paliza.

—¡Señor Chen! —lo abordó sonriente—. ¿Cómo se encuentra?

—Bien —respondió el doctor, mientras se colocaba con esmero el sombrero fedora—. ¿Y usted, señor Lu? Nos vimos hace unos meses y recuerdo que me comentó que estaba buscando trabajo.

—¡Sí! He encontrado en la sede del banco del señor Sassoon, aquí en el Asentamiento Internacional.

—¡Eso es fantástico, enhorabuena!

—Sí, estoy muy satisfecho. Y pagan bien. Por eso me gustaría invitarlo a algo. La otra noche quise conocerlo en mayor profundidad, pero no fue posible.

Haosen titubeó. ¿Debería aceptar aquella invitación de alguien con el que había cruzado apenas unas frases en una de las noches más aciagas que había tenido desde su llegada a la ciudad? Pero luego pensó que le vendría bien tener una coartada en el caso de que al señor Ling le sucediera lo que imaginaba. El señor Du se ocuparía de cubrir todo, como siempre, pero más le valía estar seguro, para evitar problemas posteriores.

—Me parece una idea genial. ¿Dónde quiere que vayamos?

—¿Una copa en el Paramount? No está lejos de aquí.

Haosen aceptó, agradecido, y un rato después se encontraban en una de las mesas de la primera planta, desde la que podían contemplar perfectamente el escenario, en el que unas bailarinas danzaban al ritmo de una melodía animada.

—He oído —le dijo su acompañante cuando ambos se hallaban frente a la primera copa— que ha roto su compromiso con la señorita Ling.

—Sí, así es. He devuelto la dote —respondió procurando no pensar en el destino del padre de la muchacha, que a esas horas ya estaría sellado—. Para mí resultaba inconcebible, en estos tiempos, un

matrimonio concertado.

—Pero aún se siguen celebrando.

—Así es. ¿Sus padres también le han organizado uno?

—Para mis padres, como segundo hijo que soy, nunca he sido tan importante —confesó Lu Xun esbozando una sonrisa amarga—. Así que supongo que soy un afortunado. Los primogénitos difícilmente tienen control sobre sus propias vidas.

Haosen asintió, dándole la razón. No era muy mayor cuando comprendió aquella verdad, y así había sido cada uno de los días de su existencia, salvo los tiempos en los que estuvo en Londres. Y quizá aquellos últimos días durante las horas que compartía con Bei en aquel apartamento que habían hecho suyo y en el que habían compartido sexo, whisky y risas.

Ahora, además, libre del yugo del compromiso, podía saborear cierta sensación de libertad que le daba mucho miedo, porque sabía que terminaría. De alguna manera u otra.

Pero aquella noche iba a disfrutarla.

Para su sorpresa, la conversación con aquel hombre avanzó, y Haosen descubrió que también había estudiado fuera, en París, y que le gustaba la literatura y el arte, igual que a él. Compartieron recomendaciones. Byron, William Blake, pero también Balzac o Victor Hugo.

Antes de que pudiera darse cuenta, estaba riéndose, feliz y despreocupado. ¿Cuánto tiempo hacía que no se sentía así?

No podía recordarlo.

Por eso no fue consciente de los comensales que ocupaban el resto de las mesas hasta que la cantante, que había interpretado un jazz con una preciosa voz, bajó del escenario entre vítores y aplausos y cruzó la sala hasta una mesa que quedaba en la zona central. Aquella mujer tan hermosa acaparó la atención de todos los presentes y por eso Haosen, intrigado por ver qué sucedería a continuación, evaluó a los integrantes de la mesa frente a la que se detuvo.

Y entonces lo vio. A Bei. Rodeado de otros hombres que sonreían y fumaban puros, se hallaba en el centro, sonriéndole de una forma cautivadora a la cantante, que se inclinó hacia él y lo besó en los labios ante las atónitas miradas de todos los presentes, que, acto seguido, estallaron en carcajadas y en aplausos.

—Se dice que son amantes. —Escuchó que le decía Lu Xun, del que se había olvidado por completo—. Ese condenado general ha metido en su cama a las mayores bellezas de Shanghái.

El corazón de Haosen se retorció de dolor como si le hubieran asestado una puñalada invisible. Sabía que ese aguijonazo era de celos, pero también de decepción.

¿Qué había esperado? Él mismo le había confesado que se acostaba con mujeres, pero aquellos últimos meses, en los que cada noche se habían encontrado y se habían desfogado en jornadas de sexo hasta que terminaban sudorosos y rendidos en los brazos del otro, ¿no habían significado nada para Bei?

Al parecer no. Al parecer Haosen era una más de sus conquistas.

¿Cómo había sido tan iluso de pretender ser otra cosa?

Su vida de nuevo dejaba de pertenecerle. Ni siquiera podía conseguir a alguien al que amaba. Porque esa verdad había emergido y copado su mente en ese mismo momento: que se había enamorado perdida e irremediablemente de Tan Bei.

Todo lo que no se había permitido con John se lo había entregado a este hombre.

Haosen, el ingenuo, de nuevo. El que no le importaba a nadie en realidad. Con el que todo el mundo podía jugar, colocándolo aquí y allá como si no fuera más que un títere al servicio de unos y otros.

—Haosen —le dijo su acompañante—, ¿se encuentra bien?

—Sí, sí, perfectamente —mintió sonriendo, pero notó que su expresión era tan falsa y tensa que le dolieron las comisuras de los labios.

—Bien, me alegro, porque hay algo que deseo preguntarle.

Haosen se obligó a recomponerse, a organizar los pedazos de su corazón roto y a unirlos momentáneamente para mirar a aquel hombre que le hablaba.

—Sí, dígame, ¿qué sucede?

—¿Es posible que a usted no le interesen ciertas compañías y prefiera otras?

La pregunta se abrió paso en su mente, pese a la confusión que reinaba en ella, y lo sacudió por completo, como si alguien lo estuviera zarandeando por los hombros con violencia.

—¿Qué quiere decir?

—Me gusta, señor Chen —le soltó aquel hombre—. Y después de esta velada con usted, me atrae todavía más. Así que me preguntaba si me daría una oportunidad de ganar su corazón.

Haosen abrió la boca, pero de ella no salió nada. Tuvo que agachar la mirada y recomponerse, porque de todo lo que esperaba oír, lo que no imaginaba era que alguien se le fuera a declarar.

—Bueno, lo cierto es que… Yo…

Cuando alzó la cara, sus ojos volaron de nuevo a la mesa donde estaba Bei y se lo encontró observándolo. No sabía si antes de aquello había sido consciente o no de su presencia, pero en ese instante, a pesar de la distancia, apreció la tensión en la mandíbula de su amante y cierta contrariedad en sus ojos. O quizá no. ¿Qué sabía él? Ya no estaba seguro de nada.

Ya no quería estar seguro de nada. Sobre todo de sus sentimientos por él. Quería minimizarlos hasta hacerlos desaparecer. Que fueran tan pequeños que cupieran en una caja para arrojarlos al Huangpu y que se hundieran en sus fangosas aguas.

Sabía también que para ello tenía que alejarse de Bei y eso empezaba por abandonar aquel apartamento en el que había creído encontrar un hogar y mucho más.

—Supongo que podemos conocernos un poco mejor —le respondió a aquel hombre, que lo miraba expectante—. ¿No cree?

Su acompañante sonrió feliz; y cuando lo miró, detectó en sus ojos el deseo hacia él, ante lo que Haosen solo pudo agachar la cabeza.

¿Por qué le había respondido algo así? Los celos habían hablado por él, pero quizá tenían razón. Tal vez la forma más efectiva de olvidar a alguien era meter a otro entre sus sábanas.

Cuando el camarero les trajo dos nuevas copas de whisky, tomó la determinación de dejar en manos del alcohol lo que sucediera a lo largo de las siguientes horas.

Sin embargo, cuando llevaba media copa, escuchó la voz de Bei demasiado cerca de él.

—Haosen —lo llamó con un tono que sonó demasiado férreo, lleno de advertencia.

El médico ladeó la cara deliberadamente despacio, buscando aquellos ojos oscuros. Tal y como imaginaba, su expresión era severa.

—Señor Tan —le dijo con una voz que sonó cantarina, llena de hipocresía—, buenas noches. ¿A qué debo este honor?

Apreció la manera en que la tensión llenaba cada centímetro del cuerpo de aquel hombre, que apretó las manos, convertidas en puños junto a sus caderas, y alzó el mentón.

—Mi reunión ha terminado —le dijo—, así que me gustaría que me dedicara un poco de tiempo. Ahora.

Haosen le apartó la mirada, sin dejar de sonreír, y asió su copa.

—¿Ahora? Me temo que estoy ocupado.

—Me temo que no —respondió con una brusquedad que a Haosen lo sorprendió tanto que no pudo evitar deslizar sus ojos de nuevo hasta él. Lo encontró haciéndole un gesto a Lu Xun para que abandonara su asiento—. El señor Lu se marcha ahora. De inmediato.

—Señor Tan, no tenemos el placer de conocernos —le replicó su acompañante—, ¿a qué se debe esta descortesía por su parte? No tengo intención de alejarme del señor Chen mientras estemos disfrutando de esta velada.

—Está bien —respondió Bei, con una sonrisa helada, que a Haosen le puso los pelos de punta. Nunca había visto esa expresión en él, pero imaginó qué significaba: que estaba dispuesto a emplear la violencia si

era necesario para lograr sus fines.

—¡Espere un momento! —se apresuró a decir Haosen poniéndose de pie—. Señor Tan, hablemos a solas un instante, por favor.

Capítulo 52

Una vez que abandonaron el Paramount, Bei agarró a Haosen del brazo y lo arrastró sin ningún tipo de delicadeza hasta un callejón lateral en el que las únicas luces que los iluminaban eran los lejanos neones del edificio que habían dejado atrás.

—¿Qué sucede? —le preguntó Haosen cuando este lo soltó con brusquedad, de forma que su espalda quedó apoyada en la pared de ladrillos.

—¿Qué demonios haces con ese?

—El señor Lu es una persona interesante y culta que ha viajado al extranjero y con el que tengo mucho en común —le respondió cruzando los brazos sobre el pecho al tiempo que adoptaba una pose desafiante.

—¿Sabes que se rumorea que es comunista?

—No hemos hablado de eso, obviamente —le respondió.

Aquella fría tranquilidad en Haosen lo puso muy nervioso.

—¿Y de qué habéis hablado?

—De literatura, de nosotros, de futuro...

Lo que aquella frase implicaba estaba claro, y Bei sintió demasiadas cosas a la vez que no pudo controlar. Su primera reacción fue aproximar su cuerpo al de Haosen, arrinconándolo más contra la pared hasta que sus rostros quedaron separados por escasos centímetros.

—¿Y qué futuro puede haber para vosotros dos?

—Quién sabe. Pero al menos tiene intención de que haya uno.

Bei apretó tanto los dientes que le dolieron.

—¿Se te ha insinuado? —preguntó con incredulidad.

—¿Es que no puede?

—¡Haosen!

—A mí no me han besado en la boca esta noche, Bei, así que creo que no tienes derecho a pedirme estas explicaciones —le replicó con brusquedad.

—Claro que tengo derecho.

Haosen, con una calma que volvió a sorprender a Bei, negó con la cabeza.

—No, no lo tienes. No somos nada.

—Sabes que no es cierto —dijo colocando sus manos en la pared, a la altura de los hombros de Haosen, construyendo una cárcel invisible de la que no pensaba dejarlo escapar—. ¿O es que no te han importado los últimos meses que hemos pasado juntos?

—Quizá debería ser yo quien haga esa pregunta.

—Haosen —mascullló entre dientes—, sabes la respuesta a eso.

—Pues dila en voz alta. ¿Qué soy para ti, Bei? ¿Otro más en tu colección de amantes de todo tipo?

—Sabes que no —dijo lentamente.

—No, no lo sé, y tú no quieres ponerle nombre, así que creo que es el momento de que acabemos con nuestros encuentros.

—No.

Haosen dejó escapar una carcajada que le sonó llena de amargura, pero a la vez tan llena de decisión que Bei tuvo miedo.

Por primera vez en su vida.

—¿Qué somos, Bei? —le dijo a continuación mirándolo atentamente —. Ambos sabemos que, fuera de ese apartamento, nada; así que es mejor que nos detengamos aquí.

—No.

Quería decir más, expresarse de otra forma, pero estaba abrumado ante la idea de perderlo y no encontraba las palabras. Siempre había sido un hombre de hechos, de acción, dispuesto a morir por la causa que defendía.

Y ahora, ante lo único que realmente le importaba, no era capaz de unir dos frases seguidas para explicarle cómo se sentía.

Porque nunca le había sucedido nada parecido. Nunca se había enamorado, así que todo aquello era un terreno inhóspito para él.

—¿No? ¿Y ya está? ¿Crees que con una sola palabra tuya me acabaré doblegando a tu voluntad de nuevo? —le replicó Haosen empujándolo con tanta fuerza que lo hizo retroceder hacia atrás hasta quedar en mitad del callejón.

Se mantuvieron la mirada unos segundos. Bei trataba de encontrar el valor para pronunciar las palabras que hacía tiempo que anhelaba decir, pero todo era más difícil de lo que esperaba.

—Como veo que no tienes nada que añadir —se apresuró a decir Haosen—, te informo de que a partir de esta noche ya no me voy a quedar en tu apartamento. Regreso a la mansión de mi padre.

—¡Haosen! —dijo apresurándose a agarrarlo del brazo.

—Bei, por favor —le suplicó. Se percató de que era la primera vez que su voz temblaba desde que habían abandonado el Paramount—. No me lo pongas más difícil. No soy como tú. Y sabes que…

—¿Qué? —dijo él aproximándose. Sabía que si estrechaba la distancia, el doctor flaquearía, y necesitaba que lo hiciera, puesto que

él no era capaz de retenerlo ni tampoco quería perderlo.

Haosen bajó los ojos y guardó silencio durante unos segundos. A unos metros de ellos les llegaban los ruidos de Shanghái, las risas de aquellos que entraban o salían del Paramount, algunas notas de música, el sonido de un tranvía lejano, pero para Bei solo existía la respiración de aquel hombre, que escapó en un trémulo suspiro.

—Yo te quiero, con todo mi corazón. ¿No era eso lo que querías? Que me entregara a ti por completo, como nunca había hecho antes. Bien, pues lo has conseguido. Pero necesito más. Y tú no puedes dármelo, ¿verdad? Lo de ser el único, lo de marcharnos de esta ciudad y empezar una vida lejos. Así que al menos —hizo una pausa y alzó la cara, el dolor en sus ojos era devastador y Bei sintió que su corazón se fracturaba en miles de piezas—, déjame que encuentre a alguien que sí que pueda concedérmelo. Déjame, por una vez, elegir algo en mi propia vida.

El general no supo qué responder a aquello. Deseaba lo mismo que él, pero sabía que no era posible, no de momento, ante todo lo que se avecinaba.

—De acuerdo —le dijo al fin, con una voz que le salió quebrada, tan extraña que no parecía la suya—. Pero al menos quédate en el apartamento del Asentamiento Internacional. Ha habido un problema en el aeropuerto y es probable que pasen cosas en la ciudad, Haosen.

—Lo siento, pero no puedo estar en un sitio que tanto me recuerda a ti —replicó con tristeza. Dio un par de pasos, alejándose de él hacia las luces, hacia el final de aquel callejón.

—No he estado con ella —acertó a decir al verlo alejarse—. Ni con nadie más desde nuestra primera noche en el apartamento. Todo forma parte de lo que hago en Shanghái. Es puro teatro.

Durante unos segundos, se permitió contemplar la espalda de aquel hombre, esperando que aquellas palabras lo hicieran darse la vuelta hacia él.

—No esperaba menos de un general de la 88 que trabaja entre las sombras y las maquinaciones. Que todos a su alrededor seamos sus marionetas.

Quiso replicar, detenerlo, pero Haosen tenía razón. Su estancia en Shanghái obedecía a unas órdenes concretas de Nankín, y para ello había recurrido a manejar a unos y a otros con la maestría que lo caracterizaba.

Menos a este hombre, pero sabía que no le creería. Y, dado que no podía prometerle lo que se merecía, decidió callar y dejarlo marchar a pesar de que era probable que fuera la última vez que lo vería.

Capítulo 53

Semanas más tarde, tras una escaramuza en Fengtai, en el puente de Marco Polo, el ejército japonés comenzó a atacar las ciudades del norte, desde Wanping a Beijing, que poseía carbón y hierro, y constituía una posición estratégica que interesaba a los nipones en su afán imperialista, y estas informaciones de guerra llegaron a Shanghái.

Eliette supo de ellas a través del hermano de Nadine, con el que coincidió en una pequeña panadería situada en la avenida Joffre, en la misma Concesión francesa, convertida por la inmigración en un largo bulevar moscovita, lleno de negocios con carteles en cirílico en el que había decidido pasar la mañana para no pensar en Chufeng. A pesar del calor reinante, ambas mujeres estaban delante de unas raciones de pan negro y dos tazones de *borscht,* a los que Nadine la invitó.

Cuando su hermano Nicolai apareció con el uniforme en color caqui que consistía en una camisa, unas bermudas, botas altas y un casco militar, Eliette pensó que todas aquellas prendas parecían quedarle demasiado grandes. Al parecer, por orden del consejo municipal que gobernaba el Asentamiento Internacional, se había movilizado al Cuerpo de Voluntarios de Shanghái, conocidos como SVC, para que protegieran la zona de Chapei, al norte de la ciudad, preparando zanjas y apilando sacos de arena alrededor de la Estación Norte, a la que estaban llegando miles de soldados chinos, los de las mejores divisiones, para una supuesta batalla en la ciudad.

—¿Una batalla en la ciudad? —preguntó Nadine consternada.

—Eso dicen. ¿No habéis visto los barcos de guerra japoneses que se han apostado en el río? Hay una bestia a la que llaman Izumo.

Eliette y su amiga intercambiaron una mirada confusa, llena de temores, y abandonaron el establecimiento a toda prisa, sin tocar la comida, para dirigirse al Bund. Tal y como Nicolai les había dicho, constataron que además de los sampanes y de las naves chinas o europeas que solían abarrotar aquella zona del río, había barcos en los que ondeaba la bandera japonesa. Pero sin duda el que más llamaba la atención era el crucero blindado que superaba en tamaño a todos los demás. Poseía, asimismo, unos enormes cilindros por los que

expulsaba vapor, y torretas y cañones a ambos lados y en su parte frontal.

—¿Crees que habrá guerra, Eliette, tal y como dice Nicolai?

La alemana se encogió de hombros, pero entonces desvió la mirada hacia el final de aquella avenida, no muy lejos de donde estaban, y descubrió a decenas de personas con ropa china que arrastraban carros en los que llevaban personas o enseres, tiraban de animales como vacas o bueyes o llevaban en brazos a niños pequeños mientras cruzaban el único puente de acceso al Asentamiento Internacional. Sabía lo que eran. Gente que huía.

Como ella había visto hacer en Berlín.

Y entonces pensó en sus familiares, que seguían en Hongkew, junto a la zona de Chapei, en una zona en la que también se había asentado la mayoría de la población japonesa. Si estallaba una guerra, estaba segura de que el barrio donde su familia vivía se vería afectado, así que tenía que avisarlos.

—Nadine, voy a ver a mi abuela. Tengo que llegar a Hongkew cuanto antes para advertirlos de lo que está sucediendo.

—Eliette, es peligroso. Allí viven los japoneses.

—Lo sé, pero por ahora todo son especulaciones, ¿no? Si me doy prisa, puedo sacarlos de allí y llevarlos a la casa donde me estoy quedando en la Concesión francesa. Allí estaremos a salvo de la guerra, ¿no crees?

—Vale. —Se tomaron de las manos—. Pero ten cuidado.

—Sí, te lo prometo. Tú también.

Sin demorarse ni un segundo más, le hizo un gesto a un *rickshaw* al que pidió que la llevara a su dirección, que gracias a Chufeng había aprendido a pronunciar en un chino más que decente.

Y aunque no quería, volvió a pensar en él. Desde que se habían separado, no se habían cruzado. Ni en la comisaría ni en la calle donde vivían, así que sabía que se había esmerado por evitarla.

Eliette se sentía devastada cuando pensaba en él. Lo amaba muchísimo, y desde que la había abandonado, no dejaba de preguntarse qué debería haber dicho para impedir que la dejara.

Su silencio los había aniquilado, y lo sabía.

Tenía que haberle dicho que para ella seguía siendo el mismo hombre que amaba, a pesar de lo que había visto. Pero estaba consternada, sorprendida y las palabras no habían emergido.

Además, Chufeng le había dicho que estaba cansado de no sentirse suficiente para ella y eso le había hecho comprender sus propias inseguridades. Desde el primer momento la había colocado en un pedestal, como si fuera una muñeca valiosa e inalcanzable, y él siempre se había sentido inferior, lleno de culpa ante todo lo que había tenido que hacer para sobrevivir.

¿Es que no sabía que ella era terriblemente imperfecta? ¿Que había dejado a su hermano y a su prometido en Berlín meses atrás solo para sobrevivir y que ni siquiera había llorado cuando supo que Ephraim había muerto? ¿En qué la convertía eso? En alguien que no merecía un pedestal, desde luego.

Eliette era capaz de hacer cualquier cosa por sobrevivir, por su familia, por Haosen y por él. Lo había descubierto después de aquellos meses en Shanghái. Y pensaba decírselo cuando volviera a verlo.

Si estallaba una guerra en la ciudad, quería estar a su lado. Lo tenía claro.

Llegó corriendo a la carrera a su casa, donde encontró a su abuela, preparando la comida, y a su hermano, que libraba en el casino. Con rapidez, les explicó lo que le habían contado.

—Iré a Hongkew y vendremos aquí lo antes posible.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó su hermano.

—No, no te preocupes. Ayuda a la abuela a preparar uno de los cuartos para que se hospeden en él, ¿de acuerdo? Vendré esta tarde.

—Eliette, ten cuidado —le dijo su hermano—. Dicen que hay muchos japoneses en esa zona.

—Lo sé. Pero conozco bien las calles y no me meteré en su barrio. No os preocupéis.

Los abrazó y besó, y salió de allí a toda prisa, ya que le había pedido al conductor del *rickshaw* que la esperara a la entrada de aquellas callejuelas.

Sin embargo, cuando aquel vehículo llegó a Garden Bridge, en el que la marea de refugiados se había multiplicado, le dijo que no podía cruzarlo, así que Eliette bajó de él, pagó el trayecto, dejándole una generosa propina, y comenzó a abrirse paso como pudo entre la gente.

Le costó atravesar aquel gentío, esquivar animales y ruedas de carros, y se llevó más de un golpe, pero fue capaz de llegar al final del puente. En aquel lugar, logró ver mucho más de cerca a los treinta buques de guerra y al Izumo, aquel crucero japonés que parecía un monstruo marino de metal y vapor. Sabía, además, que estaba apostado frente al consulado japonés y que el barrio en el que no debía meterse lo ocupaban varias calles desde aquella orilla hasta el límite con Woosung Road. Ella tenía que adentrarse más al norte, hasta Chusan Road, cerca de la sinagoga Ohel Moishe, en las calles que habían acabado apodando «Pequeña Viena».

En quince minutos estaba frente al hogar de su tía abuela. Con la llegada de más refugiados judíos durante los últimos meses, las habitaciones y los pasillos de aquella vivienda estaban a rebosar y se había vuelto más insalubre.

Cuando tras aporrear la puerta, su tía abuela Lila abrió, la miró,

sorprendida.

—¡Eliette! ¿Qué sucede?

Ella se apresuró a entrar en el apartamento en el que tan solo estaban las mujeres —su tía abuela y Ava, la esposa de Abner— y el bebé.

—¿Dónde están el tío y Abner?

—¿Qué pasa?

—Hay rumores de guerra en Chapei. Aquí al lado. Así que preparad las cosas que nos vamos a la Concesión francesa en cuanto regresen.

—¿Rumores de guerra? ¿Contra quién?

—Contra los japoneses —le respondió Eliette, con rapidez—. Llevaos lo necesario. Nos ocuparemos de conseguir lo demás allí en la Concesión.

Las urgió a que se dieran prisa, toda la que pudieran, y al final, en una única maleta, metieron ropa del bebé y fotos familiares. Sin embargo, los minutos se fueron encadenando unos con otros y ni su tío abuelo ni Abner regresaron.

—Están tardando demasiado —dijo Eliette nerviosa, al tiempo que se asomaba por la ventana.

Notó un ligero toque en su hombro y, al girarse, descubrió que se trataba de Lila.

—Eliette, si no vuelven, coge al bebé de Abner y márchate. Poneos a salvo.

—¿Qué? —preguntó al tiempo que deslizaba la mirada hacia Ava, que sentada sobre el lecho, acunaba con ternura a su hijo.

—Ava y yo lo hemos decidido. Nosotras no podemos abandonar a nuestros esposos, pero tú puedes poner a salvo al bebé.

Eliette comenzó a negar frenéticamente con la cabeza. Ya había abandonado una vez a su hermano, y pese a que lo había recuperado, había tenido que luchar mucho con la culpa. Ahora pretendían que tomara una decisión igual de drástica y no se sentía capaz.

Pensó en su abuela, en lo valiente que había sido tomando aquella determinación meses atrás.

«Vendrán a por las mujeres», le había dicho en aquella ocasión. «Siempre vienen a por nosotras».

¿Qué pasaba si huía y le ocurría algo a ella o al bebé? Pero ¿y si los dejaba allí y estallaba una guerra? ¿A qué los condenaba? Estaba segura de que morirían, y ella no podría superar algo así.

—Vamos a esperar un poco más —sentenció—. Solo un poco más.

Sin embargo, Shanghái despedía las últimas horas de sol cuando por fin aquellos hombres regresaron.

En cuanto atravesaron el umbral y vio sus rostros, supo que era tarde.

—Nos hemos cruzado con unos soldados japoneses montados en motocicletas —dijo Abner aterrado—. Llevaban ametralladoras. Han cercado Hongkew. ¿Qué está pasando?

Cuando el sonido del primer bombardeo sonó demasiado cerca, Eliette cerró los ojos, lamentándose de haber tomado la decisión equivocada.

Capítulo 54

Las órdenes desde Nankín habían sido claras. Shanghái debía resistir. Para ello, Bei y sus hombres, los de la 88, debían proteger la Estación del Norte, a la que llegarían más tropas, incluidas la otra división más preparada, la 87.

Sabía que Japón había demandado que las tropas se retiraran a una distancia de treinta millas, pero ante la negativa del *Generalissimo*, las consecuencias no se habían hecho esperar. Al atardecer del día 12, los dos buques nipones llamados Seta y Kuri empezaron a bombardear las zonas de Chapei y Kiangwan.

Él y uno de sus regimientos, compuesto por trece hombres, se habían instalado por las azoteas, armados con rifles de largo alcance, mientras que otras unidades fortificaban con sacos de arena y alambres de espino las zonas clave o cavaban trampas para tanques. Desde el tejado, Bei pudo ver el desembarco de tropas navales japonesas en Hongkew, que no tardaron en adueñarse del barrio patrullándolo con motos y armados con rifles y bayonetas.

También, agazapado entre las sombras y aguantando la lluvia en aquella noche calurosa, descubrió que algunos de los ciudadanos del barrio conocido como «Pequeño Tokio» salían al caer la noche en busca de algún chino al que matar.

No tuvo piedad con aquellos que lo intentaron, abriendo fuego sobre ellos desde aquella posición elevada. Por algo era el mejor francotirador de su unidad.

También liquidó a varios motoristas japoneses, con un certero disparo en el pecho. Los vehículos volcaron, la gasolina se derramó sobre el pavimento y pronto, al detonar el motor, las llamas se extendieron con rapidez y llegaron a los edificios cercanos.

No demasiado lejos, las bombas caían y destruían otras casas, provocando grandes llamaradas que se alzaban e iluminaban el cielo nocturno.

Quizá, aquella noche o durante los días siguientes, alguno de aquellos proyectiles caería sobre él y lo mataría.

¿Sería ese su final? ¿Sirviendo a su país, solo en una azotea, reducido a cenizas?

Y en ese momento, pensó en Haosen. ¿Por qué no le había dicho lo

que sentía por él? Sabía que ahora era tarde. Y que si la guerra, que ya era imparable, se extendía, también lo haría hacia el resto de las zonas que aún pertenecían a su país, la vieja ciudad china y Nantao, así como Pudong, donde se hallaban los molinos de algodón de Haosen.

¿Dónde estaría él aquella noche? Esperaba que se mantuviera a salvo, que hubiera decidido regresar al apartamento, puesto que el Asentamiento Internacional siempre sería un lugar seguro. Había varios poderes implicados y naciones que no podían entrar en guerra con Japón, así que las partes extranjeras siempre se mantendrían fuera de aquel conflicto.

Su mente se permitió entonces recordar una de las conversaciones que habían mantenido en aquella habitación. No hacía mucho de aquello, pero parecía que hubieran transcurrido décadas desde que hablaron de qué harían si no fueran quiénes eran...

—Podríamos abandonar Shanghái —le había dicho Haosen.

—¿Y dónde iríamos? —Bei había querido seguir su juego, dejarse llevar por unos instantes por aquel sueño que ambos sabían que era imposible.

—Quizá a Londres. Aún conservo un pequeño piso allí. No es gran cosa, pero está en el East End y creo que podríamos adaptarnos. Sé que hablas inglés y que me devolverían mi puesto como doctor en el hospital, si lo pidiera.

—¿Y yo... de qué trabajaría?

—Estoy seguro de que te encontraríamos algo —le había dicho él sonriente.

Ahora, mientras a su alrededor se oían gritos, disparos y explosiones, se arrepentía de no haberse tomado en serio aquella opción.

Pero entonces la guerra parecía lejana, una amenaza que llevaba años flotando, pero que nunca llegaba a cuajar, y él tenía demasiado miedo de aceptar sus verdaderos sentimientos. Había luchado contra ellos en una batalla incansable desde que lo vio por primera vez en la mansión de su padre, cuando Haosen, remangado, curaba sus heridas y le salvaba la vida.

Se había sumergido en cuerpos de mujeres para olvidarlo, se había emborrachado, había hecho todo lo que había podido, sabiendo que su corazón ya no le pertenecía, que se lo había entregado a aquel hombre bondadoso que tampoco era dueño de su propia vida.

Eso, entre otras muchas cosas, era lo que los unía. Que sus padres, déspotas y codiciosos, habían decidido por ellos, moldeándolos. A Bei, su progenitor lo había unido al ejército desde que era un niño y lo había transformado en la máquina de matar que era, mientras que a Haosen su padre lo había condenado a ser el heredero de un imperio

envenenado.

«Sí», pensó Bei, tras escuchar otra detonación cercana, «tenía que haberme ido contigo a Londres, condenado idiota. Espero que, al menos, tú puedas hacerlo».

Capítulo 55

Nadie esperaba lo que ocurrió aquel 14 de agosto. Las nubes que habían descargado la lluvia durante toda la noche anterior desaparecieron del cielo, teñido de ocres y dorados. En toda la línea del Bund, la vida seguía con hombres de negocios, mercaderes, mujeres con sus sirvientas que habían ido a comer en alguno de los múltiples restaurantes de la zona, niños vagabundos huyendo después de robar alguna cartera y decenas de *rickshaws* transportando gente de aquí para allá mientras, al otro lado del canal, seguían escuchándose algunas ráfagas de disparos. Decenas de extranjeros observaban con sus binoculares cómo se desarrollaba el conflicto, las llamas que devoraban edificios tras las explosiones, las muertes a plena luz del día, las bayonetas ensangrentadas, los cascos y los uniformes que diferenciaban a un bando del otro. Entre tanto, miles de refugiados seguían en el Garden Bridge, esperando su turno para acceder a la Concesión, mostrando sus identificaciones con nerviosismo a los escasos guardias apostados en los enclaves de acceso.

Cuando escucharon el zumbido de los aviones que surcaban el cielo, alzaron las cabezas solo para ver cómo caían las bombas, puntos negros que luego fueron *flashes*, una explosión sobre la azotea del Palace Hotel; la otra, frente al Cathay.

Eran las 4.27 cuando Shanghái conoció por primera vez el silencio, cuando la guerra llegó al Asentamiento Internacional, donde nadie pensó que habría tanta muerte, sangre, miembros desperdigados, coches en llamas, postes de telégrafos caídos y cuerpos de chinos y occidentales mezclados.

Quince minutos más tarde, otra bomba cayó en la avenida Eduard VII, en la línea que dividía la zona internacional de la Concesión francesa. En concreto, cayó frente a The Great World, el Da Shijie, que aquellos días había convertido su primera planta en una zona para acoger a los quinientos refugiados que habían logrado escapar de Chapei y de Kiangwan, a los que la Cruz Roja china daba arroz y té.

La bomba, que cayó en tierra, estaba llena de metralla que se desperdigó, hiriendo, cercenando y matando a centenares de personas.

Cuando Chufeng recibió en la comisaría la llamada de lo ocurrido le costó comprender qué le decían. No podía ser cierto.

Colgó, incrédulo, y organizó a todos los hombres que había de guardia para desplazarse al lugar.

Por mucho que había visto y hecho a lo largo de su vida, nada era como lo que se extendía ante sus ojos. Había cientos de muertos; cadáveres en trozos, partes irreconocibles, humo y un terrible olor a carne quemada llenaba el ambiente.

Los ríos de sangre cubrían la calzada y tuvo que caminar sobre ellos, escuchando el chap, chap, chap bajo sus pies. Pronto, la policía francesa y decenas de gendarmes llegaron al lugar y también se conmocionaron ante aquel horror.

Mientras Chufeng caminaba entre los cuerpos, buscaba a gente que aún continuara con vida. Esa fue su primera misión durante los minutos que siguieron a su llegada, ya que varias ambulancias no tardaron en aparecer. También llegaron camiones de transportes de muebles, seguramente avisados por su jefe, para que en ellos cargaran a los que ya estaban muertos. Alguien dijo que había que llevarlos al cementerio de Siccawei.

El calor comenzó a ser sofocante y húmedo, y lo que llenó el cuerpo de Chufeng fue el miedo. ¿Y si encontraba allí a Eliette?

Cada vez que veía un cuerpo de mujer se aproximaba a la carrera, apartando los miembros o los cadáveres que lo cubrían, deseando que no fuera ella.

No la había visto en la comisaría durante los últimos días y no se había atrevido a preguntar por ella, porque se había propuesto mantenerse alejado.

Ahora... se arrepentía.

¿Y si estaba muerta? A medida que ayudaba a subir a los heridos a las ambulancias y a los muertos a los camiones, el cuerpo se le llenaba de sangre, pegajosa y oscura.

Minutos más tarde, también acudieron al lugar el Cuerpo de Voluntarios Franceses, y Chufeng se dio cuenta de que eran demasiado jóvenes para contemplar y superar aquello. Pero eran más manos, más personas vivas para ayudar, y lo hicieron. No tardaron en llegar bomberos e incluso el Cuerpo de Voluntarios Rusos, entre los que reconoció al hermano de Nadine.

—¡Chufeng! —Escuchó la voz de su amigo Haosen, y le costó enfocar la vista y localizarlo. Estaba a unos metros, con un traje limpio que implicaba que acababa de llegar a aquella carnicería.

Antes de que el inspector se diera cuenta, su amigo estaba frente a él, sujetándolo de los antebrazos y sacudiéndolo. Había estado a punto de desmayarse.

—*Gēgē* —le dijo—, aguanta.

Chufeng asintió, tragando saliva. Vio que su amigo sacaba un pañuelo de su bolsillo y se lo colocaba en el rostro, cubriéndole la boca y la nariz.

—Las órdenes son llevar a los heridos a los hospitales. Pero solo a los que se puedan salvar, ¿está claro, Chufeng? —Lo urgió su amigo.

Asintió de manera mecánica y luego gritó esa orden a sus hombres. Más tarde, al lugar también acudieron miembros de su banda, seguramente enviados por Huang Jinrong o por el señor Du, y se pusieron a ayudar sin hacer preguntas.

—Me voy al Country Hospital en Great Western Road —le dijo su amigo al cabo de un rato; y cuando Chufeng lo miró, vio que su impoluto traje ya estaba manchado y empapado de sangre—. Cuando acabe en ese lugar regresaré a la comisaría. Nos veremos allí.

—¡Haosen! —le dijo mientras advertía que se subía a una ambulancia—. ¿Has visto a Eliette?

Su amigo se quedó paralizado unos instantes, y luego Chufeng reconoció el horror en sus ojos.

—No, hace días que no la veo. ¿Es que no estabas con ella?

Chufeng negó con la cabeza, abrumado.

—Pues siento decírtelo, pero antes de esta, otra bomba cayó en el Bund. Allí también es un maldito infierno.

Chufeng sintió que el mundo bajo sus pies se tambaleaba. Dos bombas en las concesiones y lo que estaba sucediendo en Chapei. ¿Era posible que Eliette se encontrara en alguno de esos lugares?

—Preguntaré en el hospital —le dijo Haosen—. Quizá está allí ayudando, ya la conoces.

Chufeng asintió, pero apenas podía respirar. Un dolor sordo se expandió por su pecho, abrumándolo.

—Tengo que encontrarla. Esté donde esté —alcanzó a decir.

Era lo único que le importaba. Su única razón para seguir adelante en aquella ciudad a la que por fin había alcanzado la guerra.

Capítulo 56

Además de las bombas y los disparos, pronto llegaron los saqueos. Desde el apartamento en el que Eliette seguía escondida con su familia, pudo verlos por la ventana, así como a militares japoneses que atacaban a cualquier ciudadano chino que encontraran a su paso.

En algunos de los edificios cercanos, varios extranjeros colocaron banderas americanas o francesas, tratando de indicar su país de origen para evitar los ataques.

Eliette sabía que aquella zona en la que se encontraban pertenecía al Asentamiento Internacional, pero había sido prácticamente tomada por los nipones. ¿En qué situación los dejaba a ellos? Si intentaban escapar, ¿se lo permitirían o terminarían asesinados sin piedad, o reducidos a cenizas por el impacto de algún mortero?

Pero lo cierto era que no podían quedarse allí por más tiempo. La comida, pese a que la habían racionado, empezaba a escasear para las cinco personas que estaban allí y el bebé, que, además, había contraído fiebre.

—Tenemos que irnos de aquí —decidió Eliette—. Atravesar el barrio hasta alguno de los puentes que conectan con la otra parte, con el Asentamiento Internacional.

—Eliette, ¿cómo pretendes hacerlo? ¿No escuchas las bombas? Están cayendo por todas partes.

—Nos alejaremos de la zona japonesa y de los barcos de guerra, pero tampoco podemos acercarnos a Chapei, así que intentaremos llegar al tercero de los puentes que cruzan el arroyo. Con suerte, encontraremos algún sampán o alguna forma de acceder al otro lado. Necesitaremos monedas para pagar el viaje. ¿Cuántas tenéis?

Cuando miró a sus familiares, vio que las sombras del miedo llenaban sus rostros.

—Eliette —le dijo Lila—, tu tío y yo somos demasiado ancianos. Y Abner y Ava no quieren abandonar este lugar. Creen que es más seguro después de lo que vieron en Polonia.

—¿Entonces?

—Los vecinos dicen que tienen comida. Podemos racionarla entre todos y aguantar un poco más, hasta que alguien venga a buscarnos. Americanos o ingleses, alguien vendrá —dijo Abner.

—Pero ¿y si no lo hacen? No sabemos cuánto tiempo pasará, ni siquiera sabemos si alguna bomba ha caído en las concesiones. ¿Habéis oído todos esos aviones y las detonaciones? No sabemos nada fuera de estos muros.

—Aun así, son muros que nos protegen. No voy a abandonarlos para acabar asesinado ahí fuera —sentenció el tío abuelo—. Prefiero morir aquí, con mi familia.

Eliette apretó los dientes.

—Mi abuela y mi hermano están al otro lado, así que tengo que irme a ver si están bien.

—Lo entiendo y no te lo impediré —le dijo Isaac.

Eliette supo qué pretendía. Allí, al final, era una boca más que alimentar, así que si se libraban de ella, la comida les duraría más tiempo.

Lila intentó replicar algo, pero su esposo la mandó callar con un movimiento de la mano.

—De acuerdo, entonces —sentenció Eliette—. Saldré unas horas antes de que amanezca.

***

Después de aquel largo y agotador día, una lluvia repentina cayó sobre la ciudad y sobre Chufeng, que regresaba a la comisaría, agotado. Durante unos instantes, se detuvo, dejando que lo empapara, permitiendo que se llevara con ella toda aquella sangre que no era suya. Se miró las manos. Las sentía doloridas, al igual que los brazos, de tanto cargar cuerpos.

Y no había encontrado a Eliette.

Los pies le pesaban demasiado y sentía que apenas podía mantenerse en pie. A lo largo de aquellas últimas horas, había presenciado el horror más absoluto. Había visto compañeros de su banda desmayarse y vomitar y algunos entrar en estado de *shock*, perdiendo la capacidad de habla.

Él había aguantado porque la única motivación que tenía era la de encontrar a Eliette.

Por eso, cuando pisó la comisaría, deseó que ella estuviera allí, que se hubiera salvado de aquel infierno y del otro que se había desatado frente al Cathay, que estuviera sana y salva, esperándolo.

Cuando alzó la cara, reconoció dos siluetas al fondo del pasillo. Le costó enfocar la vista, de tan agotado como estaba, empapado de arriba abajo. Se pasó el dorso de la mano por los ojos, llevándose el exceso de agua, y parpadeó.

No tardó en reconocer a la abuela de Eliette y a su hermano.

El corazón se le detuvo. ¿Significaba aquello que ella estaba muerta?

Sintió que las piernas le flaqueaban por primera vez en su vida. Sin saber cómo, con el aliento robado, avanzó por el pasillo, que de repente parecía encogerse a su alrededor.

Él, que nunca había tenido miedo a nada, ahora estaba aterrado.

Fue consciente de que tanto Abraham como su abuela lo miraban de arriba abajo, conmocionados ante la imagen que presentaba después de aquel día en el que había estado en el infierno sobre la tierra.

—¿Dónde está Eliette? —se atrevió a preguntar.

Fue Abraham, que hablaba francés, el que respondió:

—Salió hace dos días a por nuestra familia de Hongkew, pero no han regresado.

El corazón de Chufeng sufrió un golpe que casi lo derribó. Sabía lo que eso significaba. Podía estar viva, pero estaba atrapada en medio de la guerra al otro lado del río.

—He estado frente al control de acceso del Bund, frente al puente, y no lo han cruzado —siguió diciendo Abraham—. Y conociendo a nuestra familia, no pueden haber abandonado su casa.

—¿Me estás diciendo que ella todavía está allí?

—Eso esperamos, sí. Por eso hemos venido a pedirte ayuda. Yo no conozco la zona tan bien como tú, así que por favor, trae de vuelta a Eliette —rogó desesperado.

Aquello que le pedían era una locura. Suponía jugarse la vida y no llegar a salvarla, pero también suponía que, en el caso de que pudieran reunirse, tal vez no lograrían regresar vivos a las concesiones.

Al otro lado del río ahora solo había muerte, bombas, y fuego.

Pero él le había hecho una promesa en su buhardilla. Y costara lo que costara, tenía que cumplirla.

—Está bien. Iré a buscarla esta misma noche.

Capítulo 57

Chufeng sabía que necesitaba ayuda, así que, a pesar de que en aquel momento el caos y el miedo reinaban en la ciudad, acudió a ver su jefe, el señor Du, a la mansión que se hallaba en la calle Paul Doumer, no muy lejos de la comisaría. Ese hombre tan poderoso lo recibió con la misma amabilidad de siempre, demostrando que, en cierto modo, lo respetaba a pesar de que no era más que un peón más en la organización que dirigía.

Le contó lo que había sucedido en The Great World y que, además, las autoridades habían decidido erigir unos arcos con luces en esa zona mientras habían programado un apagón en toda la Concesión francesa para asegurarse de que ninguna otra bomba caería allí. Los tiempos eran tan inciertos que no sabían si también eran el objetivo de aquellos ataques aéreos.

—Lo entiendo —le dijo su jefe—. ¿Necesitas algo más?

Chufeng asintió y, acto seguido, se dejó caer de rodillas frente a su jefe, que se sorprendió.

—Señor Du, tengo que pedirle un favor. Nunca le he pedido nada, pero esta vez lo necesito.

—Habla, muchacho —le ordenó su jefe con voz estentórea.

—Necesito una pequeña embarcación para cruzar el arroyo. Hay alguien atrapado en Hongkew a quien debo salvar.

Su jefe no le hizo más preguntas. Se alejó de él, tomó asiento en el sillón de su despacho y durante unos instantes guardó silencio. El corazón de Chufeng aleteaba rápido, muerto de miedo y negándose a perder del todo la esperanza de que aquel hombre lo ayudara. Lo necesitaba porque sabía que sus tentáculos llegaban al Asentamiento Internacional y podría conseguirle un bote y que los guardias hicieran la vista gorda permitiéndole cruzar el río.

Sin levantar la cabeza, escuchó que el señor Du descolgaba el teléfono y hacía una llamada. Iba a ayudarlo, y lo oyó dar órdenes y mover los hilos para conseguirle lo que había pedido. Sabía que aquello tendría un precio, pero siempre que pudiera salvar a Eliette, estaba dispuesto a pagarlo.

Desde que la había abandonado, había luchado con el arrepentimiento a diario. Su separación le dolía como una herida abierta que era incapaz de cerrar y por la que emanaba culpa y también tristeza.

Nunca se había sentido así. Su vergüenza y su inseguridad lo habían alejado de ella y ahora podía perderla para siempre, si es que no lo había hecho ya.

Aunque fuera una misión suicida, tenía que llegar hasta Eliette.

—Ya lo he gestionado. La embarcación estará frente al tercer puente, pero, recuerda, Chufeng, tienes que regresar. Tu vida pertenece a la Banda Verde.

—Sí, señor, lo sé. Lo haré. Se lo prometo.

Un rato más tarde estaba preparado en la comisaría cuando apareció por allí Haosen. Su amigo estaba agotado y pálido tras todo el día luchando por salvar vidas en el hospital.

Cuando vio que Chufeng se preparaba, colocándose cuchillos en el interior de las botas y una sobaquera con dos armas de pequeño calibre, no pudo evitar preguntar qué sucedía.

—Eliette está atrapada en Hongkew. Voy a por ella.

Su amigo palideció aún más. Chufeng lo vio apoyarse en la mesa del despacho, consternado.

—¿Cómo ha podido suceder?

—Al parecer fue a rescatar a su familia, pero no han conseguido cruzar el puente. Su hermano y su abuela creen que siguen escondidos en el apartamento, así que voy a buscarla —respondió, al tiempo que se cercioraba de que el cargador estuviera lleno de balas.

—Es una locura. Pronto van a apagar las luces de la Concesión, los gendarmes están vigilando las calles y hay toque de queda. Y eso por no hablar del Asentamiento. ¿Cómo piensas cruzarlo? ¿Cómo piensas llegar al otro lado?

—Con la ayuda del señor Du y de la Banda. Todo está listo —respondió girándose hacia su amigo. Por primera vez en meses, estaban frente a frente, y Chufeng lamentó todo lo que le había ocultado, cómo se habían distanciado—. Haosen, tengo que pedirte un favor a ti también. Sé que quizá no lo merezca, pero es por ella. Una vez me pediste que la cuidara y he tratado de hacerlo todo este tiempo, pero he fallado. Quiero compensarlo hoy, porque no hay nadie en el mundo que me importe más que Eliette. —La voz le tembló, pero no le importó. No sentía vergüenza al exponer sus verdaderos sentimientos, porque quizá fuera la última ocasión que tendría de hacerlo—. Así que, por favor, necesito que nos esperes en el Asentamiento, en algún lugar, por si ella está herida y precisa un médico.

Su amigo asintió, conforme.

—Hay un apartamento del que tengo llave. Está en primera línea frente al arroyo, en el 15 de Markham Road. Os esperaré allí, ¿de acuerdo? —Caminó hasta Chufeng y lo tomó por los hombros—. Pero, por favor, trata de volver de una pieza tú también.

—Lo intentaré.

—No, maldito idiota, me lo tienes que prometer. Tenéis que regresar los dos sanos y salvos.

Chufeng asintió, pero sabía que mentía. Cuando su amigo lo estrechó contra él, cerró los ojos, tenía un nudo en la garganta y estaba al borde de las lágrimas. Con todo lo que había hecho y vivido, ahora estaba terriblemente asustado.

Se aferró con fuerza a la camisa de Haosen y durante unos instantes, permaneció allí, permitiéndose por primera vez en su vida sentirse débil y falto de coraje. Sabía que en cuanto cruzara el arroyo, tendría que hacer todo lo que estuviera en su mano por sobrevivir y, sobre todo, por traer de vuelta al amor de su vida.

***

Un hombre de la Banda aguardaba junto a un pequeño sampán oscuro que permanecía amarrado en la orilla del arroyo. Las bombas de Izumo habían destruido muchos otros cerca del Bund, pero su jefe había conseguido uno para él sin problema. También le había facilitado un salvoconducto hacia el Asentamiento Internacional, sobornando a guardias que le habían permitido llegar hasta allí.

Cuando Chufeng agarró los remos, echó un último vistazo a aquel lugar en que los neones aún brillaban. A diferencia de la Concesión, que se había apagado, el Asentamiento Internacional aún brillaba con los rótulos en inglés y chino en negocios, bares y casinos, a pesar de la devastación que había sufrido también una parte, la más importante, el mismísimo corazón del Bund.

Al otro lado, en Chapei, pudo ver las llamas que devoraban algunos edificios y también escuchó las ráfagas de los disparos y los gritos.

No tardó en cruzar el arroyo. Bajó del sampán y lo amarró a un poste junto a unas escaleras que ascendió con sigilo. En aquella parte, reinaba el silencio. Ayudado por la luz de la luna, se adentró por las calles, siendo consciente de que sus pasos sobre el adoquinado podían delatarlo en cualquier momento. Cuando llegó a la primera intersección, ya encontró los primeros cadáveres. Eran chinos, soldados, pero también civiles. Había sacos de arena que habían servido de trincheras sobre los que yacían cuerpos sin vida. Más adelante, los edificios eran escombros calcinados entre los que vislumbró más muerte.

A medida que se acercaba al corazón de Hongkew, también

descubrió edificios en llamas, y carteles de neón derribados que aún chisporroteaban.

En algunas zonas, el alumbrado aún seguía encendido y pudo ver banderas sobre los edificios: americanas, inglesas o alguna con la esvástica alemana.

Escuchó unos pasos que se acercaban y reconoció que era una patrulla. Se escondió en un callejón lateral, conteniendo el aliento. Pero entonces fue consciente de que había alguien en uno de los tejados del otro lado de la calle.

Era un francotirador, aunque no supo de qué bando hasta que sonó el primer disparo y el que encabezaba la cuadrilla cayó al suelo. Los otros gritaron en japonés, abriendo fuego en todas direcciones. Hubo más disparos desde el tejado, lo que reveló su posición a los japoneses, que no tardaron en corresponder con sus armas.

Así que Chufeng supo que tenía que actuar. Salió de entre las sombras, armado, y abrió fuego contra los dos japoneses que quedaban en pie, disparándoles por detrás. Cuando cayeron al suelo, los remató, tirándoles a quemarropa en el pecho. Alzó la cara, buscando al francotirador. Lo halló. Se había colocado de pie. Las luces que irradiaba una farola en aquel edificio le permitieron ver su silueta y reconocer su rostro.

Era Tan Bei, el general de la 88, que le hizo un gesto para que accediera a aquel edificio y se le uniera. Supuso que desde allí podía ver más patrullas a las que los disparos y gritos en japonés habrían alertado. Chufeng cruzó la calle a la carrera y accedió a aquel bloque de apartamentos a través de una ventana rota. Una vez en el interior, encendió la linterna que llevaba en la cintura e iluminó sus pasos. Las escaleras estaban protegidas por sacos de arena, por lo que tuvo que colarse entre los huecos para ascender. Una vez en la azotea, descubrió que aquel general estaba solo, apoyada la espalda contra los sacos que había apilado para protegerse. Chufeng, semiagachado, se acercó hasta él y se dejó caer a su lado.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a recoger a alguien. A la enfermera de la comisaría —explicó en voz baja—. Está en Hongkew con sus familiares.

—¿En qué zona?

—En Chusan Road. Justo en ese callejón al otro lado de este edificio.

—Esa zona no está bajo control japonés aún, pero hay patrullas. Tendrás que ir con cuidado para evitar que te vean, porque están matando a todo chino que se encuentran. Aunque he visto que eres bueno con las armas, no te confíes. De todas formas, puedo cubrirte desde aquí, pero quizá eso delate mi posición.

—¿Cuántos días llevas aquí?
—Tres. Pero he ido cambiando de azoteas. Chapei es un infierno. Ahora estoy intentando ayudar a que algunos refugiados puedan atravesar las calles hasta los puentes.
—Entonces, esperemos un poco y, si no viene nadie, voy a cruzar hasta allí.
—Sí, de acuerdo.
Cuando Chufeng contempló a aquel hombre, se dio cuenta de que parecía exhausto. Su ropa y su piel estaban sucias y cubiertas de barro y de sangre.
—¿Estás herido?
—Me rozó una bala en el brazo ayer. Pero nada grave. Ya luché contra estos bastardos en el 32 y me dejaron peor.
—Vi tus cicatrices aquella noche, en la mansión de Haosen.
Cuando pronunció el nombre de su amigo, percibió el cambio en el general. Reconoció una combinación de emociones en sus ojos, a pesar de la poca luz que los envolvía.
—¿Lo has visto recientemente?
—Hace un rato. Antes de cruzar. Le he dicho que me espere por si Eliette está herida.
Tan Bei cerró los ojos y Chufeng se percató de que tragaba saliva.
—Me alegro de que esté bien. Lo de las bombas en las concesiones ha sido una brutalidad. Al menos sé que está a salvo —le expresó con la voz rota—. Gracias por decírmelo.
Chufeng asintió, incapaz de agregar nada más. No sabía qué relación unía a aquellos dos hombres, pero una idea se formó en su mente.
Era algo que se había planteado en una ocasión durante los años que fue guardaespaldas de Haosen. Lo había escoltado al instituto y a diversos eventos en los que las jóvenes de su edad suspiraban por el heredero de los molinos y se le insinuaban constantemente, ante lo que él no mostraba ningún interés. Chufeng había creído que era porque su amigo tenía mucho con lo que lidiar todavía tras la muerte de su madre, también que era un ratón de biblioteca solo interesado en adquirir más conocimiento, pero en una ocasión que lo acompañó a la ópera y lo vio contemplando con devoción la interpretación del *dan*, se le ocurrió que los gustos de Haosen eran distintos a los suyos.

Luego él se marchó a Londres y perdieron el contacto. Ahora, bajo aquella luz brumosa de la luna en esa azotea, envueltos por el humo de los incendios y el olor a carne quemada, comprendió muchas de las reacciones que había visto en Haosen desde su regreso a Shanghái.
La presión que sentía no solo se debía al legado de su padre, sino a lo que aquello lo condenaba.

—¿Quiere que le diga algo si salgo con vida de esta? —le preguntó al general de la 88.

Aquel hombre titubeó durante unos instantes, pero dijo finalmente:

—¿De qué serviría? Ahora, ya es tarde para nosotros.

«Tarde». Aquella palabra aterró a Chufeng, porque quizá, pese a sus esfuerzos, también lo era para él y Eliette.

Capítulo 58

Estaba a punto de amanecer. Eliette había pasado la noche en vela junto a la ventana, alerta ante cualquier ruido del exterior. A pesar de los bombardeos y las detonaciones constantes, no habían sucedido en aquella calle, por lo que en su interior creció la esperanza de ser capaz de escapar de allí con vida. Quizá el conflicto se había alejado hasta la zona china, y ella podía recorrer las calles hasta el Garden Bridge sin encontrarse con problemas.

Estaba aterrada y temblando de pies a cabeza. Nunca había estado tan asustada, ni siquiera cuando su abuela y ella abandonaron Berlín a toda prisa, ni tampoco con todo lo que había visto y vivido aquellos meses en la ciudad.

Pero ahora era consciente de que era una mujer sola en una zona en guerra y tenía que hacer un trayecto demasiado largo en el que podría encontrarse cualquier cosa.

No sabía si sobreviviría.

En ese momento pensó en Chufeng. En las muchas cosas que le habría gustado decirle. En las palabras perdidas que aquella noche no fue capaz de pronunciar y que lo habrían cambiado todo.

Pero de nada servía lamentarse. A menos que sobreviviera, y cruzara al otro lado, nada cambiaría.

Se llevó una mano al pecho, sobre el corazón, y rezó en su idioma natal, como hacía tiempo que no lo hacía.

Se prometió a sí misma que si volvía a verlo, le diría que lo amaba profundamente, que quería pasar cada día a su lado. Envejecer y morir con él.

Un extraño ruido interrumpió sus pensamientos, poniéndola alerta. Venía del exterior del apartamento, que había estado terriblemente callado toda la noche. Ningún vecino había abandonado su habitación y no había escuchado voces, porque el terror había envuelto a todos en un silencio sepulcral.

Cuando percibió que se trataban de pisadas, el miedo la invadió. Miró a sus familiares, que estaban ocupando las camas, abrazados y con gestos de terror.

Hizo un gesto con las manos para tranquilizarlos. Tenían que seguir en silencio, sin llorar ni hacer ningún sonido que alertara de su presencia a quien quiera que estuviera en el pasillo. Agarró uno de los cuchillos de su tía abuela y se acercó hasta la puerta. Estaba dispuesta a atacar sin piedad a cualquier intruso con tal de defenderse a ella y a su familia.

Pegó la oreja a la madera y cerró los ojos, agudizando el oído. Tal y como imaginaba eran pisadas, que se detuvieron de pronto.

El corazón de Eliette saltó rápido contra su pecho por el miedo. Apretó con fuerza la mano alrededor del mango del cuchillo por si tenía que usarlo en breve.

Una voz sonó al otro lado de la madera. Una voz que conocía bien.

—Eliette, soy Chufeng.

Tardó en reaccionar. No podía creerlo. Una parte de ella creyó que se había dormido y que estaba en un sueño, pero el mango de madera en su palma se sentía demasiado real y de nuevo le llegó la voz de él a través de la madera.

—Eliette, ¿estás ahí?

Abrió la puerta con rapidez, ansiosa, y cuando comprobó que era él, las piernas a punto estuvieron de fallarle. Lo evaluó momentáneamente. Lucía ropa oscura, una sobaquera de cuero con armas y la miraba con los ojos muy abiertos y una amalgama de emociones en ellos.

Eliette se lanzó a sus brazos. Necesitaba tocarlo, sentir que era real. Su aroma y su calor la envolvieron y fue consciente de que él había ido hasta allí para salvarla.

A pesar de las palabras que no le había dicho aquella noche cuando rompieron, se había arriesgado por ella.

Notó que él inclinaba su rostro y lo hundía en el hueco de su cuello, al tiempo que sus brazos la envolvían.

Su hogar, su refugio lejos del fuego era él. Lo había sabido siempre. Desde que lo halló frente a la aduana y se mantuvieron la mirada, dos extraños en una ciudad con millones de almas y que parecían haber encontrado lo que no sabían que habían perdido.

—Eliette —dijo acunando su rostro entre sus manos, obligándola a mirarlo a los ojos—, menos mal que estás bien.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Tu hermano y tu abuela han venido a buscarme a la comisaría. —La voz le tembló—. Por un momento pensé que te había perdido. Han caído bombas en las concesiones y todo es un maldito infierno.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? He visto patrullas japonesas por todos lados.

—He tenido alguna que otra ayuda —reconoció—. Pero tenemos

que irnos antes de que amanezca. Aprovechar la oscuridad para llegar al arroyo. Ya lo tengo todo preparado.

Eliette asintió, comprendiendo que Chufeng tenía un plan. A pesar de lo que pudieran encontrar fuera de aquel apartamento, si estaba con él, se veía capaz de cualquier cosa.

—Deja que me despida —le dijo.

Él asintió y se apartó de ella, dirigiéndose hacia la puerta.

Eliette abrazó a su tía abuela, que la estrechó entre sus brazos con fuerza. Luego se despidió de su tío abuelo, de Abner, de Ava y del bebé, al que besó en la frente con delicadeza.

—A pesar de que tenéis miedo, estoy segura de que pronto se abrirán caminos para que abandonéis este lugar y os vayáis a la zona internacional. Si es así, si el resto de los vecinos lo hacen, seguidlos, por favor —rogó al borde de las lágrimas—. Id a la comisaría de la Concesión francesa y preguntad por mí. Os ayudaré a encontrar otro lugar donde quedaros. Os lo prometo.

Sus familiares asintieron, pero ella vio el miedo en sus ojos.

—Atrancad la puerta cuando me vaya —pidió—. Adiós.

—Dile a mi hermana que la quiero, Eliette. —Escuchó que le decía su tía abuela.

Eliette asintió, a punto de echarse a llorar, luego atravesó el umbral y salió al pasillo, oscuro y silencioso, donde Chufeng la esperaba. Sus familiares cerraron la puerta tras ella y percibió que colocaban algo contra la madera, tal y como ella les había pedido que hicieran.

—Una vez que estemos fuera —susurró Chufeng—, tendremos que ser cuidadosos pero también rápidos, ¿de acuerdo?

Eliette asintió, decidida. Estaba aterrada y temblaba, pero él estaba a su lado, y pasara lo que pasara, una vez que estuvieran en el exterior, al menos ya no lo afrontaría sola.

—Si te digo que corras, lo harás sin dudar. Si te digo que te escondas, también lo harás —dijo él muy serio de repente, acunando de nuevo su cara entre sus manos—. Prométemelo.

Asintió, porque imaginaba que lo que vendría no sería fácil para ninguno de los dos, así que tenía que hacer lo posible porque ambos sobrevivieran.

El exterior los recibió con una humedad pegajosa, humo y olor a pólvora. Aunque reinaba cierto silencio que hacía que sus respiraciones resultaran pesadas y ruidosas, también pudieron percibir, a lo lejos, el sonido de algunas ráfagas dispersas.

Chufeng tomó su mano y la condujo a un callejón lateral, al que no llegaba la luz de las farolas. En el cielo la luna brillaba levemente, permitiendo que se movieran por la oscuridad. No habían avanzado demasiado cuando escucharon un silbido descendente que devino en una explosión, cuya onda expansiva llegó hasta el callejón donde se

encontraban y los derribó.

Eliette sintió el dolor en todas las partes de su cuerpo al aterrizar contra el suelo. Un pitido agudo se adueñó de sus oídos y notaba heridas que sangraban en su cuerpo y cristales clavados.

—Chufeng… —Alzó la cara, recorriendo el callejón. El humo lo llenaba todo, se metía en su boca y nublaba su visión. Detrás de ella, notó el calor de las llamas.

Cuando se atrevió a mirar en esa dirección, se dio cuenta de que el proyectil había caído cerca del edificio donde vivía su familia, pero no sabía dónde exactamente.

El horror la inundó, dejándola paralizada. ¿Y si estaban muertos? Como pudo se puso en pie, tambaleándose, pero Chufeng la agarró por la cintura, impidiéndole correr hacia el fuego.

—No —se limitó a decir. Cuando Eliette logró enfocar la vista, se dio cuenta de que él también estaba herido, de que una parte de su rostro estaba cubierto de sangre—. Debemos seguir.

Se dejó arrastrar, pese a que estaba aturdida por el dolor y por el ruido, que no abandonaba sus oídos.

Cuando dejaron el callejón, notó la brisa y el olor del río y supo que estaba cerca del arroyo. No sabía qué pretendía hacer Chufeng, cómo iba a cruzar, pero estaba claro que no iban a dirigirse al Garden Bridge que llevaba directamente a la entrada al Asentamiento Internacional.

Una vez que avanzaron más, se dio cuenta de que había alguien agazapado tras unos sacos de arena.

No fue hasta que estuvo cerca, a apenas unos metros, cuando lo reconoció, pese a la suciedad que cubría su ropa, su rostro y su cabello. Era el general Tan Bei, el amigo de Haosen.

Llevaba un rifle y los estaba esperando. Chufeng y Eliette se escondieron a su lado.

—Lo has conseguido —dijo aquel militar.

Eliette trató de tranquilizarse. Su respiración estaba acelerada por la carrera, no oía bien y el dolor en su cuerpo la azotaba. Notaba, además, cortes en los brazos, y, al mirárselos, los descubrió llenos de sangre.

Cuando deslizó los ojos hasta Chufeng, vio que él también tenía los suyos cubiertos de regueros rojos y brillantes.

—Os escoltaré hasta el bote, ya que tengo que acercarme más a Chapei para conseguir munición. Vamos.

De repente, estaba otra vez de pie, Chufeng tirando de ella sin descanso. A veces, se ocultaban, guiados por aquel hombre que conocía a la perfección las calles. Pero a medida que se acercaban a la ciudad china, Eliette no pudo evitar descubrir toda la destrucción y la

muerte que había en aquel lugar. El olor a carne quemada, los ríos de sangre, los escombros entre los que aún se mantenían encendidas las llamas y los cuerpos, tantos que decidió no mirar más.

Se detuvieron de nuevo, y Eliette fue consciente de que estaba a punto de desmayarse. Los bordes de su visión estaban volviéndose peligrosamente blancos y se sentía débil, pero se obligó a sí misma a mantenerse en pie, a buscar una pared donde apoyarse. Al mirar a su alrededor, descubrió que estaban frente al arroyo. Al otro lado, las luces y los neones del Asentamiento Internacional brillaban, reflejándose en el río. ¿Cómo era posible que aquellos dos mundos tan opuestos existieran tan cerca?

—Vamos, subid al bote. Habéis tenido suerte hasta ahora.

Chufeng la tomó de la mano y la ayudó a descender por unos escalones que bajaban hasta el agua. El bote, amarrado a un poste, se tambaleaba con suavidad por la corriente, y cuando ella puso los pies en su interior, se agarró al borde y se sentó a un lado.

Durante unos segundos, dirigió de nuevo su vista al otro lado brillante y lleno de vida de la ciudad. Vio gente asomada a las azoteas, *rickshaws* recorriendo las calzadas, una representación de ópera en la calle, la fachada del casino donde trabajaba su hermano... ¿Cómo era posible que la vida siguiera después de todo lo que había sucedido en los últimos días?

De pronto, sus pensamientos se vieron interrumpidos por un disparo. Ladeó la cara, con el pánico llenando cada recoveco de su cuerpo, y se dio cuenta de que el militar había caído de rodillas.

A unos metros unos japoneses se acercaban, gritando. Chufeng sacó el arma y abrió fuego. Las balas sonaron en aquel silencio mientras abandonaban el cañón, surcaban el aire e impactaban contra el rostro y el pecho de aquellos hombres.

Uno de ellos, antes de caer, fue capaz de disparar y el proyectil impactó de nuevo en Tan Bei, que se desplomó a un lado.

Luego, se hizo el silencio. Eliette se incorporó en la barcaza, que se tambaleó con el cambio de peso, y miró al general. Un charco de sangre se extendía bajo él, pero aún estaba vivo.

A lo lejos, voces en japonés. Aquellos tiros los habían alertado y se aproximaban.

—Huid —vio que les decía el militar.

Chufeng dudó. Miró a Eliette, luego a aquel hombre que yacía en el suelo.

—No lo dejes ahí —pidió ella en una súplica—. Chufeng, lo van a matar si lo encuentran. No lo dejes ahí.

Chufeng maldijo en su idioma natal y se inclinó para alzar a Tan Bei. Haciendo un gran esfuerzo, lo levantó, asiéndolo de la cintura.

—Apoya los pies —le dijo—. Tienes que caminar hasta abajo. Vamos.

Él se negó.

—Tengo que servir a mi país —murmuró.

—Morir aquí como un perro no es servir a nadie, y, además, Haosen te está esperando, desgraciado —le replicó Chufeng con voz férrea—. Así que apoya los putos pies y camina conmigo hasta el barco.

Las palabras tuvieron el efecto que Chufeng deseaba y pronto los tres estaban en el sampán. Mientras el detective desataba el amarre y agarraba los remos, Eliette se colocó junto a Tan Bei, que yacía tirado en el suelo de madera, cubriéndose con dos manos una de las heridas, la del costado derecho. Ella llevó las manos a la otra, la que tenía cerca del pecho, y notó que la sangre le golpeaba los dedos y las palmas con fuerza.

Una vez que cruzaron el arroyo y se permitió mirar al otro lado, descubrió a varios japoneses uniformados que examinaban los cuerpos de los hombres que Chufeng había matado.

Después de subir unas escaleras, sus pies tocaron aquella zona de Shanghái y comprendió que estaba a salvo.

Un coche los esperaba, y dedujo que era alguien de la Banda Verde que tenía el encargo de recogerlos. Subieron a Tan Bei, se montaron a su lado y el vehículo arrancó a toda velocidad. Solo una vez que fue consciente de que habían sobrevivido, dejó que los límites de su mundo se volvieran blancos y perdió la conciencia.

Capítulo 59

Haosen había recorrido aquel apartamento decenas de veces. Y en cada una de ellas, había pensado en Bei como si los recuerdos de lo que habían vivido se hubieran vuelto corpóreos entre aquellas paredes. Las confidencias, las risas, cada palabra, los besos, el placer, todo estaba allí contenido.

Y le dolía. Lo llenaba de arrepentimiento por haberse rendido tan fácilmente. Porque no había luchado hasta el final por Bei, pero tampoco por su propia vida, por ser dueño de ella.

Ahora, aquella noche en el callejón, lo que se dijeron, todo le parecía ridículo, salvable. Había esperado que el general le confesara que lo amaba, pero ahora comprendía que quizá eso habría podido llegar con el tiempo si ambos se lo hubiesen dado, porque recordaba claramente que Bei no quería terminar, que había sido él —por su inseguridad, sus miedos y su orgullo— el que lo había hecho.

El arrepentimiento era cruel, se abría paso entre sus costillas y se enzarzaba alrededor de su corazón, hiriéndolo cada día un poco más. A ese paso, quedaría maltrecho e inservible para cualquier otro hombre.

Aunque lo cierto era que ya lo estaba.

Se preguntó dónde estaría Bei en aquel momento. Atravesó el dormitorio que habían compartido y salió al balcón desde el que se veía Chapei, o lo que quedaba de aquella parte de la ciudad después de varios días de batalla. La oscuridad lo inundaba todo, salvo cuando llamaradas repentinas emergían de los edificios tras las explosiones.

¿Era posible que el general, que pertenecía a la 88, estuviera allí luchando?

Por muy entrenado que estuviera, había visto a los soldados japoneses llegar a Hongkew, desembarcando en masa; había visto de lo que era capaz el Izumo y las bombas.

O tal vez, con suerte, Bei habría regresado a Nankín, a reunirse con la cúspide militar para ver cómo afrontaban aquella batalla.

Fuera como fuera, estuvo seguro de que no volverían a verse. De que el único vestigio de lo que habían vivido era aquel lugar en el que se encontraba. Todavía había prendas de él en el armario, e incluso ese perfume tan caro que solía llevar y que demostraba que bajo su fiera apariencia, en realidad, era un hombre presumido. Y, por supuesto, en aquel dormitorio al que regresó, encontró el último regalo que Bei le había hecho: una pequeña muñeca con el traje tradicional de la ópera de Beijing en el papel de *dan,* con el maquillaje y todos los elementos del vestuarios bellamente trabajados y realizados a mano.

¿Cómo había sido tan tonto como para perderlo? ¿Por qué no podía volver atrás en el tiempo y regresar a aquella noche para cambiar lo que había sucedido?

Se hallaba sumido en esos pensamientos cuando escuchó varios toques frenéticos contra la puerta. Sabía que se trataba de Chufeng, que tenía que haber logrado su misión, así que dejó la muñeca en la mesita, atravesó la habitación y el apartamento, y abrió con rapidez.

Se encontró a Chufeng, ensangrentado, que llevaba en brazos a Eliette, que estaba inconsciente.

—¿Está muy herida?

Su amigo entró en el apartamento con brusquedad, al tiempo que respondía:

—Nosotros estamos bien, ocúpate de él.

—¿De él? —dijo Haosen al tiempo que deslizaba la mirada hacia la escalera. El corazón se le detuvo durante unos segundos cuando vio que un hombre al que no conocía ayudaba a subir los escalones a otro vestido de soldado.

Parpadeó en cuanto lo reconoció.

—¡Bei!

Se apresuró a llegar hasta él, que se mantenía consciente, aunque con los ojos brumosos y el rostro desencajado. En cuanto lo tocó, se llenó de sangre.

Tenía una herida en su costado, y con un primer vistazo vio otra en la zona superior del torso. Por el olor que desprendía, tendría más, alguna de ellas ya estaba infectada.

—Vamos a dejarlo en el dormitorio.

Entre los dos consiguieron depositarlo sobre la cama. A pesar del nerviosismo que lo invadió de repente, se obligó a mantenerse tranquilo y a observarlo para valorar la gravedad de las heridas.

Por suerte, había preparado todo el material necesario por si algo así le sucedía a Chufeng y a Eliette, y abrió su maletín médico, para ponerse manos a la obra cuanto antes.

—¡Chufeng! ¿Cómo vais por ahí fuera?

—Todo controlado. —Escuchó que le decía su amigo—. Yo me ocupo de Eliette. Tú sálvalo a él.

Notó que alguien rozaba su mano. Bajó los ojos hasta ese punto. Bei estaba despierto, aunque navegaba en ese estado en el que el cuerpo está luchando contra sí mismo por la pérdida de sangre.

—Haosen…

—No hables. Voy a salvarte.

Se lavó las manos, agarró unas tijeras y cortó todo el tejido de la camisa alrededor de las heridas, luego desabrochó los botones y apartó la tela. Tal y como había visto, había dos orificios: uno limpio, que había atravesado el abdomen, otro bajo la clavícula izquierda con la bala aún dentro; y un tercero, infectado, por lo que denotaba que no era reciente, en el brazo derecho, pero que no había sido más que el roce abrasador de la pólvora.

Sabía cómo tenía que proceder y no podía perder más tiempo. Después de aquel horrible día en el hospital en el que había visto de todo, hasta perder la cuenta de los miembros que había amputado, aquello era mucho más sencillo.

Afortunadamente su pericia estaba de su lado, y en cuanto se inclinó sobre él, las manos dejaron de temblarle. Primero procedió al desbridamiento, con una escisión de todos los tejidos y músculo dañados por los proyectiles y la pólvora. Limpió las heridas con agua y jabón después de aplicar yodo sobre la piel contigua, procedió a extraer la bala y, por último, las cubrió con una gasa seca con polvo de sulfanilamida. Bei se removía, por el sufrimiento, pero no lanzaba improperios, tan solo algún gruñido débil. Él le había contado cómo lo habían tratado con anterioridad mientras luchaba en el norte, así que sabía que su umbral del dolor era muy alto. Aun así, cuando terminó, le administró una ligera dosis de morfina para que descansara un poco y el malestar se mitigara.

Solo una vez que terminó y comprobó que respiraba con normalidad, se permitió acariciarlo. Con delicadeza tomó su mano, que yacía pegada a su costado. Tenía la piel sucia y magullada, pero el contacto caliente significaba que estaba vivo. Las horas siguientes serían decisivas para su recuperación, aunque al menos había logrado volver a verlo, lo había tocado de nuevo. Hizo ascender las yemas por el brazo hasta el hombro y luego por el cuello hasta el mentón y su mejilla, bajo el pómulo, donde se detuvo. Había perdido peso y tenía el rostro cubierto de costras secas que debían ser sangre suya o de otros.

Pero Bei estaba allí, sobre la cama que tantas noches habían compartido, bajo las yemas de sus dedos. Era real y respiraba. Y para él no había nada más importante que eso.

Capítulo 60

Abrió los ojos y dio una bocanada de aire, presa del pánico.

—¡Eliette! —le dijo Chufeng, que estaba arrodillado a su lado. Echó un vistazo a su alrededor y descubrió que estaba tumbada en un sofá, en un apartamento que no conocía. Sobre su cabeza, una lámpara de araña con decenas de cristales en forma de lágrimas estaba encendida y dibujaba un enjambre de colores en el techo. La decoración iba en consonancia con aquello: una mezcla de estilo americano y elementos chinos en un salón bastante amplio. Notó una brisa húmeda que se colaba por alguna ventana que imaginó abierta y traía con ella el olor de la ciudad, pero también el sutil aroma del humo.

—¿Dónde estoy? —preguntó, tratando de incorporarse. El dolor de algunas heridas tirantes en los brazos y en las piernas le quitó la respiración durante unos segundos. Se contempló. Llevaba su vestido de colores, sucio, apelmazado y manchado de sangre, haciendo que las flores blancas fueran rojas o marrones en algunas partes. Luego deslizó su mirada hacia Chufeng, que aunque se había lavado el rostro, tenía un lado de este hinchado y el pelo apelmazado sobre la sien, sobre la que vio una costra sanguinolenta.

—Es un apartamento donde nos esperaba Haosen. Él está con Bei, en el dormitorio.

—Estaba muy malherido. Debería ir a ayudarlo.

—Ya ha terminado. Has perdido la conciencia varias horas. He llamado a la comisaría y se han desplazado a tu casa para decirles a tu abuela y a tu hermano que estás bien.

Cuando Eliette comprendió aquello, recordó también la explosión que había sucedido detrás de ella, justo después de abandonar el hogar de su familia. Se le llenaron los ojos de lágrimas al instante.

—¿Crees que esa bomba ha caído sobre ellos?

Como respuesta, Chufeng se encogió de hombros. El llanto se hizo más intenso, incontrolable, y su cuerpo, a pesar de las heridas, se sacudía sin que pudiera evitarlo. Chufeng tomó sus manos entre las suyas y la dejó desahogarse.

Si su familia estaba muerta, ¿no sería una broma cruel del destino?

Sus tíos llevaban años en la ciudad, habían evitado la batalla del 32, y Abner y Ava habían escapado del horror nazi... ¿solo para acabar convertidos en cenizas en Shanghái?

Era, además, especialmente injusto que ella hubiera incluso recuperado a su hermano, que hubiera encontrado a un hombre que la amaba, y a un amigo que le había facilitado todo en aquel lugar tan extraño, pero que ella había adorado desde que desembarcó.

Ahora, sin embargo, sabía que nada sería igual. A pesar de la oscuridad, había visto la destrucción y la muerte al otro lado del arroyo y quizá eso solo era el preludio de lo que sucedería con el tiempo también allí, en las poderosas y brillantes concesiones.

—¿La guerra... —se atrevió a preguntar— también nos alcanzará aquí?

Chufeng bajó los ojos y habló al cabo de unos instantes. Le explicó lo de las bombas que habían caído, pero también que sabía que la Concesión francesa había logrado ser una zona con un espacio aéreo protegido; además, por lo que el señor Du le había dicho, Japón no podía permitirse entrar en guerra con América o Gran Bretaña, por lo que solo las zonas chinas de la ciudad, como Chapei y Pudong, serían escenario del conflicto.

—¿Entonces crees que estaremos a salvo?

—No sé lo que sucederá con el tiempo, pero por ahora, sí, Eliette.

Ella asintió y se permitió que las lágrimas se derramaran por sus ojos, al tiempo que se ladeaba en el sofá en dirección a Chufeng, que se inclinó hacia delante, apoyando su frente en su hombro.

—¿Por qué viniste a buscarme? —susurró—. Podrían haberte matado.

—¿No es obvio? —Escuchó que él decía muy bajito. La caricia de su aliento rozó su mejilla—. Porque te quiero, Eliette, y porque no puedo vivir sin ti.

—Aquella noche —dijo ella entre sollozos—, no supe qué decir. Y no me dejaste tiempo para pensar.

—Lo sé —respondió él. Dejó escapar un suspiro—. Pero me sentí avergonzado de que me vieras haciendo eso.

—Dijiste que estabas cansado de no sentirte suficiente y yo nunca quise que te consideraras así —replicó ella—. Porque para mí has sido el único dueño de mi corazón desde que me miraste justo después de atravesar la aduana. Y luego, cuando me llevaste a la comisaría a por la recompensa, deduje muchas cosas que no me importaron. Y siguen sin importarme, porque como te dije, amo cada parte de ti, incluso los cuervos que anidan en tu casa.

—Lo sé, Eliette. Lo siento —suplicó él—. Es que tuve miedo de que te alejaras de mí y solo se me ocurrió apartarte primero.

—Lo entiendo, Chufeng.

Eliette cerró los ojos, mientras él apretaba sus manos con fuerza.

—No me dejes otra vez —suplicó.

—Nunca, te lo prometo, Eliette. Pase lo que pase, crearemos un hogar en nuestro refugio lejos del fuego.

Capítulo 61

Un hombre de confianza de Chufeng fue a buscar a la abuela y al hermano de Eliette para llevarlos con ella.

Se había dado un baño en aquel apartamento y Chufeng le había conseguido un vestido en una de las tiendas del Asentamiento que, sorprendentemente, aún seguía abierta a pesar de que, a la otra orilla del arroyo, la batalla continuaba.

De hecho, podía ver los combates desde la ventana del dormitorio en el que habían estado descansando desde su recuperación y se sentía en un estado de estupefacción constante viendo como el mundo seguía mientras la muerte y el fuego consumían una parte de Shanghái.

—¡Eliette! —Escuchó la voz de su abuela. Giró el rostro y se la encontró, junto a Abraham, en la puerta del dormitorio. Estaba llorando.

A la carrera, Eliette deshizo los metros que las separaban y se arrojó a sus brazos. No tardó en llorar, abrazada a su *bobe*. También sintió que Abraham la envolvía con su calor.

Entre sollozos y como pudo, les contó qué había sucedido. No sabía si sus familiares seguían vivos después de aquella explosión que tan cerca había caído de ellos. No sabía nada.

—Seguro que están bien —le dijo su abuela, para reconfortarla, pero todos sabían que probablemente era una mentira.

La guerra los había alcanzado, allí, en aquella parte del mundo, a miles de kilómetros de su país de origen, y era probable que se extendiera incluso donde se encontraban, a las concesiones.

Si lo pensaba, se sentía devastada. Habían escapado de Hitler, de los horrores y del odio hacia los suyos, y ahora estaban de nuevo en peligro. Al igual que cuando desembarcó y se sintió en una jaula, como un animal atrapado en un matadero esperando su desenlace fatal en cualquier instante, mientras a su alrededor, el resto de los suyos iban desapareciendo.

—Eliette, tranquila —le dijo Abraham asiéndola por los antebrazos

y obligándola a mirarlo—, por lo que sé, gracias al Cuerpo de Voluntarios Judíos de Shanghái, las concesiones se van a mantener al margen y Japón no se va a atrever a atacar aquí. Lo de las bombas que cayeron fue un error de la aviación china.

—Pero nuestra familia, yo no pude…

—No sabemos si han sobrevivido —afirmó él—. Hay decenas de personas cruzando a este lado. Quizá ellos también lo hagan.

—Pero ¿y si no es así?

Guardaron silencio y ella supo lo que significaba. Que tendrían que lidiar de nuevo con la culpa del superviviente. Que quizá tendrían que asumir que la vida era así de injusta y cruel. Que aunque hubieran escapado de las garras de la muerte una vez, esta estaba al acecho y siempre salía victoriosa.

En ese momento, Chufeng entró en la habitación e hizo una inclinación de cabeza a modo de saludo.

Su abuela se acercó a él y tomó sus manos entre las suyas. Eliette se fijó en que Chufeng se sorprendía ante aquel gesto, pero no se apartó.

—Mi abuela te da las gracias —dijo Abraham, traduciendo sobre la marcha las palabras de Editha—. Por salvar a Eliette. Siempre estaremos en deuda contigo. Así que… Te da su bendición si… tenéis pensado casaros.

Eliette abrió mucho los ojos, sorprendida. Chufeng y ella habían hablado de futuro, pero ahora todo parecía improbable, con una guerra a las puertas. Además ni siquiera sabía si alguien como él tenía pensado formalizar lo suyo de una manera más oficial que con promesas susurradas en una buhardilla.

Pero entonces lo escuchó decir:

—Si es así, me gustaría celebrar una ceremonia cuanto antes. Sé que somos muy diferentes, que profesan una religión distinta, pero quiero pasar el resto de mi vida con Eliette y les prometo que cuidaré de ella hasta mi último aliento.

En ese momento, Eliette sintió que su corazón se le desbarataba.

—Chufeng… —fue capaz de decir.

—¿Quieres casarte conmigo, Eliette? —le preguntó él, sonriendo con dulzura.

La alemana miró a su abuela y a su hermano, que la observaban con ternura. A pesar de todo, de que ella era judía, de que Chufeng era chino, de que estaban en aquella ciudad extraña y no sabían qué sería de ellos, aprobaban su relación y celebraban el amor que se dispensaban.

—Sí, quiero, Chufeng. Claro que sí —contestó entre lágrimas.

De pronto, estaba entre sus brazos, y se permitió cerrar los ojos y aferrarse a él, a aquel hombre por el que se había sentido fascinada

desde que lo vio por primera vez y que incluso había atravesado una zona en guerra para salvarla.

Capítulo 62

Haosen sabía que si Bei se recuperaba, tendría que regresar a la batalla que se libraba en la ciudad china. O que incluso tendría que ir al norte para seguir luchando por su país. Durante los días siguientes, mientras cuidaba de él, que combatía contra la infección que había contraído y que era más severa de lo que había parecido en un primer momento, no dejó de pensar en lo que el futuro les deparaba.

Si sobrevivía, ¿acabaría marchándose y perdiéndolo otra vez?

Quizá eso era lo que el destino les ofrecía después de todo. Tal vez aquella oportunidad solo era una ocasión para decirse lo que sentían antes de separarse de nuevo.

Aquel mismo día, Chufeng le había dicho que los molinos de su padre habían sido destruidos por los japoneses, así que Haosen había perdido gran parte de su fortuna y, por tanto, el favor y el interés de la Banda Verde. Eso, sin embargo, significaba que tenía al alcance de su mano cierta libertad.

Con su padre muerto y sin deberle nada al señor Du, podía abandonar Shanghái y regresar a Londres, retomar la vida que había abandonado. De hecho, había telefoneado al hospital donde había estado ejerciendo y aún contaban con él.

¿Era eso lo que debía hacer? La guerra había llegado a Shanghái, e igual que habían caído los molinos, acabaría cayendo la mansión de su padre. Todo lo que tenía terminaría entre llamas y bajo el control de los japoneses.

Eso le daba una oportunidad de dejar atrás el pasado, quien era en realidad y regresar a su vida anterior, a la que había considerado realmente suya, pero el problema era un hombre herido del que se había enamorado profundamente y al que no quería perder.

Era consciente, no obstante, de que lo suyo con Tan Bei era imposible. Un sujeto como él, que había crecido para servir y morir en el ejército, nunca aceptaría abandonar su patria y huir a un país extranjero. Estaba seguro de ello.

—Haosen... —Escuchó su nombre y buscó su voz. Había despertado y lo miraba desde el lecho, extendiendo un brazo en su dirección.

Se apresuró a llegar a su lado, a sentarse junto a él y a tomar su mano entre las suyas. Cuando lo miró, sintió que el nudo que tenía en

la garganta se le cerraba con brusquedad mientras que los ojos comenzaron a inundársele. Tragó saliva, porque no quería llorar delante de él, pero llevaba mucho tiempo fingiendo ser fuerte.

Llevaba toda su vida fingiendo demasiadas cosas, en realidad.

—¿Cómo te encuentras? —fue capaz de preguntar. La voz le salió temblorosa y tuvo que parpadear para que las lágrimas no se derramaran.

—Como si me hubiera escapado del infierno —confesó Bei con dificultad.

Haosen lo contempló. Estaba desmejorado, la fiebre y las heridas habían hecho estragos en su apariencia, y era más que evidente que había perdido peso.

No pudo contenerse y llevó la mano de Bei a sus labios, depositando un dulce beso que alargó. Cerró los ojos y dejó que las lágrimas fluyeran por fin. No las detuvo, les permitió rodar por sus mejillas y caer sobre los nudillos de aquel hombre al que tanto amaba.

Escuchó algo parecido a un sollozo y, sorprendido, lo miró. Una lágrima corría también por el rostro del militar, que lo contemplaba, devastado.

El corazón de Haosen se contrajo con dolor.

—Bei. —Su nombre le salió empapado de tristeza.

—Pensé que no volvería a verte —le confesó el general—. Solo, al otro lado, en las azoteas, no dejé de pensar en ti, en lo que no te dije.

—Estás muy herido y tienes que guardar energías. No hables, no...

—Debes saberlo —lo interrumpió—. Que te amo. ¿No era eso lo que me pedías a gritos que confesara en el callejón junto al Paramount?

Haosen asintió mientras las lágrimas ya rodaban, imparables, hasta su barbilla.

—Todos estos meses te he amado solo a ti, Haosen. Pero sabía que la guerra era más que probable y no quería hacerme ilusiones con un futuro que era imposible para mí. Por eso no lo dije. Lo guardé, lo escondí, pensando que así ambos podríamos superarnos.

—¿Y ahora qué crees? —le preguntó—. ¿Crees que puedes superarme? Porque yo a ti no. Ni cuando te dejé, ni dentro de diez años ni cuando envejezca. Y lo sé con absoluta certeza.

—Yo también lo sé —confesó Bei con voz trémula—, pero si me recupero, tendré que volver a la guerra, Haosen. Y casi prefiero no hacerlo, casi prefiero morir en esta cama, contigo a mi lado.

Como respuesta, el doctor negó con la cabeza, al tiempo que sentía que un sollozo escapaba de su garganta.

—Sabes lo que te estoy pidiendo.

—No —le replicó Haosen con rotundidad—. Soy médico, salvo vidas. Y la tuya es la única que me importa ahora mismo.

—Haosen… —musitó débilmente.

Se inclinó, apoyando su frente en su mano, mientras lloraba, ya sin control.

—Si vivir significa perderte, no quiero hacerlo —afirmó el militar.

Durante unos instantes, el llanto de Haosen y la respiración tambaleante de Bei fue lo único que se escuchó en aquella estancia. Ni siquiera prestaron atención a los ruidos de la guerra, que transcurría a escasas millas de allí, al otro lado del arroyo; ni de los sonido y el ajetreo constante de la vida que seguía avanzando en el Asentamiento Internacional donde se hallaban.

Su mundo, todo lo que les importaba, se concentraba en las manos de Haosen envolviendo la de Bei y en su frente apoyada en sus nudillos. Su mundo se había reducido al llanto por lo imposible, a una petición cruel a la que Haosen nunca accedería porque había hecho un juramento que lo obligaba a salvar vidas.

Y entonces fue consciente de que por primera vez tenía en su poder una carta que podía jugar a su favor.

—¿Y si te dijera que hay una forma de no salvarte y de que estemos juntos para siempre? —susurró, apenas alzando los ojos hacia aquel hombre—. Una vez, en esta misma cama, hablamos de esa idea. Pero nada más que como un sueño idiota de dos personas que solo sabían ser cobardes. Así que dime, Bei, ahora, después de lo sucedido, ¿crees que podemos dejar de ser nosotros mismos? —Y así fue como la pregunta fue lanzada al aire con una valentía de la que Haosen nunca había hecho alarde.

Las palabras cobraron forma y volaron, como pétalos mecidos por la brisa, una que les permitía esbozar un futuro juntos lejos de las llamas.

—¿Y si te dijera que ahora que he podido sobrevivir he comprendido que el único país por el que deseo luchar y morir eres tú? —respondió entonces el militar.

Capítulo 63

Semanas después, la guerra aún devastaba la ciudad china cuando Chufeng y Eliette celebraron su boda. El lugar elegido fue el despacho de la comisaría, ya que simplemente se trataba de una pequeña ceremonia para sellar su amor. Asistieron la abuela, el hermano de Eliette y Nadine, por parte de la novia, mientras que por parte de Chufeng, lo hizo Haosen.

Dado que venían de mundos y de religiones opuestas, con tradiciones dispares, eligieron lo más significativo de ambas para formalizar su unión.

Primero, Chufeng presentó obsequios de compromiso a su familia, que consistieron en unos pendientes y un collar de oro y también un peine, que tenía un especial simbolismo porque implicaba que ambos comenzarían una nueva vida.

Decoraron el lugar con velas rojas encendidas y ornamentos de papel en las paredes que tenían los caracteres chinos de doble felicidad y formas de patos mandarines, dragones o de aves fénix, para expresar lealtad y alegría.

Mientras que Chufeng había elegido pantalones de traje y una camisa tradicional de seda en color rojo con dragones bordados en oro, Eliette lucía un traje blanco, también de seda, con zapatos rojos . Había sido Nadine quien se lo había confeccionado y estaba preciosa, a pesar de que tenía un corte sencillo, con un cuello redondo y una pequeña cola.

El hermano de Eliette les dio su bendición y tanto él como su abuela les arrojaron caramelos en el rito de *misheberaj*. Por supuesto, por insistencia de Editha, durante un breve momento de la ceremonia, Chufeng le cubrió el rostro a Eliette con un velo, el *bedeken*, que simbolizaba que la amaba por su belleza interior. A continuación y siguiendo la tradición asquenazí, Eliette dio siete vueltas alrededor del novio, bajo la *jupá,* un pequeño dosel hecho de un chal de oración que pertenecía a la abuela de Eliette y que había traído desde Berlín, y que

habían colocado en el techo. Estas vueltas se realizaban para crear un muro de protección con el que deseaba y anhelaba que Chufeng siempre estuviera a salvo.

Luego escribieron sus votos de amor eterno en papel rojo, intercambiaron los anillos, firmaron los documentos ante un rabino ruso que vivía no demasiado lejos de allí, el amigo del novio entregó sobres rojos con dinero, y finalmente, Chufeng y Eliette hicieron la ceremonia de romper el vaso dentro de un pañuelo mientras Abraham y su abuela gritaban «*Mazel tov!*», que significaba «buena suerte». Por último, celebraron la ceremonia del té para honrar a los presentes.

Durante toda la ceremonia, Eliette estaba tan nerviosa que no era verdaderamente consciente de que lo que le estaba sucediendo era real.

Solo cuando todo terminó y escuchó los aplausos comprendió que ya era la esposa de Xiao Chufeng. Él la miraba, extasiado y un poco sonrojado, pero no dejaba de sonreír.

A pesar de todo lo que habían pasado, de que el destino los había unido de una manera casi azarosa y ahora se enfrentaban a un futuro incierto, se sentían felices.

Eliette supo que había encontrado al amor de su vida y había sido tan afortunada como para poder contraer matrimonio con él con libertad.

De repente, Chufeng la abrazó y le susurró al oído:

—Te amo, Eliette. Y lo haré hasta mi último aliento. Soy tuyo y solo tuyo desde la primera vez que te vi. Y siempre lo seré.

Ella sonrió, con el corazón bombeándole con tanta fuerza en el pecho que por un momento sintió que todo aquello era un sueño. Pero el calor de aquel hombre, su aroma, que ya era tan familiar para ella, su aliento junto a la piel de su cuello le demostraron que lo que estaba viviendo era real.

—Te amo, Chufeng. Y lo haré cada día de nuestras vidas —le respondió.

Cuando la ceremonia acabó y Abraham se llevó a su abuela y a Nadine, tan solo quedaron los novios y Haosen en el despacho de la comisaría. Como presente de boda, el doctor les había regalado las escrituras de los dos *shikumen*, tanto en el que vivía Chufeng, para que fuera su hogar, como el contiguo, para la familia de Eliette.

Y entonces, ella supo lo que aquello significaba. Se estaba despidiendo de ellos.

Pero no lo dijo en voz alta, aunque por la mirada que ambos compartieron, no hizo falta.

—Y ahora, me gustaría solicitaros un último favor. ¿Podéis acompañarme un momento? —les pidió.

Accedieron sin cuestionarlo, y al abandonar la comisaría descubrieron que un coche los aguardaba fuera, con un chófer. Subieron en el vehículo y este los condujo hasta el Asentamiento Internacional, junto a la aduana, donde se detuvo.

Era el mismo lugar donde Chufeng y Eliette se miraron por primera vez.

—¿Qué está pasando? —preguntó Chufeng, desconcertado, una vez que descendieron del coche.

Eliette ya lo intuía, pero cuando a unos metros vio a Bei, vestido de oscuro, junto a unas maletas, supo que sus suposiciones eran certeras.

—Nos marchamos —confesó entonces Haosen.

Chufeng abrió mucho los ojos, perplejo. Miró a su amigo, luego a Eliette, y de nuevo regresó su mirada a Haosen.

—Vuelvo a Londres. A mi puesto en el hospital. Mis molinos se han quemado en la guerra y ya no le sirvo a la Banda. El señor Du me lo ha permitido, si es eso lo que vas a preguntar. Y me ha ayudado a conseguir nueva documentación para Bei.

—¿Qué has entregado a cambio?

—El resto de las propiedades que mi padre tenía dentro de la Concesión francesa. Todo lo que él me dejó ya no me pertenece, y lo demás ha ardido con la guerra. Así que he comprado mi libertad y la de Bei para que él tampoco tenga que regresar al norte. He conseguido un pasaje seguro a Hong Kong y de ahí viajaremos al Reino Unido.

—Entonces —dijo Chufeng— ¿no volveremos a vernos?

Haosen sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo tendió a su amigo, que lo agarró con nerviosismo.

—Esa es mi dirección en Londres. Si las cosas se ponen feas aquí y necesitáis otro refugio, venid a buscarme. Siempre os recibiré con los brazos abiertos.

—Cuando regresaste dijiste que esta ciudad era tu condena —dijo Chufeng—. Al parecer, has conseguido librarte de ella.

—Sí, eso parece. —Haosen sonrió, pero había cierta tristeza en su expresión que Eliette supo captar.

—Me alegro… —respondió Chufeng deslizando la mirada hasta Bei, que aguardaba a unos metros— de que a pesar de todo, hayas encontrado la felicidad y un buen futuro, Haosen. Y lamento mucho no haber estado a la altura estos meses.

—No pasa nada. Siempre he entendido tu lealtad y la he valorado. Al final, la misma mano que tú tanto aprecias nos ha salvado a todos. Espero que os siga protegiendo, ante lo que le suceda a Shanghái.

Chufeng asintió un segundo antes de deshacer la distancia que lo separaba de su amigo y estrecharlo entre sus brazos.

Mientras Eliette contemplaba la escena, notó que las lágrimas

rodaban por sus mejillas. Allí estaban, en el Bund, a la otra orilla de la parte de la ciudad que llevaba días en llamas y no demasiado lejos del Izumo, el buque de guerra japonés.

Era el mismo punto, junto a la aduana, donde sentía que toda su vida había comenzado, meses atrás. No obstante, todo había cambiado tanto que parecía que hubieran transcurrido años desde que pisó Shanghái por primera vez, sin presente, pasado ni futuro.

Ahora se había casado, había recuperado a su hermano, aún no tenían noticias de su familia en Hongkew, por lo que se temían lo peor, y también estaba a punto de perder al que se había convertido en su mentor y confidente, a la mano amiga que le había conseguido trabajo, independencia y un hogar en aquella ciudad.

—No llores, Eliette —le dijo él al descubrirla—. Haces que recuerde el momento en que nos conocimos en el crucero. Pero ya no somos los mismos que entonces. Ahora los dos somos más valientes.

—Sí, es verdad —dijo ella sonriendo a pesar de las lágrimas. Cuando sintió que su amigo la abrazaba, se dejó envolver por sus brazos y se demoró en el calor y en su aroma durante unos instantes, porque no sabía si volverían a verse.

Les había tocado vivir tiempos inciertos, y no podían aferrarse a nada salvo a algunas promesas que apenas se atrevían a esbozar.

«Quizá, tal vez, algún día volveremos a vernos».

Pero ¿eso quién lo sabía? ¿Quién se atrevía a soñar con ello?

La vida cambiaba a cada instante en aquella ciudad y ni siquiera sabía qué sucedería en Europa a lo largo de los años siguientes.

Si algo había aprendido durante aquellos meses era la cantidad de cosas que escapaban a su control. También había sido consciente de que podía adaptarse a cada cambio y que se volvía más fuerte con cada uno de ellos.

Al final, ella misma no difería mucho de Shanghái, una ciudad que mutaba y luchaba cada día contra sí misma y contra otros para sobrevivir. Una ciudad llena de esperanza, de luces de neón, de monstruos y de cuervos, que ahora estaba al borde de un abismo sin saber lo que le depararía el futuro.

—Cuidaos mucho —les dijo Haosen.

Eliette miró a Bei, que les hizo un gesto con la cabeza.

—Cuida de él. Y sed felices.

Aquel hombre asintió y se inclinó un poco en una leve reverencia. Haosen les sonrió y, al mirarlo, Eliette vio que las lágrimas rodaban por sus mejillas también.

—Adiós, amigo. Hasta que nos volvamos a ver. *Yīlù-píng'ān*[22].

—Adiós.

Chufeng y Eliette se tomaron de la mano y los vieron atravesar la

aduana. Cuando los perdieron de vista, Eliette ladeó el rostro y contempló a su esposo.

—¿Y ahora qué? ¿Qué crees que nos espera en el futuro?

Cuando Chufeng la miró, esbozaba una sonrisa cautelosa. Ella se permitió contemplarlo durante unos instantes. Los neones de un edificio cercano los iluminaban y la seda roja de su casaca tradicional brillaba levemente. Aquel mismo día, Chufeng le había enseñado a escribir su primera palabra en chino, la que constaba de dos caracteres que significaban «felicidad»[23] y que reflejaban la intención de que ambos estuvieran juntos para siempre.

—Sea lo que sea, lo afrontaremos juntos —le dijo él—. No pienso dejarte ni un solo día, Eliette.

—Tenemos que sobrevivir —pidió ella—. Tienes que sobrevivir para cumplir tu promesa.

—Tranquila —dijo abrazándola—. Sobrevivir es algo que se me da muy bien. Y ahora tengo motivos de sobra para hacerlo. Estaré contigo hasta mi último aliento. Ni un segundo menos.

—Ni un segundo menos.

Chufeng tomó su cara entre sus manos y la besó en los labios con dulzura sellando esa promesa.

¿Qué les depararía el futuro en aquellos tiempos de guerra? No lo sabía. Pero pensaba aferrarse a su amor por él para seguir adelante. Desde que llegó a Shanghái, huyendo de aquellos que habían condenado a los suyos, con tan solo un par de zapatos y dos maletas llenas de miedos, había dejado que su corazón se convirtiera en una brújula que guiaba sus pasos. A pesar de la oscuridad que sentía dentro, de la culpa, del remordimiento, de la nostalgia por lo perdido, había encontrado un camino hasta otro corazón, el de un hombre con un hogar lleno de cuervos, y ambos habían creado un refugio, un pequeño mundo donde nunca habían importado los errores ni nada más que lo que sentían el uno por el otro.

Entonces supo que por difícil y cruel que fuera el futuro, nada cambiaría eso, porque su amor había resultado ser resistente a decenas de cosas. Y tuvo la certeza de que lo sería al mismísimo fuego.

Nota de autora

Tal y como cuento en la novela, en la década de 1930, Shanghái era una ciudad vibrante y cosmopolita, caracterizada por sus concesiones extranjeras. Estas áreas, controladas por potencias como Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, eran enclaves de influencia y comercio internacional en medio de una China en proceso de cambio. Shanghái era conocida como «el París del Este» por su mezcla única de arquitectura europea y asiática, así como por su bulliciosa vida nocturna y sus opulentos clubes y casinos. Sin embargo, también era una ciudad de contrastes, con la pobreza y la desigualdad social presentes en las calles fuera de las concesiones.

Shanghái era un crisol de culturas y una encrucijada del mundo moderno en el corazón de China.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Shanghái se convirtió en un refugio improbable para miles de judíos que huían del régimen nazi en Europa. A pesar de las estrictas restricciones de inmigración en otros países, Shanghái, como ciudad de concesiones extranjeras, ofrecía una oportunidad única para aquellos que buscaban escapar del Holocausto.

Entre 1933 y 1941, aproximadamente 20.000 judíos, en su mayoría de Alemania y Austria, llegaron a Shanghái. Se establecieron en Hongkew (Hongkou). Con el tiempo, la situación en ese barrio se volvió difícil debido a las condiciones de hacinamiento y la escasez de recursos, pero aun así, la comunidad judía logró establecer una red de apoyo mutuo y construir una vida en medio de la adversidad.

La comunidad judía de Shanghái creó sinagogas, escuelas, hospitales y otros servicios sociales para satisfacer sus necesidades. A pesar de las dificultades, muchos judíos encontraron trabajo y algunos incluso lograron mantener sus profesiones anteriores, contribuyendo al vibrante paisaje cultural y comercial de la ciudad.

La experiencia de los judíos en Shanghái durante la guerra fue única y compleja. Si bien encontraron seguridad relativa en la ciudad, también enfrentaron discriminación y dificultades económicas. Sin embargo, su historia es un testimonio de resiliencia y solidaridad en tiempos de crisis, y su legado continúa siendo una parte importante de la historia de Shanghái y del Holocausto.

La Batalla de Shanghái que sucede en la novela fue un

enfrentamiento crucial entre las fuerzas chinas y japonesas durante la Segunda Guerra Sino-Japonesa. La batalla comenzó el 13 de agosto de 1937, cuando las tropas japonesas lanzaron un ataque a gran escala contra la ciudad de Shanghái. Durante tres meses, las fuerzas chinas lucharon valientemente para defender la ciudad contra el avance japonés.

Esta batalla fue notable por su ferocidad y brutalidad, con intensos combates callejeros y un alto costo en vidas humanas. A pesar de la resistencia china, las fuerzas japonesas finalmente lograron capturar la mayor parte de la ciudad en noviembre de 1937. Uno de los acontecimientos más destacados de este tiempo fue la resistencia en los almacenes Sihang, en el distrito de Zhabei (Chapei) del 26 de octubre al 1 de noviembre de ese año.

Durante unos años, las concesiones quedaron al margen de la ocupación japonesa. Pero eso es otra historia.

Si te ha gustado

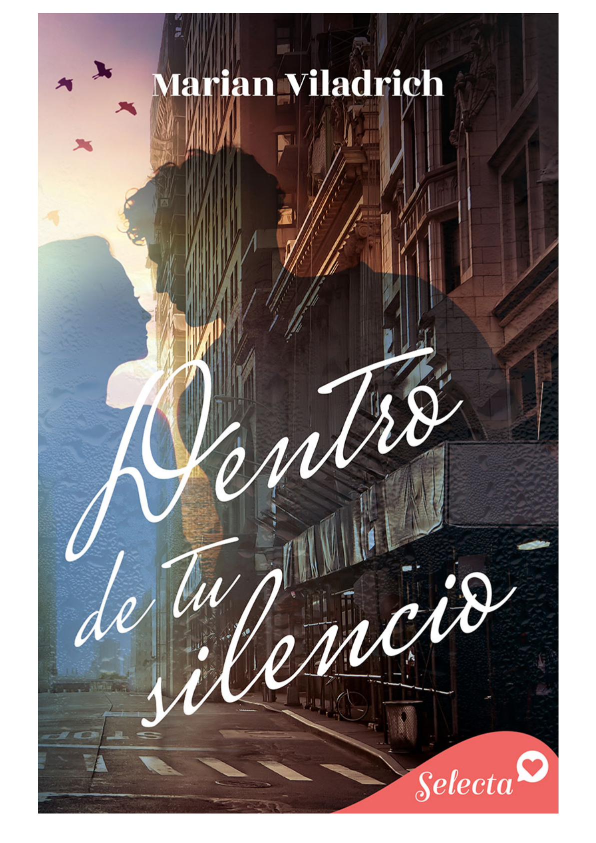
Nuestro mundo lejos del fuego

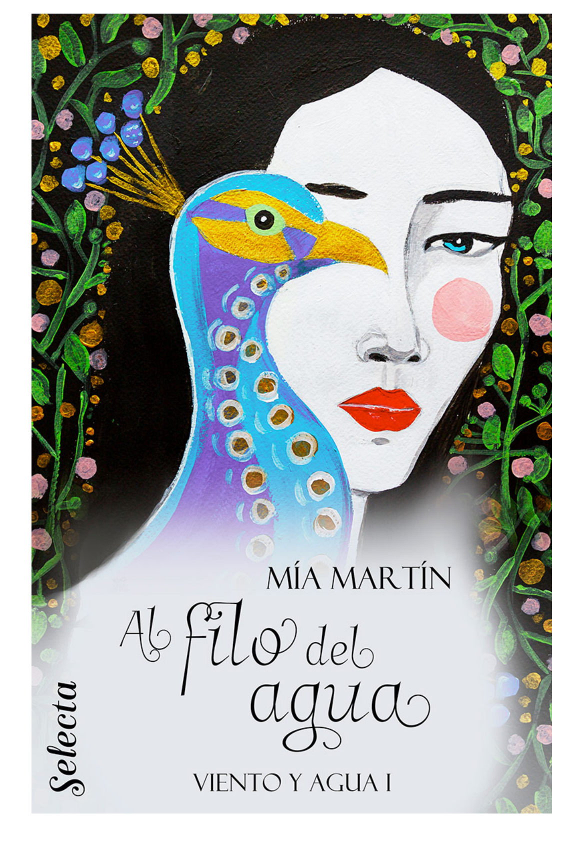
puedes disfrutar de estas



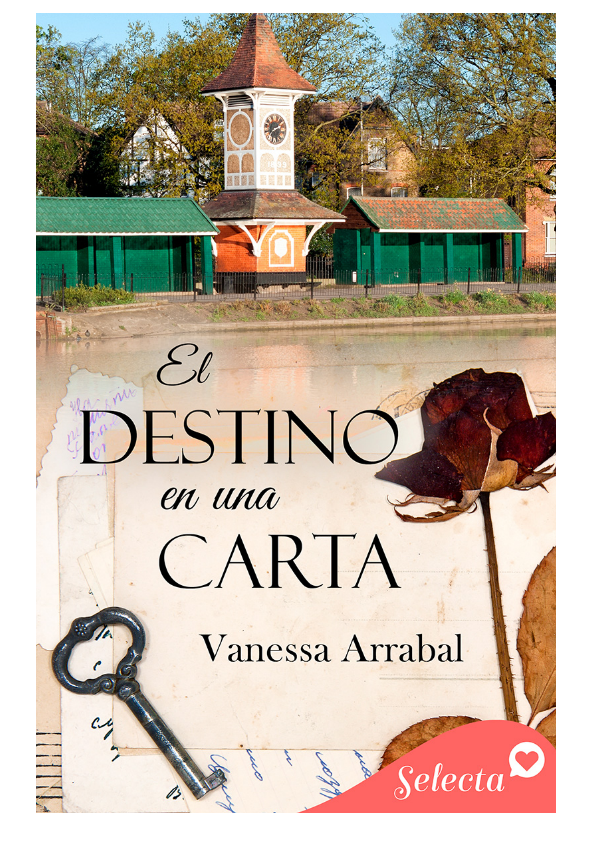

Una librería en Estambul
NATALIA SÁNCHEZ DIANA
Selecta

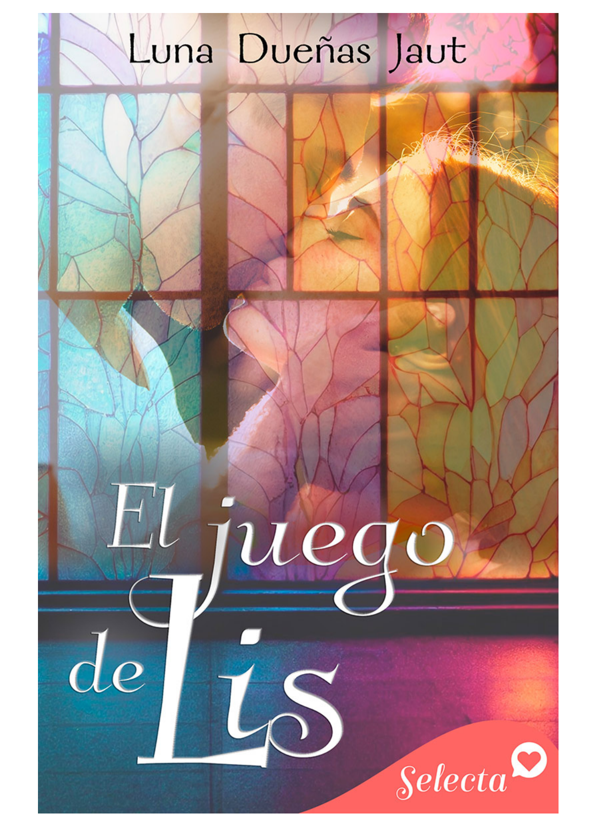

Raquel Gil Espejo
EL DÍA
EN EL QUE
enloquecieron
las mariposas
Selecta


Marian Viladrich
Dentro de tu silencio
Selecta


MÍA MARTÍN
Al filo del agua
VIENTO Y AGUA I
Selecta


Trazos secretos
DÍAZ DE TUESTA


El
DESTINO
en una
CARTA
Vanessa Arrabal
Selecta



Luna Dueñas Jaut
El juego de Lis
Selecta

En una metrópolis dividida y en manos de las potencias extranjeras y de la mafia, el amor encontrará su camino a pesar de los desafíos y de la amenaza de la guerra.



Eliette, una joven judía que huye con su abuela de la creciente opresión nazi en 1937, encuentra un refugio inesperado en la lejana Shanghái, donde para los suyos aún hay cierta esperanza a pesar de haber dejado todo atrás.

En medio de la incertidumbre y de la culpa, cruza caminos con el inspector de policía **Xiao Chufeng**, quien, en secreto, trabaja para la temida Banda Verde que gobierna el inframundo de la ciudad.

A pesar de sus vidas aparentemente opuestas, hallan un vínculo inesperado a través de un amigo común, Chen Haosen, un médico que ha regresado a su metrópolis natal.

Mientras Eliette descubre que Shanghái es tan brillante como sangrienta, sus sentimientos por Chufeng serán tan fuertes como prohibidos.

Sin embargo, Eliette, Chufeng y sus amigos se enfrentarán a un desafío inminente y devastador: la guerra que se avecina con la invasión japonesa que amenaza con desgarrar sus vidas y reducir a cenizas su hogar.

¿Podrá su amor sobrevivir en un tiempo de caos y conflicto?

Desde las Concesiones llenas de lujo a la ciudad china donde abunda la muerte, recorrerás Shanghái mientras vives dos historias de amor que te encandilarán.

Natalia Sánchez Diana nació en Valencia en 1983, aunque creció en Requena, hasta que decidió estudiar Publicidad. Se especializó en diseño gráfico y durante unos años trabajó como freelance, pero su verdadera pasión siempre ha sido escribir, por lo que en 2017 se lanzó a la autopublicación. Desde hace cinco años es mamá a tiempo completo, pero siempre saca tiempo para leer clásicos, documentarse sobre la época victoriana y sumergirse en la cultura japonesa.



Edición en formato digital: julio de 2024
© 2024, Natalia Sánchez Diana © 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano

Imagen de SHUTTERSTOCK: Kiselev Andrey Valerevich, Thatmacroguy

Imagen de ISTOCK: jiande wu
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-10012-87-5

Conversión digital: leerendigital.com Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguinlibros

[1] Significa «gran maestro» (宗師).
[2] Ropa tradicional masculina similar a una túnica.
[3] «Abuelita» en idish (idioma judeoalemán).
[4] La palabra «gēgē» (哥哥) significa «hermano mayor».
[5] «Hogares», en alemán.
[6] Receta asquenazí de bolas de harina de *matzah* en sopa.
[7] Bendición que se realiza antes consumir comidas elaboradas con harina. Significa: «Bendito eres Tú Adonái nuestro Dios, Rey del Universo, que crea las distintas clases de alimento».
[8] El Kuomintang es un partido político nacionalista chino fundado en 1911.
[9] תוחא, que se pronuncia *a-jot*, significa «hermana».
[10] Traje de los actores.
[11] Violín de dos cuerdas, más pequeño y agudo, utilizado para acompañar la ópera china.
[12] Laúd con caja de resonancia ovalada u octogonal.
[13] Bailarina acompañante que se contrataba por horas.
[14] Significa «hola».
[15] *The Hegemon-King Bids His Lady Farewell*, también conocida como *Farewell, My Concubine* (*Adiós, mi concubina*).
[16] *The Goddess Spreads Flowers*, 天女散花 (Tiannü sanhua), 1917.
[17] Di Yu (literalmente, «prisión terrenal») es el reino de los muertos o el infierno de la mitología china.
[18] Figura de la mitología china.
[19] Bebida que consistía en whisky, hielo y soda.
[20] Título que ostentaba Chiang Kai-shek, el líder del Partido Nacionalista chino.
[21] «Hermano», en hebreo.
[22] Buen viaje.
[23] En chino, 囍.

Índice

1. Nuestro mundo lejos del fuego
2. Capítulo 1
3. Capítulo 2
4. Capítulo 3
5. Capítulo 4
6. Capítulo 5
7. Capítulo 6
8. Capítulo 7
9. Capítulo 8
10. Capítulo 9
11. Capítulo 10
12. Capítulo 11
13. Capítulo 12
14. Capítulo 13
15. Capítulo 14
16. Capítulo 15
17. Capítulo 16
18. Capítulo 17
19. Capítulo 18
20. Capítulo 19
21. Capítulo 20
22. Capítulo 21
23. Capítulo 22
24. Capítulo 23
25. Capítulo 24
26. Capítulo 25
27. Capítulo 26
28. Capítulo 27
29. Capítulo 28
30. Capítulo 29
31. Capítulo 30
32. Capítulo 31
33. Capítulo 32
34. Capítulo 33
35. Capítulo 34
36. Capítulo 35
37. Capítulo 36
38. Capítulo 37
39. Capítulo 38
40. Capítulo 39
41. Capítulo 40
42. Capítulo 41
43. Capítulo 42
44. Capítulo 43
45. Capítulo 44
46. Capítulo 45
47. Capítulo 46
48. Capítulo 47
49. Capítulo 48

50. Capítulo 49
51. Capítulo 50
52. Capítulo 51
53. Capítulo 52
54. Capítulo 53
55. Capítulo 54
56. Capítulo 55
57. Capítulo 56
58. Capítulo 57
59. Capítulo 58
60. Capítulo 59
61. Capítulo 60
62. Capítulo 61
63. Capítulo 62
64. Capítulo 63
65. Nota de autora
66. Si te ha gustado esta novela
67. Sobre este libro
68. Sobre Natalia Sánchez Diana
69. Créditos
70. Notas